

NORA ALZÁVAR

ANNA

UNA NUEVA AVENTURA



Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

- Capítulo 1. En vísperas de viajar, no te pongas a jugar
- Capítulo 2. A buen amigo, buen abrigo
- Capítulo 3. La soledad no trae felicidad
- Capítulo 4. No es oro todo lo que reluce
- Capítulo 5. Cuando el pájaro la pica es cuando la fruta está rica
- Capítulo 6. No te quemes la boca por comer pronto la sopa
- Capítulo 7. Consejos vendo y para mí no tengo
- Capítulo 8. Si hay trato, pueden ser amigos perro y gato
- Capítulo 9. Garbanzos y judías hacen buena compañía
- Capítulo 10. De tal palo, tal astilla
- Capítulo 11. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda
- Capítulo 12. No hay rosa sin espinas
- Capítulo 13. Bien ama quien nunca olvida
- Capítulo 14. Cada oveja con su pareja
- Capítulo 15. De amores, el primero; de lunas, las de enero
- Capítulo 16. Agua que no has de beber, déjala correr
- Capítulo 17. El que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija
- Capítulo 18. Quien la sigue la consigue
- Capítulo 19. Ande yo caliente y ríase la gente
- Capítulo 20. Con paciencia y voluntad, se logra todo y algo más
- Capítulo 21. Volver a las andadas, volver a las pasadas
- Capítulo 22. Si el estudiar da frutos, que estudien los árboles
- Capítulo 23. Habla, chucho, que no te escuchO
- Capítulo 24. Antes de acabar, nadie se debe alabar
- Capítulo 25. Jóvenes y viejos, todos necesitamos consejos
- Capítulo 26. No te cierres una puerta si no has abierto otra
- Capítulo 27. Adonde el corazón se inclina, el pie camina
- Capítulo 28. Buenas acciones valen más que buenas razones
- Capítulo 29. Coser y cantar, todo es empezar

Capítulo 30. Arrieros somos, y en el camino nos encontraremos
Capítulo 31. Humano es el errar y divino el perdonar
Capítulo 32. Como éramos pocos, parió la abuela
Capítulo 33. Cuando el río suena, agua lleva
Capítulo 34. Nos ha jodido mayo con las flores
Capítulo 35. A buen entendedor, pocas palabras bastan
Capítulo 36. Cuando seas padre, comerás huevos
Capítulo 37. Cada moneda tiene dos caras
Capítulo 38. Sana, sana, entrevista de Anna
Epílogo. ¿No querías caldo? pues toma tres tazas

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Dedicatoria



«Los libros son maestros que no riñen y amigos que no piden».
A ti. Espero que, entre estas páginas, te sientas como si un buen amigo te abrazara.

Capítulo 1

EN VÍSPERAS DE VIAJAR, NO TE PONGAS A JUGAR



Barcelona, diciembre de 2014

—¡Ufff! Juro no volver a beber más.

Acabo de prometerlo por quinta vez, tumbada en mi cama, mientras me sujeto la cabeza con ambas manos. A ver si la habitación deja de dar vueltas a mi alrededor y consigo quedarme dormida.

Un rato más tarde, el sonido del maldito móvil me despierta en un estado de cabreo unido a un monumental dolor de cabeza. Y no me queda más remedio que sacar el brazo de debajo de las mantas y tantear por la mesita de noche hasta que, por fin, lo tengo en mi mano.

—¿Qué quiere de mí? —respondo de malas maneras a mi interlocutor—. Recuerde que hay horas más normales de llamar para no interrumpir mis húmedos sueños. Ya puede ser importante...

—¡Qué buen humor, señorita Llop! —se mofa de mí—. Es casi la una de la tarde, no sé qué hora será normal para ti. —«¿La una? ¿Ha dicho la una?»—. Te llamo porque se supone que esta tarde vienes a Madrid a pasar el puente de la Constitución, y aún no me has dicho si nos veremos hoy o mañana. Más que nada por saber si te espero o hago planes.

—Señorita González, debo decirle que me está ofendiendo. Debería tener un poquito de consideración y mostrar más interés en hacer lo posible por recibir a su mejor amiga y dejarse de planes junto a ese profesor que, por cierto, no sé si te has percatado... —Guardo silencio para darle misterio a mis palabras. Bueno,

en realidad no, un bostezo se ha apoderado de mi boca impidiéndome continuar la frase—. Ese profesor lo único que le enseña son actos sexuales.

—¡Oooye! —se queja entre risas—. Déjeme decirle que, en caso de que mi mejor amiga no quiera verme en su día de regreso, un bicho de casi cuatro años será quien ocupe toda mi tarde.

—¡Ay! ¿Cómo está mi peque? Qué raro que no se la oiga...

—Anna, no te me vayas por las ramas, hazme el favor —me regaña. «Me acaba de despertar y no tiene ni un poquito de piedad conmigo, ¡vaya amiga!»—. ¿Qué? ¿Me piensas decir algo?

—Tengo sueño... —afirmo mientras la escucho refunfuñar—. ¿No me has dicho que te diga algo? Pues eso, tengo sueño... Vale, a ver..., llegaré a casa sobre las seis. Te llamo y nos vemos un pelín más tarde, ¿vale?

Cuelgo el teléfono y salgo de la cama de un brinco. «A ver, Anna, ¡céntrate!», me pido intentando ordenar mi cabeza. Sé que debería darme una ducha, pero tendrá que ser en casa de mis padres o perderé el tren. Corro hacia el armario y cojo un puñado de perchas con ropa que tiro sobre la cama. Selecciono lo que me voy a llevar, y de cualquier forma lo «doblo» todo y lo guardo en la maleta que el día anterior bajé del altillo del armario. La ropa no seleccionada no corre mucha más suerte; como puedo, la recojo y la tiro en el armario. «Ojos que no ven, ropa que seguro que aparecerá arrugada.»

Me pongo el pantalón de chándal que hay en la silla junto a mi cama y me calzo unas zapatillas de deporte mientras me regaño por no haber hecho caso a Bárbara, mi compañera de piso. Entro en el baño con el neceser y, mientras me cepillo el cabello y paso la brocha de maquillaje por el rostro, para darle un poco de color y evitar que mis ojeras se vean a kilómetros, busco un contacto en la agenda del móvil. Pulso la tecla de llamada y la de manos libres.

—Sí, hola, buenos días. Mire, necesito un taxi urgente. Debo estar en la estación de Sants antes de las dos, que sale mi tren. ¿En cinco minutos podría ser? —pregunto lo más educadamente que puedo a pesar de mis nervios y prisas.

—Tenemos un coche por la zona, le pongo en contacto con el conductor.

Mientras le indico al taxista la dirección de mi apartamento, guardo el neceser en la maleta y la cierro. Desenchufo el cargador del móvil y lo guardo en la mochila. La cuelgo sobre mi hombro derecho y arrastro la maleta hasta dejarla en la puerta de la entrada. Voy a la cocina y caliento una taza grande de leche en el microondas mientras vacío una botella de agua de un litro. Cuando el microondas anuncia que ha pasado su minuto, saco la taza y añado cuatro cucharaditas bien cargadas de café soluble y otras tantas de azúcar, remuevo y, con la ayuda de un embudo, lo vuelco en la botella. «Café para el viaje», celebro moviendo la botella como si fuese una maraca para que se mezcle bien. Giro el

tapón, le doy un sorbo y lo guardo en la mochila antes de bajar a la calle en busca de mi taxi.

—Buenos días, ¿cree usted que llegaremos a tiempo? —le pregunto al taxista antes de subir, mientras miro la hora en mi móvil.

—Nos sobra tiempo, señorita. Piense que mucha gente empezó ayer el puente y dudo que encontremos atasco. En quince minutos estamos allí. —Vuelvo a mirar la pantalla para asegurarme de la hora y calcular a qué hora llegaremos—. A menos cuarto estará allí —me interrumpe con una sonrisa, para tranquilizarme.

—¿Le importa si viajo en el asiento del copiloto? Como no vaya mirando la carretera me da a mí que me llevará mareada al hospital en vez de a la estación.

Él asiente y, con una sonrisa, entro en el vehículo.

Durante el trayecto, el hombre, de unos cincuenta años, lleva la vista fija en la carretera, y solo la aparta unos instantes para mirar por los espejos retrovisores. Esa relajación frente al volante me pone aún más nerviosa, si no acelera aprovechando que hay poco tráfico, no llegaré a tiempo. Cinco minutos de reloj y empiezo a contarle mi vida, por qué estoy en Barcelona y por qué pasaré el puente en la capital. Él asiente a todo, y deja escapar alguna sonrisa cuando escucha alguna de las burradas que suelto sin pensar.

—¿Sabes? Has sido un buen compi de trayecto, pocos hombres hoy en día saben escuchar, bueno, y mujeres..., que hay algunas que no escuchan porque no dejan de hablar, ¡madre del amor hermoso! —le digo cuando por fin veo las indicaciones próximas a la estación de tren—. Ya te he dicho que soy estudiante de periodismo. Pero me gustaría hacerte una pregunta como chica curiosa, ¿eh? No tiene nada que ver con que vaya a vender la información —añado, y consigo que, por primera vez en el trayecto, desvíe su mirada hacia mí y su risa llene el minúsculo espacio del coche—. Los taxistas, ¿tenéis que estudiar psicología? —Vuelve a mirarme, está vez extrañado—. Me refiero... Yo, por mis nervios, no me he callado, ¿tenéis que estudiar para poder aguantarnos?

—Creo que ni con esas —ríe—. Cada día surgen mil historias. Unos cuentan su vida, otros pasan el rato con el móvil y no hacen caso de nada, hay turistas que quieren visitar algo que está más lejos de lo que creen y te acusan de darles vueltas para llevarte más ganancias, también borrachos... Hay de todo en este trabajo.

Nunca, hasta el día de hoy, había pensado en ello, y tiene razón. Algún día me informaré.

—Ya hemos llegado, señorita. —Miro el taxímetro y, tras comprobar el importe, saco el monedero de la mochila para pagar.

—Quédese con la vuelta como propina, por su trabajo como psicólogo —le agradezco antes de bajarme y coger la maleta para salir corriendo en busca de mi tren.

Corro como si el mismísimo diablo me persiguiera con el palo de una fregona. «¿Es que no sabe que eso es para fregar el suelo? Métalo en un cubo de agua con friegasuelos, escúrralo y ¡jale! Que no es para prenderle fuego y perseguirme, ¡loco!», le grita en silencio mi cabeza.

Cuando llego al andén, suelto la maleta y me llevo las manos a las rodillas, me encorvo y suspiro mientras levanto la vista hacia el gran reloj que hay sobre unos bancos, ocupados por viajeros que también esperan.

Dejo la maleta y me siento encima, con la espalda apoyada contra la fría pared. Saco el móvil del bolsillo de mi abrigo y aprovecho para escribir a Nerea.

Anna: ¡¡Holi!!!!!! He llegado a la estación y me sobra tiempo, ¡yuhuuu! Supongo que cuando aparezca mi madre empezará con su típico sermón. En cuanto pueda huir, te aviso y voy a verte, ¿estarás en tu casa?

Nerea: Bajaré un rato al parque con Zoe, para que se entretenga. Escíbeme y lo vamos hablando, ¿vale? Por cierto, si sabes que tienes que coger el tren..., ¿por qué no te has levantado antes?

Anna: Ufff, ¡ni me lo recuerdes! Anoche salí y se me hizo demasiado tarde. Te juro que mi intención era estar a las tres como mucho en la cama, pero...

Nerea: ¿Esas son las ganas que tienes de que nos veamos? ¿Quieres que reciba antes a tu dolor de cabeza, a tus ojeras o a ti? Jajaja

Anna: ¡¡Desgraciada!!

Anna: Te dejo, llega mi tren. ¡Muacks!

Cierro el WhatsApp y guardo el móvil en el bolsillo. Cojo la maleta y la arrastro hasta llegar al tren y dejarla donde me indican. Y una vez en mi asiento, saco mi iPod de la mochila, me pongo los auriculares y... ¡que empiece la música!

—¡¡Auuuu!! —me quejo al recibir un golpe en el brazo. Abro los ojos y giro la cabeza en dirección al asiento de al lado para descubrir quién ha tenido tan poca delicadeza—. Un poquito de... ¿Hola?

—Perdóname. Tropecé y he sido incapaz de aterrizar con mis manos en otro sitio que no fuera tu brazo —se disculpa el chico.

—Yo a ti te perdono todo —digo, mirándole embobada—. Aunque... se me ocurren muchas cosas que podrías hacer para que se me olvide, ¿eh? ¡Yo me dejo!

—Mi nombre es Raúl, soy tu compañero de viaje... —dice mientras se sienta a mi lado.

—Yo soy Anna. —Separo mi culo del asiento y me abalanzo sobre él para darle dos sonoros y largos besos en las mejillas—. ¡Qué bien hueles!

Raúl es moreno, de ojos color miel y cuerpo musculoso. Aunque no pueda confirmar sus respuestas, decido creerle: me dice que es de Barcelona, que va a pasar el puente a casa de su abuela, que vive en un pueblo a las afueras de Madrid. Yo sigo con la retahíla de preguntas para llevarle al terreno que quiero, pero él debe intuir mi propósito, porque se dedica a cambiar de tema.

—¿Quedamos un día por Madrid y te enseño lo más bonito de la ciudad? —pregunto, directa al grano.

—Llevo años yendo a ver a mi abuela, así que pocos lugares me quedan por visitar... —responde entre risas.

—Yo te prometo una tarde Tupomicu —digo lo más seria que puedo.

—¿Tupo qué?

—Sí. Turismo por mi cuerpo. —Resuelvo su duda pestañeando exageradamente.

—¡Pero, tía! ¿Te has fumado algo?

—¿Eh? ¿Por qué? ¿Por ir directa al grano? —pregunto al ver su expresión—. Parece mentira que los tíos aún os extrañéis de que existan mujeres sin pelos en la lengua. Vosotros habláis así con los amigos. ¿Te molesta que sea tan directa? Porque yo de vergonzosa no tengo ni un pelo, y eso no tiene nada que ver con que me depile de arriba abajo —añado, guiñándole un ojo—. ¡Buen viaje, simpático! —le deseo lo más irónicamente que puedo. Vuelvo a ponerme los cascos y cierro los ojos para perderme en las canciones que empiezan a sonar.

Capítulo 2

A BUEN AMIGO, BUEN ABRIGO



—¿Estás bien, cariño?

Besos, besos y más besos.

—¿Comes bien? Mira que te veo más delgada.

—Sí, sí, y eso porque lo digas tú —respondo, aún entre sus brazos y recibiendo sus besos—. Estoy bien, como bien y... ¡estoy más gorda! Ya es mi cuarto año viviendo en Barcelona y aún no me crees cuando te digo que no me alimento de sándwiches ni de comida basura.

—¡Ay, hija! Que me preocupo por ti... —dice de tal forma que incluso me da pena.

Al fin, los brazos de mi madre me liberan y consigo acercarme a mi padre para abrazarlo. Él empieza a contarme sus últimos inventos, su día a día, y aunque sea lo mismo que escucho cuando hablamos por teléfono, es tal su entusiasmo mientras lo relata que no puedo interrumpirle. Coge mi maleta y empieza a caminar hacia los aparcamientos, mientras mi madre y yo vamos unos pasos más atrás, ella con su habitual monólogo.

Al llegar a casa, insiste en que meriende algo, que me ve muy delgada y con mala cara. «Mamá, ¿no te das cuenta de que llevo una resaca del quince?», me dan ganas de decirle. Pero no. Lo mejor será comerme un maldito bocadillo de atún que ya está preparando, sin mi aprobación. En unos momentos, el aceite resbalará por mis dedos y yo la miraré con ganas de asesinarla para que huya.

—Mala suerte... —susurro tras dar el tercer bocado.

—¿Qué dices, hija? ¿Quieres algo más?

—No, no. Decía que está buenísimo, pero que no sé si seré capaz de terminarlo. He comido un sándwich y patatillas hace nada en el tren —miento

como una bellaca.

—Eso no es comida, niña. Este bocadillo te va a alimentar más —repite por ¿enésima vez?—. ¿Quieres que llame a tu tía y vamos a ver a tus primos?

—¡Uf, no! Estoy cansada, vamos mejor mañana, ¿vale? —respondo poniéndole cara de corderito degollado para que acepte posponer sus planes—. Además, me gustaría ver a Nere un rato.

—Para eso no estás cansada, ¿no? —suelta mordaz.

—Sarna con gusto no pica —respondo burlona. Dejo el bocadillo en un plato sobre la encimera y me voy a mi dormitorio—. ¡Ay, camita, cuánto te he echado de menos!

Aunque no soy de siestas, la necesito. Cojo el pijama recién lavado que mi madre ha dejado encima de la almohada y lo cambio por la cantidad de ropa que llevo encima, ¡parezco una cebolla con tantas capas! Me tumbo y me tapo hasta las orejillas con esas sábanas tan calentitas y el edredón, me envuelvo en el aroma que desprenden, que solo mi madre consigue después de que salgan de la lavadora. Pongo tropecientas alarmas para no dormir más de la cuenta antes de dejarme atrapar por los brazos de Morfeo.

¡Pi, pii, piii, piii!!!

Estiro el brazo hasta coger el móvil. «¡Ay, solo cinco minutitos más! Que has jodido mi sueño en la mejor parte...», pienso mientras deslizo el dedo por la pantalla invitándolo a sonar de nuevo un poco más tarde. Me doy la vuelta y entonces caigo en la cuenta de que no estoy en Barcelona. De un salto estoy activa.

Saco de la maleta unos vaqueros y una camiseta ancha de lana en color gris. Me calzo mis botas altas grises y me desenredo el pelo. Me miro en el espejo de pie que hay en mi dormitorio. «¡Qué guapa, Anna! Ten cuidado, que vas a despertar las ansias de los tíos, ¡pivonazo!». Cojo el abrigo y un fular negro y blanco para el cuello. Guardo la cartera y el móvil en los bolsillos y salgo de la habitación. Mi madre está en el salón, viendo una telenovela tumbada en el sofá.

—¿Ya te vas, hija? —pregunta, aunque sabe la respuesta: llevo el abrigo puesto—. Tómame un vaso de leche o algo, no te vayas con el estómago vacío. ¿Te lo preparo? —insiste.

—No, mamá. Si hace nada que me has hecho comerme el bocadillo, ¿cómo voy a tener el estómago vacío? Vendré antes de cenar. Por cierto, no prepares cena como para tres familias numerosas, que te conozco —le advierto antes de salir.

Según cierro la puerta con llave, recuerdo que quedé en llamar a Nerea para saber en qué parque estaría. Así que la llamo y me dirijo hacia allí. Tardo más de la cuenta, porque me desvío por callejuelas en vez de ir por la calle principal,

para evitar cruzarme con conocidos que me entretengan con sus preguntas. Al girar la última esquina, veo a mi amiga, sentada en uno de los bancos frente al tobogán por el que Zoe se desliza, sonriente. Rodeo el parque evitando que me vea llegar y me sitúo justo detrás de ella, lo más sigilosamente que puedo.

—¡Tiiiiiiiitaaaaaaa! —grita Zoe cuando voy a taparle los ojos a Nerea, que al darse cuenta viene hacia mí.

—¡Tú te esperas! —le digo a mi amiga—. Tu renacuaja me ha jodido la sorpresa y primero la voy a achuchar a ella. ¿Cómo está mi ratoncita? —le pregunto sosteniéndola entre mis brazos—. ¿Me has echado de menos? —añado, liberando un brazo y dándole toquillos en la nariz con el dedo índice.

—¡Bieeeeeen! Estoy jugando con mis amigas —responde señalando al tobogán, donde tres niñas miran hacia nosotras.

—Venga, sigue jugando con ellas, que te están esperando. Mañana, si quieres, voy a tu casa y jugamos tú y yo, ¿quieres? —La pequeña me regala una de sus sonrisas y, cuando la dejo en el suelo, sale corriendo en dirección al tobogán—. ¿Qué paaaasa? ¡Ven aquí! —le digo a mi amiga mientras me acerco a ella y nos fundimos en un abrazo.

Nerea y yo siempre hemos sido uña y carne. A pesar de que nos llamamos a diario e intercambiamos mensajes a través del WhatsApp, a ambas nos falta el tenernos cerca y abrazarnos más a menudo. Hemos sabido llevar la distancia lo mejor posible y no hemos dejado que nuestra amistad se pierda por falta de contacto.

—Para, para, ¡que al final lloro! —Se separa de mi abrazo—. Vamos, ponme al día, ¿hay novedades?

—Emmmm, se puede decir que sí, no sé...

—¿Has vuelto a ver a Dom?

—¡No! —respondo alzando la voz—, ese es un *chuloplayas*. Una noche y hasta luego, ¡qué tío más plasta! Creo que tiene más cremas en su neceser que las que vaya a usar yo en toda mi vida. —Me río solo de acordarme de aquel chico al que conocí en una discoteca y, no sé por qué, le di mi número de teléfono y quedé una tarde con él.

—¿Entonces? ¿Anoche te acostaste más tarde por una nueva conquista? —pregunta abriendo los ojos como platos.

—¡Qué va! Algo más reciente... —Me mira sorprendida—. A ver, ha sido en el tren. Después de casi romperme el brazo, he empezado a darle conversación a un chico que estaba de muy buen ver, hay que decirlo. Pero luego me he mosqueado y he decidido escuchar música y pasar de él, hasta que, de repente...

—¿Te has despertado y lo estabas soñando, no? —empieza a reírse.

—¡Me ha besado! —le confieso.

—¡¡¡¿¿¿QUÉ???! —grita—. A ver..., que creo que me he perdido algo. ¿Os habéis conocido después de que, según tú, casi te rompe el brazo y no le has agredido? —Niego con la cabeza—. ¿Y habéis hablado y te has enfadado? —Asiento—. ¿Y te ha besado?

—Sí. Mi intención tras el golpe fue pegarle cuatro gritos cagándome en todo lo que se me cruzaba por la cabeza, pero cuando lo miré... ¡solo tenía ganas de que me empotrara! —afirmo bajando la voz, para que ningún niño me escuche—. Y nada, estuvimos hablando, riendo, hasta que me soltó que si me había fumado algo, por una cosa que le dije. Pero vamos a ver, ¿estamos locos o qué? Total, que me enfadé y pasé de él. Iba contemplando el paisaje para evitar mirarle a él de reojo y me estaba quedando dormida, y entonces, rápidamente, me cogió por la barbilla, me giró hacia él y me plantó un beso... ¡que menudo beso!

—¿Y? ¡Cuéntame más! —pide Nerea.

—Nada... Se me pasó el cabreo y volvimos a hablar durante el camino, aunque a veces nos interrumpíamos comiéndonos la boca —le digo, recordando el último tramo del trayecto—. Nos hemos intercambiado los números de teléfono, y cuando regresemos los dos a Barcelona, pues quedaremos, quién sabe...

Hablamos un buen rato, hasta que Nerea llama a Zoe para volver a casa, ducharla, darle la cena y acostarla pronto. Zoe se queja y le dice que quiere estar un ratito más, pero se queda más tranquila cuando le prometo que al día siguiente iré a verla y jugaré con ella toda la tarde. Me despido de las dos y camino de vuelta a casa con ganas de cenar y acostarme. «Resaca, ¡aléjate de mí!», grito en silencio.

A pesar de que mi cabeza ordena a mis pies a avanzar rápido, el corazón me obliga a ir más despacio. Observo todo cuanto me rodea y la nostalgia hace mella en mí. Este no es un gran pueblo, con sitios de interés turístico, pero es mi pueblo. En sus calles di mis primeras carreras cuando salía del colegio y quería llegar pronto a casa, dejar la mochila tirada encima del escritorio, comer y esperar que mi madre me diera permiso para ir con mis amigas al parque. Aquí soñé mi futuro, reí y lloré cuando huía y necesitaba estar sola. He crecido, madurado; he conocido gente que ya es imprescindible para mí y también a personas que, por un motivo u otro, se han alejado. Y sí, en este pueblo conocí a mi primer amor cuando tenía seis años y sufrí más tarde, cuando el destino, o mejor dicho el instituto, nos separó y él empezó a juntarse con chicas mayores. En ese momento decidí ponerme el escudo, tomarme las cosas con humor y no permitir que nadie lo traspasara ni me hiciera daño.

«¡Vamos! Con la mirada hacia el frente, que después de tantos años estás consiguiendo más de lo que esperabas. El pasado, pisado y olvidado», me animo mientras seco una lágrima que resbala por mi mejilla y empiezo a caminar más rápido, hasta alejarme de los recuerdos.

Al llegar a casa, mi madre está preparando la cena y mi padre lee las noticias de deportes en su tableta, sentado en el sofá. «Sí, es más moderno que yo», pienso al comprobar lo bien que maneja las nuevas tecnologías. Me siento a su lado e intento entablar conversación con él, pero está demasiado inmerso en sus cosas. Así que enciendo la televisión, que seguro que me entretendrá más que él. Como no hay ningún programa que me guste, me levanto y voy a la cocina a ayudar a mi madre, que me manda a descansar alegando que ella se encarga de todo.

—Estás de vacaciones, descansa y disfruta —sentencia. No le hago caso y me pongo a su lado a cocinar y ayudarla.

Cuando terminamos de cenar, me encierro en mi dormitorio, cotilleo la foto de Raúl y contesto a las conversaciones de WhatsApp. Bloqueo el móvil y lo dejo encima de la mesita de noche, apago la luz y me acurruco a la espera de quedarme dormida.

Capítulo 3

LA SOLEDAD NO TRAE FELICIDAD



Siento frío incluso estando arropada. Una leve luz entra por los pequeños huecos de la persiana y escucho unos pasos lentos. Alguien posa una mano encima de mí y recorre mi espalda desde mi hombro hasta la cintura.

—Cariño, despierta —susurra mi madre.

—Dame un ratito más..., tengo mucho sueño —le pido con la boca seca, entre bostezos.

—Vamos, Anna, hay que aprovechar los días que estás aquí, no puedes pasártelos durmiendo.

—¡Mamááááá! —me quejo sabiendo que conseguirá salirse con la suya—. Déjame un ratito más, porfis. Dormir también es aprovechar el tiempo. Es uno de los mayores placeres de la vida.

—Tus primos están deseando verte y le he dicho a tu tía que íbamos nosotras, así que deja de zanganear en la cama y arriba.

«¿Para qué malgastar tiempo y saliva en discutir con ella?», me pregunto mientras me estiro sentada en la cama, con las piernas todavía bajo las sábanas. Aunque sabe que lo odio, su manía de abrir las ventanas por la mañana no desaparece. «Acaba de hacerlo y esto ya parece Narnia», me quejo, frotándome los brazos, del frío que entra. Me levanto y arrastro los pies hasta llegar al baño, extendiendo una alfombra junto a la ducha y dejo una toalla encima del bidé, vuelvo a mi dormitorio y cojo ropa interior limpia. Me doy una ducha rápida y vuelvo a ponerme el pijama antes de ir a la cocina a desayunar.

—Hola, mami. —Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla.

—Vamos, desayuna rápido, que ya te has entretenido bastante... ¿Qué haces con el pijama? —pregunta atónita.

—Me he duchado y me lo he puesto, cuando acabe de desayunar ya me visto, no me seas ansias, anda... —Bostezo pensando que me mataría si volviera a meterme en la cama a dormir un par de horas más—. Por cierto, ¿no puedes esperar a que me levante y me vista para abrir las ventanas? ¡Casi me quedo tiesa como una estatua de hielo!

—La casa se tiene que orear... —responde, como siempre.

—Sí, que se oree la casa, que da igual si tu hija se queda como un pajarillo —me quejo mientras mojo galletas en el vaso de leche que me ha preparado para desayunar.

Un rato más tarde me coloco unos vaqueros de pitillo y una camiseta de lana marrón con cuello alto a juego con mis botas peludas, como yo las llamo. Me cepillo la media melena y me coloco un gorro para evitar que el pelo se me venga a la cara con el aire. Cojo mi abrigo y aviso a mi madre de que estoy preparada para irnos. Ella se pone el suyo, se cuelga el bolso y salimos de allí en dirección a casa de su hermana.

Nada más tocar el timbre, mis primos salen corriendo y se abalanzan encima de mí. Siempre han tenido una conexión especial conmigo y, como vivo tan lejos, cada vez que vengo de visita compiten por ver a quién hago más caso. A pesar de que son unos trastos y no se están quietos ni un segundo, me dedico a observarlos para ver si descubro alguna diferencia entre ellos. Igual de rubios, mismo color de ojos, ninguna cicatriz en la cara que pueda ayudar a distinguirlos, idéntico carácter, mismos gustos e igual de traviesos. Sin duda, no necesitan un espejo, basta con que cada uno mire a su hermano gemelo.

—Tomy, Ángel, ¡YA! —grita mi tía—. ¿Podéis dejar a la prima un rato para que se tome un café con vuestra tía y conmigo?

—¡Jo, mami! Queremos jugar con ella —responde Ángel, apenado, antes de girarse hacia su hermano y regalarle una sonrisa traviesa.

—Eh, chicos, luego seguimos. Voy un rato con ellas y así no se enfadan, ¿vale? —les digo extendiendo las manos con las palmas hacia arriba, para que choquen una cada uno como sello de nuestro trato.

Me siento en el sofá al lado de mi tía, que, como buena hermana de mi madre, no me quita la mirada de encima mientras insiste en que pruebe un trozo del bizcocho que ha preparado especialmente para mí. Entre las dos hermanas me obligan a coger una porción a pesar de que mi estómago me pide a gritos que no lo haga.

—¿De amores, cómo vas? —pregunta. Veo como mi madre deja la taza de café en la mesa y me mira fijamente. «¡Será cotilla!»—. ¿Para cuándo nos presentas un buen muchachote que te lleve al altar?

—¿Yo? ¿Altar? —pregunto sorprendida—. Antes de que eso ocurra me tatúo lo que me pidas —añado, convencida de que no me casaré—. De momento no quiero saber nada de relaciones. Voy a centrarme en terminar la carrera, conseguir hacer las prácticas por Madrid y disfrutar lo que pueda. Ya me tocará ser más responsable cuando logre un trabajo, o me toque viajar y perderme muchos momentos.

—¿Sabes algo de Matteo? —pregunta con nerviosismo.

Mi madre aparta la mirada y vuelve a coger su taza de café, le da un sorbo mientras sonrío mirando a mis primos.

—No. No quiero saber nada de él —respondo con lástima—. ¿Sabes? Creo que es lo mejor. Imagino que en aquel momento me pareció todo tan bonito porque veía a Nerea con Hugo, lo bien que se entendían, los mirabas y no notabas la diferencia de edad. Y yo creía que esa misma conexión podríamos tenerla Matteo y yo. Pero no, él estaba demasiado centrado en el trabajo. Cada vez que me proponía ir a visitarlo, yo aceptaba sin pensar, porque tenía necesidad de verlo, pero siempre ocurría algo con su trabajo y al final teníamos que anular los planes. Viajaba a Italia en vez de venir aquí porque quería estar con él, y luego acababa en su apartamento, encerrada mientras él trabajaba. Me cansé de luchar por alguien que, aunque me prometía que estaríamos juntos, acababa anteponiendo sus quehaceres a aprovechar su tiempo libre conmigo. Siempre iba yo, y siempre esperé a que él me sorprendiera y se presentara en Barcelona a pasar un fin de semana conmigo.

—¡Ven aquí, enana! —me interrumpe al ver que la voz se me quiebra y mis ojos vidriosos amenazan con llorar al pensar en él—. Sabes que la tita Clara siempre te va a apoyar, ¿no? Y tu madre también.

—Lo sé. Os agradezco mucho todo lo que hacéis por mí, aunque ya sabéis que los lloriqueos y las ñoñerías no me van...

—¡Esa es mi cabra loca! —se alegra mi tía al verme sonreír cuando vuelvo a ponerme el escudo y le doy esquinazo al tema de Matteo. Tras hacerle una seña a mi madre, las dos me abrazan—. ¡Sándwich de chicas Riera! —vitorrea, y las tres rompemos en carcajadas bajo la mirada de mis primos, que no entienden qué nos pasa.

Después de terminarme el café y hablar un rato con mi madre y mi tía, me siento en el suelo a jugar con mis primos antes de que se revolucionen más. Y para que dejen de corretear por el salón y no tener que ir detrás de ellos, les pregunto si les apetece echar un parchís o una oca. Los dos aceptan y yo suspiro. «¡Bien! Un juego que les gusta y no tengo que estar moviéndome», celebro con sueño.

—Anna, ha sonado tu móvil —me avisa mi tía desde el sofá, señalando mi abrigo. Me levanto y saco el aparato del bolsillo, lo desbloqueo y descubro un WhatsApp de Nerea:

Nerea: ¡Anna! He hecho una burrada de macarrones con salsa de queso, ¿te apetece venir a comer a casa?

Anna: ¿Eh? ¿Qué pasa, que si no tienes sobras para darme no me invitas? ¡Anda y que te den!

Nerea: ¡Que te zurzan! Bueno, ¿te apuntas?

—Mamá, es Nere, me invita a comer a su casa —le digo a mi madre antes de responder a Nerea.

—Ve si quieres. Para comer tengo lentejas que sobraron ayer —responde ella.

Anna: Ya lo he consultado con mi señora madre, ¡me apunto! Espero que no te hayan salido sosos ni nada por el estilo. ¿A qué hora voy?

Nerea: Como mucho en una hora, ¿vale? Y que sepas que soy mejor cocinera que tú, a mí nunca me sale la comida como para tirarla a la basura, como a otras.

Anna: Para un pollo que chamusqué... En fin... ¡Vale! En una hora estoy allí.

Sigo jugando con mis primos hasta terminar la partida y me despido de ellos prometiéndoles que antes de volver a Barcelona iré a verlos otro día. Salimos de allí y acompaño a mi madre a casa para aprovechar y coger un puzle que compré para Zoe.

Entro en mi dormitorio y saco la bolsa de la maleta. Cojo los auriculares del móvil, pongo música y me coloco un auricular. Me despido de mis padres y salgo en dirección a la casa de Nerea sumida en la música que escucho. Recorro el camino que tantas veces he andado y que podría hacer con los ojos cerrados.

—¡Anna! —Escucho que alguien grita mi nombre. Me giro y... ¡joder! Pongo mi sonrisa más falsa antes de responder, más por educación que por ganas.

—¡Hola, guapa! ¿Qué tal?

—Bien. No sabía que estabas por aquí, ¿cómo te va todo?

«¿Y a ti qué te importa si estoy por aquí o por la Conchinchina?»

—He venido a pasar unos días. Me alegro de que te vaya bien. Tengo que irme, he quedado —respondo con ganas de terminar esa insulsa conversación.

—¡Qué sorpresa! —escucho a mi espalda.

No necesito girarme para saber quién es, y a pesar de que no quiero verle la cara, no me queda más remedio cuando se acerca a «mi amiga» y la agarra por la cintura.

—Sí, una grata sorpresa —respondo con ironía, levantando la parte izquierda de mi labio superior y dedicándole una mirada de desprecio—. Siempre será un placer cruzarse por la calle con el desgraciado al que más asco tengo y con una «amiga» que sabe bien lo cabrón que eres, y el daño que hiciste a Nerea, disfrutando de una relación tan bonita... y asquerosa.

—Anna, no seas así, ¿vale? —me reprocha ella.

—¿Perdona? ¿Que no sea cómo? A ver, vamos por partes, Sandrita... Mario es un cabrón, sabes lo que le hizo a Nerea, que si no recuerdo mal era tu amiga. ¿Y a ti qué se te ocurre? Liarte con él porque es maravilloso. Pero no, eso no lo hace una amiga. Los ex de nuestras compañeras se respetan, y más cuando las hemos visto sufrir por un cabrón como este, ¿lo entiendes o eres cortita? —le suelto cabreada—. Me voy, que he quedado, espero que seáis muy felices, comáis perdices caducadas y os vomitéis en vuestra cara, ¡que me dais repelús!

Y tras transmitirles tan buenos deseos para su bonito noviazgo, me pongo el auricular de nuevo y sigo caminando en dirección a casa de mi amiga con la cabeza bien alta, marcando cada paso con un buen movimiento de cadera, para que se enteren de que me he quedado más a gusto que unas castañuelas. «Increíble, de verdad..., ¿cómo puede haber gente así?», me pregunto sin poder borrar de mi cabeza la imagen de Sandra y Mario juntos.

—¡Hola, ratoncita mía! —saludo a Zoe cogiéndola en brazos cuando me abre la puerta—. ¿Has visto como sí he venido a verte?

—Vamos a comer macarrones blancos, ¿tú quieres? —pregunta riéndose mientras le hago cosquillas.

—Si me invitas, sí; si no, me quedaré sin comer y me dolerá la tripa y no creceré. —Pongo cara de cordero degollado.

—¡Síííí! —grita emocionada—. Le voy a decir a mi mami que comes con nosotras. —La dejo en el suelo y sale corriendo en dirección a la cocina—. ¡Mami, mami! La tita ha venido y la he invitado a comer, ¿se puede quedar, a que sí? —le pregunta a Nerea, y a mí se me cae la baba mientras entro detrás de Zoe en la cocina y veo la escena. «¡Vaya madraza está hecha mi amiga! Y

menudo gilipollas el dueño del espermatozoide por el que mi sobrina está aquí...», pienso mirando a la niña, incapaz de creerme que Mario haya podido hacer algo bien hecho.

Mientras Nerea termina de preparar la comida, Zoe y yo ponemos la mesa.

—Papi, ¿dónde estabas? —pregunta Zoe poniendo los brazos en jarra cuando Hugo entra en la cocina—. Tenías que ayudarme a poner la mesa.

—Pequeña, estaba en la ducha —responde él, tranquilo, mientras le sonrío.

—Pues muy mal. Me ha tenido que ayudar Anna, que está invitada, y eso está feo papi.

—No pasa nada, ratoncita. La tita es como de casa, así que no te enfades con papi, ¿vale? —digo yo antes de saludar a Hugo con dos besos.

Los tres nos sentamos alrededor de la mesa y Hugo es el encargado de servir los platos. Comemos entre nuestra conversación y las preguntas de Zoe y al terminar recogemos la mesa.

Hugo sale a correr y Nerea y yo entramos en el dormitorio de Zoe para ayudarla a hacer el puzle que le he traído y tanto le ha gustado. La pequeña no tarda en terminarlo, así que nos ponemos a jugar con sus muñecas. Nerea y yo nos reímos al recordar cómo éramos nosotras de pequeñas, igualitas a Zoe jugando.

A las ocho, Nerea empieza a preparar la cena de la pequeña y yo me ofrezco para bañarla y ponerle su pijama.

—Tita, ¿sabes que te quiero mucho? —me dice mientras le doy de cenar.

—¿Y tú sabes que la tita te quiere mucho mucho? —Ella asiente.

—¿Vas a venir otro día a verme antes de irte?

—Claro que sí, ratoncita —respondo con una sonrisa. Siento que, a pesar de haber crecido lejos de mí y de lo poco que me ha visto, me echa de menos, y eso consigue emocionarme—. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—Sí, y prometo que no se lo voy a decir a nadie —responde, sacándome otra sonrisa.

—Ya queda muy poquito para que la tita no viva tan lejos y pueda venir a verte todos los días —le digo, porque estoy deseando terminar la carrera y volver a Madrid, a mi vida—. Aunque tú no lo sepas, la tita tiene muchas ganas de volver aquí para no teneros lejos a tu mamá y a ti —añado mirando a Nerea, que está sonriendo, pero sus ojos me transmiten la tristeza que guarda—. Nunca pensé que sería tan duro vivir lejos para poder cumplir mi sueño de estudiar periodismo —le digo a mi amiga con lágrimas en los ojos, y las dos nos abrazamos para darnos la fuerza que necesitamos.

—Unos meses y todo volverá a la normalidad —susurra en mi oído.

—Vamos, ratoncita, que ya has terminado de cenar. A lavarse los dientes y a la cama —animo a la pequeña levantándola de su silla y acompañándola.

La acuesto en su cama, la arropo y le doy un beso de buenas noches.

—Te quiero, canija —le susurro. Apago la luz y vuelvo a la cocina.

—Neni, yo me voy a ir ya, que es tarde y llevo aquí todo el santo día —le digo a Nerea tras mirar la hora en el móvil.

—Llama a tu madre y quédate a cenar. Tengo ganas de estar más tiempo contigo, y así hablamos sin que la niña nos interrumpa —me pide ella.

Yo también tengo esa necesidad. Cojo el móvil y aviso a mi madre de que no iré a casa. Luego guardo el teléfono y me acerco a mi amiga con lágrimas en los ojos y un nudo en el estómago.

—Te necesito tanto... —rompo entre sus brazos—. Necesito volver ya. No puedo más —confieso después de mucho tiempo callándolo.

Capítulo 4

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE



Un sonido me alerta de que no estamos solas. Levanto la mirada y veo a Hugo en la puerta de la cocina, y cuando descubre que estoy llorando se acerca a mí y me abraza. Sin entender por qué, me libero del abrazo de mi amiga y dejo que los brazos de Hugo me acojan.

—¿Qué te pasa? —me susurra tocándome la cabeza como si fuese una niña pequeña. Mis lágrimas aumentan y el temblor de mi cuerpo se lo dice—. Vamos al salón, chicas —nos pide a las dos en un tono relajado.

Nerea me coge por la cintura y las dos caminamos hacia el salón delante de Hugo. Nos sentamos en el sofá y sé que me toca explicarme, a pesar de que no me gusta hablar cuando me siento mal ni desaprovechar los momentos contando lo que me atormenta; prefiero tragarme mis problemas y transformarlos en situaciones cómicas para que las risas sean las protagonistas.

—Anna, sé lo difícil que es para ti, pero no puedes callarte las cosas, a veces es mejor desahogarse para liberarnos del peso que cargamos. Sabes que puedes confiar en mí, en nosotros —rectifica mirando a Hugo—, y es posible que con nuestra opinión, desde fuera, te ayudemos a verlo todo de una forma mejor, lo sabes, ¿verdad? —Asiento—. Venga, desahógate.

—Lo sé, chicos, pero no estoy preparada. Y no quiero chafaros la noche con mis penurias, que son tonterías —intento excusarme para evitar la conversación.

—No nos vas a chafar la noche. Eres la mejor amiga de mi novia y sé que si no le cuentas qué te pasa, se preocupará mucho por ti. Si el problema es que estoy yo presente, dímelo y os dejaré solas. Creo que necesitas liberarte, y tú

mejor que nadie sabes que Nerea es tu apoyo, que no confías en ninguna otra persona para desahogarte —interviene Hugo.

—Es por él... —Confirmando las sospechas de ambos agachando la cabeza, avergonzada—. Echo de menos sus mensajes, la ilusión de verle y estar con él aunque tuviera que trabajar casi siempre. Pero después del trabajo volvía a su casa y allí estaba yo, y entonces me olvidaba del tiempo que había pasado sola y ya solo quería disfrutar juntos esos ratitos. Nerea, tú lo sabes, nunca me había pillado por ningún tío y mucho menos mi intención era prometerme con nadie. Siempre he pensado que solo tenemos una vida, una juventud, y que debemos disfrutarla. Ya llegarán los treinta para asentar la cabeza y empezar una relación, formar una familia y esas cosas tradicionales que vemos desde que nacemos, que nos sentimos obligadas a hacer para no convertirnos en viejas solteras rodeadas de gatos, y que la gente nos mire mal y piense que hemos sido incapaces de conocer el amor. ¿Por qué tuvo que cruzarse el maldito *italianini* en mi camino? ¿Por qué me inyectó las insoportables mariposas en el estómago? ¿Por qué?

Hablo sin apenas pararme a respirar, enfadada, en busca de respuestas. Las palabras salen de mi boca sin pasar por ningún filtro, sin que las haya pensado antes de decirlas.

—Hugo, perdona... —dice Nerea a su chico cuando intuye que va a responderme—. Anna, tú me conoces mejor que nadie. Has estado siempre conmigo, me has apoyado en todo lo que he decidido aun cuando me equivocaba. Sabías que el innumerable me engañaba y me avisaste, me diste tu opinión y maldita la hora en la que no te hice caso e incluso llegué a mentirte para seguir viéndole. Yo creía estar enamorada, pero con el tiempo me di cuenta de que nunca fue así y, cuando menos lo esperaba, apareció Hugo. No te tortures porque tu relación no haya salido bien. Quizá, por tu forma de pensar, te pareció que sentías más de lo que sentías en realidad y te engañaste a ti misma. ¿Quién te dice que mañana no llegará otro que te enamore de verdad? Recuerda, hay más tíos que aire para respirar.

—¿Y quién te dice a ti que no estoy enamorada hasta las trancas del idiota del *italianini* y que nunca encontraré a otro como él? —la interrumpo ofendida.

—En ese caso, ¿por qué le dejaste, Anna? —Desvió la mirada hacia Hugo. Sus palabras acaban de clavarseme como cuchillos y mi enfado va a más.

—Cómo se nota que es tu amigo, ¿eh? —Le tiro mis cuchillos a él—. ¿Así pensáis que cambiaré de opinión? Esto es una gilipollez, porque por mucho que intentéis animarme o me hagáis ver que os doy pena y queráis ayudarme, sé que me veis como la mala del cuento, porque he sido yo la que ha roto la relación. Creo que lo mejor es que me vaya —añado, levantándome del sofá.

—No, Anna, de aquí no te vas —vuelve a interrumpirme Hugo—. Solo te he preguntado que por qué le dejaste. Ni le estoy defendiendo ni te estoy defendiendo. Yo sé cómo estás tú, porque lo veo y Nerea me lo cuenta. Sé cómo está mi amigo, y te puedo asegurar que no se pasa los días tirando cohetes celebrándolo. ¿Quieres saber cuál es el problema? Tú... Por un lado quieres huir, y por otro lado te sientes presionada porque el corazón te pide estar con él. En cuanto te aclares, verás que todo irá bien, pero no puedes permitir que el miedo gane la batalla que tu corazón quiere vencer.

—No lo has entendido, ¿eh? Mira, a ver si te queda claro. Yo le quiero, lo dije, lo digo y lo diré, pero si nada más empezar la relación él ya se comporta así, ¿qué pasará en unos años, cuando la rutina nos alcance? De verdad, Hugo, ¿te parece normal que yo viaje hasta Monza para verlo y él anteponga el trabajo a estar conmigo? ¡Joder! Para un fin de semana al mes o cada dos meses que nos vemos, ¿no puede dejar de lado el trabajo dos putos días? —grito enfurecida.

—¿Alguna vez le has preguntado en qué trabaja? ¿Alguna vez le has preguntado por qué no puede posponerlo? No, Anna, simplemente te has limitado a liársela cada vez que surgía un imprevisto y tenía que marcharse a trabajar. Diálogo, Anna, diálogo. Si las cosas no se hablan, no sabéis qué pasa y por qué se elige lo que se elige.

—Que sí, que vale, que me parece perfecto —contesto a la defensiva—. ¿Vamos a seguir con el temita? Porque mira que me voy rápido a mi casa, ¿eh? Que no he venido aquí para enfadarme, sino a pasármelo bien y olvidar mi triste vida en Barcelona.

—Solo si me prometes que estás bien —me dice Nerea mirándome a los ojos.

—Dicen que todo pasa por algo, y lo hecho hecho está. Tendré mis bajones y esas cosas, pero no voy a lamentarme siempre, él se lo pierde —le miento, sonriendo, y trato de cambiar de tema lo antes posible—. Voy a empezar de cero, a guardar en el corazón los grandes momentos que he vivido y a echar de mi vida a quien alguna vez me dañó. ¿Preparamos la cena? No quiero llegar muy tarde a casa, llevo todo el día fuera y mi madre es capaz de estrangularme.

Ayudo a mi amiga a calentar el puré de verduras y hacemos una tortilla de patatas para cenar. En la mesa nos mantenemos distantes, pues ninguno sabemos de qué hablar, y nos dedicamos a cenar prácticamente en silencio. Cuando terminamos, Hugo propone ver una película, pero tengo ganas de irme y, con la excusa de ver a mis padres y dejarles un rato a solas, me despido de ellos y regreso a casa.

Es un día festivo, y por el camino me cruzo con unos chicos vestidos con sus mejores vaqueros y camisas sin arrugas, que dudo que hayan planchado

ellos. Las chicas llevan sus faldas más cortas o sus vestidos más provocadores. Se dirigen a la discoteca para disfrutar de la noche. Recuerdo cuando, cada fin de semana o día de fiesta, me arreglaba en mi dormitorio con ganas de salir a bailar, reírme y pasármelo bien hasta que amaneciera, e incluso, si tenía ganas, liarme con algún chico y pasar un buen rato. «Me he vuelto una vieja», pienso al recordar esa época lejana. Sí, sigo saliendo de fiesta en Barcelona, cada jueves, a decir verdad, pero el entusiasmo ya no es el mismo, ahora lo hago por charlar y conocer gente en la ciudad, por salir de casa y no quedarme ahí, amargada entre mis apuntes, y olvidarme de lo lejos que tengo a mi gente.

—¡Eh! ¡Eh! —escucho unos gritos—, ¿Anna? —«¿Quién me ha reconocido de espaldas?» Ignoro a quien quiera que sea, pero no deja de insistir—. ¡Annaaaaa! ¿Eres tú? —vuelven a llamarme. Acelero el paso mientras oigo la voz cada vez más cerca, hasta que noto que me tocan el hombro y no puedo salir corriendo—. ¡Joder, Anna! ¿No me oías? ¿Qué tal? Cuanto tiempo sin verte, ¿no? ¿Qué es de tu vida?

—Em... hola. Pues no, no te había escuchado. Entre tanta gente gritando y que voy pensando, no me entero de nada, lo siento —miento como una bellaca—. ¿Qué tal, Víctor?

—Todo bien, no puedo quejarme. Trabajo en la empresa de mi padre y soy el jefe de personal. Empecé yendo a ayudar mientras me sacaba la carrera y, bueno, al final conseguí aprobarla rápido y después de las prácticas mis padres confiaron en mí. Y estoy muy contento, la verdad...

—Enchufe del bueno, ¿no? —le digo entre risas.

—Para nada, es más, los trabajadores están encantados. Todos se aprovecharon de mí cuando iba a ayudar, ya que mi padre les insistía en que me trataran como uno más. Enseguida vieron que no era el hijo de..., así que tenemos buena relación. Se alegran de que sea su jefe, porque les trato como amigos, aunque alguna vez tenga que regañarles. ¿Y tú? Háblame de ti, ¿no?

—Poca cosa..., estudio en Barcelona y vengo de vez en cuando. Pero bien, deseando terminar. Bueno, no te entretengo más, que ya te he quitado bastante tiempo y te están esperando —le digo al escuchar como le reclaman sus amigos.

—¿Tienes algo que hacer? —Niego. Irme a casa a dormir no es nada importante—. ¡Vente a tomar algo con nosotros!

—Uy, no, eso sí que no. ¿No ves qué pintas llevo? Además, no conozco a tus amigos y sería un incordio. Pásatelo bien —digo, y me lanzo a darle dos besos para despedirme—, me he alegrado de verte.

—Yo también, ha sido una sorpresa —responde mostrándome su sonrisa—. Ahora mismo me apetece un montón seguir hablando contigo, ¿quieres ir a cambiarte y nos vamos a tomar algo al *chill out* nuevo que han abierto?

—¿Y tus amigos? —pregunto sorprendida.

—Los tengo muy vistos y no pondrán pegas —afirma—. Apunta mi número y cuando estés lista me escribes y te recojo en tu casa, ¿te parece?

Sin ninguna duda, asiento y apunto su número en mi móvil. Me apetece distraerme y recordar viejos tiempos. Y así evitaré irme a la cama con la imagen de Matteo en la cabeza.

—En un rato te veo —dice Víctor, y me da dos besos.

Continúo caminando mientras pienso si he hecho bien en aceptar su petición. Tengo ganas de hablar con él, de despejarme y perderme en anécdotas, pero por otro lado tengo miedo. Me da vergüenza descubrir que él es feliz con su vida mientras yo me torturo pensando que la mía se ha estancado, que no estoy disfrutando ni consiguiendo las metas que una vez me planteé. He aceptado y no me queda más remedio que tirar hacia adelante e intentar sacar a la verdadera Anna, la que es valiente y se enfrenta a todo, la que busca risas en cada paso y da esquinazo a cualquier recuerdo triste. «¿Cobarde yo? Eso es perder el tiempo.»

Capítulo 5

CUANDO EL PÁJARO LA PICA ES CUANDO LA FRUTA ESTÁ RICA



—¿Ya estás aquí? Pensaba que llegarías más tarde —me pregunta mi madre cuando entro en casa.

—En principio pensaba quedarme a ver una película o algo, pero he preferido dejarles un rato a solas, que me he tirado todo el día en su casa — respondo—. Por cierto, voy a salir a tomar algo. Me he cruzado con Víctor y vengo a cambiarme, ¡que menudas pintas llevo!

—¿Víctor? ¿Qué tal le va? Hace muchísimo que no le veo —pregunta mi madre sacando su vena cotilla—, ¿necesitas dinero?

—Parece que bien, ahora hablaré con él y mañana te lo cuento —le aviso para que sepa que le sacaré toda la información que ella desea—. Tengo dinero, y tampoco pienso gastar mucho.

—Anda, coge veinte euros de mi cartera y te tomas lo que te apetezca. Para una noche que sales aquí, no quiero que vayas como una rúcana —insiste, haciendo referencia a que no he vuelto a salir de fiesta por Madrid desde que Nerea se quedó embarazada.

Entro en mi dormitorio y busco algo que ponerme entre la ropa colgada en el armario. Un pantalón ajustado de cuero falso decide ser el elegido y no le pongo ninguna pega. También yo lo elijo a él. Cojo una camiseta de tirantes blanca y sobre ella me coloco una camisa blanca. Me calzo unos sencillos zapatos con tacón de color blanco que conjuntaré con mi abrigo largo del mismo color. Voy hacia el aseo y me maquillo ligeramente. Unos polvos por aquí, colorete por allá, rímel de ese barato que ni se nota y, eso sí, los morros rojos con

un pintalabios que, según anuncian, dura hasta diez horas. Me cepillo el pelo y lo dejo a su aire. Vuelvo a mi dormitorio y le escribo un mensaje a Víctor diciéndole que ya estoy lista y que me avise cuando llegue al portal, para que baje. Mientras espero a que responda, me pongo perfume y me siento en la cama a mirar las redes sociales.

Víctor: Estoy frente a la puerta de tu casa.

Anna: Ya salgo.

Me pongo el abrigo y guardo el móvil en el bolso. Paso por el salón y me despido de mi madre, que está medio dormida en el sofá, viendo una película. Ella asiente y me dispongo a salir de casa.

—¡Uau! ¡Estás guapísima! —me piropea Víctor al verme—. Para que luego muchas se excusen de que tardan en prepararse para estar guapas.

—Si tengo que tirarme horas probándome ropa y maquillándome delante del espejo, antes de salir de fiesta llego al hospital de un infarto. ¡Cómo odio arreglarme, con lo cómoda que voy en vaqueros! ¿Por dónde vamos? —le pregunto, porque no sé dónde han abierto el *chill out*.

Él empieza a caminar y yo le imito a su lado. Solo oímos el ruido de mis tacones. No se me ocurre ninguna pregunta para romper el hielo y empiezo a pensar que ha sido un error aceptar.

—Es ahí —indica señalando un cartel al fondo de la calle—, dicen que está genial. Hace un mes que lo abrieron, pero aún no he entrado.

—¡Ajá! Bien, pues a ver qué tal. Mira, algo que hacemos juntos por primera vez —digo para extender mi respuesta y no limitarnos a monosílabos.

—Otra cosa más querrás decir —responde guiñándome un ojo.

—Se podría decir que sí —admito tras el ataque de tos que me da al escucharlo.

—¿No tienes pareja? Vamos, me refiero, que no estarás pendiente del móvil y no tendrás problemas con nadie por salir a tomar algo conmigo a solas...

—¿Yo? No, estoy soltera —digo más para recordármelo que para confirmárselo—, ¿y tú? Mira que no tengo ganas de que aparezca alguna celosa y me tire de los pelos al verme sentada contigo.

Llegamos a la puerta del local y él me cede el paso. Me agarra cariñosamente de la cintura y me señala una mesa al fondo. Su mano sobre mí hace que sienta cosquilleos, y por un momento deseo no llegar a la mesa para no perder el contacto. Pero llegamos y él hace un gesto para que le deje ayudarme a

quitarme el abrigo, un gesto que me llama la atención, y accedo. Me siento en el sillón y él, tras quitarse el suyo, se sitúa a mi lado y coge la carta que hay sobre la mesa. Me la ofrece para que elija la bebida. La ojeo por encima y enseguida me decido por un cóctel.

—Buenas noches, ¿han decidido ya? —nos pregunta el camarero.

—Sí, ella tomará un Strawberry Daiquiri —dice Víctor, y se gira hacia mí. Yo asiento para confirmarle que era eso lo que había elegido—, y para mí un Miti-Miti, gracias.

—¿Qué te has pedido? —digo entre risas, porque el nombre me parece gracioso.

—Miti-Miti, mitad cerveza rubia y mitad cerveza negra —confirma.

—En mi vida había escuchado eso, ¿está bueno? —le pregunto con cara de asco.

—Lo he probado en otros sitios y sí, lo está, espero que aquí también.

Observo el lugar. Todas las mesas tienen cómodos sillones y están iluminadas por una pequeña vela que acompaña la poca luz del local. La gente charla de forma tranquila, sin levantar la voz, y todo está decorado en blanco y negro, con algún dibujo en gris que cubre las paredes. Se respira tanta paz que si cerrara los ojos sería capaz de dejarme caer en los brazos de Morfeo. El camarero no tarda en llegar con nuestro pedido y Víctor me ofrece su copa para que pruebe la bebida.

—¡Eh! Pues está bueno —digo sorprendida—. ¿Quieres probar este? —le pregunto acercándole la mía.

—¡Disculpa! —llamo la atención del camarero—, ¿nos puedes traer otra ronda? —Él asiente—. Me tomo una más y me voy para casa —le digo a Víctor.

—Anna, yo creo que con las dos que te has tomado estás servida, ¡vaya coloretos llevas!

—Soy una egoísta, me he comido las dos fresas que había en el cóctel, esta vez dejaré que las pruebes, ¡te va a gustar! —propongo entre risas—. Cierra los ojos y confía en mí.

El camarero llega con las copas y las deja sobre la mesa.

—Estás ahora mismo en un plan que no me fío ni un pelo.

—¿Perdona? No te he hecho nada malo, venga, va, cierra los ojos. Confía en mí —vuelvo a pedirle. Con una sonrisa veo sus ojos cerrarse lentamente y, como no me fío de él, se los tapo con la mano—. Cuenta hasta diez y abre la boca.

Él asiente y yo aprovecho para morder un cachito de la fresa. Después muevo el trozo que tengo en la mano por encima de sus labios y juego con él.

De repente lo retiro, acerco mis labios a los suyos y le invito a coger el que permanece en mi boca. Él acepta. Retiro mi mano de sus ojos y me dejo llevar. Cierro los ojos y pongo todos mis sentidos en ese beso. Sus labios buscan los míos, su lengua juega con la mía y yo me pierdo en las sensaciones que Víctor me provoca.

—Esta fresa estaba mejor que las anteriores —le digo tras separarse nuestros labios.

—Las otras no lo sé, pero esta me ha sabido a gloria. ¿No tendrán más? —pregunta picarón, y se lanza a mi boca de nuevo.

Pagamos la cuenta, y cuando el camarero se acerca a traernos el cambio, doy el último sorbo a mi cóctel. Víctor se levanta y me ayuda a ponerme el abrigo. Mientras subo la cremallera y coloco bien el cuello, él se enfunda el suyo. «¿Vamos?», percibo en el movimiento de sus labios. Asiento y abraza mi cintura, y así nos encaminamos hacia la salida del *chill out*.

—Muchas gracias, Víctor —le digo una vez fuera del local—. Está genial el sitio y el coctel era espectacular, creo que las próximas veces que venga a ver a mis padres será visita obligada.

—Si quisieras, yo podría acompañarte en esas visitas —me responde guiñándome un ojo—, creo que nunca había probado unas fresas tan exquisitas y, si vengo sin ti, no las volveré a probar.

—Creo que podré hacer un esfuerzo y llamarte para que me acompañes —respondo quitando importancia a sus palabras—. A ver, no te lo tomes a mal —río al ver su cara ante mi comentario—, es solo que con mi amiga ya no puedo darme la noche de fiesta que me gustaría y he perdido el contacto con toda la gente de aquí, ¿sabes? Pero de verdad, me lo he pasado genial contigo y me gustaría repetir y recuperar un poquito el contacto.

—Ya pensaba que me usarías como tu última opción para no venir sola. —Niego con la cabeza—. ¿Te apetece que demos un paseo y seguimos hablando?

—¡Ay, no! Es un poco tarde y tus amigos deben de estar esperándote para terminar la noche —respondo frotándome las manos, heladas por el frío—. No quiero entretenerte más. Tenemos nuestros teléfonos. Si te apetece, podemos hablar de vez en cuando, y cuando vaya a volver, te escribo. Así podemos quedar un día que te venga bien.

—Anna, ya te dije que a mis amigos les tengo muy vistos y, no sé, pero si ahora te acompaño a casa, te aseguro que luego iré derechito a la mía. —Toma mis manos y las acerca a sus labios. Sopla suavemente, intentando darme calor, mientras deposita pequeños besos en ellas—. No tengo ganas de fiesta. ¿No te da pena que me vaya tan pronto a casa?

—Vaaaale —accedo. Sus palabras han calado en mí porque en el fondo me apena regresar tan pronto, y porque tenía una mínima esperanza de que me pidiera quedarme—. Pero solo un rato, ¿eh? Mañana es mi último día y tengo que despedirme y preparar el equipaje y esas cosas tan aburridas.

—¿Podremos vernos?

—He aceptado quedarme un ratito más contigo —respondo. No quiero que piense que, sin haber terminado la noche, ya tengo ganas de volver a estar con él.

—Sí, pero solo una noche, me parece poco y me gustaría despedirme de ti antes de que te vayas —dice. El calor de sus palabras hace que olvide el viento que revuelve mi pelo y desaparezca la sensación de frío que me ha adormecido las manos—. Aunque sea para tomar algo rápido.

—Vamos a terminar la noche y ya hablamos más tarde sobre eso, ¿te parece? No es que no quiera responderte, simplemente no deseo pensar en las despedidas —le digo mostrando una sonrisa avergonzada, cargada de esa tristeza que me invade al pensar que vuelvo a marcharme a Barcelona.

Víctor me da un beso, uno suave que dura los segundos exactos para que yo entienda su respuesta sin necesidad de palabras. Seguimos caminando y el frío cada vez se apodera más de mi cuerpo, incluso me duelen los huesos. Llegamos al parque que hay cerca de la casa de mi amiga y él me anima a ocultarnos en la casita que hay para que los niños jueguen. En su interior hay una pequeña mesa rodeada de dos bancos. Como ya no somos niños y no cabemos en el mismo, nos sentamos uno frente al otro y juntamos nuestras manos encima de la mesa diminuta. La sensación de frío disminuye y cada vez nos sentimos más cómodos con la conversación. Recordamos nuestros años del colegio, a nuestros compañeros y profesores, aquellas trastadas que hacíamos juntos y nos costaban quedarnos en clase durante los recreos, copiando cincuenta veces en un folio «No volveré a portarme mal y atenderé siempre en clase».

—¿Te acuerdas del primer día del insti? —pregunta emocionado—. Éramos todos unos micos y nos creíamos tan mayores por dejar el colegio atrás, ¡qué ingenuos!

—Sí. Recuerdo aquella sensación de hacerme mayor de un día para otro, pero cuando llegué al instituto deseé retroceder varios años y que no llegara nunca ese día —digo con el estómago encogido.

—¿Por qué? Yo estaba encantado. Sí, éramos los más pequeños, pero jugábamos en el mismo patio que los que ya iban con sus motos, salían de fiesta y tenían novias más serias que las del colegio. ¿Te acuerdas cuando mandé a Roberto a pedirte ser mi novia? —Se ríe a carcajadas en el minúsculo habitáculo—. Estaba yo escondido detrás de una columna y vi cómo te cambió la cara, miraste a todos lados y me encontraste. Viniste hecha una furia hacia mí para

preguntarme si Roberto bromeaba o si solo lo hacía para que me dejaras tus deberes y copiarte, y te entregué aquella carta...

—Pasamos de estar los mismos de siempre en una clase a separarnos en cuatro. Menos mal que por lo menos coincidí con las chicas. Al principio nos juntábamos en el patio, pero poco a poco cada uno fue tomando su destino — digo en plural a pesar de que me refiero a él—. Incluso tú. Siempre volvíamos juntos a casa, y un día te alejaste. Roberto fue otra vez el mensajero, quien me entregó aquella última carta que me escribiste diciéndome que habías empezado a salir con una de tu clase.

—¡Vaya berrinche cogiste! Todavía lo recuerdo —dice riéndose.

—Y yo... —Al contrario que él, no me río. Con la punta del dedo índice retiro una lágrima que está a punto de desvelar todo lo que he guardado durante años.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado. Muevo la cabeza de arriba abajo, con una tímida sonrisa a pesar de que no, no estoy bien y necesito un abrazo, huir y olvidarme del pasado—. Éramos unos críos —confirma, terminando de romperme en pedazos.

—Sí..., éramos unos críos y yo estaba enamorada de ti hasta las trancas y nunca he podido olvidarte —suelto sin pensar, dejándole boquiabierto—. Ya sí es hora de volver a casa. Creo que meteré la llave a la primera y la habitación no me dará vueltas.

—¿Te acompaño? —pregunta, apretando mis manos.

—Necesito estar sola —confieso—. Pero gracias por ofrecerte.

Me levanto con cuidado para no darme con la cabeza en el techo de la casita, me acerco a él y deposito un rápido beso en la comisura de sus labios. Empiezo a caminar y, aunque me muero de ganas por girarme y verle, lucho con fuerza para no hacerlo. Mis pensamientos cada vez van más rápido y se agolpan, torturándome. «Ha sido mala idea», me reprocho una y otra vez.

Al final de la calle veo por fin mi casa, acelero el paso porque necesito llegar, entrar y refugiarme. Sentirme protegida entre las cuatro paredes de mi habitación, oculta del mundo bajo las sábanas que visten mi cama.

Es tanta la prisa que tengo por desaparecer que me pongo el pijama a la velocidad de la luz, dejo la ropa tirada en el suelo y me acuesto sin desmaquillar.

«Un día más y otro fracaso más, pero un día menos para encontrar la felicidad.»

Capítulo 6

NO TE QUEMES LA BOCA POR COMER PRONTO LA SOPA



—¡Joder! Parezco un maldito mapache... —me quejo al verme reflejada en el espejo.

Tengo el rímel extendido alrededor de mis ojos, y la sombra, o mejor dicho lo que queda de ella, también. Son las once y media de la mañana, y siendo domingo me extraña que el silencio inunde la casa. Voy hacia la cocina a prepararme un vaso de leche con una dosis extra de Nesquik y al lado del microondas encuentro una nota de mi madre. «He ido con tu tía a dar una vuelta por el mercado. Tu padre está en su casa mirando no sé qué del coche. Desayuna y ve con él, así entretienes a tus primos y terminan antes con el coche. Comeremos allí. Te quiero.» Desayuno y cuando termino miro el móvil. «Las doce y media, y mi madre no me ha llamado... ¡Qué raro!», pienso al ver la hora en la pantalla.

Me lavo la cara con agua caliente para quitar los restos de maquillaje, me visto lo más rápido que puedo y salgo en dirección a la casa de mis tíos. Recorro las calles con paso ligero. El frío se apodera de mis huesos y enfundo mis manos en los guantes que están en un bolsillo de mi abrigo. Apenas me cruzo con cuatro personas en el camino y cuando estoy llegando veo aparecer el coche de mi madre, que está aparcando en la puerta de la casa de mis tíos.

—¿Ahora vienes, hija? —pregunta al bajarse—. ¡Es la una de la tarde! —añade alarmada tras mirar su reloj de pulsera.

—Hemos echado bien la mañana, ¿eh? —dice mi tía, riendo, al percatarse de que se han entretenido más de lo que esperaban.

—¡Uf, mamá! Anoche se me hizo tarde y se me olvidó poner alarmas, pero tampoco sabía que vendríamos a comer aquí —me defiendo.

—Lo hemos hablado esta misma mañana. Ha sido de improviso —se adelanta a responder mi tía—. Ayúdanos a descargar el maletero, anda... —añade, levantando la puerta y dejándome ver el minúsculo espacio abarrotado de bolsas.

—¡Pero ¿qué habéis comprado?! —pregunto alucinada—. ¿Todo el mercado o qué?

—¡Qué exagerada eres, Anna! Solo un poquito de fruta y verdura. ¡Ah! Y un pijama y una bata para ti, y cuatro cosillas más que hemos visto —responde mi madre quitándole importancia, cómo si en realidad solo hubiese dos bolsas dentro del maletero.

—¿Cuatro? Querrás decir cuarenta... —respondo—. Voy entrando, que hace mucho frío y ya me estoy quedando pajarito...

Cojo un par de bolsas, o mejor dicho cinco, y voy cargada hasta la puerta. Toco el timbre y Tomy es quien me da la bienvenida. Voy hacia la cocina y las suelto encima de la mesa. Mi primo Ángel ya sabe que soy yo quien ha llegado y enseguida aparece para saludarme. Me quito el abrigo y abrazo a mis primos.

—Prima, ¿juegas a la Wii con nosotros? —me pregunta Ángel.

Siempre que juego con ellos acabo con agujetas en los brazos, pero me lo paso tan bien que no dudo en aceptar y voy con ellos a su habitación.

—Id preparándolo. Voy al garaje a saludar a vuestro padre —les digo al darme cuenta de que aún no lo he visto.

—¿Nos ayudas? —pregunta mi madre cuando paso por delante de la puerta de la cocina.

—¡No puedo! Voy a saludar al tito y a jugar con los niños a la consola —respondo para escaquearme de colocar la compra.

—¡Déjala, Mari! —la regaña mi tía—, déjala que se vaya con los chiquillos. Así no nos dan guerra y puedo estar tranquila sabiendo que no van a hacer nada malo.

—Sí, sobre todo eso... —le responde mi madre con ironía—. Mientras que a tu queridísima sobrina no se le ocurra ninguna de las tuyas... —añade murmurando.

—¡Mamá! —me quejo—, ¡ni que yo fuera un mal ejemplo!

—Pues eso mismo eres —suelta, provocando una sonora carcajada en su hermana—. Un angelito, hija...

—¡Bah! —digo, y sigo mi camino para no discutir con ella. «¿Se dará cuenta algún día de que en el fondo soy buena?»—. ¿Que algunas veces la he

liado? Sí, pero es normal —susurro sin que nadie pueda oírme. Lo justo para escucharme a mí misma.

Abro la puerta del pasillo que da al garaje y me encuentro a mi padre y a mi tío, apoyados en la mesa de trabajo bebiendo cerveza y con el capó del coche abierto frente a ellos.

—Así se trabaja bien, ¿eh? —digo a modo de saludo. Los dos se ríen, dejan sus latas encima de la mesa, y se excusan diciendo que solo era un pequeño pero necesario descanso—. Normalmente uno trabaja y el resto mira, pero... ¿aquí quién trabaja?

Como me conocen tan bien, se acercan al coche y empiezan a explicarme qué le pasa y qué es lo que tienen que mirar para arreglarlo. No entiendo ni una sola palabra, pero asiento a todo lo que me explican y me gusta aprender, aun sabiendo que en cinco minutos no voy a recordar ni una sola palabra. Mi curiosidad me obliga a preguntar varias veces y el tiempo pasa volando.

—Prima, ¿no vienes a jugar? —nos interrumpe Tomy.

—Sí, sí, voy ya —le respondo—. Seguid con vuestras cervezas, que ya os dejo continuar con vuestro descanso —me mofo antes de seguir a mi primo hasta su dormitorio, donde Ángel nos espera sentado en el suelo y con los brazos cruzados a la altura del pecho para mostrarme su enfado—. ¿Empezamos?

—¿Ahora tienes prisa? —«¿Perdona? ¿Y esa chulería? ¡Cucha el niño!» Cuento hasta diez y respiro profundo un par de veces para no darle la contestación que se merece, porque si no..., ¡arde Troya!

Durante un rato jugamos a la consola. Tomy y yo no dejamos de reírnos, pero Ángel sigue mostrándonos lo enfadado que está. De vez en cuando, lo miro de reojo y puedo apreciar su sonrisa. Al percatarse de que le estoy observando, la esconde frunciendo los labios.

—¡Ey! ¿Vas a estar todo el rato cabreado? —Él asiente. Ni siquiera hace el esfuerzo de mover los labios para responder—. Si vas a seguir con esa actitud, dejo de jugar.

Ángel no responde. La mirada de Tomy expresa pena y me pide quedarme allí.

—Ángel, o te desenfadas o te quedas solo —le chantajea su hermano—. Para un día que está aquí la prima, no tendrías que enfadarte. Si ella deja de jugar, yo también, porque yo sí quiero estar con ella —añade, y se acerca a mí para abrazarme por la cintura. Su gesto me enternece y deposito un suave beso en su mejilla.

—Bueno..., vale..., me desenfado ya —cede por fin el pequeño cascarrabias—. ¿Seguimos?

Continuamos jugando al tenis, a los bolos, al golf y al resto de juegos de la consola, y conseguimos que las risas de Ángel acompañen a las de su hermano y a las mías, hasta que mi madre entra en la habitación avisando de que la comida está lista y la mesa puesta.

—Terminamos esta partida y vamos, ¿vale, tita? —responde un Ángel totalmente animado.

—Vale, pero no tardéis ni empecéis otra, que se enfría la comida —acepta mi madre.

Una vez más, me dejo perder para que luego no me pidan la revancha. Los dos son como yo, ¡odian perder! Pero sé que, si no me dejo, no pararán hasta que uno de ellos gane.

—Vamos, chicos —digo cuando terminamos.

Apagamos la consola y la televisión. Salimos de la habitación y vamos al comedor, donde nuestros padres ya están sentados alrededor de la mesa. Una vez en nuestros sitios, vamos dándole los platos a mi tía para que nos sirva un plato de sopa.

—¿Sabéis cuál es la mejor forma de enfriarla? —pregunto para ver quién se anima a responder.

—Echándole un poquito de agua, ¿a que sí, mami? —responde Tomy.

—Es mejor con un secador —rompo a reír.

—¡Anna! —alza la voz mi madre—. No digas burradas —me regaña—. Niños, no hagáis caso a vuestra prima, que lo que ha dicho no es verdad —se dirige a ellos tratando de evitar que un día se les ocurra probar mi método y pongan la casa perdida de fideos. Mientras habla achina los ojos y mueve la cabeza de lado a lado, con un gesto que hasta me da miedo.

—¿Qué tal el puente? Ha pasado muy rápido, mañana ya me toca ir a trabajar —pregunta mi tío para cambiar el tema de conversación.

—Pues sí. Esta tarde haré la maleta, que mañana sale mi tren bastante temprano —respondo apenada—. Ahora a contar los días hasta Semana Santa para volver a escaparme.

—¿Vais a querer más? —pregunta mi madre. Todos negamos—. Pasadme los platos, que me los llevo.

Amontonamos los platos hondos y acompaño a mi madre y a mi tía a la cocina para ayudarles a llevar a la mesa los platos llanos y el segundo: filetes de pollo, patatas fritas y ensaladilla.

Cuando terminamos, recogemos entre todos y tomamos un café. Yo me lo bebo de un solo sorbo y me despido.

—¿Ya te vas? —se sorprende mi padre.

—Sí, voy a preparar las cosas, quiero ir un rato a casa de Nerea y despedirme de ella —respondo, y le doy un beso antes de subir la cremallera de mi abrigo.

—Bueno, cariño, cuídate y te esperamos para Semana Santa, ¿eh? —me dice mi tía mientras me acompaña hasta la puerta—. Avisa cuando llegues a Barcelona —añade después de fundirnos en un abrazo.

La puerta se cierra cuando doy el segundo paso bajo la lluvia y la sensación de nostalgia se apodera de mí. Me pongo los auriculares y le doy al *play* en el móvil para que la música empiece a sonar.

La lluvia cae con más fuerza en el momento en que mis piernas empiezan a flaquear. Me siento en el escalón de un portal para descansar y mojarme lo menos posible. Agacho la cabeza y me tapo la cara con ambas manos. Un pitido interrumpe la canción de *Volver a verte*, de Malú y Pablo Alborán, recordándome al maldito italiano que no consigo sacar de mi cabeza. Me quito el guante de la mano derecha, cojo el móvil del bolsillo, lo desbloqueo y veo quién me ha escrito:

Raúl: ¡Hola, preciosa! Esta noche llego a Barcelona. ¿Estarás ya por allí?
Un beso.

Anna: ¡Ey! Llego mañana al mediodía, aún puedo disfrutar esta noche por aquí, jeje.

Raúl: ¿Te apetece que nos veamos esta semana? Si quieres, dime cuándo te va bien y busco algún plan.

Anna: Te digo algo en estos días, ¿vale? Si no me mandan ningún trabajo de última hora, no tendré problema. ¡Buen viaje de regreso a la rutina!
Besos.

Me quedo mirando la pantalla del móvil, embobada, como si estuviese viendo un espectáculo de fuegos artificiales. «Por partes, Anna... El chaval está de muy buen ver. ¡Qué leches! Tiene un buen polvo don culito prieto, pero es verdad que su actitud a veces le hace perder el encanto y lo convierte en un completo gilipollas. ¿De verdad quieres quedar con él? ¿Por qué no?», discuto yo sola. Vuelvo a leer la conversación y bloqueo el móvil para volver a guardarlo en el bolsillo.

Cuando estoy poniéndome el guante, otro pitido me interrumpe. Saco el móvil y, al ver la pantalla, pongo los ojos en blanco. «¿En serio? ¿Se han puesto de acuerdo o qué?»

Víctor: Hola, Anna. Me apetece verte, ¿puedes quedar un rato?

Cierro la aplicación, lo guardo otra vez y continúo el camino hasta mi casa pensando en alguna excusa para no quedar con Víctor.

Llego y me encierro en mi dormitorio, me tumbo en la cama boca arriba y cierro los ojos.

Los pensamientos inundan mi mente en un instante. Víctor. Aquellos años de colegio, nuestro cambio al instituto, ese que marcó tanto mi adolescencia, y la noche de ayer demostrándome que mi corazón no ha conseguido olvidarle después de tantos años y que para él aquello no tuvo importancia. Y Matteo, el hombre que después de tanto tiempo me devolvió la ilusión de creer en el amor y cometer locuras. Pero ¿por qué él no me correspondía? ¿Tan importante era su maldito trabajo como para dedicarle su tiempo libre a él en vez de a su novia?

Capítulo 7

CONSEJOS VENDIDO Y PARA MÍ NO TENGO



—¡Hola, Anna! Pasa —me invita a entrar Hugo cuando abre la puerta.

—¿Qué tal? ¿Está dormida Nerea? —pregunto extrañada, pues siempre que quedamos es ella la que abre y, según me han contado, cuando no esperan a nadie lo echan a suertes. «¡Vaya dos!»

—No. La ha llamado su madre y no sé dónde tenía que acompañarla. En teoría no iban a tardar, por eso quizá no te ha dicho nada —responde—. ¿Te apetece un café o un refresco?

—Si te digo la verdad, vi que era tarde y no miré si me había escrito o no —digo, acordándome de que tenía varias notificaciones de mensajes—. Casi prefiero un vaso de zumo, que como me tome un café no conseguiré dormirme pronto esta noche.

Hugo sale del salón y me quedo sentada en el sofá. Zoe debe de estar dormida, porque Hugo no tiene la televisión encendida y nuestra conversación ha sido casi entre susurros.

Por primera vez observo con detenimiento la estancia. El mueble bajo frente al sofá grande está ocupado por la televisión y las baldas de arriba contienen fotografías, la gran mayoría de Zoe. Una de esas fotografías capta por completo mi atención. La observo con la mirada fija y mi cuerpo empieza a temblar. Apoyo mis manos en el sofá y me doy esa fuerza que necesito para levantarme. Sin apartar la mirada, arrastro los pies lentamente hasta quedarme a unos centímetros de la imagen capturada aquel día.

Zoe, con dos añitos, está en medio de la escena. Sus pequeños pies alejados del suelo, porque yo la había cogido en brazos mientras le prometía que no le haría cosquillas. A su derecha, Matteo, con su brazo estirado sobre el mío, aún

puedo sentir aquellas caricias que sus dedos regalaban a mi piel. A su lado, su amigo, Hugo, el mejor padre que Nerea ha podido encontrar para su hija y un buen amigo para mí. Y a mi lado ella, mi mejor amiga. Una lágrima empieza a resbalar por mi mejilla y privo a mis dedos de interrumpir su camino.

—¿Estás bien? —No me he dado cuenta de que Hugo ha regresado al salón.

Sin apartar la mirada, niego con la cabeza y las lágrimas empiezan a brotar con más fuerza. Hugo ha debido de dejar los vasos encima de la mesa, porque escucho el sonido de ambos cristales al chocar, y en unos segundos noto sus manos sobre mis hombros. Necesito un abrazo amigo que me diga que todo está bien, que seré fuerte y lo superaré. Me giro y rodeo su cuerpo con mis brazos. Él responde de la misma manera, envolviéndome entre ellos con fuerza.

—Tranquila... —susurra.

—¿Por qué, Hugo? —pregunto en busca de respuestas con los ojos cargados de lágrimas—. Yo le quiero, pero no deseo ser una mujer florero. ¿Es mucho pedir que demuestre que me quiere? ¿Que soy importante para él y que quiere estar conmigo?

—Es complicado, Anna. Ven, vamos a sentarnos —me dice poniendo fin a nuestro abrazo. Nos acomodamos en el sofá y me pasa el vaso de zumo—. Os conozco a los dos, pero tienes que entender que no soy nadie para meterme. Ambos sois mayorcitos como para sentaros y hablar. Te puedo asegurar que Matteo tampoco lo está pasando bien, porque te echa de menos.

—¿Y por qué no me llama? ¿Por qué no intenta dar su brazo a torcer y me lo demuestra? —pregunto enfadada.

—Porque te quiere, Anna. —Frunzo el ceño sin entender su respuesta—. Te quiere tanto que si tú has tomado una decisión, la va a respetar por mucho que le duela. ¿El problema? Que sois igual de cabezotas los dos. Él espera que puedas darle a entender que hay un rayo de luz entrando por la puerta. Y tú seguirás machacándote aguardando a que te llame y te diga que va a cambiar.

—¿De verdad crees que tengo que arrastrarme? ¡Joder, Hugo! Me conocen todas las azafatas que cubren los trayectos de Barcelona a Milán y viceversa. Y a él ni el tato... Bueno, sí, los de su trabajo. —Pronuncio con retintín la última frase.

Nuestra conversación queda interrumpida cuando el sonido de las llaves de Nerea girando en la cerradura nos avisa de su llegada.

—Qué calladitos estáis, ¿interrumpo algo? —dice al entrar en el salón y vernos a los dos—. Hola, cariño. —Saluda a su chico con un beso—. ¡Churri! Pensaba que mi madre me iba a entretener menos y por eso no te avisé. —Me da dos a mí—. ¿Has llorado? —pregunta frunciendo el ceño.

—No, ¿por qué? —miento.

—Tus ojos...

—¡Ah! Es que al sentarme en el sofá me he dado cuenta de que estaba seco y hacía falta regarlo, y ya sabes, por no aumentar la factura del agua.

—¡Qué idiota eres! —exclama negando con la cabeza—. Por cierto, ¿ya sabes dónde vas a hacer las prácticas?

—Tengo dudas —respondo—. Estoy mirando los pros para decidirme, todas son en Barcelona.

—Yo podría conseguirte un puesto en Madrid —nos interrumpe Hugo.

—Suelta por esa boquita —le digo, deseosa de saber más.

—A ver, un periódico italiano va a expandirse por internet y la primera opción es España. En principio buscan redactores para trabajar allí y traductores para publicar las noticias en la web que abrirán aquí —empieza a explicarme.

—No lo entiendo —dudo sin saber que pinto yo ahí—. Ni quiero irme a Italia, ni hablo el idioma como para traducir una frase entera...

—Me refiero a que van a abrir dos secciones nuevas para captar la atención de los españoles. Ellos buscarían un restaurante italiano y necesitan que un periodista vaya a comer y dé su opinión, y que entreviste al dueño. Quieren entrevistar a personas que dejaron su vida en Italia y preguntarles por qué eligieron España. Todavía están estudiando la propuesta, pero de aquí a junio lo tendrán decidido.

—¿Cómo? A ver, a ver... ¿Que iría restaurante por restaurante, hinchándome a zampar? ¿Así? ¿*By the face*? —pregunto sorprendida, con los ojos abiertos como platos y dándome toquitos en la mejilla con la mano. Hugo asiente. Nerea rompe a reír al ver el cambio de expresión en mi cara—. Espero que tengas buenos contactos y me enchufes; si no, te llamaré cada día desde Barcelona para insultarte por no conseguirme ese puesto, y esperaré que te remuerda muchísimo la conciencia por dejar que finalmente haga mis prácticas allí, sola, alejada de mis padres, viviendo a saber con quién y trabajando de sol a sol para no cobrar ni un duro —digo con cara de pena.

—Ya sabes que haré lo que pueda —promete mientras se levanta del sofá—. Voy a corregir exámenes, os dejo solas —se despide—. No critiquéis mucho —añade antes de desaparecer por el pasillo.

—Bueno, qué, ¿algo que contarme? —La pregunta de Nerea me descoloca y frunzo el ceño sin entender a qué se refiere—. Tus ojeras...

—¡Ah! Eso..., pues... anoche tomé unos cócteles —respondo quitándole hierro al asunto.

—¿Con quién? —pregunta curiosa—. Si te fuiste de aquí a tu casa, ¿no?

—Sí..., pero de camino me crucé con un chico, me invitó a tomar algo y acepté. Un trago por aquí, una fresa por allá y... ¡le comí los morros!

—¿En serio? —ríe Nerea—. ¿Y quién fue el desafortunado?

—¿Perdona? Dirás el súper afortunado —la corrijo—. Víctor —digo en un susurro.

—¿Víctor? ¿Qué Víctor? —Asiento con la cabeza—. ¿Tu Víctor? —Sonrío en forma de respuesta—. Cuéntamelo todo, ¡pero ya!

Doy el último trago al vaso de zumo antes de empezar a contarle lo que ocurrió la noche anterior. Entonces, escuchamos unos pasos.

—¡Oh! —Una sorprendida Zoe aparece frotándose los ojos—. ¡Tita! —dice, y empieza a correr hacia mí. Cuando llega, se tira encima y me besuquea.

—¡Qué zalamera eres, ratoncita!

—¿Zalamera? ¿Eso qué es? ¿Qué soy muy *salá*? —pregunta curiosa.

—Muy *salá*, cariño —respondo mirando a mi amiga, notando que ella también se aguanta la risa—. Tienes arte por toda la sangre, mi *arma*.

—Perdone usted, señorita —interviene Nerea—, ¿a su mamá no le piensa dar un besito *chiquinino*?

Cojo el vaso vacío y lo llevo a la cocina acompañando a mi amiga, que va a preparar la merienda de la pequeña.

Nerea coge la bolsa de pan de molde, saca dos rebanadas y unta paté mientras, con el culo, le doy para que se eche a un lado y me permita abrir la puerta del armario donde guarda las cápsulas de la cafetera. Cojo dos, y del lavavajillas saco dos tazas. Preparo un café con leche para ella y un Nesquik para mí. Dejo las tazas llenas encima de la mesa de la cocina. Nerea llama a Zoe, que llega corriendo.

—Ya está la merienda, ¿dónde andabas? —le pregunto mientras le dejo el sándwich y el vaso de zumo frente a su silla.

—He ido a por la tableta de papá para ver los dibujos.

Zoe empieza a merendar embelesada con los dibujos. Mi amiga me lanza miradas para que le cuente lo que pasó la noche anterior.

—Y ¿qué tal? —pregunta miedosa.

—¡Y yo qué sé! —respondo enfadada conmigo misma—. En el bar genial, y le besé porque lo necesitaba, no sé. No fue en plan «saco el limpia muebles y la bayeta y limpio el polvo de mi mueble», ¿sabes? ¡No! Hubiese frenado antes de llegar a ese punto, pero luego... ¡fue un CG! —Utilizo las iniciales de *completo gilipollas* para que la pequeña no escuche mis burradas—. Aunque no sé qué hacer... Me propuso despedirnos hoy, y por un lado me apetece, pero por otro lado lo pienso y creo que si le llamo puedo volverme a Barcelona con un sabor más agridulce del que me llevé ayer a casa.

—Pero ¿tú quieres verlo? —Asiento—. Entonces, ¿dónde está mi Anna, la que hace lo que le da la gana y no conoce el significado de la palabra *miedo*? ¿A

estas alturas te vas a prohibir algo que te apetece por lo que pasará en el futuro? ¿De verdad te vas a quedar con las ganas y volver a Barcelona arrepentida de no haberlo hecho? —Dudo. Mi amiga le ha dado voz a mis preguntas y escucharlas me tortura ahora aún más que anoche en el silencio de mi habitación—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Sé sincera —le pido—, ¿tú qué harías?

—¿Yo? —pregunta riéndose—. Yo me acojonaría, agacharía la cabeza y me convertiría en un caracol. Me encerraría en mi concha, y entonces vendría mi mejor amiga, me tiraría una cuerda al cuello y me amenazaría. Me diría que luchar es de valientes y que si la cosa se tuerce, ella estará a mi lado. Así que voy a ser Anna y te lo voy a decir una vez. Hazlo y no te quedes con las ganas. Si sale bien, aquí me tendrás para escuchar tus locuras, y si sale mal, estaré también para ayudarte a levantarte y a que sigas siendo la loca que no le teme a nada, que hace lo que le da la gana y que nunca deja de luchar por sus sueños.

—Fue su culpa —respondo abatida.

—Pues agrádecele luego de mi parte que pueda tener una amiga tan valiente como tú.

Incapaz de responder, me levanto y abrazo a Nerea. Le doy las gracias por sus palabras, por su forma de darme las respuestas que necesito y animarme a luchar.

—Creo que es hora de irme... —consigo susurrar.

Me despido de los tres y salgo de su casa. Cojo el móvil, respiro y tecleo.

Anna: En quince minutos estaré en el chill out, esperaré media hora y si no has llegado, me iré.

Guardo el móvil y empiezo a caminar. «¿Irás? ¿Quiero que vaya?», me pregunto mientras avanzo a paso lento por las calles.

Capítulo 8

SI HAY TRATO, PUEDEN SER AMIGOS PERRO Y GATO



Entro en el *chill out* con los nervios a flor de piel y me acerco hasta la barra.

—Buenas tardes, ¿qué va a tomar?

—Hola, pues... —Me quedo pensativa mirando los carteles sin saber qué pedir—. ¿Qué lleva el *chai latte*?

—Es un té negro que se prepara con cardamomo, clavo, jengibre, canela, leche y azúcar —responde de carrerilla la camarera. «¿Eso estará bueno?», me pregunto—. Gusta mucho a nuestros clientes —añade ella, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Pues ponme uno —me decido—, ¿cuánto es?

Mientras lo prepara, rebusco en mi monedero el importe que me ha indicado y lo dejo sobre la barra.

—Gracias, ahí tienes —digo cogiendo con cuidado la taza caliente.

Al fondo del local visualizo una pequeña mesa a la que apenas le llega la luz y me encamino hacia ella.

«Gracias, protectores de mi tranquilidad», vitoreo en silencio al ver entrar a Susana y a Sandra, cogidas de las manos de sus respectivas parejas. Mi mirada cotilla no se aparta de sus movimientos.

Los cuatro fantásticos —narra mi lado periodista— se sientan alrededor de una mesa más cercana a la puerta de entrada que a mi escondite. Mientras ellos conversan sobre temas de poco interés, ellas ojean la carta en busca de una bebida. Cuando parecen haberla encontrado, se lo comunican a sus maravillosos novios. Ellos asienten, se levantan y se dirigen a la barra a pedir, como buenos

caballeros ante sus damas. La camarera se acerca, toma nota del pedido y... «Espera..., ¿esa sonrisa?» Achino los ojos para observar mejor la escena y... ¡bingo!, la mano de la camarera descansa sobre la fría superficie de la barra mientras la mugrosa mano de Mario la acaricia con suavidad y ambos se sonríen. «¿Qué le ven a ese gilipollas?» Luego ella se gira, los chicos hablan cómplices ajenos a sus novias y finalmente la camarera deja sus consumiciones frente a ellos. Cada uno coge una taza de café —«¿Tanto han tardado las señoritingas en decidirse por un simple café?»— y un botellín de cerveza, y vuelven a la mesa junto a sus ingenuas y cornudas damas. Dejan las tazas sobre la mesa y, tras un choque de botellines, le dan un trago a sus frías bebidas.

«¿Frías bebidas?», me pregunto de repente. «¡Mi té!», recuerdo enseguida. Cojo la taza y, cuando voy a darle el primer sorbo para descubrir su sabor, me percató de que he pasado más tiempo del deseado cotilleando a los cuatro fantásticos. Me he olvidado de por qué estoy en este lugar. Miro la hora en el móvil y... ¡Víctor ya debería haber llegado! Han pasado dos minutos desde la hora límite. El enfado se apodera de mi cuerpo en apenas dos segundos. Acercó la taza a mis labios y, sin saborearlo, bebo todo el contenido de un trago. Me pongo el abrigo y, para evitar que la camarera se acerque hasta la mesa a por una sola taza, la llevo hacia la barra antes de salir.

—¡Gracias por la recomendación! Adiós. —Me despido de ella y salgo del local sin dejar de mirar la pantalla del móvil, para que ninguno de los cuatro fantásticos me descubra.

Anna: No se ha presentado el muy capullo, ¡me voy a casa!

Empiezo a caminar a paso rápido para llegar lo antes posible a mi casa, pero cuando giro la primera esquina algo me deja paralizada y mis pies no consiguen avanzar ni dar la vuelta.

—Adiós —consigo balbucear.

—Anna, escúchame...

—No. Te lo deje muy... —intento responder. Su mano se posa en mis labios y me impide terminar la frase.

—¿Pensabas que no iba a venir? —pregunta socarrón—, ¡claro que sí! No podía dejarte ir sin más. Pero cuando me escribiste tan autoritaria no quería que pensaras que lo haríamos a tu modo, así que llevo aquí diez minutos esperando a que salgas para invitarte a subir a mi coche y llevarte a un sitio especial. No habrá fresas como anoche, pero seguro que algo se nos ocurrirá —termina de decir, y libera mis labios del silencio obligado.

—Y si no quiero, ¿qué? —pregunto lo más borde que puedo.

—Quieres tanto como yo..., no te engañes.

—Te veo muy seguro —respondo cabreada—. Me voy a mi casa.

—Ven conmigo —me pide ignorando mis palabras.

Su sonrisa me debilita y mis pies siguen sin querer hacer caso a mis peticiones de avanzar. Él se da cuenta de mi estado y se acerca a mí, me rodea la cintura con su brazo y... ¡sorpresa! Mis pies empiezan a caminar hacia donde él decide llevarme. «¡Malditos traidores! ¿Por qué a él le hacéis caso y a mí no? ¡Os odio!»

Las luces de un Audi TT de color blanco se encienden cuando nos acercamos, y al llegar a la puerta del copiloto Víctor se detiene, abre la puerta y me invita a sentarme.

—Vas sin coche... —insinúa burlona.

—Un caprichito por mi buen trabajo —responde con media sonrisa.

Observo cómo camina hacia la puerta del conductor, sube y vuelve a mirarme sin borrar su media sonrisa. Se abrocha el cinturón de seguridad y arranca. Mete la primera marcha y, con música suave, se dirige a...

—¿Dónde vamos? —pregunto extrañada de no haberlo hecho hasta este momento, con lo impaciente que soy.

—¡Sorpresa! —responde girándose hacia mí.

—¡Eh! ¿Estás loco? No dejes de mirar a la carretera —digo aterrada.

—Mi copiloto es mucho más interesante que las vistas que tengo conduciendo —asegura.

—Pues aparca y arreglado — exclamo convincente.

La música es el único sonido que hay en el interior del vehículo, aparte del de los motores de los otros coches que circulan por la autovía junto a nosotros. Llegamos al centro de Madrid y Víctor se adentra en el interior de un aparcamiento subterráneo, aparca y salimos. Subimos las escaleras y, una vez en la calle, coge mi mano y yo acepto con gusto, sin pensar que en realidad parecemos una pareja de tortolitos paseando nuestro amor por la capital.

Víctor entra en un Starbucks y pide dos Frappuccinos, uno de frambuesas y frutos del bosque y otro de mango y fruta de la pasión. Al salir, me da uno de los vasos y con su mano libre vuelve a buscar mi mano. Caminamos durante quince minutos y me sorprende al ver con mis propios ojos el templo de Debod, tan cerca de casa y que, sin embargo, nunca he tenido la oportunidad de visitar.

—¡Qué bonito! —le digo, agradecida de que me haya llevado.

—¿Nunca habías estado aquí? —pregunta sorprendido, y niego con la cabeza—. Ven, sentémonos ahí —añade señalando un hueco que los turistas han

dejado libre—. En un ratito empieza a anochecer, ya verás qué bonito cuando esté iluminado.

Mi cabreo se ha ido por completo desde que Víctor se ha sentado a mi lado y hemos empezado a hablar. Tomamos nuestras bebidas compartidas, ambos Frappuccinos están riquísimos. Las confidencias, los recuerdos y las risas nos hacen perder la noción del tiempo, hasta que Víctor se percata de que la oscuridad ya nos permite descubrir el templo iluminado. Impresionada como una niña pequeña, disfruto de las vistas.

—Es... ¡precioso! Gracias por invitarme a verlo.

Él sonríe, seguramente al comprobar que ha conseguido su objetivo.

—Gracias a ti por dejarme pasar contigo tus últimas horas antes de irte. — Sus palabras acaban de descolocarme los sentimientos. Nuestras miradas dicen lo que nuestros labios callan, cada vez más y más cerca. Mis ojos no quieren ver y mi cuerpo solo desea sentir el regalo que está siendo este momento, desde que los labios de Víctor se han unido a los míos.

—¿Te puedo pedir algo? —pregunta cuando los separa.

Asiento extrañada, temiendo que confiese que se ha arrepentido, o que me diga que está conociendo a alguien. Algo en mi interior se remueve y esta vez no puedo salir huyendo. Estoy muy lejos de casa y no sabría volver sola en transporte público.

—¿Te gustaría que te acompañe mañana a Barcelona?

—¿Perdona? —me sorprendo—, ¿no tienes que trabajar? A ver, no corramos..., que yo volveré pronto a visitar a mis padres y te prometo que te llamaré.

—Eso espero, pero me gustaría estar más tiempo contigo, y este viaje tuyo se agota.

—Aún me queda esta noche... —digo traviesa, consiguiendo iluminar su mirada.

—¿Me regalarías las últimas horas? —pregunta atónito.

—¡Eh! ¡Para el carro! —le freno—. He dicho que aún me queda esta noche, no que la vaya a pasar contigo —añado muy seria, pero al verle la cara tengo que luchar por no romper en carcajadas—. ¡Eres un poco agonías, ¿sabes?! —afirmo desconcertándole aún más—. Quieres que me quede esta noche contigo, quieres acompañarme mañana a Barcelona, ¿quieres quedarte a vivir conmigo ya también o qué?

—Bueno, dicho así, todo junto..., parece que voy muy rápido, ¿no? —dice cada vez más tímidamente. Yo asiento a la vez que pongo los ojos en blanco—. Anna, anoche estuve muy a gusto contigo y me gustaría repetir, y en cuanto al viaje... Me apetece ir charlando contigo durante el trayecto, saber y ver con mis

propios ojos que llegas bien a tu casa y recuperar horas junto a ti que se perdieron con el paso de los años.

—No quiero volver a sufrir, Víctor. A ti no he conseguido olvidarte y hace poco terminé una relación... No puedo permitirme volver a pasarlo mal, menos aún contigo —confieso con la cabeza hecha un lío.

—No te estoy pidiendo una relación, sino amistad. Créeme. Si más adelante surge algo, que sea porque ambos queremos. —Sus palabras vuelven a tocar mi fibra sensible, pero quizá tenga razón y yo sola me haya imaginado una relación rápida porque quiero olvidar a Matteo—. Ahora me basta con un cóctel charlando como amigos, un viaje hacia un destino común compartiendo el tiempo. Mejor eso que ir en tren, ¿no?

—No vas a parar hasta que acepte, ¿verdad? —Asiente y sonrío—. Llévame a casa, tengo que cenar con mis padres y preparar las cosas para mañana. Si termino pronto, prometo llamarte e ir a tomar contigo ese cóctel.

—¡Hecho! —sonríe. Me coge de la mano y caminamos hacia el aparcamiento donde horas antes estacionó su «capricho»—. Esperaré tu llamada ansioso.

Capítulo 9

GARBANZOS Y JUDÍAS HACEN BUENA COMPAÑÍA



—Piénsatelo y mañana me das una respuesta, ¿vale? —me dice Víctor cuando llegamos a mi casa. Asiento, a pesar de saber que esa respuesta será no, por mucho que él intente convencerme—. Prométeme que lo pensarás...

—Sí —afirmo cruzando los dedos de ambas manos sin que él me vea—. Buenas noches.

Me despido de él con dos besos. Abro la puerta y me bajo del coche.

«¡Que frío hace, leches!», digo, acelerando el paso mientras saco las llaves del bolsillo.

Entro en casa y voy hacia el salón, donde mis padres están viendo una película. Les saludo y me dirijo a mi habitación, me pongo el pijama y guardo en la maleta la ropa que llevaba puesta. La dejo abierta, para guardar también el pijama por la mañana, antes de marcharme.

Anna: ¡Ey, tú, Barbixú! ¿Salimos mañana a tomar algo?

Barbixú: Déjate..., ¡al día siguiente tenemos clase!

Anna: ¡¡Rancia!! Porfis, para levantarnos el ánimo en la vuelta. Pasado mañana solo tenemos dos horas de clase, ¡podemos hacer una maratón de siestaca!

Barbixú: Ya veremos, ¿qué tal por tus tierras?

Anna: Psss, ¡no me puedo quejar! ¿A qué hora llegas mañana a Sants?

Barbixú: Mañana cenando en casa me lo cuentas, ¿eh? (¿Ves? No podemos salir, tenemos que ponernos al día de lo que hemos hecho en el puente.)
Llego a las cinco menos cuarto.

Anna: ¡¡Yuuuuupi!! Yo a las cuatro y media, me tomo un cafelito y te espero, así compartimos los gastos del taxi, #ModoAhorroON.

Cierro el WhatsApp, bloqueo el móvil y lo enchufo al cargador. Salgo al salón y me quedo mirando la película. Está a punto de terminar y tengo ganas de descubrir cómo acabará. «Si no sé ni qué ha pasado, ¿para qué quiero saber el final?»

—Cariño, te he preparado unas fiambreras para que te lleves — comenta mi madre cuando empiezan los créditos de la película.

—¡Mamá! —protesto—. Sabes que te lo agradezco, pero te tengo dicho que no, que es un incordio ir cargada en el tren.

—Estás muy delgada, hija, no quiero que pases hambre.

—Y dale Perico al torno —murmuro—. Vale, que sí... —acepto a regañadientes para no continuar con el mismo tira y afloja de siempre.

* * *

—No te acuestes muy tarde, cariño. Buenas noches.

Mi madre se despide de mí poco después de cenar, dando por hecho que me quedaré viendo la televisión en el sofá.

—Haz caso a tu madre, que por la mañana no habrá quien te levante — añade mi padre, levantándose para irse a dormir.

—¡Bah! Ya dormiré en el tren de vuelta. Vosotros dedicaos a no hacer mucho ruido, que no me apetece oíros dándole al tema —rompo a carcajadas. Mi padre me dedica una sonrisa pícara mientras mi madre pone los ojos en blanco y niega con la cabeza; después desaparece por el pasillo—. ¡Mamá! ¡Protección, que no quiero hermanitos a estas alturas! —alzo la voz para que me escuche. Es una pena no poder ver la cara que pone.

—Mira que te gusta avergonzarla, ¿eh? —susurra mi padre por lo bajini, para no llevarse una reprimenda por parte de su esposa—. Buenas noches, terremoto.

Me tumbo en el sofá y me tapo con la manta. Voy cambiando de canal sin fijarme en los programas que echan. Mi mente me está traicionando de malas maneras, tanto que me permito llorar en la oscuridad del salón. Víctor, Matteo,

vuelta a Barcelona... De repente, apago la televisión y voy hacia mi dormitorio, me siento frente al escritorio y miro las fotos que guardo en el cajón. Las lágrimas empiezan a recorrer mis mejillas cada vez a más velocidad, y mi corazón intenta acompasarse con ellas provocándome incluso ansiedad. Saco una libreta del segundo cajón y en la última página hago tachones con los bolígrafos que encuentro, hasta que consigo uno que escribe.

Título: Anna, ¿eres gilipollas perdida!

Pues sí, eso es lo que eres. ¿Estás llorando por tu vuelta? ¿Quién decidió ir a cursar allí la carrera? Acuérdate de que tus padres te decían que en Madrid también había buenas universidades. Pero no, tú querías ir a Barcelona. ¿Pensaste que a ellos les haría ilusión porque son de esa ciudad? ¡Claro que te animaban a irte! Pero porque era tu sueño, ¿o eres tan estúpida como para pensar que les hacía gracia que su única hija se fuese tan lejos para estudiar? No, maja, no... ¿Acaso no tomaste tú la decisión? Pues ahora acarrea con las consecuencias, monada.

Llevas tres años y medio viviendo allí, ¿eres tan débil que no aguantas unos meses más? ¡Anna, eres gilipollas perdida! ¡¡Lucha!! Vuelve a Barcelona con una sonrisa de oreja a oreja por estos días que has pasado en casa. Recorre las calles de la ciudad, ve a los restaurantes que más te han gustado, a los parques que llamaron tu atención y consiguieron que se te pasaran las horas volando, que te quedaras sin batería en el móvil haciéndote selfis para restregárselos a tus amigas y, cómo no, para mandárselos al maldito italianini. Visita aquellos sitios que buscaste por internet y a los que aún no has ido. ¡Empieza a despedirte de la ciudad que te ha acogido durante estos años para que cumplas tu maldito sueño! ¿Qué te crees? ¿Que no vas a echar de menos a tus compañeros de la universidad? ¡Claro que sí!

Tengo razón. Tengo que empezar a despedirme de todo y no dejarme vencer en el último asalto. Los últimos meses me los tomaré como unas vacaciones, eso sí, estudiando a saco para no repetir ninguna asignatura. ¡Anna, eres gilipollas perdida..., pero con matrícula de honor!

Pero... ¿Víctor y Matteo?

Víctor, ¿de verdad que te vas a comer la cabeza solo porque le has visto estos dos días? Vuelve a Barcelona, vuelve a olvidarle y santas pascuas. Y al otro, ¡pues también! ¿Crees que merece que te acuerdes de él? ¡Hay más tíos para mojar la almeja que lentejas! Dedicáte a aprobar la carrera, luego a buscar trabajo y, cuando empieces a disfrutar de tu vida como periodista, ni te acordarás de ellos. ¿Quién sabe? A lo mejor conoces a un famosillo y cae rendido a tus pies...

Bueno, querida conciencia, gracias por apedrearme, por dejar que me pierda otra vez en ti, pero es hora de desconectar. Hora de dormir, momento de empezar a olvidar.

Cierro la libreta, vuelvo a guardarla en el cajón y la tapo con las fotos que acabo de mirar y me han hecho recordar.

Me tumbo en la cama y reviso el móvil antes de ponerlo a cargar.

Nerea: Gracias por estos días, por ser como eres y no perder tu personalidad. Gracias por ser mi mejor amiga, mi confidente, y por adorar tanto a mi pequeña. Sabes que te quiero, ¿verdad? No te imaginas las ganas que tengo de que vuelvas para no marcharte. ¡Te quiero!

Anna: Eso, eso... Tú anímame más.

Anna: Yo también lo estoy deseando. Ya cuento los días y pienso en putaditas para hacerte rabiar cuando vuelva y que te canses de mí. Mañana te escribo, ¡so fea!

Víctor: ¡Guapa! No te olvides de darme una respuesta, espero que digas que sí, por si acaso, tengo la maleta preparada, jeje. ¡Buenas noches, preciosa!

Anna: ¡Ey! Que al final nada... He estado hablando con mis padres y lo han planeado todo para llevarme. Y no voy a perder el billete. ¡Para la próxima! Buenas noches, Víctor.

Anna: ¿Sabes? Se me olvidó decirte algo... ¡Te odio, *italianini!* ¿De verdad te aguanté? ¡Menudo panoli estás hecho! Trabaja, trabaja..., que ya disfrutaré yo de la vida, ¡*pringao!*

«¿Hola? ¿Qué acabo de hacer? ¿Cómo se me ha podido ir tanto la pinza?», gruño nada más enviar el mensaje. «¡¿Por qué no borré su número para evitar estos *piramientos* mentales?!»

Y ahora sí, apago los datos del móvil y lo silencio. Pongo cinco alarmas, lo bloqueo y me acurruco en la cama esperando a que Morfeo me acoja en sus brazos, o... yo a él entre mis piernas. Él sabe que en mis sueños le dejo hacerme disfrutar.

Cierro los ojos y...

Capítulo 10

DE TAL PALO, TAL ASTILLA



¡Pi! ¡Piii! ¡Piiiiii!

Miro el móvil, lo cojo, apago el sonido y... ¡pum!

—¿Estás bien, hija?

Mi madre aparece con la bata puesta y dando pequeños sorbos a una taza de café.

—Sí —respondo, intentando vocalizar a la vez que lucho por atrapar la sábana con las manos y cubrir mis ojos, para que no les llegue la luz del pasillo.

—Pensaba que te habías dado un golpe o algo... Bueno, venga, arriba, que se nos hace tarde —dice alegre.

—¡Mamá! —me quejo—. Déjame cinco minutitos más... ¿Cómo puedes estar alegre? ¡Si aún no se han puesto los calcetines ni los gallos! ¿Estás contenta porque otra vez me voy?

—¡Déjate de tonterías, Anna! Vamos, levántate a desayunar o me quito la zapatilla.

—No serás capaz... —la reto. Y ¡maldita la hora! Dicho y hecho. Mi madre me está dando con la zapatilla—. ¡Me vas a hacer daño!

—La próxima vez no me tientes... Ya sabes que en eso de aceptar retos saliste igualita a mí, ¡vamos! —exclama antes de darme un último zapatillazo mientras me siento en la cama y me froto los ojos para adaptarlos a la luz—. Hay café recién hecho —me informa antes de desaparecer.

Me levanto y voy directa a la cocina, necesito mi dosis matutina de cafeína. Al entrar, el olor a pan tostado me inunda las fosas nasales y la boca se me hace agua. Me siento, sirvo una taza de café y le añado un chorrito de leche y un par de cucharaditas de azúcar. Remuevo y le doy el primer sorbo para disfrutar del

recorrido de la bebida caliente deslizándose por mi garganta. Estiro el brazo y cojo una tostada, unto mantequilla y mermelada de melocotón casera, ¡menuda delicia!

—Voy a hacer las camas y a darme una ducha, no te entretengas —me pide mi madre.

Le hago caso, desayuno rápido y dejo el plato y la taza en el fregadero antes de volver a mi habitación. Me pongo unas mallas negras y una sudadera blanca, a juego con mis Converse. Guardo el pijama en la maleta y me siento encima de ella para lograr cerrar la cremallera.

El sonido del agua de la ducha me avisa de que mi madre acaba de entrar, así que me tumbo en la cama para permitirme cinco minutitos más de relax.

—¡Anna! —grita ella histérica—. ¡Que vamos a llegar tarde! ¿Qué haces durmiendo otra vez?

—¡Si me acabo de recostar, no llevo ni dos minutos! —me quejo—. Ni tiempo de cerrar los ojos...

—¡Pero ¿tú sabes qué hora es?! —pregunta alarmada—. Vamos, coge las cosas, que tu padre tiene que estar ya esperándonos.

—¿Dónde estaba?

—Echando gasolina, que el señor no tuvo tiempo ayer. —Se ha levantado guerrera mi señora madre—. Me vais a matar hoy... Si es que..., ¿para qué me llama tu tía por teléfono sabiendo que siempre vamos a contrarreloj contigo?

La ignoro. No entiendo qué culpa tiene mi tía ahora.

—¿Pues no va y me pregunta que si ya estamos de camino? ¿Que si vamos bien de tiempo para pasar por su casa, que ha hecho magdalenas para que te lleves? Y se ha puesto a darle a la sin hueso ¡media hora de reloj! ¿Y tú? ¡Durmiendo! —Continúa su monólogo revisando mi habitación para que me dé prisa, aunque realmente consigue que vaya más lenta, porque con ella al lado mi cabeza no rige, ya no sé ni lo que me falta, y la hora que es tampoco ayuda—. ¡¿Quieres darte prisa?!

Cojo el abrigo del respaldo de la silla y, al verme, ella coge la maleta.

—¡Vamos! —exclama mientras sale de la habitación. Y no me queda más remedio que ir colocándome el abrigo por el pasillo.

—Somos los únicos pringados levantados de todo el pueblo —me quejo al salir a la calle y no ver a nadie—. Con este frío solo apetece quedarse en la cama, bajo la mantita —añado. Ya me gustaría estar así.

—¡Dos leches y te quitaba el frío! —bufa mi madre, que acaba de sentarse en el puesto del copiloto.

—¿Qué os pasa? —pregunta mi padre, sin entender por qué mi madre ha subido al coche con esa alegría y positividad.

—¡Que me vais a matar a disgustos, eso pasa! —resopla ella—. ¿Ayer no te dio tiempo a echar gasolina?

A través del espejo interior, veo a mi padre poner los ojos en blanco. Decide no responder.

—¿Vamos a pasar por casa de la tita? —pregunto, y me muerdo el labio.

—Está niña es tonta... —susurra mi madre—. Si no te hubieses dormido, nos hubiese dado tiempo...

—Si no hubieses hablado media hora por teléfono, no me hubiese dormido. —¡Zas!

Mi padre sube el volumen de la radio en un intento de apaciguar la tormenta. Me pongo la capucha de la sudadera, apoyo la cabeza en el cristal de la ventana y, escuchando la música, me pierdo entre la cantidad de coches que van en la misma dirección que nosotros.

Al llegar a la estación de tren nos bajamos del coche y me pongo el abrigo, me cuelgo la mochila al hombro y caminamos en busca de la puerta que me separará otra vez de mi tierra.

—Faltan diez minutos, ¿te compro una botella de agua para el camino? Con las prisas se me ha olvidado darte una en casa —dice mi madre, más calmada.

—No hace falta, la compraré dentro cuando tenga sed. Voy a ir entrando — anuncio a modo de despedida.

Antes de cruzar la puerta le doy dos besos a mi padre y me dejo abrigar por el abrazo de mi madre. Las lágrimas brotan de sus ojos mientras me susurra que me echará de menos.

Una vez en el tren dejo la maleta y me acomodo en mi asiento. Preparo la música y solo me queda esperar que pasen las horas y llegar a mi destino.

Anna: ¡Buenos días! Ya estoy en el tren, te aviso cuando llegue, ¿vale? Dale muchos besitos a mi ratoncita y dile a Hugo que gracias por todo. Os quiero, trío lalalá.

Víctor: Eres un poco cabezota, ¿eh? Bueno, espero que tengas buen viaje, y que vuelvas pronto ¡y me avises! Ha sido un placer reencontrarme contigo después de tanto tiempo, ¡besos!

Anna: Sí, yo también me alegré de verte. Espero que todo te siga yendo genial, ¡chao!

Matteo: *La mia bella ragazza!* Echaba de menos tus piropos. Tengo ganas de verte.

Anna: ¡JAJAJA! Ahora no vengas con esas, bello. Trabaja, que seguro que tienes ganas, ¡qtdn! (¡Que te den! Por si no lo has pillado.)

* * *

Puntual, el tren llega a la estación de Sants y arrastro la maleta hasta una cafetería. Elijo la mesa que el camarero está limpiando.

—Buenas tardes, ¿desea tomar algo? —pregunta al verme llegar.

—Un café y una napolitana de chocolate —digo, con apetito—, la que más chocolate tenga.

El chico sonrío y asiente.

—¡Graciaaaaas! —levanto la voz mientras se aleja de la mesa, y el móvil empieza a sonar—. ¡Ey, tú, Barbixú!, dímelo —respondo.

—¿Has llegado ya? Yo acabo de bajarme del tren ahora mismo —anuncia.

—¡Sí! Ven a la cafetería que hay frente al quiosco. No has dado tiempo ni a que me traigan el café a la mesa —me quejo, deseosa de otro chute de cafeína—. ¡Te espero!

Cuelgo antes de que me diga que está cansada del viaje y deseando llegar a casa.

Cuando veo aparecer a Bárbara a lo lejos me levanto de la silla y empiezo a hacer aspavientos con los brazos para que me vea. Su sonrisa me responde y entonces dejo de hacer el mono delante de tanta gente, para no ponernos más en ridículo. Nos abrazamos como si llevásemos meses sin vernos y nos observamos de arriba abajo en busca de posibles cambios, hasta que el camarero nos interrumpe tosiendo a nuestro lado.

—Aquí tiene su café y la napolitana con más chocolate —me informa—. Me he permitido echarle un poquito de sirope por encima, espero que le guste.

—¡Ohhhh! ¡Qué majete! Muchísimas gracias —le digo entusiasmada.

—¿Usted que va a tomar? —pregunta a Bárbara.

—Un zumo de piña, por favor —pide ella, tocándose el pelo para captar su atención.

—¿Te ha molado el camarero? —le pregunto cuando el chico se aleja. Bárbara se pone colorada—. Ahora le pido su número y quedáis un día.

—¡Ni se te ocurra, loca!

Terminamos de tomarnos nuestras consumiciones y Bárbara deja una moneda de dos euros encima de la mesa para que vaya pagando mientras va al baño. «¡Esta es la mía!», celebro. Levanto la mano para captar la atención del camarero, que enseguida se acerca a la mesa.

—¿Me traes la cuenta cuando puedas?

El chico saca una libreta de su bolsillo y me dice el importe total.

—Espera, que te pago ya. Por cierto, ¿tienes novia? —le digo mientras rebusco monedas en mi cartera.

—¿Perdona? —pregunta sorprendido.

—A mi amiga le has gustado, y, bueno..., si eres soltero, pues... podéis quedar para conoceros, ¿no? —digo, sin pelos en la lengua—. ¡Calla! Por ahí viene... —Bajo la voz—. Si te apetece, apunta tu teléfono en el *ticket* y dámelo cuando me traigas la vuelta —le digo guiñando un ojo.

Tecleo en el móvil «Ya he llegado, todo bien. ¡Besos!» y hago ronda de copiar y pegar para enviarle el mensaje a la gente. Por no sé qué vez, me pongo el abrigo. El camarero me trae la vuelta. Guardo el *ticket* en el bolsillo y le dejo una propina, que se la ha ganado.

Bárbara y yo salimos a la calle y esperamos nuestro turno en la parada de taxis.

* * *

«Hogar, ¿dulce hogar?», pienso al girar la llave en la cerradura del piso.

Capítulo 11

AUNQUE LA MONA SE VISTA DE SEDA, MONA SE QUEDA



—Eres lo peor —exclama Bárbara—. Te dije que no quería salir..., no sé cómo me has podido convencer.

—¿Porque estabas deseando salir de fiesta conmigo? No me seas cascarrabias, que con la siesta que te has echado dudo que puedas dormir pronto esta noche. ¿Nos vamos?

—Prométeme que volveremos pronto.

Asiento. Caminamos en dirección al bar, donde nos esperan algunos compañeros de clase, con nuestros vaqueros, camiseta casual, botas altas y nuestros inseparables abrigos para protegernos del frío. Al no ver a ningún conocido esperando fuera, decidimos entrar y pedir.

—Dos cervezas —grito para que la camarera me escuche.

Brindamos, damos un trago y nos dirigimos a una de las mesas mientras empezamos a cantar la música que suena en el local. Entre estribillo y estribillo, trago que damos, así que cuando acaba la canción nos toca pedir nueva ronda.

—Dos cervezas y dos chupitos de tequila.

—¡¿Qué dices, loca?! —pregunta Bárbara—. Yo no quiero chupitos. Quitá, quita, paso de mezclar.

—¡Bah! Por uno no pasa nada —respondo—. ¡Ey! Al fin habéis llegado —saludo a Jose y Jordi, dos compañeros de clase. Se acercan y nos saludan con dos besos.

—Han dicho los demás que al final no salen, ¿lo habéis leído en el grupo? Las dos negamos con la cabeza.

—Ya me extrañaba a mí que no insistierais ninguna —ríe Jordi.

—Dos más de cada —le pido al camarero cuando trae las consumiciones.

Los cuatro brindamos en la barra y nos tomamos de un solo trago el chupito, cogemos nuestros botellines y volvemos a la mesa.

Después de mucho hablar, reír y cantar, Bárbara decide mirar la hora en su móvil y dar la fiesta por finalizada.

—Qué moñas eres, con lo bien que nos lo estamos pasando... —la reprendo poniendo cara de perrito pachón.

—¡Son las cinco de la mañana! Voy a dormir menos de cuatro horas —se queja.

—Pues nada, como la señorita no aguanta más, nos iremos a casa ya... —Me niego a intentar convencerla.

Jordi y Jose viven dos calles más abajo que nosotras, junto a otros dos compañeros, así que los cuatro caminamos juntos en la misma dirección. Bárbara va unos pasos por delante, a buen ritmo, pero nosotros tres reímos y nos entretenemos con cualquier cosa.

—Por cierto, ¿quién ha tenido la idea de ir a ese bar? —pregunta Jordi, y yo levanto la mano—. ¿De verdad te gusta esa música?

—¡Síííí! ¿A que es la bomba?

—¿Pero tú has visto dónde nos has llevado?

—¡Pues claro! —respondo convencida—. Me dirás que no es la caña el bar... Todo tapizado en telas de leopardo, los tacones pegados al techo, las *barbies* haciendo las posturas del Kama Sutra y la música retropetarda. ¡Sor Rita es la caña de España! —aplauzo.

—Tienes unos gustos más raros... Jamás te imaginé cantando *Juntos*, de Paloma San Basilio, a pleno pulmón, como esta noche —se carcajea Jose.

—¿A que la clavo, eh? Soy una cajita llena de sorpresas, chaval.

—No, no. Si nunca dejarás de sorprendernos —interviene Jordi, que se ha detenido frente a nuestro portal—. Bueno, chicas, en un ratito os vemos en clase.

Nos despedimos. Subimos por las escaleras hasta nuestro piso y me mantengo callada para evitar que Bárbara estalle contra mí por haberla entretenido tanto esta noche.

—A ver si ahora la habitación no me da vueltas y puedo dormir algo —dice nada más entrar en casa—. No sé para qué me dices que volveremos pronto si luego nos quedamos hasta las tantas.

—Mira, bonita —respondo alterada—, yo te he dicho que salgamos, vale. Pero si lo has hecho es porque has querido, no te he puesto ningún cuchillo en el cuello para obligarte. Y si te has quedado hasta las cinco, pues también es cosa tuya, que te sabes el camino a casa y tienes llaves para entrar. Así que no me

fastidies, porque no soy culpable de nada, ya eres mayorcita y lo que haces no es por mi culpa —suelto a bocajarro, sin filtros. «Creo que he bebido más de lo que debía», pienso.

—¡Perfecto! —exclama ella cabreada—. ¡Buenas noches! O lo que quede de ellas —ironiza.

—¡Ale, con Dios! —Para borde, yo.

Estoy cabreada y no tengo ganas ni de quitarme la ropa, así que me tumbo en la cama vestida y de dos patadas separo las botas de mis pies. La habitación empieza a darme vueltas, y los recuerdos, también. «¿Por qué no dejas de aparecer en mi mente?» Me levanto y me quedo frente al portátil, pensando en si debo o no hacerlo. Opto por el sí, aunque sé que es la respuesta incorrecta a mis dudas. Me siento, abro la pantalla y, tras un suspiro, mis dedos empiezan a teclear:

De: Anna Llop Riera

Para: Matteo Biancherini

Asunto: Estoy borracha, ¿y qué?

Mensaje:

¡Ey, pringao! Pues sí, estoy borrachilla y por eso quizá te escribo. ¿Sabes una cosa? ¡QUIERO QUE SALGAS DE MI CABEZA! Pero no, no lo haces, ¿por qué? ¿Te gusta verme sufrir, no? Ahora en serio..., o eso voy a intentar.

Me duele, me duele mucho no escucharte cada día, no contar los que faltan para subirme al avión y que me esperes en el aeropuerto con algún detallito, no recibir tus abrazos al llegar. Echo de menos tus besos, tus caricias alrededor del cuello mientras me susurras palabras en el oído. Echo de menos ver una película junto a ti y quedarme dormida entre tus brazos. Echo de menos despertarme entre cosquillas y caricias, quitarte camisetas y dormir respirando el aroma que desprendes. Echo de menos levantarme junto a ti, hacerte rabiar hasta conseguir oír tus risas, echo de menos tus quejas y tus enfados, porque son parte de ti. Te echo de menos, y no sabes cuánto... ¿Por qué, Matteo? ¿Por qué siempre antepónías el trabajo a nuestra relación? ¿Qué hice mal?

Cada día me atormentaban los pensamientos agolpándose en mi mente, e incluso llegué a la conclusión de que para ti yo era simplemente un pasatiempo. Imagínate, me quise convencer de que había otra a la que le dedicabas tu tiempo libre cuando me dejabas en tu casa sola o cada vez que volvía a España. ¿Sabes cómo sufría imaginándote con otra? ¿Sabes el dolor que sentía? ¿De verdad me querías? ¿Por qué no hiciste nada para obligarme a no dejarte, por arreglarlo?

En estos momentos, quiero pensar que te he perdido para siempre. Que yo he sido la culpable y la que ha puesto el punto final a nuestra historia, la que te ha dejado marchar, porque algo en mi interior me dice que ya no volverás.

¿Y tú? ¿También opinas que esto no tiene arreglo y por eso no me escribes? Esto no es solo cosa mía, es algo de los dos. Puedo sacar fuerzas para luchar, pero necesito ver que tú harás lo mismo. Si no, me conformaré con pensar que un día hice todo lo posible por que estuviéramos juntos, por estar a tu lado. Pero no, no deseo luchar en vano sabiendo que tú prefieres no hacerlo y que ya has tirado la toalla.

Yo no quería llegar a aquel punto, pero no me dejaste otra opción. No sabía cómo decírtelo y que lo entendieras. Probé mil formas y mil veces no me entendiste. Tuve que armarme de valor y dejarte para ver si así reaccionabas, pero parece que eso tampoco funcionó y perdí mi última opción. O quizá deseabas que pronunciara aquellas palabras, si no, ¿por qué no me besaste obligándome a callar? ¿Por qué no me dijiste que me querías y que no deseabas perderme? ¿Por qué en estos meses has estado ausente? Seguramente ya te hayas olvidado de esta niña que llora ahora mismo, mientras busca respuestas para entender qué nos pasó y poder así olvidarte de una vez por todas, dejar de recordarte cada día de mi vida.

Ojalá algún día tenga la fuerza suficiente para mirarte a los ojos y no romper a llorar mientras mi corazón se rompe en pedazos. Ojalá seas feliz aunque estés con otra y yo sea capaz de desearte que todo te vaya bien. Ojalá la vida nos deje ser felices a los dos, y si esto se ha acabado, ojalá pueda olvidarte para siempre.

Y sí, estoy demasiado borracha, porque si no, no tendría los ovarios suficientes para decirte que te echo de menos y que te sigo queriendo...

Besos,

Anna

Posdata: Sigues siendo un pringao, ¡que lo sepas!

Leo cada palabra escrita en el ordenador secándome las lágrimas. Hugo tenía razón. Los dos debimos dar nuestro brazo a torcer, y esta vez me tocaba a mí el primer paso. «Benditas sean las cervezas que me han dado la fuerza para escribirle. Y bendito el chupito que me permite tocar la tecla que confirma mi fuerza», digo en un susurro mientras le doy a «Enviar».

Vuelvo a leer el correo que acabo de mandarle para torturarme aún más. Cierro el ordenador, me pongo el pijama y me acuesto sin activar las alarmas en el móvil.

* * *

—¡Anna! Vamos a llegar tarde.

Bárbara entra gritando en la habitación.

—¡Eh, tú, Barbixú! Ve tú... —respondo tapándome la cara con las sábanas.

—No, no y no. Eso sí que no —dice seria—. Tú tuviste la idea de salir anoche y yo te dije que había que madrugar, así que levanta el culo y ¡vamos!

—Ve tú, no me encuentro bien —insisto—. Por favor...

Parece que cede a mis palabras y sale de la habitación. «Alguna me montará cuando vuelva de clase...», pienso. Me doy la vuelta en la cama y me acurruco para dormirme otra vez.

* * *

Grupo de WhatsApp: ¡Cuidado! ¡Vendo exclusivas!

Jose: ¡Annaclleta! ¿Dónde estás?

Barbixú: Seguirá durmiendo la mona...

Jordi: ¡Nos ha fastidiado! Si es que... escuchar Camilo Sexto, Paloma San Basilio y cantantes del año de nuestros padres no puede traer nada bueno.

Anna: Annaclleta ha perdido su bicicleta, ¡psss! Y, Jordi, no te metas con esa música, porque es muchísimo mejor que la que se escucha hoy en día.

Anna: ¿Os hacen unas cervecitas a la una?

Barbixú: ¡Pues no! Cómo se nota que tú has dormido. Yo salgo de clase pitando a casa a dormir.

Anna: ¡Rancia!

Me levanto y voy hacia la cocina. Tengo que prepararme una taza de café y unas tostadas para acompañar un ibuprofeno que me quite el dolor de cabeza que tengo.

Después de desayunar, miro el correo electrónico. «Nada, sin respuesta.» Me meto en la ducha.

—¡Anna! ¿Qué te queda? —pregunta Bárbara tras tocar a la puerta.

—¡Ya salgo! —grito para que me escuche mientras me pongo crema hidratante—. ¿Has visto? Tengo la comida preparada.

—Ya lo he visto, ya... ¿Te has herniado mucho, guapa? —pregunta irónica—. Un pollo asado que se mete al microondas y una bolsa de patatas vinagreta es el menú que más me apetece.

—Pues hala, prepárate lo que quieras. Encima que vienes a mesa puesta... —respondo borde.

—¿Estás bien? Llevas tirándome pullitas desde que llegamos a casa y no me está gustando nada, ¿te he hecho algo? —pregunta calmada, y noto su preocupación.

—Estoy bien... ¿Qué va a ser? Ayer salimos de fiesta y he pasado mala noche, pero no estoy borde contigo.

—No, qué va... —responde, y se mete en su habitación dando por finalizada la conversación.

Sirvo dos vasos de refresco y los dejo sobre la mesa de centro de la sala de estar. Aviso a Bárbara de que la comida se va a enfriar y empiezo a comer sin esperarla. Cuando sale, me mira de una forma que no me gusta nada. «Mala suerte», pienso mientras frunzo el ceño insinuándole que si se hubiese dado más prisa yo no habría terminado mi plato antes de que ella empezara el suyo. Me quedo sentada mirando la televisión hasta que Bárbara termina y, en silencio, tal y como he estado toda la comida, me levanto y recojo la mesa. Dejo los platos en el fregadero y me encierro nuevamente en mi dormitorio. Vuelvo a mirar el correo electrónico. «¿No piensa contestar?» Cojo el móvil y tecleo un mensaje:

Anna: ¿De qué va tu amigo? ¿No decías que él no iba a dar el paso porque esta vez me tocaba a mí? ¡Pues lo he hecho! ¿Y sabes qué? ¡Ni me ha contestado! Maldito italianini, ¡lo odio!

Anna: Dale besitos a Nerea y a Zoe. (Venga, para ti otro, no te pongas celoso.)

«No quiero saber nada de nadie.» Me tumbo en la cama, me pongo los auriculares y me relajo escuchando música a la espera de que Morfeo o alguno de sus súbditos me secuestre durante horas, muchas horas...

Capítulo 12

NO HAY ROSA SIN ESPINAS



Quince semanas después...

—¡Perrilla! —saludo en cuanto responden a mi llamada—. Tengo una noticia buena y otra mala, ¿por cuál empiezo?

—Te noto contenta. ¿Estás bien?

—Te contradices, señorita González. Me notas contenta y me preguntas que si estoy bien... No hay quien te entienda, ¿eh?

—Teniendo en cuenta que llevo dos semanas sin hablar contigo... No sé si estás bien o no, eso no quita que te note contenta.

—Sí, sí, estoy bien. Es solo que he andado liada con las clases, los trabajos y esas cosas. Voy agobiada, pero... ¡se ve el fin! —Alzo la voz, eufórica—. Bueno, a lo que iba... ¿Buena o mala noticia?

—¿Tengo que responder? —Se carcajea—. Vas a empezar por donde te dé la gana, siempre lo haces...

—No puedo quitarte la razón... —admito—. No te enfades, pero... al final no voy este fin de semana a veros...

—¡Joder, tía! Tengo un montón de ganas de verte y la peque está como loca diciendo a todos que su tita va a venir...

—Yo también tenía muchísimas ganas de ir, ¿qué te crees? —aseguro—. Pero... Víctor me ha llamado y... ¡nos vamos de vacaciones! ¿A qué no sabes dónde? ¡A París, la ciudad del amooooor! —respondo sin dejar que me interrumpa.

—¿En serio? ¡Qué guay! —dice ella contenta, o eso intenta hacerme creer—. Me alegra tanto saber que os va bien, que eres feliz...

—¡Oh, *yeah*, muñeca! La pena es no ir a pasar la semanita allí. Pero, jobar, no puedo rechazar su regalo. Solo nos vemos los fines de semana que viene a verme y, bueno, una escapadita no nos viene mal, la verdad. Además, en dos mesecillos ya estoy de vuelta, y se pasan en un pispás.

—Pues sí. Yo tampoco rechazaría un regalo como ese —afirma entre risas—. Bueno, locuela, te voy a colgar, ya que tengo la comida a medio hacer y en nada llegarán Hugo y Zoe, ¡te quiero!

—*Au revoir, mon amour!* —me despido de ella, escuchando sus risas por mi pronunciación.

Tiro el móvil sobre la cama y empiezo a cantar y saltar por todo el piso, ¡menos mal que estoy sola! Celebro que, desde que Víctor apareció en mi vida, soy feliz. Algunos fines de semana viene a visitarme y me sorprende con alguna excursión que ha planeado durante la semana para disfrutar juntos. Cuando no puede venir, o si ando apurada con los estudios y le pido que no lo haga para terminar cuanto antes, siempre aparece el cartero con algún detalle suyo. «¿Se puede ser más mono? ¡Si hasta me estoy volviendo una romántica!» No todo es felicidad o, como mi madre dice siempre, no hay rosa sin espinas, pero Víctor está siendo un buen compañero, poquito a poco está consiguiendo sacarme cada una de esas espinas clavadas. Y yo me dejo.

A decir verdad, llevo nuestra relación muy en secreto. Solo lo saben Nerea y Bárbara, no me quedó más remedio que contárselo cuando empecé a desaparecer los fines de semana y cuando el cartero empezó a llegar si no me marchaba.

—Anna, abre, será un regalito para ti —me dijo Bárbara hace un par de meses, tras pausar la película que estábamos viendo.

Me sentía tan feliz que deseaba que ella también lo estuviera y tuve una de mis ideas geniales.

—No. Víctor llegará a su casa de noche, así que no espero nada, abre tú —mentí.

—¡Eres una vaga! —se quejó antes de levantarse.

Me arrodillé en el sofá para mirar hacia la puerta y que no descubriera que la estaba observando. Antes de abrir preguntó quién había al otro lado. No obtuvo respuesta. Abrió y se quedó parada, quieta como una estatua sin apartar los ojos de la persona que tenía enfrente. Se giró tan rápidamente que me descubrió con una sonrisa de oreja a oreja; no me dio tiempo a agacharme para impedirlo.

—Anna, ¡te mato! ¡Te juro que te mato! —Leí en sus labios mientras achinaba los ojos para darme a entender lo cabreada que estaba.

—Hola —susurró la persona que había en el descansillo, esperando que alguna de nosotras le hiciera caso. Desde mi posición, levanté la mano y le saludé, y acto seguido alcé el pulgar para tranquilizarle y decirle que todo saldría bien—. Te llamas Bárbara, ¿verdad?

Ella asintió, se giró hacia mí y volvió a fulminarme con la mirada.

—Mi nombre es Roberto, encantado.

—¿Qué hace aquí?

—Bueno..., como te gustó el camarero..., no pude quedarme de brazos cruzados —respondí—. Me dijo que estaba soltero y le invité a que viniera a casa a verte. ¿Vas a dejar al muchacho así? ¡Quítate esas pintas, arréglate y sal a tomar algo con él!

Ella bajó lentamente los ojos para mirarse, y se dio cuenta de que estaba en pijama, ¡antisexi total! Se volvió hacia el camarero, que aún esperaba en el descansillo.

—Em, bueno, sí... ¿Me esperas un segundo? —le dijo, antes de acercarse a la mesa de centro a coger su móvil—. Y tú, ya hablaremos seriamente —susurró cerca de mí para que Roberto no la escuchara.

—Pasa, majo, pasa —le invité a entrar.

Mientras repaso la escena, recuerdo que debo llamar a mi madre. Vuelvo corriendo a mi habitación en busca del móvil y me tumbo en la cama de un salto.

—¡Maldita manía de chocar con todo! —Me llevo la mano al pie y regaño a mi dedo pequeño. Cuando el dolor se calma, marco el número de teléfono. Ella tarda en responder—. ¡Mamiii!

—¡Hola, hija! Madre mía, vengo de casa de tu tía y tus primos cada vez son más trastos y me agotan las energías.

—Eso es que estas mayor, mamá —bromeo.

—Tú lo que estás es tonta —me reprende—. Dime, hija, ¿querías algo?

Siempre que la llamo me pregunta lo mismo, porque lo habitual es que sea ella quien lo haga.

—Sí. Me acaba de llamar Emma, que se van a ir las tres a pasar la Semana Santa a Valencia y me han invitado... Hace mucho que no las veo y he aceptado. Me apetece estar con ellas en la playa... —añado con voz melosa.

—¿Y a falta de tan pocos días lo organizáis? Bueno, hija, pues ya vendrás un fin de semana cuando puedas... Ya estaba yo ilusionada con verte. —Noto la tristeza en su voz—. Pero bueno, eres joven y tienes que disfrutar. Pásalo bien y mantenme informada.

—Sí, mamá —afirmo—. Te llamaré en cuanto llegue allí, ¿vale? Bueno, solo era eso. Voy a estudiar un rato antes de comer e irme a clase. Dale besitos a

papá. ¡Chao, chao! Besos.

Después de avisar a mi madre y darle el notición a Nerea, busco en el móvil la temperatura que hará los próximos días en París y, con ansia, empiezo a preparar la maleta. ¡Me muero de ganas!

Miro la hora y se me ha hecho bastante tarde, así que me preparo un sándwich, recojo los apuntes que tengo sobre el escritorio, los guardo en el bolso y salgo en dirección a la universidad.

Después de las clases, unos cuantos compañeros, Bárbara y yo decidimos ir de tapas a un bar cercano, y sobre las once nosotras regresamos a nuestro piso mientras ellos continúan la fiesta.

—Anna, me acaba de escribir Roberto...

—¿Vas a salir? Mañana tenemos clase temprano... —pregunto extrañada.

—Libra mañana y pasado... —responde ella, acariciándose el pelo—. Los días entre semana están sus compañeros de piso... ¿Te importa si le invito a dormir en casa hoy y mañana?

—¿De verdad me preguntas eso? —Veo que se pone colorada—. ¿Te daba vergüenza? —Empiezo a reírme—. ¡Vamos! Si lo que no sé es por qué no se lo has dicho ya, ¡petarda!

—No quiero molestarte... Cuando viene Víctor, siempre os vais a algún hotel, y sabes que a mí no me importaría que durmiera en casa, ¿lo sabes, no?

—Pero es porque lo organiza él. —Le resto importancia—. Dile a Roberto que coja el pijama y se venga a casa. El pijama para cuando esté por las zonas comunes, en tu habitación que no lo use —me río, necesito que sepa que no me molesta en absoluto que su chico se quede en nuestro apartamento.

—¡Gracias! ¡Eres la mejor! —grita tirándose a mi cuello y abrazándome.

—Por cierto..., dile que se traiga más ropa, si quiere... Os dejo el piso para vosotros toda la Semana Santa —anuncio con misterio.

—Te recuerdo que yo también me voy. A casa de mis padres.

—Ahí es donde pensaba ir yo..., pero prefiero París —le digo contenta.

Al llegar a casa, le cuento tranquilamente lo del viaje con Víctor mientras esperamos a Roberto, que no tarda en aparecer con un osito de peluche para Bárbara. «¡Qué mono!», pienso al verlos tan acaramelados. Sí..., últimamente todo me parece una monada, ¿será culpa de las mariposas que hay en mi estómago?

Me despido de la pareja y me encierro en el dormitorio. Tumbada sobre la cama, reviso mis redes sociales antes de dormir.

«¿Cómo?! ¿Que ese maldito está en casa de mi amiga?»

Anna: Quizá entienda que en el fondo te tomaras tan bien no verme estos días..., ¡ya te vale!

Nerea: ¿Anna? ¿De qué hablas?

Anna: Ya sé que tenéis invitado en casa. No sé, podrías haberme avisado... Y si llego a ir y me lo cruzo, ¿qué? Gracias, ¿eh? Gracias...

¡Pues sí! ¡Lo reconozco!... Me ha sentado como una patada en el estómago saber que el maldito *italianini* pasará estos días en casa de mi amiga, y que ella no ha tenido el valor de decírmelo. Cabreada, apago el móvil e intento dormirme, pero... otra vez Matteo vuelve a encargarse de ocupar mi mente, de taladrarme, de recordarme cada minuto juntos, de mostrarme sus sonrisas... «¡Víctor! ¡Aparece tú!», intento luchar para que sea la imagen de mi chico la que me acompañe hasta el mundo de los sueños.

A las tres de la mañana, doy la lucha por perdida. Bárbara y Roberto siguen de fiesta de pijamas, o mejor dicho, sin pijamas. Voy a la cocina y saco una tarrina de helado del congelador, cojo una cucharita y me siento en el sofá. Enciendo la televisión. Empiezo a comer helado como si no hubiese mañana.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¿Por qué has puesto fin a lo nuestro? —Sollozo mirando la tarrina.

—¿Anna! ¿Estás bien? —pregunta Bárbara con los pelos alborotados y en bata—. ¿Necesitas hablar?

—¿Bien? ¿Cómo voy a estar bien? —pregunto, llorando aún más alto—. ¿Matteo? Se terminó. ¿El helado este? ¡Se ha terminado! ¿Qué pasa? ¿Que todo lo que me gusta se va a terminar? ¿Menos la universidad?

Bárbara rompe a reír y consigue que me enfade aún más.

—Te hace gracia, ¿no? ¡Soy una desgraciada!

—Anna, por favor..., ¡mírame a los ojos! —Levanto la mirada en busca de la suya y me sonrío por haber hecho caso de su petición—. Júrame que no me has despertado a las tres de la mañana llorando porque se te ha terminado un helado.

—¿A que es triste mi vida? —pregunto en busca de consuelo. En ese instante, siento el enfado de Bárbara al descubrir el motivo de mi llanto, pero Roberto interrumpe el silencio con sus risas.

—Guapa, es tarde, vamos a la cama —me dice cariñosamente—. Mañana lo verás todo mejor y prometo traerte mucho helado para que no se te acabe, ¿vale?

Bárbara niega con la cabeza.

—¿Me prometes una cosa? —Roberto asiente—. Si encuentras helado sabor *italianini* o maldito *italianini*, ¿me lo comprarás?

Él vuelve a asentir sonriendo y Bárbara pone los ojos en blanco.

Dejo que me acompañe a mi dormitorio, y entre los dos me meten en la cama y me arropan. Mis ojos, presos del cansancio, no tardan en cerrarse.

Capítulo 13

BIEN AMA QUIEN NUNCA OLVIDA



Horas antes, en Madrid...

El coche de Hugo está aparcado en la acera de su casa. No tengo dudas de que estarán. Me acerco hasta la puerta y toco el timbre.

—¿Quién? —responde una vocecita que me encanta.

—¿Quién es, Zoe? —escucho preguntar a Nerea.

—No sé, mami, no me han contestado. Lo he preguntado bien, ¿a qué sí?

—Te tengo dicho que cuando tocan al timbre solo respondemos papá y mamá —escucho a Nerea acercándose a la puerta—. ¿Quién es?

—Lo siento, mami... —balbucea la pequeña al saber que lo ha hecho mal.

—Hola, traigo un mensaje para Nerea... —respondo impostando la voz, para que no me reconozca.

—Un segundo, por favor...

Enseguida escucho el sonido de la llave entrando en la cerradura. Por fin podré sorprenderlas.

—¿Matteo?

Nerea se queda parada frente a mí, sin creer que estoy justo delante de ella.

—¡Titoooooooooo! —grita la pequeña tirándose a mis brazos.

—*Mia piccola principessa* —le digo cuando la cojo en brazos y la lleno de besos—. ¿Cómo estás?

—Estoy súper —ríe esquivando mis besos—. ¿Has venido a verme?

—Claro que sí —respondo, y sonrío aún más al percibir su ilusión—. ¿Te ha gustado la sorpresa?

—Muy mucho —dice, moviendo la cabeza de arriba abajo para darle más énfasis a su respuesta.

—Zoe, ¿por qué no vas a tu habitación a coger el dibujo que le pintaste el otro día? —Ella se entristece al escuchar a su madre—. Se lo das y luego juegas con él, ¿o quieres que se quede todo el rato en la puerta y no le dejemos entrar en casa? —Le sonrío.

—Es verdad..., no te he dejado entrar —Zoe reacciona a las palabras de su madre y yo la dejo en el suelo. Alza la mirada y empieza a reír tapándose la boca—. Te invito a pasar —añade, pícara, antes de salir corriendo.

—¿Qué tal? No sabía que venías... Hugo no me dijo nada, ¿cómo ha ido el viaje? —me pregunta Nerea de carrerilla.

—Todo bien. Hugo no lo sabía, me contó que no os ibais de viaje este fin de semana y se me ocurrió venir, compré el billete y aquí estoy.

—Me alegro mucho, de verdad. Quizá no haya estado acertada con mi reacción, pero me ha pillado tan de sopetón... —se excusa—. ¿Quieres algo? Voy a por el teléfono para avisar a Hugo de que estás aquí.

—No, no le llames, que quiero que para él también sea una sorpresa. Un vasito de agua estará bien —le pido mientras camino hacia el sofá.

Durante un rato, mantengo una conversación con Nerea a pesar de que toda mi atención es para Zoe y no dejo de jugar con ella. Pocas veces he conversado con Nerea a solas, pero es imposible no cogerle cariño. Cuando Hugo me hablaba de ella, me parecía imposible que fuera tan madura para su edad, pero sus palabras me confirman que mi amigo tenía razón. Al principio ella se mostraba algo distante conmigo. Hugo me aconsejaba que le diera tiempo. «Dale tiempo —me decía—, aún le da vergüenza acercarse a ti después de la escenita que montó el día que os conocisteis.» Estaba en lo cierto. Poco a poco, Nerea ha ido cogiendo confianza conmigo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —murmura dubitativa. Yo la animo a hacerlo con un gesto de la cabeza—. Bueno, a ver... Anna le dijo a Hugo que te había escrito un correo electrónico y que no habías contestado. Hablo con ella y conozco su punto de vista, pero no el tuyo. No quiero meterme donde no me llaman, pero sí es verdad que, dada la situación, me siento incómoda.

Yo entiendo su postura, y asiento. Ella continúa.

—No te voy a pedir que la ignores ni que le respondas, pero quisiera saber qué intenciones tienes. Si le vas a responder, hazlo cuando quieras, pero si para ti esa relación está zanjada y prefieres ignorarla y continuar tu vida sin ella, te pediría que me lo dijeras para intentar que no te vuelva a escribir, para que empiece a olvidarse seriamente de ti y deje de pasarlo mal, o sea, que dejéis de pasarlo mal los dos, que entiendo que para ti tampoco debe de ser fácil, ¿sabes?

No sé si me he explicado bien... —Suelta su discurso deprisa y corriendo, poniendo caras raras que me dan a entender lo que le está costando decírmelo.

—Tranquila... —Estrecho sus manos mientras continúo hablando—. De verdad, de todo corazón te lo digo... Debería agradecerte todo lo bien que te estás portando. Sinceramente..., te voy a confesar que he perdido la cuenta de las veces que he leído sus palabras y me he sentido mal, muy mal. No sé si has visto lo que me escribió. —Niega con la cabeza, apretando los labios—. Creo que es la primera vez que descubro a la verdadera Anna, la que tiene sentimientos. Aunque también había algún que otro insulto —sonríó al recordarlo—, ha sido sincera. Su carta me ha hecho recapacitar y ahora la comprendo mejor. Eso es lo que más me ha dolido, entenderla tan tarde. Bueno, miento..., ¿sabes lo que más daño me ha hecho? —Nerea vuelve a negar—. El final... Me desea que sea feliz, aunque me vaya con otra, me dice que ojalá pueda olvidarme para siempre para que consigamos ser felices los dos... Nerea, he leído su correo tantas veces que me lo sé de memoria. Me duele tanto saber que mientras lo escribía lloraba, que me siento un cretino por todo lo que está pasando por mi culpa.

—¿Y por qué no le contestas? —pregunta tímida.

—No tengo el valor suficiente y no voy a fastidiarla y hacerla sufrir más. Por una parte, creo que lo mejor sería responderle y dar por terminado este tema para que pueda ser feliz sin mí, pero por otra... sé que si la ignoro la rabia la ayudará a olvidarme antes, y eso sería lo mejor para ella. Prefiero pensarlo mejor antes de decidir. Lo último que quiero es que siga sufriendo.

Casi a punto de anoecer, Hugo llega a la casa y se sorprende al verme allí. Nos fundimos en un abrazo y me olvido de la conversación con Nerea para contarles cómo va mi proyecto. Por más que sus padres le piden que me deje respirar, la pequeña no les hace caso. Quizá la culpa sea casi toda mía, porque le he dicho que el tito quiere jugar con ella. Hugo, al percatarse de la hora que es, se dirige a la cocina a prepararle la cena.

—Qué cocinilla eres —le digo, apoyado en la encimera mientras le da la vuelta a una tortilla en el aire—. Bueno, ya sé que si Nerea no está en casa, mi princesa no se alimentará a base de sándwiches —digo riendo, justo en el momento en que la mencionada aparece en la cocina para enseñarme su nuevo pijama—. ¡Pero qué bonita eres! —la piropeo extendiendo los brazos y aupándola—. ¿Nos hacemos una foto?

Ella asiente y me agarra fuerte del cuello. Le tiendo mi móvil a Hugo, que será el encargado de inmortalizar el momento.

—¿Estamos guapos o no?

—Tito, nosotros siempre estamos guapos —responde con gracia la niña.

—He pedido comida china para cenar, en quince minutos la traen —nos informa Nerea, que acaba de entrar en la cocina.

—Chicas, si queréis, id al salón a ver dibujos, nosotros nos quedaremos preparando la mesa hasta que llegue el pedido —me atrevo a decir.

Terminamos de poner la mesa y nos sentamos a la espera de que toquen al timbre. Miro el móvil y, tras comprobar que no tengo ningún mensaje de trabajo, respondo a algunos amigos, entro en Facebook y publico la foto con Zoe después de ocultar su cara con un emoticono. Casi al instante, el móvil me avisa de que la imagen ya ha recibido dos «me gusta» y un comentario de mi madre:

¿Ya llegaste a España? Disfruta de la estancia y da besos de mi parte.

El timbre suena y me levanto rápido para adelantarme a mi amigo y abrir la puerta. Recojo el pedido y dejo las bolsas encima de la mesa. Nerea entra en la cocina y se sienta junto a Hugo. Zoe la imita y se sienta al otro lado.

—Ha sonado un móvil por ahí —digo al escuchar el silbido a lo lejos.

—El mío —informa Nerea—. Ya lo miraré después de cenar.

Cuando los tres anunciamos que estamos hinchados y no nos entra ni un bocado más, cerramos los recipientes y recogemos la mesa. Hugo saca unos vasos de chupito y me pide que coja la botella de licor de la nevera.

—Esto es para bajar la comida —exclama. Nerea hace un gesto indicando que no le apetece, pero yo le animo a que me sirva uno—. Cariño, ¿no quieres? Hay de mora sin alcohol, que a ti te gusta...

—Bueno..., vale... —acepta a regañadientes—. Ahora vengo —dice, y sale de la cocina.

Hugo y yo nos tomamos nuestro chupito en ausencia de Nerea. Ella no tarda en volver.

—¿Estás bien? —le pregunto, extrañado al ver su cara desencajada.

—Sí —responde poco convincente—. Hugo, ¿puedes llevar a la niña a la cama? Se ha quedado frita encima de la alfombra...

Hugo le da un beso en los labios y abandona la cocina dejándonos solos a su chica y a mí.

—Matteo, ¿te puedo preguntar algo? —Asiento—. ¿Cómo sabe Anna que estás aquí?

—No sé a qué te refieres —miento, sin entender a qué viene esa pregunta.

—Me acaba de escribir un mensaje que no me ha gustado ni un pelo, ¿sabes? Diciéndome que entiende que me haya tomado bien que finalmente no venga estos días de vacaciones a visitarnos, porque sabe que tenemos un invitado y no la he avisado... —responde bastante molesta.

—Quizá haya visto una foto por internet... —confieso—. No pensaba que pudiera enfadarse... ¿No vendrá estas vacaciones? —pregunto, cuando caigo en la cuenta de lo que Nerea acaba de decir. Anna siempre viajaba a casa de sus padres cuando no podía venir a verme.

—Se va a París.

—¿Con quién? —suelto sin pensar, y me arrepiento nada más escuchar mi propia pregunta—. Perdóname, no hace falta que me respondas. Ha sido un atrevimiento por mi parte y no necesito saber qué hace, es su vida y tiene que disfrutarla.

El resto de la noche nos quedamos charlando en la cocina para evitar despertar a la pequeña. Pero yo no dejo de darle vueltas al asunto y me siento desanimado. No tardo en despedirme de mis amigos y retirarme a dormir.

«¿A París? ¿Con quién? ¿Habrá conocido a algún chico? ¿Se habrá olvidado de mí? No... No puede ser. Si no, ¿por qué me enviaría aquel correo electrónico? ¿Por qué se ha enfadado con Nerea al saber que estoy en su casa?» Un montón de preguntas sin respuesta se agolpan en mi cabeza. «Todo terminó, déjala ir y ser feliz», concluyo, y doy por finalizada la conversación en mi mente para intentar dormir.

Abro los ojos y no entra luz por la ventana. Miro la hora. Solo son las cuatro y media de la mañana y la culpa de que esté despierto la tiene un sueño, más bien una pesadilla. He visto a Anna en los brazos de otro, la he imaginado besando unos labios que no son los míos... Necesito desahogarme. Abro el correo electrónico en el móvil y decido escribir lo que no deja de darme vueltas.

De: Matteo Biancherini

Para: Anna Llop Riera

Asunto: No, yo no estoy borracho...

Mensaje:

Hola, Anna:

Quiero decirte algo. Yo también quiero que salgas de mi cabeza. No deseo verte sufrir, todo lo contrario, te quiero feliz, porque te lo mereces.

¿Por qué he tardado tanto en responderte y por qué lo hago en este momento?

Lo he pensado muchísimas veces, casi tantas como he leído tus palabras, que se me han clavado en el corazón como puñales ardiendo, pero no podía. Una parte de mí pedía que no lo hiciera para ayudarte a olvidarme, y otra se moría de ganas por escribirte...

¿Hoy? Sí..., yo quería olvidarte, Anna. Me he dado cuenta de lo que has sufrido y me siento culpable, porque lo soy, no puedo negarlo. Hace unas horas aterricé en Madrid, vine a casa de tu amiga para darle una sorpresa y me sentí fatal al saber que te habías enfadado con ella por eso. (Por cierto, ¿por qué sigues viendo mis fotos en Facebook? Así te será más difícil hacerme desaparecer de tu vida y de tus recuerdos...) Pero lo peor es que me ha dicho que no vendrías a visitarlos, y desde

entonces no dejo de preguntarme por qué. Si has conocido a un chico, te pido por favor que disfrutes de cada instante con él y borres este mensaje sin seguir leyendo...

** * **

¿Anna? Veo que sigues por aquí. O bien no has conocido a ninguno o, lo más probable, tu curiosidad no te permite quedarte con las ganas de saber qué voy a decir...

¿Sabes qué me duele a mí? El corazón. Desde el día que decidiste acabar con lo nuestro, Anna, me duele y me parte en dos. Cada día que pasa echo de menos tus locuras, tus risas contagiosas, tu voz, acariciar tu piel y notar cómo se erizaba con el contacto de mi mano. También echo de menos verte dormida entre mis brazos, cogerte y llevarte a la cama para arroparte, besarte y dejarte dormir y, a la mañana siguiente, tener el mejor despertar mirando tu sonrisa. Odio profundamente ver mi casa tan ordenada, no encontrarme ropa tuya en cualquier rincón o mis camisetas preferidas arrugadas dentro del armario, porque tú las usabas como pijama y luego hacías una bola con ellas y las tirabas allí de cualquier forma. Echo de menos todo de ti, Anna, todo, de eso no tengas ni la menor duda.

Algo que siempre evité fue llegar a casa y hablarte de trabajo. No quería mezclarlo con nuestra vida ni tampoco pagar contigo mis problemas en la oficina. No, eso no. Tú necesitabas que te dedicara sonrisas y no volcara mis problemas en ti. Siento que para ti haya sido mi peor elección, pero, egoístamente, tenía que hacerlo así, y aunque no lo creas, lo hice por y para ti.

Nunca me digas que fuiste un pasatiempo para mí, porque tú me devolviste la ilusión, las ganas de volver a disfrutar de la vida, tú me recordabas a diario que, a pesar de mi edad, el pequeño Matteo de hace años sigue dentro de mí.

Anna, yo te quería, y te quiero, pero no podía obligarte a no dejarme, era tu decisión y tenía que respetarla. No podía prometerte que dejaría de ausentarme cuando una llamada de la oficina me reclamara, porque todo era por y para ti.

Por favor, no digas que has sido la culpable, porque no es así, toda la culpa es mía. No te sientas culpable, porque no tienes culpa de nada y, con el tiempo, si tú me lo permites, me gustaría corregir mis errores e intentar acercarme a ti de nuevo, porque no te haces idea de cuánta falta me haces. Y, por más veces que dije que te quería, ahora sé que fueron insuficientes...

Ojalá, pase lo que pase, seas feliz y no asomen más lágrimas por tus ojos, salvo que sean de felicidad.

Nunca, nunca te olvidaré, mi pequeña traviesa.

Besos,

Matteo

Posdata: Te quiere, tu italianini.

Capítulo 14

CADA OVEJA CON SU PAREJA



«¡Vaya careto debo de tener!», es lo primero que digo al despertarme. «Y justo hoy, que me voy a París con Víctor, ¡joder!», pienso abatida al acordarme del viaje. Me levanto de la cama y, casi galopando, voy hacia el cuarto de baño.

—¡Soy un horror! —grito al verme reflejada en el espejo—. ¡Barbixúúúú!
—Golpeo su puerta lo más fuerte que puedo para que se despierte—. Levántate y hazme caso, ¡es cuestión de vida o muerte!

—¿Qué te pasa ahora? ¿Tú ves normal estos gritos? ¡Que no se han levantado ni los gallos! —protesta entre bostezos y frotándose los ojos con su mano izquierda, con el cabello revuelto y la camiseta del revés, que, por cierto, es la que llevaba ayer Roberto.

—¿Pero tú me estás viendo? ¡Estoy horrible! —insisto, desesperada al comprobar que ni se inmuta por mi aspecto y, para colmo, se lleva las manos a los oídos para no escucharme—. No puedo presentarme así delante de Víctor, ¡saldrá huyendo! Necesito un milagro.

—Anna, vamos por partes...

—Sí, como Jack el Destripador, ¿no? —la interrumpo, irónica y cada vez más enojada.

—Eres lo peor... —responde poniendo los ojos en blanco—. Acuéstate, descansa un ratito más y déjame dormir a mí. Más tarde nos levantamos, desayunamos y prometo maquillarte antes de que venga Víctor. Así que, por favor, para de gritar y déjame dormir.

—¿Será...? —gruño cuando cierra la puerta sin dejarme responder.

Sé que no voy a conseguir dormirme ni aunque me tome tres valerianas, por lo que me dirijo a la cocina y me preparo un tazón de leche con extra de Nesquik

y empiezo a engullir una cantidad gigante de cereales que dudo que sienten bien a mi estómago, pero que a mí, psicológicamente, me vienen de maravilla, casi tanto como un helado de chocolate a cucharadas.

Media hora después, cuando apenas queda leche en el tazón para seguir empapando cereales, voy hacia mi dormitorio y enciendo el ordenador. Abro el buscador y tecleo: «Truco para bajar bolsas y ojeras rápido». En cuestión de segundos tengo ante los ojos varios enlaces a páginas web y pulso sobre varios de ellos, a ver qué trucos encuentro. Los voy apuntando en un trozo de papel que hay sobre mi escritorio. Después de leerme varios remedios caseros, empiezo mi rutina anti-bolsas:

Meto dos cucharillas en el congelador, cojo una botella de agua del refrigerador, algodón y un vaso de leche y voy hacia el salón. Empapo los algodones en la leche, me cubro los ojos con ellos y de esa guisa comienzo a beber agua como una loca, que, como he leído, beber mucho es buenísimo. Cuando pasan diez minutos y ya estoy aburrída, voy al baño y me miro al espejo. Nada, no noto nada. Regreso a la cocina, caliento un vaso de agua en el microondas y, mientras espero a que pase el minuto y medio que he seleccionado, corto dos rodajas de un pepino que teníamos abandonado en la nevera. Saco el vaso y sumerjo en el agua caliente dos bolsitas de manzanilla, las dejo reposar mientras voy otra vez al sofá, me tapo los ojos con el pepino y sigo dando sorbos de agua hasta que la botella se termina. Vuelvo a mirarme al espejo. «¿Cinco minutos y nada? ¡Menudo timo!», me quejo, y vuelta a la cocina, a rellenar la botella y a repetir en el salón la misma operación, esta vez con las bolsitas de manzanilla. Después pruebo con las cucharitas congeladas, luego bato una clara de huevo y me la pongo alrededor de los ojos con una brocha de maquillaje. «Me tocará comprar otra», me digo al verla pringada. Sigo bebiendo y esta vez le toca el turno a una bolsa de guisantes congelados, antes de continuar con las rodajas de patatas. Internet ha dicho que treinta y cinco minutos, tiempo que dudo aguantar sentada en el sofá, así que decido meterme en la cama a cubrirme los ojos con ellas.

—¡Anna! ¡Despierta! Es cuestión de vida o muerte —grita Bárbara aporreando la puerta de mi habitación.

—Déjame cinco minutitos más, que me acabo de dormir —me quejo adormilada.

—¿Cinco minutos? Llevo dos horas levantada y si no llega a ser por Roberto, ni me entero de que sigues aquí. ¡Vamos, arriba! Son las dos del mediodía. —Insiste en que salga de la cama, con lo cómoda que estoy.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —pregunto, asimilando sus palabras—. ¿Las dos? Asiente, lo cual me confirma que he dormido más de la cuenta.

—¿Y por qué no me has despertado antes? ¡Joder! Tengo que preparar la maleta aún, que a las cuatro tendré a Víctor aquí... —Me levanto y, sin pensarlo, saco la maleta y empiezo a echar ropa del armario al tuntu.

—Tienes tiempo de sobra y la mesa ya está puesta. Comemos y luego te ayudo con la maleta y te maquillo. Prometo que antes de las cuatro estarás lista para Víctor —dice mientras yo miro el reloj—. Te lo prometo —añade al ver mi expresión.

Conociéndola, no me queda más remedio que ir al salón y comer en plan aguantavelas con los tortolitos. Y aunque comería a la velocidad del rayo, voy despacio, pues no me apetece que con la mala suerte que estoy teniendo se me sume también un mal de estómago. Además, Bárbara no dejará que me levante hasta que los tres hayamos terminado.

Tal y como me ha prometido, a las cuatro menos cuarto mi maleta descansa en el salón con la ropa perfectamente doblada, gracias a Bárbara. Luego vamos al baño y se dedica a maquillarme para evitar horrorizar a quien descubra mi rostro, oculto bajo los ojos hinchados tras el llanto de la noche anterior. Mientras tanto, damos sorbos a una taza de café que nos ha preparado Roberto.

Después, ellos dos se ponen empalagosos, se endulzan a base de besos y caricias, y yo me siento en el sofá a ver la tele hasta que Víctor llegue.

Víctor: Nena, tardaré una hora más en llegar. Estoy en un atasco y parece que va para largo, según he podido mirar en internet. Te llamo cuando esté cerca y bajas, ¿vale? ¡Un beso!

—¿Me podéis hacer caso, par de babosos? —interrumpo sus besos—. Víctor me acaba de escribir diciendo que llegará tarde —Ambos asienten y noto que mi interrupción no les ha gustado mucho—. Podéis procrear o seguir intercambiando babas si queréis, pero ¿podrías despertarme si me llama al móvil y no me entero?

Vuelven a asentir y me dirijo a mi habitación.

Levanto las sábanas y me encuentro las dos rodajas de patatas. Les susurro que no me han servido de nada y las dejo encima del escritorio para tirarlas a la basura antes de irme. Finalmente me meto bajo las sábanas, a dormir. Antes de que cuente hasta diez, mis ojos ya pesan y me dejo llevar.

El tono de llamada de mi móvil me despierta. Con los ojos aún cerrados, lo busco bajo la almohada.

—¿Sí? —respondo bostezando.

—¿Estabas dormida, nena?

Un sonido extraño sale de mi boca y responde a la pregunta de Víctor.

—En cinco minutos estoy debajo de tu casa, ¿bajas? —pregunta.

—¿No te apetece subir un ratito? Es que estoy tan a gustito...

—Venga, que tengo planes para esta tarde y el atasco ya me ha quitado bastante tiempo contigo. Te espero abajo, dormilona —insiste, y cuelga.

Me levanto, estiro las sábanas y voy hacia el cuarto de baño, me cepillo el pelo, que se me ha alborotado con la siesta, y cuando paso por el salón me despido de Bárbara y Roberto antes de coger mi maleta y bajar a la calle.

Frente al portal, el Audi de Víctor está parado en doble fila. Al verme abrir la puerta, baja y se acerca a mí, me da un suave beso en los labios y coge mi maleta para guardarla en el maletero. Me subo en el asiento del copiloto y Víctor, a mi lado, se adentra en el tráfico.

—¿Dónde vamos? —pregunto curiosa.

—A un sitio que te gustará, aunque no sé si ya habrás ido... —dice mirándome de reojo—. Te prometo que cenaremos y nos acostaremos pronto.

—¿Cómo? ¿Que en vacaciones me vas a hacer acostarme pronto?

—A ver..., no te lo quise decir antes porque sé que llevas muy mal lo de madrugar... —Le miro pasmada. Él me observa de reojo antes de volver a estar pendiente de la carretera y sonrío tímidamente—. El único vuelo que he encontrado a París sale a las seis y media de la mañana.

—¡¿Estás loco?! ¿Cómo se te ocurre coger un vuelo a esas horas? ¡Ay, madre! Casi prefiero ir de empalme...

—No, eso sí que no, que entonces cuando lleguemos te duermes y nos quitamos tiempo para visitar la ciudad.

Pasadas las cinco y media de la tarde, Víctor aparca frente a L'Aquarium de Barcelona y nos dirigimos cogidos de la mano hasta la puerta principal, donde muestra un folio con dos entradas impresas compradas por internet.

—Nena, hoy cierran a las nueve y media. Dudo que nos dé tiempo a ver todo, pero podemos venir otro día a pasarlo entero aquí, ¿qué te apetece ver? —me pregunta cariñoso, y me entrega el mapa que le ha dado la chica de la entrada. Me quedo observándolo sin avanzar.

—No te quedes parada, que perdemos tiempo. —Ríe para que no tarde en responderle.

—Pues... me gustaría el Oceanario, tiene que ser una pasada.

Siguiendo las indicaciones del mapa, vamos hacia el Oceanario y recorreremos los ochenta metros que tiene observando los animales acuáticos: peces luna, rayas, doradas, morenas y, mis preferidos, los tiburones. El tiburón toro y el jaquetón de Milberto. Después nos dirigimos a los acuarios temáticos y

vemos caballitos de mar, huevos de tiburón y corales tropicales, entre otros, y en la zona de acuarios tropicales, más tiburones. Durante el recorrido no dejo de hacer fotos con mi móvil, feliz por la sorpresa que me ha preparado Víctor.

Cuando dan el aviso de que L'Aquàrium va a cerrar sus puertas, volvemos al coche y nos dirigimos hacia Barcelona. Víctor aparca frente a un hotel bastante conocido.

Entramos y nos encaminamos hacia la recepción, donde tras dar sus datos le entregan la llave de la *suite*. «¿Ha dicho *suite*?», abro los ojos de par en par, atónita. Víctor se ríe al ver mi cara de sorpresa y asiente con la cabeza, lo que me confirma que he escuchado perfectamente a la recepcionista.

—¿Por qué has cogido una *suite*? —pregunto con voz ñoña—. Si no vamos a poder disfrutarla...

—Por poco tiempo que estemos, quiero lo mejor para ti.

Esa respuesta sí que no me la esperaba. Me tiro a sus brazos y empiezo a besuquearle.

—¿Y si te guardas unos cuantos besos para dármelos en la piscina?

—¿Qué? Víctor, esas cosas se avisan... Aún hace frío, yo qué iba a saber que tenía que traer bikini...

—Cierto..., fallo mío por no avisarte —se disculpa dándome un beso—. ¿Qué es eso que hay encima de la cama, junto a las copas y la botella de champán? ¿Pone tu nombre? —pregunta, como extrañado. Miro hacia la cama y tiene razón. No me había fijado en lo que había en ella, estaba embobada mirándolo todo y dando vueltas para no perderme detalle. Pero sí, parece que me he perdido uno pequeñito.

—¡Un bikini! —grito eufórica al desenvolver la caja envuelta en papel de regalo—. ¡Estás en todo!

—¿Y a qué esperas para ponértelo? Tengo ganas de ver cómo te queda y comprobar que mojado te sienta muchísimo mejor —dice con una sonrisa pícaro.

Bajamos a la piscina climatizada y disfrutamos como niños pequeños, ya que hemos tenido la suerte de que ningún otro huésped ha decidido bajar a la vez que nosotros. Después de nadar, besarnos y jugar bajo el agua, volvemos a la habitación a ducharnos y prepararnos para ir al restaurante a cenar. Luego pasamos un rato en el salón de cócteles antes de retirarnos a dormir.

—Nena, ¿te levantas? Tenemos que irnos... —susurra Víctor en mi oído mientras sus manos acarician mi cabello—. Me encantaría dejarte dormir más, pero el avión no va a esperarnos.

Me desperezo entre mimos y, cuando consigo levantarme, voy hacia el cuarto de baño a asearme y prepararme. Al salir, me sorprende encontrar sobre la

mesa café, zumo de naranja, tostadas y cruasanes recién hechos.

—Pero... ¿cómo? No he escuchado a nadie llamar...

—¿Te pensabas que nos iríamos sin desayunar? Vamos, siéntate y recarga las pilas.

Entre bostezos y quejándome por la hora que es, desayuno cuanto mi cuerpo me permite y algo más, porque todo está buenísimo. Cuando terminamos, Víctor llama por el teléfono interno a recepción para confirmarles que estamos preparados y me avisa de que el coche que nos llevará al aeropuerto nos está esperando.

—¿Y tu coche?

—Se queda aquí. Contraté servicio de estacionamiento mientras estamos fuera —responde, como si nada—. Prefiero que se quede aquí antes que en el aeropuerto.

Capítulo 15

DE AMORES, EL PRIMERO; DE LUNAS, LAS DE ENERO



—*Bienvenue à Paris, mon amour!* —me anuncia Víctor al salir del aeropuerto, después de dos horas de avión y la espera para recoger nuestro equipaje.

Nos montamos en un taxi y Víctor le da al conductor la dirección del hotel. Según me informa, está bastante retirado del aeropuerto. Una hora y media después, llegamos a la *rue Vineuse*, una calle de un solo carril que parece bastante tranquila.

Víctor me invita a bajar y entramos con nuestras maletas en el hotel, entre la *rue Vineuse* y la *rue Benjamin Franklin*. En la recepción, una joven nos saluda y nos atiende. En la ventana que hay detrás de ella, puedo ver el nombre del hotel junto a una imagen de la famosa torre Eiffel.

Mientras Víctor habla con la joven y recoge la llave de nuestra habitación, yo estoy fascinada con lo que ven mis ojos. Un techo que da la sensación de que en verdad estás observando el cielo, un sofá moderno y plantas en la pared. Pero lo que más me impresiona son las patas de la mesa y de la balda que hay frente a la recepción: ¡son troncos finos de árboles! Al fondo hay una salita y, picada por la curiosidad, dejo mi maleta junto a Víctor para ir a verla. Tiene dos sillones y un sofá, una mesa de centro de cristal y, a la derecha, unas sillas frente a una mesa más alta, también de cristal, y taburetes junto a una barra. A la izquierda hay otra mesa, alta y rodeada por cuatro taburetes, pero lo que más me gusta son los cuadros con césped y plantas que están sobre la pared empedrada.

Víctor pronuncia mi nombre y me reúno con él en la recepción, donde me espera junto a un joven uniformado que nos acompañará a nuestra habitación.

—Víctor, dile que no es necesario, podemos llevar nosotros la maleta —le susurro en voz baja.

—Es su trabajo, Anna. Él nos acompañará —dice, cogiéndome de la mano y tirando de mí para ir detrás del joven.

Subimos en el ascensor hasta la sexta planta y caminamos hasta una de las pocas puertas que hay. El joven se hace a un lado y nos indica que hemos llegado. Víctor, sin soltar mi mano, inserta la llave y la puerta se abre. Después le entrega un billete de veinte euros al joven, que se marcha con una gran sonrisa. Antes de entrar posa su mano en mi hombro derecho, acaricia mi espalda hasta llegar a la parte baja y me da dos toquitos cariñosos para invitarme a que sea la primera en pasar. Cojo el asa de la maleta y entro en la habitación. No puedo creer lo que ven mis ojos.

Frente a mí, observo París desde las alturas. Las paredes pintadas con los edificios de la ciudad bajo el cielo, que también cubre el techo. Un sofá blanco con cojines en tono marrón junto a la pared del fondo, dos sillones de una plaza del mismo tono marrón y una mesa de madera clara, que forman una especie de sala de estar junto a una ventana.

—¿Un telescopio? —pregunto emocionada a Víctor—. ¡Voy a poder ver las estrellas en París, desde esta habitación, qué chulada!

Él observa mi fascinación y se mantiene en silencio. Se limita a sonreír, feliz de comprobar que su sorpresa me está gustando.

A la derecha, junto a la sala de estar, hay una cama enorme que tiene como cabecero el dibujo de una de las patas de la Torre Eiffel. Delante, en un espacio de la pared, una televisión de pantalla plana. Junto a la puerta de la entrada está el cuarto de baño.

—¿Un *jacuzzi*? ¡Cómo mola! —grito, y Víctor aparece detrás de mí, abrazándome por la espalda.

—Por si algún día después de hacer turismo necesitamos relajarnos —dice posando sus labios en mi cuello—. ¿Nos vamos de paseo?

—¿Ya? Pero si acabamos de llegar —me quejo, deseosa de tirarme un rato en la cama a descansar.

—Nena, hay que aprovechar los días que estemos aquí para no volver a casa sin haber visitado todo —dice dándome un beso más, y yo asiento con la cabeza.

—Bueno, vale... —acepto mimosa—. ¿Adónde iremos hoy? No me ha dado tiempo a planificar nada.

—París tiene veinte distritos. Nosotros estamos en el XVI. ¿Te gusta el deporte?

—Bueno..., no soy una apasionada, pero acepto barco como animal de compañía.

—Aquí cerca tenemos el estadio Roland Garros, donde se juega el famoso torneo de tenis. También por esta zona está el Jean-Bouin, el estadio de *rugby*, y podemos ir a los jardines del Trocadero después de visitar el palacio de Chaillot y ver la torre Eiffel de cerca.

—Podemos ver el estadio por fuera, ¡debe de ser una pasada! E ir a los jardines esos, y paseamos un poco relajados, no me apetece mucho jaleo hoy.

—Pues el estadio está a casi una hora a pie.

—¡¿Estás loco?! No, ahí no voy ni de coña, me reviento los pies... ¿Algo más cercano?

—Em... —Víctor saca su móvil y empieza a buscar algo—, están el palacio de Chaillot y los jardines del Trocadero.

—Visto así, ahora me apetece más ver eso, ¿eh? —digo riéndome.

Voy al baño y, antes de salir, me echo agua en la nuca. Víctor está hablando por el móvil, así que decido asomarme a la ventana y me quedo embobada mirando la torre Eiffel.

—Perdona, nena, no podía colgar la llamada —se disculpa.

—No te preocupes —sonríe—. Con vistas así no me importa esperar. ¿Estás ya?

Él asiente y voy hacia la puerta para coger mi bolso, que dejé tirado en la entrada al ver la habitación.

Bajamos a la calle y la recepcionista se despide de nosotros con una sonrisa. «Qué maja», pienso mientras le digo adiós con la mano. Al salir del hotel caminamos por la *avenue* Paul Doumer, y en un cruce giramos hacia la derecha. Seguimos a paso lento deteniéndonos frente al Museo Nacional de la Marina, donde no dudo en sacar mi teléfono móvil y hacerme un selfi de recuerdo y otro junto a Víctor. Vemos cómo hemos quedado en la foto, le damos el visto bueno y seguimos caminando hasta llegar al palacio de Chaillot.

Nos encontramos en una explanada entre dos pabellones que, según me explica Víctor, es el palacio. Del bolsillo izquierdo de su chaqueta saca un folleto que cogió de la recepción del hotel.

—¿Sabes qué museos hay aquí? —pregunta.

—¡Qué va! No suelo interesarme por los museos, me resultan un poco aburridos —me sincero esperando que no me proponga visitar alguno.

—Si no quieres visitarlos, no lo haremos, tranquila —responde sonriendo como si me hubiese leído la mente—. Aquí están el de la Marina, el de

Arquitectura y el Museo del Hombre, también el Teatro Nacional de Chaillot, y la explanada en donde estamos recibió en 1985 el nombre de *plaza de las Libertades y los Derechos del Hombre*.

—¿Y qué hay ahí? —pregunto interrumpiendo su explicación mientras señalo al frente, donde bastante gente mira en dirección a la torre Eiffel.

—Ven, vamos a verlo —dice cogiendo mi mano.

Al llegar observo una fuente espectacular, con chorros de agua que crean para mis ojos una hermosa imagen que me permite disfrutar de un estado de soledad en medio de tanta gente. Los cierro e intento concentrarme en el sonido del agua al caer.

Una caricia por la espalda me saca de mi estado de ensimismamiento y lentamente abro los ojos, para perderme en el césped verde que rodea la fuente. Poco a poco, levanto la mirada y observo la torre Eiffel, frente a mí y rodeada por los árboles del lugar.

—¿Te gusta? —Víctor rompe el silencio.

—Esto es precioso —respondo pestañeando varias veces en poco tiempo, tratando de convencerme de que lo que veo es tan real como que estoy en París junto a mi primer amor—. Gracias, Víctor.

—¿Seguimos? —asiento con lástima, me cuesta alejarme de un lugar tan bonito, y procuro grabar en mi mente cada una de las imágenes que nos rodean.

Bajamos por las escaleras que hay a nuestra derecha y caminamos mientras no dejo de observarlo todo. La fuente sigue regalándome tranquilidad con el murmullo del agua, algunas personas hablan sentadas en los bancos y otras están concentradas en los libros que sujetan sus manos. Al llegar al final del paseo, cruzamos y me paro a mirar un quiosco donde tienen recuerdos de París.

—Un segundo, Víctor, me gustaría comprar algo para llevar.

—Vamos a encontrar muchos sitios como este. Lo compraremos a la vuelta y así no tendrás que ir cargada con la bolsa el resto del día —me propone y acepto.

Caminamos por la *avenue* de New York mientras observamos a nuestra derecha el río Sena, que hace nuestro recorrido mucho más ameno. Llegamos hasta un puente, la *passerelle* Debilly, según el mapa. Le propongo llegar hasta la mitad del puente, justo encima del Sena, y hago varias fotografías del río. También le sugiero a él que me haga unas cuantas con ese fondo. Luego Víctor le pide a un hombre que pasa por allí que nos haga una juntos. El hombre acepta y capta un par, incluso cuando Víctor se lanza a mis labios y yo sonrío ante su gesto.

—¡Me encanta esta foto! —le digo al mirar la imagen en la pantalla del móvil—. Me has pillado totalmente desprevenida.

—Creo que eso ha sido lo esencial para la foto. Tu cara de felicidad al recibir mi beso. Ese hombre ha captado el momento exacto — observa Víctor, y me da un nuevo beso, que consigue el mismo efecto—. ¿Vamos a comer? Conozco un restaurante por aquí cerca.

Después de comer en el restaurante Monsieur Bleu, visitamos el Teatro de los Campos Elíseos y de allí nos dirigimos al Gran Palacio de París caminando por el *cours* Albert-1er, contemplando los puentes de Alejandro III y el puente de los Inválidos. Visitamos también la plaza de la Concordia, el palacio del Elíseo y, después de comernos unas crepes riquísimas, terminamos nuestro día de turismo paseando por la *avenue* de Friedland hasta llegar al famoso arco del Triunfo.

—Gracias por volver al hotel en taxi —le digo mientras subimos a nuestra habitación—. Me duelen los pies una barbaridad; ¿cuánto hemos andado?

—Quizá unos seis kilómetros, poco —dice tan tranquilo, y le da un sorbo al agua de la botella que hay en la nevera.

—¿Poco? ¿Me estás diciendo que los próximos días andaremos más?

Por su gesto, interpreto que seguramente hoy ha sido el día más tranquilo para mis pies, y ¡encima se ríe!

—¿Quieres acabar conmigo? Mañana te vas tú solo a recorrer París, ¡conmigo no cuentas!

Decido darme una ducha antes de cenar. Le sugiero que pida que nos suban la cena y me encierro en el cuarto de baño.

Abro el grifo y el *jacuzzi* empieza a llenarse poco a poco mientras me desvisto. Toco el agua y el calor que desprende me anima a meterme dentro.

—¡Víctor! —grito para que me escuche—. ¿Te apetece acompañarme?

Él da unos toques en la puerta.

—Te estoy invitando, no hace falta que me pidas permiso para abrir, puedes verme. —Me río y abre, y se adentra en la pequeña estancia con una sonrisa pícara.

—Si llego a saber que ese era tu plan, no hubiese pedido aún la cena.

—Pensaba darme una ducha rápida, pero no he podido evitarlo. ¿No puedes llamar y que vengan más tarde?

Víctor sale dejando la puerta abierta y le escucho decir que queremos la cena para dentro de una hora, que me he quedado dormida y prefiere dejarme descansar un poco.

—Qué mentirosillo eres —le digo cuando le tengo de nuevo delante de mis ojos.

El tiempo pasa entre caricias y besos, y el calor de nuestros cuerpos retozando hace que no nos demos cuenta de que el agua se ha enfriado.

—Esto de echar un polvo en un *jacuzzi* no está nada mal, ¿eh? Podríamos hacerlo cada día al volver al hotel —dice secándose con la toalla mientras yo sigo dentro del *jacuzzi*—. Voy a vestirme, que no tardarán en traer la cena, prepárate tranquila. —Y me da un beso antes de desaparecer del cuarto de baño.

Cierro los ojos y mi mente se aleja de allí. «¿Por qué?», me pregunto mientras atrapo el agua con ambas manos y la dejo caer sobre mi cara para enjuagar unas lágrimas traicioneras. «Por favor, ahora no... Déjame seguir con mi vida», susurro como si él pudiera escuchar mis palabras.

Oigo el choque de unos nudillos en la puerta de la habitación y los pasos de Víctor acercándose. Abre la puerta, habla con alguien y la puerta se cierra de nuevo. Después se acerca al baño.

—¿Aún sigues dentro? Mira que te ha gustado el *jacuzzi*, nena... Ya está la cena; no tardes, que se enfría.

—Salgo ya. Me pongo el pijama y en cinco minutos estoy fuera —afirmo poniéndome de pie y aceptando el albornoz que me acerca.

Con el albornoz puesto, miro en el espejo mis ojos enrojecidos por las lágrimas. «Si me pregunta, me ha entrado un poco de jabón.» Me seco ligeramente el pelo con una toalla pequeña y salgo en dirección al armario. Me quito el albornoz bajo la atenta mirada de mi acompañante y vuelvo a cubrir mi cuerpo desnudo mientras me observa, apenado.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —digo dando una vuelta para que me vea con el pijama.

—Estás muchísimo mejor sin él —responde juguetón.

—Tendré tiempo de quitármelo... —le sigo el juego.

Capítulo 16

AGUA QUE NO HAS DE BEBER, DÉJALA CORRER



—Víctor, ¿me dejas tu portátil mientras te duchas? —le pido.

Acabamos de llegar al hotel después de cenar en el barrio de pintores.

—Sí, pero no cierres nada de lo que está abierto, tengo algunas cosas de trabajo ahí —dice, más serio de lo que esperaba.

—Quiero enviarle un correo electrónico a mi amiga, pero si te puedo fastidiar algo, se lo escribo desde el móvil, no te preocupes.

—No hay problema —dice mientras camina hacia el escritorio. Abre su portátil, minimiza todas las ventanas y abre la del correo electrónico—. Ya lo tienes. Cuando termines, déjalo tal y como está, ¿vale?

Asiento, pero un presentimiento me dice que algo no va bien. Tengo que confiar en él. Se ha traído el portátil para, si le surge algún imprevisto en el trabajo, poder arreglarlo desde aquí y no tener que regresar a Madrid para solucionarlo, ya me lo explicó.

Introduzco mi dirección y mi contraseña y escribo mi mensaje.

De: Anna Llop Riera

Para: Nerea González Bonet

Asunto: Mis aventuras parisinas...

Mensaje:

¡Hola! ¿Cómo estáis? Hace un par de días que quiero escribirte para contarte cómo me está yendo por aquí, pero nos pasamos el día recorriendo la ciudad y cuando llegamos al hotel son las mil...

¡París es precioso! Si algún día al bombón de tu novio madurito le da por traerte, dile que te lleve a visitar el barrio de Montmartre; estuvimos ayer y es el más bonito de todo el Sacré Cœur. Cenamos en el mejor indio de Europa, que está en ese barrio, y después nos sentamos en unas escaleras donde, según nos dijeron otros turistas, la gente se suele reunir cada noche, ¡menuda pasada!

También fuimos a La Maison Rose, es como un cabaret y estuvimos cenando y bailando hasta las tantas. El Louvre, nena, es un edificio precioso. Vimos la estación de metro, toda de mármol..., igualitas a las de Madrid, jajaja. Eso sí, si algún día vienes, los famosos macarons, ¡bah, qué asco! No me gustaron nada de nada, aunque las crepes, ¡madre mía! Podría alimentarme solo de ese manjar.

Eso sí, hoy hemos ido a visitar la basílica de Sacré Cœur, ¡jusa el funicular! Menuda matada a subir peldaños me he metido solo porque Víctor decía que era mejor ir por ahí. Sí, monísimas las escaleras, pero creo que parte de mis pulmones se quedaron entre esos malditos peldaños.

Nos quedan dos días, y pienso seguir disfrutando de visitar cada rincón escondido; cada día me sorprende más. Ah, la torre Eiffel, ¡qué decepción! Me imaginaba algo precioso y no es más que un armatoste de hierros; si lo sé, me quedo con la imagen que siempre he imaginado.

Una ventana en la parte inferior de la pantalla capta mi atención. «¿Mensaje privado de Facebook? O sea, que no cierre nada, que tiene ahí cosas del trabajo, ¿y deja Facebook abierto?» Aguzo el oído y escucho que el agua de la ducha sigue cayendo. Víctor está aún duchándose. Cambio de ventana y mis ojos se abren como platos. No puedo creer lo que leo.

Marta: ¡Mi amor! ¿Cómo estás? Llevo días intentando localizarte y es imposible. Espero que el trato que has ido a cerrar a París esté yendo bien y puedas volver con el contrato de socios firmado. Sé que vas a conseguirlo, porque consigues todo lo que te propones.

Marta: Ayer tuve la última prueba del vestido. ¡Estoy feliz! Sé que es el perfecto para el día más inolvidable de nuestras vidas y estoy segura de que te vas a quedar sin palabras cuando me veas aparecer en el altar.

Marta: Te echo de menos, cariño, estoy deseando que vuelvas y besarte hasta quedarme sin aliento. Al menos, sé que el próximo viaje que hagas será el de nuestra luna de miel. ¡Te quiero, futuro esposo!

«No puede ser verdad...», me repito varias veces. Minimizo la ventana y borro el correo electrónico que estaba redactando para mi amiga antes de recibir los mensajes de ¿la futura mujer de Víctor?

—Nena.

Pego un brinco en la silla del escritorio al escuchar su susurro tan cerca de mí. Me ha erizado la piel.

—¿Te he asustado?

Me giro hacia él y, con la sonrisa más falsa que puedo mostrar, asiento.

—¿Te apetece ir a la cama y recibir mimitos para compensar la dura caminata de hoy?

—Víctor, la verdad es que estoy reventada de subir tantos escalones y me duele bastante la cabeza —miento—. No tengo ni un ibuprofeno para tomarme, así que me gustaría tumbarme y dormir para estar mejor mañana. ¿No te importa, verdad?

—Tumbate y descansa, yo voy a bajar a recepción a ver si me dan algo para que te tomes —dice acariciando mi espalda y dándome un beso en la sien.

En cuanto la puerta se cierra, corro hacia el armario y meto toda mi ropa en la maleta, la dejo medio cerrada y llevo un vaquero y una camiseta al cuarto de baño, que escondo entre las toallas dobladas. Salgo y me tumbo en la cama para descansar mi supuesto dolor de cabeza.

Víctor no tarda en llegar a la habitación y, con la luz apagada, se acerca a mí con una pastilla y un vaso de agua. Me la tomo y le agradezco la molestia de bajar a buscarla. Le pido que se tumbe a mi lado y me abrace para conciliar antes el sueño.

Aguanto con los ojos abiertos hasta que su respiración me confirma que se ha quedado dormido y voy al baño a ponerme la ropa. Con cuidado, abro el armario, guardo el pijama, cierro la maleta y salgo de la habitación.

—Buenas noches, señorita, ¿se encuentra mejor? —me pregunta el recepcionista del turno de noche.

—Sí, gracias —respondo agradecida—. La verdad es que me ha surgido un imprevisto y necesitaría coger un taxi urgentemente, ¿podría localizarme uno?

Él no duda y llama por teléfono.

—Ha tenido suerte, señorita. Hay uno por la zona y en menos de cinco minutos estará aquí —me informa, y salto de alegría porque podré huir rápidamente—. Perdone la indiscreción, pero ¿su pareja no le acompaña?

—No, tiene unos asuntos que arreglar por aquí y yo he de marcharme urgentemente.

—Entonces, encantados de haberla atendido, señorita, espero que haya tenido una feliz estancia. Mire, ahí está su taxi —me avisa.

—Muchas gracias, ha sido usted muy amable.

Me despido y salgo corriendo hacia el taxi. El conductor guarda mi maleta en el maletero y una vez dentro del vehículo le indico dónde quiero ir.

—Al aeropuerto más cercano, por favor.

El taxi arranca y miro por la ventanilla la fachada del hotel hasta que, al adentrarnos en la carretera, desaparece de mi vista. Entonces empiezo a llorar en

el coche, sin importarme que un desconocido descubra mi tristeza.

—En quince minutos estaremos en el aeropuerto de París-Orly —me informa al cabo de un rato.

—Gracias —le digo mientras seco mis lágrimas con un pañuelo.

Al llegar al aeropuerto, el taxista se baja, abre el maletero y me entrega la maleta. Le pago el trayecto y entro en busca de un puesto de información.

—Buenas noches, necesito viajar urgentemente a Madrid.

La joven del mostrador me indica con un gesto que no me ha entendido. Le hago señas para que me deje un papel y un boli. En el papel escribo «París to Madrid». Se lo muestro y ella me indica con la mano dónde debo dirigirme.

—Buenas noches, necesito viajar urgentemente a Madrid —vuelvo a repetir al llegar al otro mostrador.

—El próximo vuelo sale a las seis y media —me responden ahora en un perfecto español.

—¿Eres español? —pregunto asombrada—. Genial, porque se me da fatal el francés. Esperaré lo que haga falta, pero necesito ir lo antes posible, ¿puedes conseguirme un billete para ese vuelo?

—Sí, soy andaluz, aunque ya perdí todo el acento —dice mientras mira el ordenador—. ¿Vas a facturar la maleta o prefieres llevarla como equipaje de mano?

—Prefiero llevarla como equipaje de mano; al menos que la broma de viajar tan repentinamente no me cueste todavía más —respondo mientras pienso que mis pocos ahorros se van a esfumar por culpa de Víctor. Saco la tarjeta y se la entrego sin querer saber el precio del billete.

—Aquí tienes —me dice, tendiéndome un folio impreso—. El control de seguridad está al fondo. Sigue las indicaciones hasta la puerta de embarque y en las pantallas verás la hora de salida del vuelo; tranquila, que a estas horas no suele haber retrasos.

—Muchas gracias. —Me despido con una sonrisa y guardo el billete junto al DNI en el bolsillo de mi chaqueta.

—Por cierto, puedes mirar tu cuenta bancaria, he aplicado un par de cosillas y podrás permitirte algún caprichito. —Sonríe él también, cómplice.

—¿Sí? Qué bueno que después de un disgusto un desconocido te alegre un poquito. Muchísimas gracias, de verdad. Espero que te sea leve el resto del turno —me despido, y empiezo a caminar hasta el control de seguridad.

Una vez sentada en las sillas de la puerta de embarque, saco mi móvil y compruebo con alivio que Víctor no me ha escrito para preguntarme dónde me he metido. Debe de seguir durmiendo. Sé que son horas indecentes y que puedo asustar a cualquiera si llamo por teléfono, pero no tengo otra opción.

Anna: Hola, Hugo. Siento molestarte a estas horas, pero necesito ayuda. Me ha surgido un imprevisto y mi reacción ha sido comprar un billete con destino a Madrid. No puedo llamar a mis padres, creen que estoy con mis amigas y si les aviso van a sospechar que algo no va bien. ¿Te importaría recogerme en el aeropuerto? Si no puedes, no te preocupes. El chico que me ha vendido el billete se ha portado muy bien y creo que tengo suficiente para pagarme un hotel esta noche y aparecer allí por sorpresa por la mañana. Gracias y, de verdad, siento escribirte a estas horas.

Durante unos segundos, leo el mensaje varias veces antes de darle a enviar. Y nada más tocar la pantalla y ver que ha salido, me entra un sentimiento de culpa y me maldigo a mí misma. «Otro error, Anna. Que tu vida sea una mierda no te da derecho a molestar al resto», me regaño y me doy bofetadas mentalmente, hasta que la vibración de mi móvil me sorprende.

—Hugo, perdona, de verdad. Me he arrepentido nada más enviártelo, no te preocupes. Quédate en casa y mañana paso a veros, pero olvida lo que te he escrito y no le digas nada a Nerea, por favor —suelto de carrerilla nada más descolgar.

—No sé lo que pasa, pero dime a qué hora llega el vuelo. No voy a dejar que te subas en un taxi en busca de un hotel tan tarde —responde al otro lado del teléfono.

—Hugo, no. En serio. Quédate en casa, no me lo perdonaría.

—Yo sí que no me perdonaría si volviera a la cama sabiendo que te pasa algo. Venga, ¿a qué hora llegas?

Bajo del avión y voy hacia la salida. El aeropuerto está desierto a esas horas y enseguida veo a Hugo, que viene a mi encuentro y me abraza. No me dice nada, sé que está esperando a que sea yo quien rompa el silencio. Caminamos hasta llegar al coche y, una vez sentada, rompo a llorar.

—Lo siento, Hugo... No sabía qué hacer. No podía llamar a mis padres y solo me venía tu nombre a la cabeza. Tampoco sé por qué no cogí el vuelo a Barcelona, quizás porque necesito estar con la gente que quiero y olvidarme de esta pesadilla. —Hugo me abraza y deja que lllore en su hombro.

—¿Necesitas hablar? —Asiento mientras limpio mis lágrimas con un pañuelo que él me entrega—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Estábamos genial. Tanto que en estos días he olvidado a Matteo. He sonreído, Hugo, me he sentido feliz de nuevo —empiezo a relatar—. Esta noche, al llegar al hotel, le estaba escribiendo un correo a Nerea y llegó una notificación. La miré, era algo privado. Lo sé, sé que no debí hacerlo, pero algo en mi interior me obligó. ¡Soy idiota! —me vuelvo a regañar por haber mirado aquel mensaje—. Hugo, he descubierto que todo lo que tenía con Víctor era una maldita mentira. ¡Se va a casar!

Sus ojos se abren como platos, igual que los míos hace unas horas.

—Era un mensaje de su prometida. Él estaba conmigo en París mientras ella pensaba que había ido por trabajo. Tenía que huir y lo hice mientras él dormía.

—Joder, Anna. No sé ni qué decirte. Cuando he leído tu mensaje, te juro que he creído que volvías porque no puedes dejar de pensar que Matteo está aquí y... yo qué sé... Pero esto, ¡uf! No tengo palabras.

—¡Mierda, Matteo! —De pronto me acuerdo—. Llévame a un hotel, por favor. No puedo ir a casa de mis padres hasta por la mañana y no pienso quedarme en la tuya estando él. No quiero verle... Ahora no.

—No te puedo dejar sola en un hotel, y menos después de lo que me acabas de contar —dice, y arranca el coche.

Me pierdo recordando las últimas horas mientras miro por la ventanilla. El coche de Hugo avanza por la autopista desierta. La gente continúa de vacaciones. El cansancio me vence y me quedo dormida.

—Mami, ¿puedo entrar a ver a la tita? —Me despierto al escuchar a Zoe.

—Déjala dormir un poco más. En un ratito vamos a darle una sorpresa, ¿vale?

—Jo, mami..., yo quiero verla ya. —Abro los ojos y me encuentro en la habitación de invitados de la casa de mi amiga.

«¿Y Matteo?», me pregunto. Miro a mi alrededor y veo su maleta. «¿Dónde está? ¿Se habrá ido al saber que Hugo me trajo aquí? Joder, me quedé frita en el coche y no recuerdo nada más.» Me levanto, froto mis ojos y salgo de la habitación sin hacer ruido. Compruebo que sigo vestida tal y como estaba cuando salí huyendo de París.

—¿Dónde está mi ratoncita bonita? —digo sonriendo al asomarme al salón. Zoe se levanta y viene corriendo a tirarse en mi cuello—. ¿Pensabas que la tita no iba a venir a verte? —le pregunto, mostrándole una sonrisa apenada a mi amiga, para que entienda que, dentro de lo que cabe, estoy bien.

—Hola, Nere. —Suelto a la pequeña y la abrazo. Las lágrimas empiezan a caerme sin piedad y me desahogo en los brazos de Nerea.

—Zoe, ¿vamos a ver a los abuelos y les decimos que la tita ha venido? — Escucho detrás de mí la voz de la persona a quien menos necesito en estos momentos—. Enseguida venimos y juegas con ella, ¿vale?

—No sé qué pasa. Hugo me despertó y me dijo que estabas aquí, pero no ha querido contarme nada. Estoy muy preocupada, ¿qué ha pasado? —me pregunta cuando escuchamos la puerta cerrarse y sabe que estamos solas.

Entre lágrimas, le cuento todo. El mensaje y por qué hui. Nerea me vuelve a abrazar cuando termino de confesar lo ocurrido y me tapo la cara con las manos para impedir que vea cómo rompo a llorar con más fuerza.

—Voy a quitarme este careto y a marcharme a casa de mis padres. Fingiré que estoy bien y que era parte de mi plan pasar aquí unos días después de estar con las chicas. Necesito irme antes de que cierta persona vuelva a entrar por la puerta...

—Lo entiendo... —dice al comprender que no estoy preparada para ver a su invitado.

«No puede ser...», pienso. Acabo de quedarme como una estatua, mirando a la nada, al escuchar la puerta abrirse.

—Hola, Anna —saluda y, con la mirada aún perdida, intuyo su silueta moviéndose hacia mí.

—Hola —susurro, incapaz de pronunciar su nombre.

Capítulo 17

EL QUE A BUEN ÁRBOL SE ARRIMA BUENA SOMBRA LE COBIJA



Cierro los ojos para no verle, pero su olor se adentra en mí y me recuerda cada momento junto a él, abrazándolo, besándolo el cuello mientras inhalaba su perfume, usando su ropa para dormir cuando él no estaba a mi lado y necesitaba sentirle cerca.

—Cojo mi maleta y me voy —digo levantándome del sofá—. Te llamo luego, ¿vale? —Me despido de mi amiga con un beso—. Estoy bien —le susurro para que solo ella me escuche.

—¿Podemos hablar? —De nuevo su voz, debilitándose.

—No es buen momento... —respondo cerrando los ojos para evitar su mirada, pero el roce de su mano en mi brazo al pasar por delante de él para abandonar el salón consigue erizarme la piel. Y me quedo parada a tan solo dos pasos de Matteo, deseando volver a sentir sus caricias—. Hasta luego, Nerea —añado cuando recupero el sentido y me encamino hacia la habitación, en busca de mi maleta.

Al entrar veo su ropa y cierro la puerta para que no puedan verme. Me acerco a su maleta y no puedo evitar coger una de sus camisetas. Aspiro su olor. «No sabes cuánto te echo de menos...» Unos toques en la puerta me avisan de que alguien quiere entrar y, veloz, guardo la camiseta en mi maleta y saco una mía para cambiarme.

—Un momento. Estoy cambiándome —aviso mientras la cierro—. Ya puedes pasar. —La puerta se abre y esta vez no puedo apartar la mirada de sus ojos—. Perdona, ya me iba —digo dirigiéndome a la puerta.

—Escúchame, Anna, por favor te lo pido... —Noto que está arrepentido—. ¿Leíste mi correo?

Sin responderle, salgo de allí y, tras cruzarme con Zoe en el pasillo, le doy un beso y salgo de su casa alejándome de él. Otra vez huyendo, otra vez creando un muro que me haga más fuerte a pesar de que me toca asumir el dolor de lo que eso conlleva.

Arrastro la maleta hasta casa de mis padres, que se sorprenden al verme aparecer sin que les haya avisado y no dejan de preguntarme cosas, ya que, según mi madre, no tengo buena cara y sabe que me pasa algo.

—Mamá, va todo bien, de verdad... Acabo de llegar y estoy cansada —le digo, dejándome achuchar entre sus besos—. Y sí, comeré algo para que te quedes tranquila antes de acostarme un rato, pero hazme un favor.

—Dime, cariño, ¿qué necesitas?

—No le digas a la tía que he venido. Estoy saturada con los exámenes y quiero desconectar antes de volver a Barcelona. No tengo ganas de ver a nadie, solo de descansar y dejarme mimar —le digo con una sonrisa.

—Está bien, hija. Intentaré que no se me escape —responde acariciándome la mejilla—. Descansa un rato en el sofá mientras te preparo algo.

Alucinada, mi madre me respeta. No me está obligando a comer cada hora, no insiste como siempre. Mi tía la ha llamado para salir a comprar y le ha mentado diciéndole que tiene dolor de cabeza y que prefiere quedarse en casa. Y yo paso la tarde feliz, tumbada en el sofá con la cabeza apoyada en sus piernas mientras ella no deja de acariciarme el pelo y vemos juntas la tele. En silencio, recordándome que, cuando era pequeña, esa era su forma de conseguir que las dos disfrutáramos la una de la otra sin necesidad de hablar.

—Cariño, tengo que decirte algo... —rompe su silencio durante un descanso de la película. La miro y, con un gesto, la animo a que me diga lo que tenga que decirme—. Me acabo de acordar de que es mejor que no vayas a casa de Nerea. Está Matteo... —Se inquieta al pronunciar su nombre.

—Lo sé, mamá. Vi algo en internet y Nerea me lo confirmó —la tranquilizo—. No sé si estoy preparada para verle, pero sí tengo ganas de ver y abrazar a mi amiga y a la ratoncita de Zoe.

—Como tú veas, cariño. Solo quería avisarte para que no te pille por sorpresa —afirma dándome un beso en la frente.

—Gracias, mamá.

Dos días después...

—¡Mamá, me voy!

—Ya pensaba que no ibas a salir de casa ningún día —bromea al ver que por fin me he animado—. Pásalo bien.

Cabizbaja, camino a paso rápido hasta llegar a la casa de mi amiga evitando ser reconocida. No quiero que nadie sepa que estoy aquí estos días y no me apetecen para nada las insulsas conversaciones tipo «¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Sigues estudiando? ¿Y qué estudias? ¿Cómo te va? ¡Qué bien te veo!...»

Cuando Nerea me abre la puerta, respiro profundamente y aliviada, porque un gesto suyo me confirma lo que tanto necesitaba saber: Matteo no está, aunque vendrá...

—Bueno, ¿qué? Quiero saber si al menos París es bonito... —pregunta con prudencia, removiendo el café de su taza.

—No tengo ganas de acordarme ni de que visité la ciudad del amor —respondo con ironía al mencionar las últimas palabras—. Todo era maravilloso hasta que ¡boom! La bomba explotó ante mis ojos justo cuando estaba escribiéndote lo bonito que es, así que imagino que el mensaje se guardó como borrador... —le cuento mientras toqueteo mi móvil en busca del mensaje.

—¿Pasa algo? —pregunta ella inquieta.

—Tengo un correo de... Matteo. Me lo envió la madrugada antes de irme con el idiota de Víctor a París —respondo, alucinando—. Bueno, déjalo... Esto es lo que estaba escribiéndote antes de salir huyendo —le doy el móvil y ella lo lee, sonriendo.

—¿Vas a leerlo? —La miro extrañada—. No, esto no... Lo que te escribió Matteo.

—Quizá..., pero no ahora —digo suspirando fuerte al escuchar su voz cuando la puerta se abre—. Tengo que irme. No puedo quedarme aquí.

—Anna, quédate —me suplica mi amiga—. No me gusta esta situación, pero no puedo echarle de mi casa, es amigo de Hugo, ni tampoco permitir que cada vez que entre te vayas y me dejes preocupada sabiendo que estás sola y mal. Tienes que ser fuerte. —Me debilito al ver a mi amiga con los ojos brillantes, casi a punto de llorar mientras me suplica que no me marche.

—Sabes que me quedaría horas aquí, pero no me pidas esto. No puedo. Te juro que no puedo...

Cojo mi chaqueta y salgo corriendo, dando un portazo y sin disminuir la velocidad hasta alejarme de la casa de mi amiga.

«¡Maldito móvil!», refunfuño al escuchar el sonido.

Nerea: Anna, por favor, cógeme el teléfono. No me gusta cómo te has ido, ¡joder! Que soy tu amiga, no me dejes así.

Anna: Lo siento..., me arrepiento. Pídele disculpas a Hugo y a Zoe, que no les he dicho nada. No voy a coger el teléfono y, por favor, necesito estar sola. Esta noche te llamo.

Víctor: Nena, ¿estás bien? ¿Qué pasó para que te fueras de madrugada? Te llamé cuando me desperté y no me cogías el teléfono, y en recepción me dijeron que habías vuelto a España. Me cogí el primer vuelo a Barcelona y fui directo a tu casa, no estabas. Ya estoy en Madrid y, Anna, necesito verte y saber que estás bien. Llámame, ¿vale? O dime dónde estás e iré lo antes posible.

Anna: ¡Pero serás...! Eres un cínico. ¿Sabes? Yo valgo mucho más de lo que tú piensas y no soy el segundo plato de nadie. Maldita la hora en que te vi y me creí tus palabras. ¿Avisarte de dónde estoy para venir? No... Tu próximo viaje será tu luna de miel, con tu mujer, así que olvídate de mí. ¿O quieres que busque a tu futura esposa y le enseñe las fotos de lo bien que te lo pasabas conmigo en París, besándome, para que vea que eso era lo que hacías mientras ella se probaba su vestido de novia, pensando que su amor estaba cerrando un trato? ¡No quiero volver a verte ni en pintura!

«No le tenía que haber contestado, pero ¡que le zurzan! Qué bien me he quedado», me río ante el mensaje después de enviárselo y leerlo de nuevo. Cierro la aplicación y bloqueo el móvil, pero cuando voy a guardarlo me acuerdo de las palabras de Matteo y Nerea preguntándome que si leí lo que él me había escrito. Así que abro el correo y empiezo a leer...

Leo, me limpio las lágrimas mientras avanzo leyendo. Terminó y, aunque sé que me dolerá más, vuelvo a leerlo. Necesito confirmar que todo lo que dice es cierto, que no es fruto de mi imaginación. Que Matteo ha escrito cada una de esas palabras y no es que mi cabeza se lo haya inventado, es él, diciéndome lo que durante tanto tiempo quise escuchar.

Anna: 23.00 h. En el parque que hay al lado de mi casa.

Capítulo 18

QUIEN LA SIGUE LA CONSIGUE



Salgo de casa temblando por culpa de los nervios y con un nudo en el estómago. Pienso que tal vez cometí una locura enviando ese mensaje. Pero algo impide que mis dedos se desplacen por la pantalla del móvil en busca de su nombre para escribirle cualquier excusa y anular nuestra ¿cita?

Me acerco a paso lento hasta el parque. «¿Estará allí?» Sé que lo leyó, pero no ha respondido y ahora no estoy segura de si habrá aceptado o rechazado mi invitación.

«Ahí está...», susurro para escuchar mi propia voz al verle sentado en uno de los bancos al fondo del parque. Sonrío feliz al saber que está ahí, pero ¿seré capaz de mirarlo, de hablarle? Me quedo quieta, sin poder avanzar ni un paso más. Cierro los ojos y suspiro. «Anna, ¡tú puedes!» Cojo aire, abro los ojos y suelto todo el que he acumulado en mis pulmones. Unos metros nos separan. Mis pies han decidido no continuar cuando, de repente, me ve. Sonríe. Y su sonrisa ilumina el camino que me llevará hasta él.

—Hola —digo, a dos pasos. Se levanta, rodea mi cintura con su brazo y me da dos besos. Yo aprovecho para volver a respirar su perfume—. ¿Llevas mucho esperando? —añado intentando calmar mis nervios.

—Estás guapísima. Debo decirte que me sorprendió mucho tu mensaje, hasta he pensado que quizá te equivocaste de destinatario.

—No. Te aseguro que no me confundí.

—¿Quieres que nos sentemos y hablemos o prefieres ir a tomar algo?

Noto su nerviosismo. No quiere que me arrepienta de nuestra cita y, en parte, lo entiendo. Yo estoy igual o peor. No quiero cagarla ni dar pasos hacia atrás.

—Pues mejor quedarnos por aquí, así estaremos más tranquilos para poder hablar —respondo jugueteando con mis manos—. Aunque si tú prefieres, podemos ir a algún sitio.

—Me apetece quedarme aquí también. Mira, he sido previsor —saca una bolsa de plástico de debajo del banco—. He comprado un par de cocacolas y unas patatillas.

Sin darnos cuenta, hemos ido picando la placa de hielo que nos envolvía, y ahora hablamos relajados como si fuésemos amigos de toda la vida y nada hubiese pasado entre nosotros, como si no hubiéramos sufrido. Charlamos sobre cosas insignificantes para no estropearlo todo antes de empezar con lo que ambos sabemos que tenemos pendiente.

—Esa serie es muy friki —responde cuando le cuento que estoy enganchada a una serie antigua.

—He llorado leyendo tu correo —suelto a bocajarro cambiando ya de tema. No he podido contenerme más. Matteo se queda callado, a la espera de que continúe—. No lo había leído hasta hoy, y... —una lágrima furtiva recorre mi mejilla cuando recuerdo sus palabras— llevaba tiempo deseando saber qué pensabas... —confieso, mirándole a los ojos para ver su reacción.

—Anna... —susurra por fin después de un silencio incómodo—. Perdóname. Perdóname por cómo me comporté, por no responderte antes a pesar de haber leído tu mensaje cientos de veces, hasta saberme de memoria cada una de las palabras que me escribiste. Perdóname por no haber estado a tu altura y darte lo que necesitabas, por no mimarte cuanto mereces y por ser tan *pringao*, como tú dices. —Hace una pausa—. No quiero que me odies, ni que intentes olvidarme. Quiero volver a conquistarte, que olvidemos este tiempo separados y volvamos a estar juntos. Quiero tenerte en mi vida porque solo junto a ti soy feliz. Me di cuenta nada más irte y no pude hacer nada para evitarlo.

—Si me hubieses dicho «quédate», me hubiese quedado. Sabes que no quería irme, y menos así —le interrumpo.

—Pero yo nunca te pediría nada, Anna. Debo ser consecuente con mis acciones y aceptar tus decisiones. Yo te quiero... —dice de repente, acercándose a mí y devorando mis labios.

Por fin, después de tanto tiempo, me pierdo en el sabor de sus besos y me dejo llevar. Necesitaba su contacto. Necesito sus besos mientras me abraza o me acaricia suavemente con sus manos, hasta erizarme la piel.

—¿Me darías otra oportunidad? Te prometo que haré todo lo posible por no fallarte, pero te necesito a mi lado —susurra, separándose unos milímetros de mis labios.

—A ver, *italianini*... No me he olvidado de ti, ni de tu culito respingón... Yo te quiero, pero no estoy segura. ¿Quién me dice a mí que has cambiado? ¿Cómo sé que en un par de meses no volverá a pasar lo mismo de la otra vez? Llevo ya mucho tiempo queriendo saber qué piensas de todo esto y has tardado en sincerarte conmigo. Me he desesperado mirando el correo a diario en busca de tu respuesta; cada vez que sonaba mi móvil esperaba que fuera una llamada tuya, pero no..., nunca lo era. Te quiero, pero no sé si estamos preparados para volver a intentarlo. Querer no significa que tengamos que sufrir, al contrario, querer es que, sea como sea, nos importe la felicidad de la persona a quien queremos.

—Yo te quiero a ti, Anna, más que a mi vida. Déjame demostrarte que he cambiado, pero no en la distancia, sino juntos. Te prometo que te voy a conquistar cada día y que no haré nada que pueda lastimarte. Créeme, Anna, ¡te amo!

Escuchar su confesión, su forma de decirlo, con fuerza y convencido de que va a luchar por hacer posible lo que me promete, despeja todas mis dudas y no tardo ni un segundo en lanzarme a sus labios.

—¿Eso es un sí? —pregunta cuando dejamos de besarnos.

—Eso es que como me vuelvas a fallar te corto los huevos en juliana —le confirmo con esa amenaza a las partes más queridas de su cuerpo.

Seguimos hablando durante horas, sentados en el banco, poniéndonos al día de cómo han transcurrido nuestras vidas desde que nuestra relación terminó. Yo evito hablarle de Víctor. Es demasiado reciente y no quiero que eso estropee nuestra reconciliación.

—Anna, estás tiritando de frío, ¿quieres que quedemos mañana y seguimos hablando? —me pregunta frotando sus manos en mis brazos para transmitirme calor.

—Prefiero pasar frío. —Le sonrío—. Te echaba de menos, y ahora que estamos tan a gusto, no me apetece que nos separemos por culpa de la temperatura.

—Yo también me quedaría aquí contigo, pero no quiero que pases frío o que te resfríes por mi culpa. Es tarde y está todo cerrado... —dice mirando la hora en su móvil.

—Podemos dar un paseo si quieres, quizás se me pase un poco. —Él asiente—. O puedo invitarte a pasar la noche en algún hotel... —digo socarrona.

—Me gusta esa segunda opción, pero... no quiero obligarte a ir rápido.

Su respuesta me descoloca.

—¿Ir rápido? Para nada..., es solo recuperar el tiempo perdido, ¿no? —le animo para que acepte la proposición—. Es lo único que se me ocurre. No quiero

que mis padres se enteren de que hemos vuelto, o de que lo estamos intentando de nuevo, y tampoco me parece buena idea ir a casa de nuestros amigos a estas horas, sin avisar, y que cuando nos vean a los dos allí empiecen a acribillarnos con preguntas... No les has dicho que has quedado conmigo, ¿no? —Caigo en la cuenta—. O sea, que no se lo quiero ocultar a Nerea, pero, yo qué sé, no le he dicho nada porque no sabía qué iba a pasar, no estaba segura y he preferido callarme.

—Tranquila, les dije que necesitaba tomar el aire cuando terminamos de cenar y no saben que me escribiste el mensaje... —Me da un beso suave en los labios—. ¿Damos ese paseo?

Cogidos de la mano, paseamos por el pueblo oscuro y desierto. La gente duerme y en nuestro recorrido vemos pocas casas con las luces encendidas. Me siento a gusto con él, y lo único que me atormenta es que en menos de cuarenta y ocho horas regresaré a Barcelona y no sé cuándo volveremos a vernos. Tengo miedo de lo que pueda suceder cuando ese momento llegue.

Al pasar frente a un hotel siento que debo intentarlo de nuevo. No quiero que la noche termine tan pronto.

—Matteo —susurro cariñosa—, nada de sexo. Solo dormir abrazados —insisto cambiando de táctica.

—Eres muy cabezota, mi pequeña traviesa. Prométeme tú que vas a cumplir tu palabra y seré yo quien, gustoso, te invite a pasar la noche en una de esas habitaciones —dice señalando las ventanas del hotel.

—Bueno..., ¿prometer hasta meter? —Estallo en carcajadas—. ¡Es broma! No me mires así. Te lo prometo. Hablar y dormir abrazados, nada más —le aseguro.

Capítulo 19

ANDE YO CALIENTE Y RÍASE LA GENTE



—*La mia bella ragazza*, es hora de levantarse.

Lo escucho aún con los ojos cerrados, inhalando su aroma, y mi piel se eriza al sentir su voz tan cerca de mi oído. Empieza a darme besos en esa zona que tan nerviosa me pone, continúa por el cuello y termina en mis labios, mientras yo sonrío. Deseo no tener que levantarme de la cama en las próximas horas.

—He pedido el desayuno y se va a enfriar, no seas vaga.

—¿No podemos disfrutar un ratito más así? Estoy muy a gusto y no me apetece nada tener que levantarme, y menos para desayunar, tengo el estómago cerrado —murmuro mientras respondo a sus besos.

—Sabes que me encantaría quedarme aquí todo el día contigo, pero solo tenemos la habitación hasta las doce —me recuerda—. Además, si te hago caso, no voy a ser capaz de cumplir la promesa que hicimos ayer.

—Rompe la promesa —le digo, abriendo los ojos para mirarle fijamente—. No hay nada que desee más ahora mismo que sentirte de nuevo —añado mientras me siento encima de él y me muevo en círculos, para que ese erótico movimiento despierte la parte de su cuerpo que tantas ganas tengo de saludar—. Eres tú quien no quiere, porque tu amiga parece que está más que de acuerdo conmigo —digo guasona.

—No juegues con eso, pequeña diabla. —Intenta hacerme cosquillas para que me levante. Ríe, pero no permito que cumpla su objetivo—. Para, por favor, bastante me estoy conteniendo ya para no poseerte aquí y ahora.

—Eso es lo que deseo, *italianini* —le reto—. ¿Tan pocas ganas tienes de disfrutar un ratito conmigo que prefieres contenerte y no hacerlo?

—Tú lo has querido... —dice al cabo de unos segundos, retándome con la mirada.

Las manos de Matteo se posan en mis hombros y, lentamente, bajan por mi cuerpo, se detienen en mis pechos y los acarician con suavidad mientras un gemido inunda la habitación. Él esboza una sonrisa pícaro al ver lo que ha conseguido solo con el roce de sus manos.

Sigo moviéndome encima de él, sintiendo su contacto y disfrutando al ver su cara y confirmar que él también necesitaba esto tanto como yo. Me quito la camiseta y me quedo frente a él con mi sujetador negro de encaje. Sus ojos se iluminan transmitiendo el deseo que crece en su interior. Cojo sus manos, las llevo hacia mi pecho y cierro los ojos para rendirme a su tacto. Él se incorpora y nuestros labios quedan a escasos centímetros uno del otro. Tras un beso suave, lo miro a los ojos, y acto seguido Matteo baja la cabeza y crea un camino de besos hasta mi pecho, mientras sus manos recorren suavemente mi espalda hasta desabrochar el sujetador. Luego desliza los tirantes por mis brazos hasta que el sujetador cae entre nuestros cuerpos y, con un movimiento rápido, lo tira al suelo y empieza a besar mis pezones. Primero suave, y después cada vez más intensamente, provocando que arda en deseo. Dejo caer mi cabeza hacia atrás y le permito que continúe.

Llevo ambas manos a su cara y la levanto, alejo sus labios de mis pechos para unirlos a los míos y devorarlo con ansia. Él me responde del mismo modo, pero al rato interrumpo nuestros besos apasionados y lo empujo para que vuelva a recostarse en la cama. Me aparto de encima y bajo sus pantalones. Ahora es mi turno de saborearlo y hacerle disfrutar. Juego con mi lengua en su miembro y le hago gemir de gozo.

—Anna, para —me pide con la voz entrecortada—. ¡Joder, Anna! No voy a aguantar mucho más —insiste al ver que no le hago caso.

Ignoro sus últimas palabras y, en un movimiento rápido, me encuentro tumbada en la cama con su cuerpo encima y sus manos tocando mi punto de placer.

—Te necesito ya —le suplico.

Matteo se introduce dentro de mí y me provoca un grito de placer. Empieza a moverse en mi interior. Las embestidas comienzan a ser más rápidas y profundas. Nuestras respiraciones se acompañan, nuestros cuerpos se mueven cada vez más rápido buscando el placer de ambos y nuestros besos callan cada grito.

—¿Qué te queda? Yo estoy casi ya —me informa en un susurro.

—¡¿Ya?! No dejes que esto termine ya —le suplico, deseando que nos demos placer durante horas—. ¡Yaaaa! —grito cuando mi cuerpo empieza a

arquearse, y por el jadeo de él sé que ambos hemos llegado a la vez al éxtasis.

—Pequeña —susurra, levantándose de la cama y premiándome con un beso—. Esto no puede durar horas, pero se puede repetir las veces que quieras —dice guasón, respondiendo a mi última petición.

—Solo espero que no te me resistas tanto la próxima vez —le guiño un ojo y me adelanto para llegar antes que él a la ducha.

—El desayuno está frío —me quejo al darle un sorbo al café—. ¿De verdad tengo que pagar por beberme un café helado y una tostada más tiesa que una gamba congelada? —sigo refunfuñando.

—Si no te entretuvieses con lo que no debes... —Levanta la ceja izquierda mientras sonrío.

—La culpa ha sido tuya —respondo muy seria—. Mira que te he repetido un montón de veces que me apetecía muchísimo desayunar y tú ahí, entreteniéndome —añado negando con la cabeza.

—Serás... Déjalo. Vístete y vamos a tomarnos uno recién hecho.

—Sí, mejor —acepto. La temperatura aún no es tan buena como para que el primer café del día, en vez de estar calentito y espabilarme, consiga que me vuelva a meter en la cama, bajo la manta.

Me doy una ducha rápida y, con el albornoz puesto, me cepillo el pelo con el peine del hotel. Intento que ninguno de sus dientes quede atrapado en mi melena mientras Matteo se ducha a escasos centímetros de mí. Vuelvo a la habitación y me visto con la ropa de la noche anterior. Cuando ambos estamos preparados, salimos de la habitación y entregamos la llave.

—Esperamos que hayan pasado una buena noche —nos dice el recepcionista—. Que tengan buen día.

—Gracias, igualmente —le respondemos casi al unísono.

Caminamos hasta un bar cercano y nos sentamos en una de las mesas del interior. El camarero no tarda en venir a tomar nota de nuestro pedido.

—Para mí un café con leche y dos azucarillos, y un cruasán con mantequilla y mermelada de fresa —le pido mientras mi barriga ruge.

—Un café solo y una tostada, gracias —le indica Matteo.

—Matteo, creo que nos queda algo de qué hablar —digo de repente sin saber por qué—. Esta tarde voy a comprar los billetes, y si encuentro uno para mañana por la mañana lo cogeré. Debería haber tenido un poco de cabeza y comprarlos estos días, pero se me pasó por completo. No puedo faltar mañana a clase. Hoy debería dejar la maleta lista. —Empiezo a ponerme nerviosa al saber que me alejaré de él y volveré a la rutina de las clases—. Falta poco más de un mes para los exámenes y no es momento de hacer la cabra. Tengo que

tomármelo en serio y estudiar si quiero terminar ya, no me gustaría por nada del mundo suspender y volver el año que viene a recuperar.

—Anna, tranquila. Vas a aprobar. Y si tienes que faltar mañana todo el día, no pasa nada, le pides apuntes a alguna compañera y ya está —intenta tranquilizarme—. Mira, nos tomamos el desayuno y te acompaño a casa. Compras el billete y preparas las cosas, y esta tarde, si quieres, quedamos y nos despedimos, ¿vale? —dice posando su mano sobre la mía.

—Bueno, si me voy mañana, no podremos pasar la tarde juntos. Eso sí, iré a casa de Nerea y te veré allí.

—Pensaré en algo para estar a solas contigo. —Sonríe, y yo no puedo evitar sonreír al escuchar sus palabras.

Después de desayunar y salir del bar, convengo a Matteo para que no me acompañe a casa. De camino, voy mirando en mi móvil billetes a Barcelona y los horarios que hay disponibles. Al llegar, mi madre me espera en la puerta.

—Hija, ¿estás bien? —pregunta histérica—. He entrado en tu habitación y no estabas, he mirado el móvil y no me habías escrito... ¡No me hagas esto, que me da un infarto!

—Mamá, ya soy mayorcita —le respondo dándole un beso para calmar su angustia.

—¡Ni aunque cumplas cuarenta años! Mientras yo esté viva, siempre me preocuparé por ti, y más si no tengo noticias tuyas —levanta el tono de voz.

—Perdón, mamá, tienes razón. Se me olvidó escribirte, fallo mío, pero estoy bien, te lo prometo —claudico—. He estado mirando billetes y me iré mañana temprano. Cogeré un taxi, ¿vale? Y no, no voy a permitir que os levantéis antes de que los gallos se pongan los calcetines para cantar. Quiero irme lo antes posible, llegar y descansar y estar despejada en las clases de por la tarde.

—¿Quieres que te prepare un café? —pregunta, ignorando mis últimas palabras.

—¿Solo piensas en reventar mi estómago? —le respondo en un tono demasiado borde.

—Tienes mi tarjeta en el monedero, está en el bolso que hay colgado en la puerta de mi habitación. Cógela para comprar el billete y ahora te llevo un café para que te tomes junto al ordenador, seguro que desde que te fuiste anoche no has probado bocado —insiste.

Me encierro en mi dormitorio y me pongo ropa para estar más cómoda. Dejo la que llevaba tirada encima de la cama y enciendo el ordenador que he cogido del despacho de mi padre. Tecleo la página web y pongo la fecha para comprar el billete. «Menudo madrugón», refunfuño al ver los horarios. Al final,

decido coger el de las seis menos diez, así llegaré a la universidad lo antes posible y no perderé todas las clases de la mañana. Empiezo a calcular: llego a la estación de Sants a las nueve menos cinco, las clases empiezan a las ocho y media, necesitaré pasar por casa a coger cosas y darme una ducha..., perderé al menos dos clases.

—¿Cómo vas, hija? —pregunta mi madre adentrándose en mi habitación y dejando la taza sobre el escritorio—. Te dejo aquí el café.

—Bien, he cogido el primer tren, así que hoy me acostaré pronto — respondo mientras tecleo en el ordenador los números de la tarjeta bancaria.

—Qué pena me da que tengas que irte ya. Se me han hecho tan cortos los días —dice entristecida.

—Bastante que al final he venido, que eso no entraba en mis planes —digo quitándole hierro al asunto para que se anime un poco.

Me bebo el café de un sorbo y me tumbo en la cama a descansar hasta la hora de comer. Justo entonces llega mi padre y me despierta. Comemos los tres en la cocina, recogemos la mesa y los platos y voy a por mi móvil para escribir a Nerea.

Matteo: ¡Gracias por esta noche! No sabes cuánto echaba de menos tenerte tan cerca y pasar las horas contigo, abrazándote.

Anna: Una pena tener que irme mañana, pero, bueno, espero que no te arrepientas y que pronto podamos vernos y disfrutar de más momentos así, *italianini*.

Anna: ¡Nereeee! ¿Habéis terminado ya de comer? Para pasarme por tu casa a despedirme. Me voy mañana tempranito y no quiero que se me haga tarde. Cuando os vaya bien, avísame y voy.

Nerea: Ven cuando quieras. Hemos terminado ya de comer y tu ratoncita está revoltosa y me tiene ya la cabeza como un bombo. Y estos están a su bola, ¡ven a ayudarme! Jajajaja. Te espero.

Por el camino voy mordiéndome las uñas, porque no sé cómo voy a reaccionar al ver a Matteo después de nuestra noche improvisada y no quiero que mi amiga sospeche nada. Igual que estos días he evitado mirarle, sé que hoy me va a costar muchísimo no seguirle con la mirada y deleitarme con su culito respingón.

Al llegar, pongo el dedo sobre el botón del timbre, respiro profundo y siento pánico en el momento de llamar. Pero no hay marcha atrás.

—¿Quién? —pregunta Nerea al otro lado.

—Alfombras a domicilio. Buenas, bonitas, baratas y se manchan solo con mirarlas —respondo.

—¡Qué idiota eres! —dice riendo mientras gira la llave en la cerradura y la puerta se abre—. Estamos solas —me avisa tras darnos dos besos.

—¿Y mi ratoncita?

—Hugo tenía que ir a mirar unas cosillas y se ha ido con ellos, ¡menos mal! No sé qué le pasa hoy, está demasiado revolucionada y no puedo con ella —explica—. Pero, bueno, mejor. ¿Me lo cuentas?

—¿Contarte el qué? ¿Que me voy mañana temprano? —respondo confusa—. Poco hay que contar... Me tendría que haber ido hoy y se me piró.

—No me tomes por tonta —me interrumpe dejándome descolocada—. Tienes cara de haber estado dale que te pego toda la noche y, fíjate que curioso, Matteo ha llegado con la misma cara esta mañana y ninguno de los dos podéis disimularlo.

Estallo en carcajadas.

—Pero ¿cómo eres tan bruja? He dormido genial y eso es todo —intento excusarme.

—Te conozco demasiado bien. Tú y Matteo habéis estado de mambo toda la noche, no me lo puedes negar. Si no, ¿a qué se debe tu alegría, yéndote mañana a Barcelona?

—¡Qué asco das!

Se carcajea al percatarse de que me ha pillado demasiado rápido y que no puedo negárselo.

—Vale, sí, hemos retozado el *italianini* y yo, pero solo uno de buenos días, ¿y qué? Una fiesta al cuerpo no le viene mal a nadie, ¿no?

—¿Me lo vas a contar con pelos y señales o tengo que ir diciendo lo que creo que pasó para que confieses?

—Eres una cotilla, ¿lo sabías? Cuando me fui, leí su correo y ¡se me cayeron las bragas! —confieso—. No sé por qué le escribí y le cité, pensaba que no vendría y al final estaba allí, ¡qué guapo! Hablamos y le propuse ir a un hotel, para seguir hablando y tal. Prometimos que solo dormiríamos abrazados, y eso es lo que hicimos. Nos despertamos y..., bueno, más bien él lo intentó, pero yo no aguantaba más y espabilé a su fiera. Y ya está, eso es todo.

—¿Sabes? Me alegro de que dieras el paso de hablar con él. Los dos lo necesitabais y en este caso te tocaba a ti darlo primero. Estoy muy feliz de que al menos, pase lo que pase, la tensión se relaje entre vosotros, y quién sabe cómo acabará esta vez.

—Dicen que las segundas partes nunca fueron buenas... —respondo abatida.

—Creo que para vosotros la segunda parte será perfecta. Estáis destinados el uno al otro, aunque ahora mismo no lo creas. Yo os conozco a los dos, y sé que ya no hay marcha atrás. Por fin vais a disfrutar de vosotros y a ser más sinceros. Haréis lo posible por no dañaros, por todo lo que habéis sufrido estando separados. Está vez os irá bien. —Sonrío al escuchar sus palabras de apoyo.

—Ojalá... —susurro con la intención de que sus predicciones se cumplan y todo vaya bien con mi *italianini*.

La puerta de la entrada se abre y en apenas unos segundos el torbellino de mi ratoncita aparece en el salón en busca de su madre. Pero al verme se tira a mis brazos y empiezo a besuquearla.

—Hola, Anna, no sabía que estarías aquí —Hugo se acerca a saludarme. Yo me levanto y le doy dos besos.

—Hola, Anna —dice, muy serio, Matteo.

—¡Ey, *italianini*! —respondo guasona, dejándole sorprendido—. Nada, déjalo. Pensaba disimular un poco, pero la bruja de mi amiga nos ha pillado a la primera —digo mientras le lanzo una mirada asesina a Nerea.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Hugo, que no sabe de qué hablamos.

—Ya se lo digo yo —detengo a Nerea, al verla con intención de responder a su chico—. Esta mañana, tu amigo y yo nos hemos dado un banquete y tu querida novia nos ha pillado al detectar las caras de pánfilos que hoy tenemos los dos.

—¡Serás cabrón! —le dice Hugo a Matteo dándole un codazo—. ¡Anda que me cuentas nada!

—Quería hacerlo, pero aquí, la señorita, prefería disimular un poco hasta que supiéramos adónde nos va a llevar esto esta vez —responde avergonzado.

Pasamos el resto de la tarde jugando con Zoe y hablando entre nosotros, y las miradas entre Matteo y yo se cruzan cada pocos segundos. Nos sonreímos como dos niños pequeños que se gustan pero tienen miedo de confesarlo, mientras nuestros amigos no dejan de lanzarse miradas cómplices al ver cómo, en tan pocas horas, todo ha cambiado tanto entre nosotros.

—Bueno, chicuelos —anuncio levantándome del sofá—, una que se pira...

—¿Ya te vas, tita? —pregunta Zoe.

—Sí, ratita. La tita tiene que irse a cenar y a dormir, pero pronto vendré a verte, ¿vale? —le prometo, abrazándola—. Pórtate bien, ¿eh? No me seas gamberra o si no mami me lo chivará todo y cuando venga a verte no te traeré

ningún regalito—. Gracias —le digo a Hugo cuando nos abrazamos para despedirnos—, te debo una muy grande, cuenta con ello —añado antes de darle dos besos y lanzarme a los brazos de mi amiga.

—Jo, yo no quiero que te vayas —dice Nerea entristecida—. Cada vez se me hace más duro despedirme de ti y muy largos los días hasta que vuelvo a verte...

—No te me pongas ñoña, que no quiero llorar. —Le doy un golpe en el hombro para no derrumbarme—. En nada estaré de vuelta, como periodista, y te cansarás cuando no deje de preguntarte cosas en busca de cotilleos. —Me río porque sé que a Nerea le gusta poco ese tema—. ¡Te quiero, *pedorri!* —susurro conteniendo las lágrimas que amenazan con salir.

—Te espero con los brazos abiertos, y por favor, adelanta las horas si hace falta para que tu vuelta sea más temprana —me pide con los ojos vidriosos—. ¡Escríbeme, llámame! No me dejes sin saber de ti, ¡que te crujo! —me amenaza imitando mi voz.

Nos damos un nuevo abrazo y con él nos transmitimos cuánto nos queremos, y dos besos que nos separarán durante algunas semanas. Suspiro antes de despedirme de él. He dejado esa despedida para el final porque quiero llevarme su recuerdo como el más reciente.

—Y a ti, ¿qué? —Intento bromear para ocultar los nervios que se han apoderado de mí e impiden que me salga la voz—. Nos vemos pronto, ¿vale, *italianini?* Estaré por Barcelona; si te apetece una escapada y quieres verme, ya sabes que estaré encantada.

—Intentaré hacer todo lo que esté en mi mano por darte una sorpresa —responde. Algo en mi interior se remueve. «¿Lo hará o seguirá tan ocupadísimo que no podrá viajar para verme?»—. Te lo prometo.

—Estaré esperando con muchas ganas esa sorpresa —respondo, deseosa de recibirla en mis últimas semanas en la Ciudad Condal—. Seguimos hablando, ¿vale? —Nos abrazamos y nos fundimos en un beso tan largo que, pasados unos segundos, Nerea y Hugo tienen que carraspear para que el ambiente no se caliente más de lo necesario.

—Idos a un hotel, tortolitos —dice Hugo.

Separamos nuestros labios, nos miramos, sonreímos y, tras un beso corto, me despido de todos con la mano, incapaz de pronunciar la palabra *adiós*.

—Te quiero, Anna —escucho a Matteo justo antes de cerrar la puerta. Empiezo a caminar rápido hasta llegar a la calle paralela, donde ya no puedo contener las lágrimas.

—Yo también te quiero, *italianini* de culito respingón —digo en voz alta, a pesar de que él no puede escucharme.

Capítulo 20

CON PACIENCIA Y VOLUNTAD, SE LOGRA TODO Y ALGO MÁS



—¿Por qué?! —lloriqueo escondiéndome bajo las sábanas—. ¿Por qué no puedes parar el tiempo y dejarme dormir un poco más? ¿No ves que aún es de noche?

—Anna, cariño, ¿estás ya despierta? —escucho a mi madre susurrar al abrir la puerta.

—¿Qué haces tú despierta?

—Levantarme para ayudarte a preparar las cosas, hija —responde como si fueran ya las doce de la mañana, espabilada como si se hubiera bebido tres cafés y viniera de tomar el vermú con sus amigas—. ¿Qué te queda por preparar?

—Mamá, déjalo. Acuéstate otro rato y antes de irme te despierto para despedirme —le digo, muerta de envidia porque ella aún puede dormir.

Me levanto y me doy una ducha rápida de agua fría antes de tomarme un café y unas tostadas, obligada por mi madre, claro está. Aún masticando, voy hacia mi habitación y busco el móvil debajo de la almohada para llamar al servicio de taxis, pero una notificación me sorprende. «¿Qué pasa hoy que la gente madruga tanto?», pienso al ver que alguien escribió el mensaje hace dos minutos.

Matteo: ¡Hola, piccola! ¿Ya llamaste para que te lleven a la estación? Espero que no, porque anoche a última hora hablé con Hugo y me ha dejado su coche para que te acompañe. Siento avisarte ahora, con tan poco tiempo, pero no quería despertarte anoche.

Anna: Pues justo iba a llamar ahora, pero no te preocupes, descansa y voy en taxi. Te voy a echar de menos, pero no te lo creas mucho, jeje.

Matteo: ¡Ni en broma! No llames, en diez minutos te recojo en la puerta de tu casa.

Sigo ultimando el equipaje hasta tenerlo todo listo cuando mi madre entra en mi habitación para decirme que ha preparado varias fiambreras con comida congelada, por si me cabe alguna en la maleta. Mi mirada debe responderle, ya que no insiste, ni se va a la cocina a sacar alguna del congelador.

—¿Has llamado ya al taxi? —pregunta, incapaz de mantenerse callada. Seguramente está nerviosa. Sabe que en unos minutos volveré a alejarme muchos kilómetros de casa.

—No, me ha escrito Matteo, que me lleva él —respondo de forma natural para que no le dé más importancia de la que tiene.

—¿Matteo? —pregunta sorprendida—. ¡Qué bien! —Sonríe.

—No te ilusiones, ¿eh? —respondo, conociendo sus intenciones—. Somos amigos y me va a ahorrar que pague la carrera del taxi, solo eso.

—Sí, sí, claro... Por ahorrarte el taxi... Y no querías que tu padre y yo te acompañáramos... —dice regocijada.

—No empieces... —le pido poniendo los ojos en blanco. Mi móvil suena avisándome de la llegada de un mensaje. Miro la pantalla y es Matteo, está fuera esperándome—. Bueno, pues ya está todo... Voy a despedirme de papá.

Con sigilo, voy hacia el dormitorio de mis padres y rodeo la cama para llegar al lado donde él duerme. Le toco el hombro y rápidamente abre los ojos. Al verme, sonrío.

—Papá, me voy ya —le susurro.

—¿Ya? —pregunta, sentándose en la cama—. Ten buen viaje y llama cuando llegues, ¿vale? Si necesitas algo, llámanos.

—Sí —asiento, y me fundo en un abrazo con él—. Os llamo en cuanto llegue.

Vuelvo a mi habitación y mi madre está sentada en la cama, mirando la maleta y con un pañuelo de papel en la mano. Cojo la maleta y le hago un gesto para informarle de que el momento ha llegado, no me atrevo a decirlo en voz alta por miedo a llorar. Ella me acompaña en silencio hasta la entrada y, con la puerta abierta, me envuelve entre sus brazos, con fuerza, mientras noto su cuerpo temblar y sus lágrimas caer en mi hombro. Pestañeo varias veces intentando coger fuerzas para no llorar. Bastante duro es este momento y ver a mi madre así como para que encima me hunda y ella se debilite más viéndome marchar

llorando. «Te quiero, cariño», susurra con un hilo de voz. Se separa de mí, se limpia las lágrimas y me acompaña hasta el coche de Matteo, a quien saluda con gran aprecio.

—Cuídamela, ¿eh?

—No lo dudes, Mari. Es lo mejor de mi vida y la voy a cuidar como oro en paño —confiesa él, dejándome boquiabierta, mientras guarda el equipaje en el maletero del coche de Hugo—. Adiós. —Se despide de mi madre con dos besos.

—No te vayas, hija —me dice ella, abrazándome de nuevo—. No soporto tenerte lejos.

—En nada estoy de vuelta, vas a ver que los días pasan volando y cuando menos lo esperes llegará una periodista que causará furor en el mundo entero —digo divertida, para animarla—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño.

Finalmente nos separamos y subo al coche.

Durante el trayecto, Matteo y yo conversamos sobre temas absurdos. Ninguno de los dos quiere hablar de nosotros, y creo que, al igual que yo, Matteo tiene miedo de decir algo que estropee nuestro buen rollo en este momento, aunque nos asalten las dudas.

Según veo las señales de dirección de la autovía que indican que estamos más cerca de la estación, el corazón se me acelera. Matteo sigue conduciendo, parando en los semáforos, cambiando de carril y avanzando en la dirección indicada, y yo cada vez tengo más ganas de gritarle que se detenga, que no continúe o, mejor aún, que dé la vuelta y me lleve de nuevo a casa de mis padres. Cuando tira del freno de mano después de estacionar el coche de Hugo, se me forma un nudo en la garganta y me entran ganas de llorar. El recuerdo de minutos antes viendo a mi madre no me ayuda y me quedo sentada en el asiento mirando al frente con la vista nublada.

—Ya hemos llegado —dice Matteo para sacarme de mi estado, mientras abre la puerta del copiloto. Ni me he dado cuenta de que ha bajado del coche—. Todo va a ir bien, pequeña —me asegura tendiéndome la mano para ayudarme a salir.

—No quiero irme —susurro con un hilo de voz.

—Lo sé. Pero ya lo tienes hecho, Anna. Has aguantado casi cuatro años, ¿de verdad no eres capaz de resistir un par de meses más? —pregunta, y me muerdo el labio intentando contener las ganas de llorar. Él lo nota y me abraza—. En dos meses tendrás tu carrera aprobada. Vas a ser periodista y a trabajar en lo que llevas soñando tantos años. No puedes rendirte ahora...

—Pero... ¿y tú? ¿Y nosotros? —pregunto con voz temblorosa.

—Yo estaré en contacto contigo cada día. Vendré a verte y tú podrás venir a Monza siempre que lo desees, prometo apagar el móvil para dedicarte todas las horas que estés allí. Anna, no tengas miedo, todo va a salir bien, prometo que voy a apoyarte hasta que llegue el día que celebremos tu triunfo. Y luego disfrutaré viéndote crecer día a día como la buena profesional que vas a ser.

—¿En serio me lo prometes?

Él asiente, sonrío y sus labios se posan sobre los míos. Su beso me eriza toda la piel.

Y así, mientras escucho bonitas palabras de apoyo con acento italiano, nos alejamos del aparcamiento y nos adentramos en el edificio. De la mano, bajamos por las rampas mecánicas las dos plantas que me separan de mi destino. Reduzco la velocidad del paso para aprovechar unos segundos el contacto de Matteo, pero llegamos al control de seguridad y él, que llevaba mi maleta, suelta el asa y me abraza. Rodeo su cuerpo con mis brazos y le abrazo yo también con toda la fuerza que puedo, hundiendo mi cara entre su hombro y su cuello.

—Te quiero, pequeña —susurra en mi oído.

Levanto la cara y ambos nos miramos fijamente a los ojos. Él me dedica una sonrisa antes de fundirnos en un beso.

—Ojalá no tuviera que irme —susurro cerca de sus labios.

—Pronto estaremos juntos, te lo prometo —dice, tocándome la nariz con su dedo índice—. Llámame cuando llegues, ¿vale?

—Sí —asiento—. No creas que esta vez te vas a librar tan fácilmente de mí, querido *italianini* de culito respingón.

Otro beso más, agarro el asa de la maleta y me alejo de él con un nudo en el estómago para pasar el control de seguridad. Una vez pasado, me giro y digo adiós con la mano mientras mis labios pronuncian un «te quiero». Los suyos me responden con un «yo también». Busco en las pantallas el número de andén y me dirijo hacia allí a paso rápido, ya que con la despedida el tiempo se me ha echado encima y dentro de nada saldrá el tren. «No estaría mal perderlo...», pienso, en plan malvado. «Anna, no. No hagas eso que te vas a llevar palos por todos los lados. Venga, que como todos te han dicho y tú sabes, ya te falta poco y es pan comido», me susurra la parte sensata de mi cabeza.

Llego al andén y me siento en el suelo, con la espalda apoyada en la maleta. La gente, más que hablar, grita por teléfono sin importarle que los demás escuchen sus conversaciones. Hay personas concentradas en las páginas de sus libros, otros esperan con los auriculares puestos y un par de hombres van a perder el tren como hayan cogido un sueño muy profundo. «¿No les dará vergüenza roncar así?», pienso mirando fijamente a uno de ellos, que se ha

sentado en el banco más cercano a mí y tiene la cabeza hacia atrás, la boca abierta y hasta se le cae la baba. «Madre mía...»

El tren hace su aparición. Me levanto y arrastro mi maleta hasta el interior. La dejo en la estantería y me dirijo a mi asiento. Saco el móvil y me pongo los cascos para escuchar música y, ahora sí..., Barcelona, otra vez te toca aguantarme.

Capítulo 21

VOLVER A LAS ANDADAS, VOLVER A LAS PASADAS



Llego a la estación de Sants y salgo en busca de un taxi. Me subo después de esperar la cola y le indico mi dirección al taxista.

Cuando llego al piso que comparto con Bárbara, ella ya no está. Dejo la maleta en mi dormitorio, cojo ropa limpia del armario y voy hacia el baño a darme una ducha rápida. Al salir, me recojo el pelo mojado en una coleta alta, guardo las cosas de clase en la mochila, bajo a la calle y, entre bostezos y cansancio, me dirijo a la universidad.

Miro la hora en el móvil. Quedan quince minutos para que acabe la clase, así que decido sentarme en un banco y esperar para entrar en la siguiente. Abro el WhatsApp y escribo a Matteo:

Anna: ¡Hola! Ya estoy en Barcelona. Bueno, en realidad hace ya un rato, pero he ido a casa a ducharme y luego he venido a la uni para ir a la próxima clase. El viaje, bien; he conseguido dormir un poco. Te llamo esta noche, ¡te quiero!

Matteo: Principessa, me alegra que hayas descansado. Te llamo yo mañana, mejor. A última hora de la tarde vuelvo hacia Monza. Presta atención en clase, ¡te quiero, pequeña diabla!

Silencio el móvil, lo guardo en el bolsillo de la mochila y voy hacia la clase que me toca. Fuera están mis amigos, esperando para entrar.

—¡Ey, tú, Barbixú! —digo con un tono de voz elevado. Bárbara me escucha y se gira para mirarme—. ¿Qué tal la primera clase?

—¿Dónde te has metido? Te escribí anoche y aún estoy esperando que me respondas —dice algo molesta.

—Lo siento... —respondo dándole toda la razón—. Han pasado muchas cosas en estos días y se me fue la pinza por completo. Es más, ayer compré el billete corriendo.

—Espero que luego me lo cuentes todo con pelos y señales... Y ya te diré yo si todo eso es tan espectacular como para haberme ignorado, cacho perrilla —dice algo más animada.

—Esta noche unas *pizzas* y prometo contártelo todo, de principio a fin.

—¿Me vas a tener en ascuas hasta esta noche? De eso nada, monada. En la comida me lo cuentas.

—De eso nada, monada —repito imitando su voz—. Solo tenemos una hora para comer y, créeme, es muy largo de contar y no te gustaría que te dejara a medias.

—Más te vale que tengas razón —acepta—. ¿Entramos?

Al terminar las clases de la mañana, Jose, Jordi, Bárbara y yo nos fuimos a una cafetería cercana a comer un bocadillo para reponer fuerzas antes de volver a la universidad. Aún nos quedaban cuatro clases por delante.

A las siete y media salimos y Bárbara y yo nos despedimos de nuestros compañeros. De camino a casa, paramos en un supermercado y, tal y como le había prometido, compré un par de *pizzas* y unas *cocacolas* para cenar en casa y charlar.

Por suerte para mí, cuando llegamos apareció Roberto, así que Bárbara se olvidó de mí y se encerró en su habitación con su chico durante un par de horas, en las que aproveché para colocar la ropa de la maleta. Al fondo hallé el bikini que Víctor me había regalado durante el viaje. A punto estuve de destrozarlo con unas tijeras y tirarlo a la basura, pero aguanté para enseñárselo a Bárbara. «Seguro que le gusta... Si lo quiere, todito para ella», pensé con las tijeras en la mano.

«¡Por fin! Todo recogido», pensé al ver mi habitación ordenada. Me dirigí al salón y me tumbé en el sofá. Encendí la televisión, pero apenas le presté atención. Me apetecía cotillear las redes sociales y escribir a Nerea. A esa hora, según me dijo, Matteo ya debía estar despegando y alejándose de Madrid.

—Hasta luego, Anna —me sorprendió la voz de Roberto. Estaba tan absorta mirando el móvil que no escuché el sonido de la puerta abrirse.

—¡Ey! Hasta luego, majete —me despedí de él incorporándome un poco en el sofá y levantando la mano—. ¡Gracias por quitarme un rato de encima a la petarda de la Barbixú! —dije riendo y mirando a mi amiga, que había puesto los ojos en blanco—. Es broma, yo te quiero, ya lo sabes...

—Pues no me quieras tanto —respondió ella antes de girarse hacia su chico para despedirse.

Mientras ellos se convertían en dos besugos sacando morritos y dándose besos, yo volví a concentrarme en mi móvil para no escuchar su conversación amorosa.

Anna: Espero que estés teniendo un buen viaje. Pero, recuerda, por muy bonitas que sean Italia y las italianas, aquí la españolita te quiere más. Espero que si alguna pelandrusca intenta acaramelarte, a ti y a tu culito respingón, le digas que tu española vale muchísimo más.

—Ya estamos a solas, ¿me lo empiezas a contar ya o tengo que amenazarte? —suelta, impaciente, mi compañera.

—¿Dónde están las *pizzas*? No las veo hechas y sobre la mesa —intento hacerla rabiarse un poco más—. Te he dicho que te lo contaría con unas *pizzas*... —empiezo a silbar y a mirar a mi alrededor.

—Eres una vaga aprovechada, ¡eres lo peor! —sentencia, y se levanta del sofá. Va a la cocina y abre el congelador. Saca las *pizzas* del envoltorio y, sin poner a precalentar el horno, las mete dentro.

—¿Le vale a la señorita que se estén haciendo o me va a hacer esperar a que pruebe el primer cachito?

—Vamos, trae la coca cola y empiezo..., que me estás dando hasta pena —digo entre carcajadas, al ver lo ansiosa que está.

Bárbara vuelve a sentarse a mi lado y comienzo a narrarle lo sucedido los últimos días fuera de Barcelona. Cuando le hablo de París, no deja de decir «¡Ooooooh! ¡Qué *potito!*!» Pero al llegar a la última noche, empiezo a hablar más despacio. Porque, aunque Matteo ha conseguido que las vacaciones me dejen un buen sabor de boca, siento un pinchazo al recordar el momento en el que me sentí traicionada por Víctor.

—Y, bueno..., pues descubrí algo que no me gustó.

—¿El qué?

—Ahora sigo, que la *pizza* quemada no me gusta. —Decido dejarla con la intriga.

—De eso nada... Vamos a la cocina y me sigues contando.

Nos dirigimos a la cocina, cogemos dos platos llanos y sacamos nuestras pizzas del horno. Las cortamos y, de vuelta al sofá, le sigo relatando la historia. Justo cuando llegamos al salón y ella deja el plato sobre la mesa, suelto el bombazo:

—¡Se casa!

—¡¡¡¿¿¿QUÉ???! —grita, mirándome con los ojos abiertos como platos —. ¿Cómo que se casa?

—Conoció a una chica, se quieren y, bueno, se prometieron... Suele ser así, ¿no? —respondo burlona.

—No seas gilipollas, Anna. Sabes que no me refiero a eso —dice de mal humor—. ¿Cómo es posible que se vaya a casar y se marche a París con otra que no es su prometida? ¡Yo flipo!

—Misterios de la vida, hija... Yo tampoco lo entiendo.

—¿No le has preguntado? —Niego con la cabeza—. ¿En serio? Anna, siendo como eres, me sorprende muchísimo que no le hayas preguntado ni le hayas cantado las cuarenta.

—Pues, fíjate, no lo hice... Me largué de allí.

—Entonces..., si estabas en París con el malnacido ese, y te fuiste... ¿Adónde fuiste? ¿Dónde has estado el resto de las vacaciones? ¿Por qué no llegaste ayer o anteayer a casa para ir esta mañana a clase? —pregunta de carrerilla. «Cómo se nota que también estudia periodismo y no quiere perderse ni un detalle...»

—¿Resumen o con pelos y señales? —pregunto.

—Venga, va, resumen. No quiero que te sientas mal al recordar lo mal que lo has pasado —responde entristecida.

—He vuelto con Matteo —anuncio. Me levanto del sofá y llevo los platos vacíos al fregadero. Ella da un brinco y me sigue.

—¿Cómo? Ah, no, no. Ahora me lo cuentas con pelos y señales —proclama, y su reacción me hace estallar en carcajadas.

Continuamos durante un par de horas en el sofá, tumbadas una frente a la otra. Le cuento todo lo que pasó desde que llegué a Madrid hasta que me despedí de Matteo en la estación de tren. Al saber que he vuelto con mi italiano y contarle todas las promesas que me ha hecho, Bárbara aplaude y me desea que todo continúe bien, que no volvamos a separarnos.

Cuando he terminado mi historia, le pregunto por sus vacaciones y nos tiramos hasta casi las tres de la madrugada hablando muy a gusto, hasta que empezamos a bostezar cada pocos segundos, vencidas por el cansancio.

—¡Buenas noches, Barbixú! —le digo desde la puerta de mi habitación.

—Buenas noches, pequeña diabla —dice guiñándome un ojo—. ¡Sueña con un buen italiano!

—Y tú con tu chico, pero que te haga sudar, ¿eh? —añado antes de cerrar la puerta y meterme en la cama.

Capítulo 22

SI EL ESTUDIAR DA FRUTOS, QUE ESTUDIEN LOS ÁRBOLES



Barcelona, junio de 2015

—¡Ey, tú, Barbixú!

Llevo un buen rato estudiando y acabo de levantar la cabeza de los apuntes para beber un trago de agua.

—¿Y si dejamos esto un ratito y vamos a darnos un remojón a la playa?

—¿Me estás hablando en serio? —pregunta mi compañera levantando la ceja izquierda, y yo asiento agachando la mirada—. ¡Eres lo peor, Anna! —me regaña—. Hemos tenido clase y los días que has querido ir a la playa te he acompañado sin rechistar quitándome horas de estudio. Si quieres ir tú, ve. Ahí tienes la puerta y te sabes el camino... —añade de muy malas formas.

—¡Relaja la raja! Solo te he sugerido que lo dejemos un ratito para ir a refrescarnos. Las dos estamos agobiadas de tanto estudiar, y estar aquí encerradas, sudando como pollos asados, no hará que saquemos mejores notas, ¿sabes? Es más, por desconectar media horita no pasa nada.

—Mañana es el primer examen y no me veo preparada, así que lo dicho, ve tú si quieres, cuando a mí me apetezca darme un remojón, detrás de esa puertecita tengo una ducha. Y ahora, si me disculpas, no tengo ganas de discutir y debo seguir estudiando —sentencia antes de volver a sus apuntes.

—Sí, señor —respondo llevándome la mano a la frente, como si acatara las normas de mi sargento.

Apoyo el codo sobre los apuntes y cierro el puño, donde pongo mi mejilla. «No pasa nada si voy un ratito a la playa, ¿no? Por media hora que no estudie, no creo que vaya a suspender, aunque eso sería lo peor, pero no, eso no pasaría. Pero... ¿ir sola a la playa? ¡Qué aburrido! ¿Y si me roban? ¡Uf, no, quita, quita! ¿Quién de la uni se apuntaría? Nadie. Están todos que salen escopetaos de clase para ir a casa a estudiar. Un ratito, vale, pero... ¿todo el día? ¡Qué pereza!», debato mentalmente conmigo misma.

—¿Piensas estudiar o vas a estar el resto del día embobada y dando golpecitos con el boli en la mesa?

—Discúlpeme usted, señorita —respondo con retintín—. Pues... ¿sabes qué? Que sí, que me piro a la playa. Llevo cuatro años deseando volver a Madrid y el último mes no voy a pasarlo encerrada entre estas cuatro paredes que me muero de ganas de abandonar. Si tengo que recuperar el examen de mañana, lo recupero y punto. Cuando regrese, no podré ir a disfrutar de la playa. Así que acabo de equilibrar la balanza. Tengo que estudiar y aprobar, sí, pero eso no se merece todo mi tiempo, también tengo que disfrutar cuando me apetezca.

—Pues muy bien, aquí te espero —responde ella, que ni con mi sermón ha decidido cambiar de opinión y venirse conmigo.

—¡Pues ale! —respondo.

Me levanto y guardo los apuntes para llevarlos a mi dormitorio y preparar la bolsa. Justo cuando entro, veo el móvil tirado encima de la cama, alejado de mí mientras estudio en el salón para evitar distraerme más de la cuenta. Y entonces la imagen de él me viene a la cabeza y decido escribirle un mensaje.

Anna: ¡Holaaaaaa! ¿Qué tal estás? Siento no haberte respondido en este tiempo, pero he estado muy liada, *sorry!* Ahora estaba estudiando, y como ya me he aburrido, me preguntaba que si te apetecería ir a la playa y hablamos un ratito, ¡besos!

Vuelvo a dejar el móvil encima de la cama y me quito la camiseta ancha que llevo puesta, los pantalones cortos y las braguitas, y me pongo mi bikini negro y un vestido playero de color azul claro. Meto los pies en unas chanclas y guardo la toalla y la crema solar en la bolsa de playa. Me quito la goma del pelo y me hago otro moño. Cojo el móvil y salgo de mi dormitorio.

—¡Hasta luego!

Al salir a la calle, el calor sofocante me recibe y pienso en Bárbara. «Quizás hubiese sido mejor refrescarme en la ducha...» Pero no me detengo y camino

hacia la parada del bus, donde tan solo espero dos minutos. Pago el trayecto y me quedo de pie junto a la puerta trasera. Cinco paradas después, me bajo y me dirijo a la playa de la Barceloneta.

—¡Si aquí no cabe ni un alfiler! —digo al ver la cantidad de gente que hay—. En fin, un remojón y para casa —me respondo sola, me da igual si alguien me escucha.

Cojo el móvil y leo el wasap que acaba de entrar.

Raúl: ¿Estás segura de que querías enviarme ese mensaje a mí? Jajaja, pensaba que preferías no saber nada. Tanto ignorarme durante meses... Es la conclusión a la que he llegado...

Anna: ¡Qué idiota! He estado dándole caña al curso y, fíjate, hoy he decidido desconectar un rato y me he acordado de ti. Bueno, acabo de llegar a la playa de la Barceloneta; si te apetece, estaré por aquí, ¡chao!

Raúl: ¿Sí? Estoy aquí con unos amigos. ¿En qué parte estás tú?

Anna: Pues acabo de llegar, ahora buscaré un sitio donde plantar el culo, jaja.

Raúl: Espérame en la parada del autobús, voy allí a recogerte y te traigo aquí con mis amigos, ¿quieres?

Anna: ¡Genial! Aquí te espero. No tardes, que hace calor y necesito meterme en el agua, jaja.

Observo a las personas que, como yo, están llegando ahora cargadas con bolsas, sombrillas y todo tipo de trastos para pasar unas horas en la playa. Miro a quienes toman el sol, me sorprende ver cómo hay algunos tan morenos si acaba de empezar el verano, y me quedo embobada contemplando el mar. El movimiento del agua, los niños que juegan con una pelota o unas palas, las parejas camufladas entre los bañistas besándose como si estuviesen solos, disfrutando de la intimidad en la que sus besos los envuelven.

—¡Hola!

—¡Aaaah! —grito, y doy un brinco cuando me tocan la cintura—. ¡No me asustes, joder!

—Ni que no supieras que venía a buscarte —responde tranquilo Raúl—. ¿Vamos? —Y señala hacia la arena, imagino que a la zona donde tiene sus cosas y están sus amigos. Accedo y camino detrás de él.

—Raúl..., estoy pensando que mejor me voy para esa zona, ¿vale?

—¿Allí? ¿Qué hay allí? —pregunta mirando hacia donde señalo—. ¿Están ahí tus amigas?

—Em, no... Mis amigos están en sus casas estudiando para los exámenes, pero no me apetece acoplarme con los tuyos... No los conozco de nada y no es plan de «Hola, vengo aquí a joderos el rollo»...

—¿Quieres que estemos a solas? —propone en un tono de voz que no me gusta nada por las intenciones que capto.

—No, no..., pero creo que ha sido mala idea y yo qué sé... Mejor me doy un chapuzón y para casa, y tú sigues de buen rollo con tus amigos, ¿vale? Otro día si quieres quedamos para tomar algo y me los presentas, ¿te parece?

—De eso nada... Venga, no seas vergonzosa. Mis amigos te van a caer bien, no te van a comer ni nada por el estilo —dice riéndose, quitándose la bolsa de la mano—. Tengo tus cosas y no te puedes escapar...

—No seas malo, anda, devuélveme mi bolsa —protesto.

Durante unos minutos seguimos con nuestro mini rifirrafe, en el que soy incapaz de recuperar mis pertenencias y mi voz va subiendo de volumen sin pretenderlo. La gente de alrededor observa el espectáculo que estamos montando, y yo no dejo de dar saltitos en la arena porque me estoy abrasando los pies.

—¡Eres lo peor! —le grito, y atraigo aún más miradas—. ¿Dónde están tus amiguitos? —pregunto con retintín. Él sonríe y continúa caminando. Yo, de mala gana, le sigo hasta que se detiene frente a un grupo de chicos.

—¡Chicos! —dice Raúl llamando la atención de sus amigos—. Ella es Anna.

Todos levantan la cabeza a modo saludo.

—Buenas —digo con la mejor sonrisa que puedo. «Se han herniado para saludar, ¿eh?»—. ¿Dejo aquí las cosas? —le pregunto a Raúl bajando la voz. Él asiente. Me quito la ropa y la guardo en la mochila.

Sin decir nada más, me alejo del grupito sola y acelero el paso para llegar al mar, con cuidado de no llenar de arena las toallas que hay en el camino con mis saltitos, que debo de parecer idiota. Una vez en la orilla, me quejo cuando el agua roza mis pies, «¡está helada!». Me planteo si meterme o bien mojarme las manos y refrescarme un poco el cuerpo. «¡Nah!, ¿he venido a bañarme, no? Pues no hay frío que valga, Anna.» Me lanzo. Los niños de alrededor chapotean y les echo una mirada asesina. «Ya podían dejar de salpicar. ¿Es que no ven que estoy seca?»

—¡Jodeeeeeeeeeer! —grito con todas mis fuerzas al salir del agua, tosiendo—. ¿De qué vas?

—Me estaba fijando desde la toalla en que te lo estabas pensando mucho y he venido a ayudarte —responde Raúl sonriente.

—No sé de qué te ríes... A mí no me ha hecho ni pizca de gracia. Te podrías haber quedado en la toalla con tus colegas fumando y jugando a las cartas.

—¿Y perderme estar cerca de ti con tan poca ropa y mojadita? Prefiero esto que seguir con mis amigos.

—Tú eres idiota, ¿lo sabes? ¿O nadie te lo ha dicho?

—No te enfades, preciosa. Solo era una broma, ¿me perdonas? —susurra acercándose a mí y atrapando mi cintura entre sus brazos.

—Lo siento, Raúl —le digo apartándome bruscamente de su cuerpo—. No vengo a enrollarme contigo ni nada por el estilo. Me he acordado y me apetecía verte, ¿vale? Pero no tengo otra intención que no sea la de ser amigos. Siento si he hecho algo que haya podido confundirte —me voy sin dejarle responder y me dirijo hacia donde están sus amigos.

—¿Quieres una, guapa? —Me ofrece uno de ellos levantando una lata de cerveza.

—No, gracias, ya me voy —respondo mientras me seco con la toalla.

—¿Ya? —responden los tres a la vez—. Pobre Raúl... Desde que te conoció no deja de hablar de ti, ¡le tienes loquito! No veas qué contento se ha puesto cuando le has dicho que venías. ¡Estaba nervioso por verte! —añade el invita-cervezas.

—¿Perdona? —digo sorprendida, poniendo los ojos en blanco—. Si nos vimos un día y apenas hemos hablado... Me da que te has confundido...

—Creo que la que está confundida eres tú —dice mientras se levanta de la toalla—. Nos ha hablado demasiado de ti. Es lógico que se sienta atraído. —Me mira de arriba abajo—. Cada vez que le decías que no podías quedar, se sentía fatal, y nosotros fuimos quienes le aconsejamos que no te escribiera más. Tenías que haberle visto hace un rato, cómo se ha puesto al leer tu mensaje, ¡pero si le temblaban hasta las manos para responderte!

—Pues mira, lo siento. Le he visto una vez en mi vida y solo fue un beso. Ahora voy a disfrutar de los días que me quedan aquí viniendo a la playa y me apetecía hablar con él, como amigos, nada más. ¡Joder! ¡Que tengo novio! No voy a volver más a Barcelona y pensé en vernos un rato, pero ¿liarme con él? ¡Que me hubiese empotrado en el tren! —le suelto de carrerilla y sin saber por qué al desconocido que tengo frente a mí, que se queda estupefacto—. ¿Pasa algo?

—Nos dijo que no tenías filtros hablando, pero no me esperaba que fueras tan bruta —responde riéndose.

—Ea, ¡esa soy yo! Parece que os asusta que una tía no se corte a la hora de hablar... Entiendo que os gusten las pijitas, las que hablan como si escupieran caramelitos de fresa, pero ¿hola? También existimos las chicas que vamos de frente y no nos ponemos rojas al decir ciertas cosas, ¿sabes?

—Ya entiendo por qué le marcaste tanto...

Le miro sin saber a qué se refiere.

—Eres espectacular, tienes un cuerpazo y tu actitud sorprende mucho. Debe de molar estar con una piba como tú. No se sabe por dónde vas a salir, y seguro que nadie se aburre contigo.

—Y soy una fiera en la cama, pero, fíjate, tu amigo no se animó cuando tuvo ocasión —añado, provocando que estalle en carcajadas—. Despidete de él, ¿vale? Dile que si algún día quiere salir a tomar una copa como amigos, que me llame. No me gustaría irme de aquí con mal sabor de boca por el incidente de hoy —le pido mientras me pongo la ropa y me cuelgo la bolsa al hombro—. Encantada de conocerte —le doy dos besos—. Adiós, chicos —levanto la voz para avisar a los otros de que me voy.

Capítulo 23

HABLA, CHUCHO, QUE NO TE ESCUCHO



—Sí, así se estudia de lujo —digo irónica al ver a Bárbara sentada en el sofá junto a Roberto.

—Acaba de llegar, ¿sabes? Y un descanso tampoco me viene mal — responde borde. Roberto se nos queda mirando sin entender por qué nos tiramos esas pullitas.

—Acompañándome a la playa a darnos un chapuzón también descansas — digo mientras entro en mi habitación a coger muda limpia para ducharme.

Entro en el cuarto de baño y me doy una ducha. Me recojo el pelo mojado y me pongo unas braguitas y una camiseta ancha para estar por casa. Meto la ropa sucia en el cesto y voy hacia la cocina, a prepararme un sándwich de Nocilla, y me sirvo un vaso de zumo. Desbloqueo el móvil y creo un grupo de *WhatsApp* en el que añado a Nerea, Nuria, Rosa y Emma.

Grupo de WhatsApp: ¡SOS!

Anna: ¡Hola, petardas!

Rosa: ¿Y esto?

Nuria: ¿Qué pasa?

Anna: ¡Estoy flipando!

>Nerea: Hola, chicas, ¿qué pasa, Anna?

Anna: Buah, he ido a la playa, y como los rancios estos querían estudiar, he escrito a Raúl, el morenazo del tren que os conté. ¿Pues no va y se me acerca para besarme?

Emma: ¿Y qué has hecho?

Nerea: ¿Te has liado con él? ¿Y Matteo?

Anna: ¡Nooooooooo! Yo respeto a mi *italianini*. Le he escrito por no ir sola a la playa, que me da yuyu, y él estaba allí con sus amigos. La cosa ha sido que casi me besa y tal, pero, vamos, que me he separado de él y le he dejado bastante claro que no quiero nada. Pero, por si las moscas, antes de irme se lo he dicho a un amigo suyo, para que se lo repita hasta que le quede claro.

Emma: ¿Cómo que tú respetas a tu *italianini*? ¿Me he perdido algo?

Anna: Jajaja. ¡Nerea! Por mencionármelo y contestarte he sido una bocazas, ¡te odio! Bueno, chicas, pues sí, he vuelto con mi *italianini*... Ya os lo contaré tranquilamente cuando me invitéis a algo, ¡so rácanas!

Nuria: Si es que con tanto *sex-appeal* que desprendes...

Anna: ¡No digas eso, idiota! Que vaya mal rato he pasado. Y no sabéis qué calentón tengo ahora, ¡necesito a mi *italianini*!

Rosa: ¿Te ha puesto cachondilla el morenazo? Jajaja. Deberías habértelo empotrado...

Anna: ¡No! Yo no soy de esas y menos después de... Bueno, que quería contaros eso. Voy a estudiar un rato, luego cotilleamos por aquí un poco, que os echo de menos, mis petardas.

Nerea: Anna, no hagas tonterías. Después de lo que has sufrido por estar lejos de Matteo, deberías no hacer caso a tu cabeza y dejar de cometer locuras. No vuelvas a quedar con ese chico sabiendo que quiere liarse contigo, sobre todo ahora que sabes cómo se siente una persona con una traición de ese tipo. Yo quiero que seas feliz, pero haz lo que creas conveniente y pienses que es mejor para ti. Prefiero decírtelo por privado, ya que yo sí sé cómo lo habéis pasado Matteo y tú por estar separados, y no soportaría veros sufrir otra vez por un desliz. Ellas quizá te aconsejen que disfrutes y hagas lo que te apetezca, sin pensar en el resto. Es tu decisión. Sabes que yo apoyaré todo lo que decidas. Si quieres reír, reiremos juntas, y si quieres llorar, también estaré aquí, pero no llores mucho, que me dejas pobre si tengo que comprar un cargamento de pañuelos. Y estás mucho más guapa sonriendo. Te quiero.

Anna: ¡Gracias, cariño! Sabes que no cometeré esa locura, e intentaré no hacer nada que me deje ahogada en mi propio mar de lágrimas. Solo quería contaros la anécdota del día, pero te puedo asegurar que no va a pasar nada con ningún tío que no sea mi *italianini* de culito respingón. Te quiero. Dale besitos a mi ratoncita y dile a Hugo que muchísimas gracias otra vez, nunca podré agradeceréselo lo suficiente. ¡Muacks!

Nerea: Más te vale que no cometas la locura, si no, seré yo quien haga una locura contigo, jeje. Y, por cierto, date una ducha fría, quítate el calentón y ¡ponte a estudiar! No te lo estoy diciendo como amiga, sino como una madre preocupada por su hija, jaja. Un besito de nuestra parte, ¡te queremos, loca!

Anna: Sí, mamá, lo haré, porque con semejante calentón (pensando en mi *italianini*, claro está) no seré capaz de seguir estudiando.

Bárbara, mi amiga y compañera de piso estudiosa, sigue en el sofá dándose morreos con Roberto, por lo que decido quedarme a estudiar en mi habitación. «Es que... como vaya al salón, sé que empezaré a fastidiarla por no acompañarme y aprovechar para traerse a su amorcito, y no voy a estudiar nada. Toca ser buena, Anna, ya no por ti, sino para terminar este curso con buenas notas y volver a casa», me animo yo sola en silencio.

Apago el móvil, desparramo los apuntes a mi alrededor, encima de la cama, y me pongo a estudiar, ¡qué tostón!

¡Toc, toc!

—Pasa —respondo de mala gana al escuchar que tocan a la puerta. Bárbara aparece, y por su cara veo que el mal humor se le ha quitado, seguramente gracias a la inyección *made in* Roberto—. Dime.

—Venía a preguntarte si quieres salir a estudiar al salón... Se me hace raro no verte ahí —dice jugando con sus manos, nerviosa. Arqueo una ceja—. Lo siento, Anna. Roberto se presentó sin avisarme y me prometió que no se quedaría mucho rato. ¿Estabas dormida? —pregunta cuando bostezo.

—Em, no..., es que había visto algo sobre la almohada y me acerqué para ver mejor qué era —suelto, incapaz de confirmarle que me he quedado dormida estudiando, y de paso compruebo que no he babeado encima de nada importante—. Bueno, ¿algo más?

—¿Pretendes que me arrodille ante ti, te pida perdón porque no he ido a la playa contigo y mi novio ha venido sin avisar, y te ruegue que vengas al salón?

—pregunta juntando los dos dedos índices delante de su cara y poniendo cara de pena.

—Eso no estaría nada mal, ¿eh? Quizá, incluso hasta me lo pensaría — respondo aguantándome la risa.

—¡Annacleta! —dice al saber que no estoy enfadada.

—Muy mal, Barbixú, así vas muy mal... —Se le escapa una sonrisita y veo que va a arrodillarse. En ese instante, rompo a carcajadas sin poderlo evitar—. ¡Por mi amor platónico a Dior, Chanel y Dolce & Gabbana! Eso sí que no me lo esperaba... Si llego a saber que serías capaz, hubiese encendido el móvil para grabarlo en vídeo y tenerlo bien guardadito para hacerte chantaje del bueno.

—¡Que te den! —responde levantándose y cruzándose de brazos para hacerse la ofendida—. ¿Vienes o qué?

—Ya quisiera yo..., que me dé duro mi *italianini* y me azote hasta hacerme gritar —respondo poniendo los ojos en blanco.

—¡Anna! —grita.

—¿Qué?

—¡Que si vienes al salón a estudiar!

—Que sí —confirmo—. Pero, uf, no me menciones cosas guarras, que me acuerdo de mi *italianini* y sube la temperatura que da gusto —añado intentando quitarme las imágenes que rondan en mi cabeza mientras recojo los apuntes para ir al salón a estudiar junto a Bárbara.

Un par de horas después, varios tapones de bolígrafos esparcidos por el suelo tras volar encima de nuestras cabezas y mi goma de borrar desaparecida, porque le he ido quitando cachitos con la finalidad de hacerlos impactar en la cabeza de Bárbara, decidimos tomarnos un pequeño descanso.

—¡Son las once y media! No hemos cenado y a mí no me entran más cosas en la cabeza. Verás tú que me toca ir de empalme al examen sin saberme nada y me quedo dormida encima —dice Bárbara aterrada.

—¿En serio? —pregunto. No me imaginaba que se nos había hecho tan tarde—. ¿Hago algo rápido y sigues estudiando o prefieres que pidamos comida al chino?

—No es que no me guste cómo cocinas, pero... ¿quién se resiste a un arroz tres delicias? —dice babeando solo de pensarlo—. Así también podrías estudiar tú.

—Creo que lo llevo bien —miento. No voy a decirle que lo llevo mejor que bien para no desanimarla. La verdad es que, durante el último rato, he estado repasando los apuntes de otra asignatura—. Sigue tú y voy llamando, ¿te parece?

—Vale, si insistes...

Voy a mi habitación y enciendo el móvil. La primera notificación que me salta es un mensaje de Matteo.

Matteo: Mi loca estudiosa, ¿qué tal llevas el examen de mañana? Echo de menos que me escribas a todas horas.

Anna: ¡Ese culito respingón! Bien, lo llevo bien, no me puedo quejar. Estoy deseando que terminen los exámenes para incordiarte todo el tiempo. Tómatelo como un descanso, luego volverá la cansina a la carga con más fuerza que nunca, muajaja. Tengo ganas de verte, achucharte y... dejar que me empotres como si no hubiese mañana. Que me hagas gritar hasta perder la poca cordura que me queda. ¡Te quiero, italianini!

Cierro la aplicación en el móvil y busco en la agenda el número del restaurante, le doy a llamada y espero a que respondan:

—Restaurante Wao Ling, ¿qué desea?

—Hola, Wao Ling —respondo—, soy Anna. Quería hacer un pedido para que me lo traigan a casa.

—Sí, sí, ¿qué quiere, Anna?

—Me pone dos *lollitos* de *plimavela*, *alós tles* delicias y *tallalines* con *telnela* —digo. En realidad, deberían sabérselo de memoria, porque siempre pedimos lo mismo. Lo de innovar no lo llevamos muy bien.

—¿Algo más?

—Sí, salsa agridulce, mucha, como para dos familias.

—Sí, salsa agridulce, bien. ¿Dirección? —Le indico la de nuestro piso—. ¡Ah! Tú eres Anna, pides mucho aquí. En veinte minutos más o menos lo tienes en casa. Gracias.

—Sí, soy yo Wao Ling. Espero que esté rica la comida, ¿eh? ¡Chao, chao, Wao!

Finalizo la llamada, pongo las alarmas para el día siguiente y apago el teléfono. Voy a la cocina y, mientras mi compañera sigue estudiando, llevo platos, cubiertos y servilletas a la mesa pequeña que tenemos delante del sofá. Cojo también dos vasos y una botella de agua. Cuando todo está preparado, vuelvo a repasar los apuntes hasta que el timbre avisa de que la cena ha llegado.

—¡Cling, cling, es Wao Ling! —digo cuando abro la puerta.

—Anna, tú como siempre muy graciosa —responde el repartidor—. Aquí tienes —dice, entregándome la bolsa.

—Está bien así —digo cuando le doy el dinero con la propina.

—Gracias, adiós —se despide, y cierro la puerta.

Bárbara y yo nos tiramos de malas maneras en el sofá, cansadas de tantas horas estudiando en las sillas. Cenamos con la televisión apagada, para no engancharnos a ningún programa que estén emitiendo ahora, y para romper el silencio le hago preguntas sobre la asignatura que estamos estudiando, para ver qué tal la lleva preparada.

—¿Y dices que lo llevas mal? —Miro de reojo a mi compañera mientras me lavo las manos en el fregadero—. Apruebas con buena nota seguro.

—Me da a mí que me veo en recuperaciones con esta y otras cuantas asignaturas más —dice desanimada.

—No te lo crees ni tú —respondo tirándole el paño con el que me he secado las manos—. Vamos a seguir otro rato más, que de momento aprobarías raspadito, raspadito con un nueve y medio, ¡vamos a por el diez! —Hablo animada, para que se contagie de mi entusiasmo, y levanto la mano para que me choque los cinco.

—Qué segura estás... Ojalá lo viera desde tu perspectiva. —Sigue en su particular mundo de Yupi, positivismo y confetis de colores que caen después de explotar globos con forma de corazón.

Capítulo 24

ANTES DE ACABAR, NADIE SE DEBE ALABAR



Barcelona, julio de 2015

—¡Anna, despierta! —grita Bárbara tras aporrear la puerta y entrar en mi dormitorio—. No seas zángana, por favor. Son ya las nueve y media, ¿sabes? Y hemos quedado a las diez en la cafetería.

—Déjame cinco minutitos más, *porfapllís* —le pido, tapándome la cabeza con la manta para que la luz que entra por la puerta no me moleste.

—Eres de lo que no hay, ¿eh? Fuiste tú la que dijiste que a las diez. ¿Quieres llegar tarde o qué?

—En estos momentos, Anna no está interesada en seguir con esta conversación; quizá en cinco minutos tenga más suerte. Por favor, déjela dormir unos instantes más —respondo oculta bajo la manta—. Si lo desea, puede ir preparando un café para que este cuerpo serrano pueda salir a la calle como una persona normal y no como un zombi. Gracias.

—¡Annaaaaaaaa! —grita furiosa Bárbara—. ¡Me pones histérica! ¿No puedes levantarte para irnos? Vas a tener toda la santa tarde para retozar en la cama y dormir hasta que revientes.

—¿Piensas pasarte los cinco minutos que te he pedido para dormir gritándome? —pregunto asomando la cabeza.

—Sí —responde cruzándose de brazos.

—Te odio —afirmo muerta de sueño—. Y ¿sería usted tan amable de abandonar mi habitación para que me vista? ¿O está interesada en ver mis preciosos pechos al aire libre cuando me quite la camiseta de este sexi pijama de

floripondios? —Por la cara y la pose que tiene, sé que no se va a ir—. Vaaaale, que sí, que ya voy...

Con los ojos de mi compañera de piso clavados en mí, empiezo a retirar las sábanas poco a poco. Me quedo sentada en la cama y llevo mis manos hasta los pies; lentamente empiezo a subir el pantalón del pijama hasta la rodilla mientras echo la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados, empiezo a susurrar: «¡Oh, sí, nena! ¿Te gusta lo que ves? ¿Quieres tocarme?». Escucho cómo Bárbara resopla, pero continúa de brazos cruzados. Sé que odia esperar, pero a mí me encanta hacerla rabiar, no puedo evitarlo.

Pongo los pies en el suelo y, poco a poco, voy bajándome los pantalones. Acaricio mis piernas de abajo arriba, haciéndole un buen homenaje a mi pompis. «¿Te pone mi culito, nena?», le pregunto mientras sigo acariciándolo. Subo las manos hasta levantar la camiseta y, cuando mi pecho está a punto de quedarse expuesto a su mirada, ella me interrumpe:

—¡Nooooooo! No hagas eso delante de mí. —Se tapa los ojos.

—Mmm... ¿No te gusta? —le pregunto con voz acaramelada—. Tengo que vestirme, y si quieres estar aquí presente, tendrás que ver a mis Annitas.

—Esto es demasiado. Te voy preparando un café —dice antes de abandonar mi habitación.

—¡Qué frío! —me quejo cuando estoy sola, con las piernas al aire tras haber hecho rabiar a mi compañera.

Cojo unos vaqueros cortos del armario y me los pongo rápidamente. Me calzo unas deportivas negras y, antes de quitarme la camiseta del pijama, busco en el armario una ancha de manga corta con rayas negras y blancas que tapan el vaquero que he escogido. Una vez vestida, voy al cuarto de baño a lavarme la cara y peinarme; después, me dirijo hacia la cocina siguiendo el rastro del olor a café.

—¿Nos vamos? —le pregunto a Bárbara desde la puerta cuando ya estoy lista—. Llevo media hora esperándote y, cuando lleguemos, seguro que me echas la culpa a mí de llegar tarde. ¡Siempre haces lo mismo! —Ella resopla mientras niega con la cabeza.

Caminamos hacia la cafetería y allí están esperando nuestros amigos y compañeros. Algunos ya se han terminado sus desayunos y a otros poco les queda. Ya saben que la culpa de haber llegado media hora tarde es mía. Les propongo ir a la universidad a ver las notas, y después volver para celebrar lo que nos toque: abandonar la universidad y currar como pringados, o disfrutar un año más de las juergas universitarias. Todos asienten y ponemos rumbo hacia la universidad.

Al llegar, empieza a dolerme la barriga por culpa de los nervios. Sí, los exámenes me fueron bien, pero al estar tan cerca de saber la nota, el miedo se apodera de mí y dudo. Tengo la sensación de que me va a tocar estudiar para las recuperaciones. Mis amigos se abren paso entre la multitud que se agolpa frente al tablón donde han publicado las notas y yo... me quedo atrás. No encuentro el valor para acercarme y descubrir mis calificaciones.

—Buenos días, señorita Llop, ¿qué tal se le ha dado el último curso? —me pregunta una profesora.

—Buenos días, profesora —respondo lo más tranquila que puedo—. Aún no sé si por fin me perderá de vista o el año que viene tendrá que aguantarme de nuevo —respondo con humor.

—Por mi parte, no nos volveremos a ver —susurra antes de alejarse.

Sus palabras me dan el empujón que necesitaba y me acerco hasta el tablón abriéndome paso entre mis compañeros. Suspiro al tener las listas frente a mí y busco mi nombre en ellas.

—¡Enhorabuena! —grita Jordi abrazándome—. ¡Menudas notazas! —me anuncia antes de que yo haya podido verlas.

Encuentro mi nombre y... rompo a llorar. ¡He aprobado! Mi nota media es un nueve y medio. «¡No me lo puedo creer!», pienso mirando fijamente la nota.

—¿Vamos a celebrarlo? —pregunta Jordi.

—Sí, sí... —respondo por fin—. ¿Qué tal tú? —reacciono.

—¡Bah! Tengo que recuperar dos, pero bien... Seguro que el año que viene no tengo que volver —dice optimista. «Ojalá que así sea», pienso.

Volvemos a la cafetería de antes. El resto de compañeros han montado un buen alboroto comentando las notas; yo estoy atrás, en silencio y con mil pensamientos rondando por mi mente. «Matteo... ¡tengo que darle la noticia!»

Anna: ¿Cuándo dices que vas a Madrid a celebrar con tu novia su graduación como periodista? ¡Estoy aprobadísima!

Después de escribirle, abro el grupo de WhatsApp ¡SOS!

Anna: ¡Chicuelinas mías! ¡Vuelvo a casa por tiempo indefinido! Estas semanas de reclusión estudiando como una loca ¡han merecido la pena! Os voy informando y hacedme hueco en vuestras agendas, ¡hay que celebrarlo!

Sin darme tiempo para cerrar la aplicación, el móvil empieza a sonar. La llamada entrante es de mi madre. Respondo y, sin saludarme, me pregunta si ya fui a ver las notas.

—No, aún no, me he quedado dormida —miento para ver su reacción.

—¿Me estás hablando en serio, hija? —pregunta nerviosa—. Deberías ser un poco más responsable. Se trata de la nota final de tu carrera universitaria y de ella depende que comiences tu vida laboral, con la que ganarás tu sueldo y podrás vivir. Si te quedas dormida para ir a mirar algo tan importante, ¿qué pasará cuando trabajes? ¿Llegarás tarde por quedarte dormida? Es tu futuro, hija. Deberías darle más importancia.

Escucho su sermón sin interrumpirla.

—Sí, mamá... —le digo cuando ha acabado—. Mira que habiendo aprobado y que te enfades por una bromita de nada...

—¿Has aprobado? ¡Aaaaay, que yo te mato! ¿Por qué me gastas estas bromas? ¡Me vas a matar a disgustos, hija!

—Parece mentira que no me conozcas... —Empiezo a reírme.

—Sí, te conozco como si te hubiese parido, por eso mismo te veo capaz de quedarte dormida. —¿Tan desastre soy?—. Cuando tengas las cosas preparadas, avísanos y tu padre y yo iremos a buscarte para ayudarte con la mudanza — responde ilusionada—. ¡Luis! Que la niña vuelve a casa.

—Bueno, mami, te cuelgo, que estoy con los compañeros y vamos a tomar algo, ¿vale? Dale besos a papá, ¡os quiero!

—Vale, hija. Nosotros también te queremos y estamos muy orgullosos de ti —dice antes de colgar.

Una vez que entramos en la cafetería y nos dirigimos hacia una de las mesas, empiezo a entrar en la conversación y soy consciente de que no he sido capaz ni de acercarme a Bárbara, que llama mi atención levantando la mano para que me siente a su lado.

—Gracias, Anna —susurra entre el jaleo que hay entre nuestros compañeros—. Sin tu ayuda, no hubiese aprobado —añade, y me da un beso en la mejilla. Sonrío agradecida por sus palabras, pero un nudo se apodera de mi estómago al darme cuenta de algo: Bárbara y yo no viviremos juntas. Estaremos lejos y nuestra amistad se resentirá.

—¡Compis! —nos interrumpe Jose levantándose de su silla con una copa de champán en la mano—. Un brindis por estos años que hemos compartido y la familia que hemos formado. Espero que, después de las recuperaciones, todos podamos decir que somos periodistas y que algún día nuestros caminos se crucen. Ojalá, dentro de un tiempo, podamos reunirnos y celebrar los éxitos de

nuestro trabajo. Por nosotros —dice estirando su brazo, y todos nos levantamos y brindamos en el centro de la mesa.

—Por un verano que vamos a disfrutar a tope antes de ponernos a perseguir noticias, porque, ¡cuidado!, ¡vendo exclusivas! —añade Bárbara para un nuevo brindis.

—¡Cuidado! ¡Vendo exclusivas! —gritamos todos al unísono, brindando de nuevo, con el nombre del grupo de *WhatsApp* que creamos cuando esta aventura empezó.

Seguimos brindando y celebrando el resto del día. Comemos en el restaurante al que todos estos años hemos ido cada vez que recogíamos nuestras notas. Después, seguimos disfrutando en la bolera del que será, seguramente, nuestro último día juntos, ya que algunos tienen que estudiar para las recuperaciones y otros prepararlo todo para volver a nuestras casas. De la bolera, nos vamos a una hamburguesería del centro, y de allí, después de que yo haya insistido alegando que no creo que vuelva a ir, nos dirigimos a Sor Rita Bar, a seguir brindando mientras cantamos con la música de Marisol, Camilo Sexto y otros cantantes de aquella época.

—¿Nos vamos? —me pregunta Bárbara con aspecto de cansada.

—Sí. La verdad que estoy agotada después del día que llevamos hoy —afirmo, consciente de que mi cuerpo tampoco aguantará mucha más celebración.

Entre besos y abrazos, nos despedimos de los demás y ponemos rumbo a nuestro piso.

—¡Dioss! Roberto me va a matar. Le llamé para decirle las notas y prometí que volvería a llamarlo para cenar y celebrarlo juntos, y se me ha ido la pinza completamente —dice aterrorizada al ver que son las tres de la mañana y no ha dado señales de vida a su cucuruchito.

—Lo entenderé... —le digo para animarla—. Yo también he decidido celebrarlo con vosotros, que en verdad sois con quienes he sufrido estos años, y no he dado señales de vida a nadie. Mañana será otro día y, cuando la resaca nos lo permita, nos pondremos en contacto con quien haga falta —le doy un beso en la mejilla y continuamos en silencio hasta llegar a casa.

—Cama, dulce cama... —celebro al entrar en mi habitación y tirarme encima de ella para descansar.

Capítulo 25

JÓVENES Y VIEJOS, TODOS NECESITAMOS CONSEJOS



—¡Música, maestro! —grito mientras subo el volumen de la televisión para que la música se escuche en todo el apartamento—. ¡Vaaaaamos ya! ¡Dale caña! —digo frente a la televisión, mientras me marco un baile en medio del salón.

Antes de que la canción acabe, voy hacia mi habitación y empiezo a tirar toda la ropa que hay en el armario encima de la cama. «*Mamma mia!*, ¿cómo he podido acumular tanto?» Cojo tres sacos de basura y los dejo en el suelo.

—Abrigos, aquí. —Giro sobre mí misma al ritmo de la música y encesto un abrigo en uno de los sacos—. Camiseta, es tu turno —anuncio, repitiendo el mismo movimiento, y después lanzo un pantalón al tercero de los sacos.

—¿Qué pasa hoy?

—¡Joder! —Doy un brinco del susto—. Podrías avisar, que no te he escuchado levantarte.

—¿Perdona? O sea, que me despiertas con la música a tope y ¿encima te quejas de que no te he avisado? —Afirmo—. Te he llamado desde la cama para que bajaras el volumen, pero ni me has oído —se queja.

—¡Vaaamos! Mueve ese culito. —Cojo las manos de Bárbara y la zarandeo para que baile conmigo.

—¡Déjame! —Intenta soltarse—. Ponte música en el móvil o haz lo que quieras, pero quiero dormir. Para un día que no tenemos que madrugar, vas tú y te levantas a las nueve y te pones a bailar, ¿es que no estás cansada de ayer? —Niego—. ¡Vas al revés del mundo, tía!

—¡Estamos de celebración! —grito y giro sobre mí con los brazos extendidos. Ella me mira, acusadora—. ¡Somos periodistas! Por fin se acabaron los exámenes y nos toca perseguir famosos y triunfar en la vida. De nuevo volvemos a nuestras casas y hay que celebrarlo —continúo gritando.

—¿Y si lo celebramos más tarde? En serio, Anna, estoy reventada y necesito descansar, que entre anoche y las semanas que llevamos de exámenes estoy rotísima.

Bárbara no deja de suplicarme entre bostezos. Voy hacia el salón y apago la televisión. Sintonizo la emisora en mi móvil y, con los auriculares puestos, sigo guardando mi ropa en los sacos.

—¡Fieeeeeeeesta! —grita Bárbara, despertándome—. ¿Ahora no te apetece? —se ríe.

He decidido hacer un descanso y, mientras estaba tumbada en el sofá con la radio puesta, me he quedado dormida, y el móvil, sin batería. Me levanto y voy al cuarto de baño a lavarme la cara con agua fría para despejarme. Mientras me seco con la toalla, Bárbara entra con su neceser de maquillaje.

—¿Te vas a maquillar ahora? —pregunto extrañada.

—Sí. He quedado en media hora con Roberto, saldremos a comer por ahí —responde mientras se aplica el antiojeras.

—Oye, ¿y qué vais a hacer ahora que has terminado la carrera?

—Pues intentaré encontrar trabajo aquí. Él es fijo y seguramente yo pueda tener más oportunidades que en Valencia. Sé que voy a echar de menos a mi familia, pero son cuatro años fuera y una vez que trabaje me las apañaré para ir a verles siempre que pueda.

—¿Y cómo lo vais a hacer? A ver, me refiero... Él vive con sus amigos y tú no tienes mucho ahorrado como para alquilarte un piso sola y, está mal que yo lo diga, pero no vas a encontrar una compañera mejor que yo. —Ambas reímos.

—He estado hablando estos días con el casero y ¡me quedo aquí! Roberto se viene y tendremos el contrato a nombre de los dos, así que no tengas prisa por irte, que no te voy a echar —responde sonriendo.

—¡¿En serio?! —pregunto alucinada—. ¡Anda que me has contado algo, petarda!

Salgo del cuarto de baño y voy al dormitorio. Pongo el móvil a cargar y termino de guardar la ropa que hay encima de la cama. Cuando ya está todo, cierro las bolsas y las guardo amontonadas en el armario. Me tumbo en la cama y enciendo el teléfono:

Matteo: ¡La que me espera! Si antes eras una cotilla, no sé ahora qué será de mí con tanta pregunta. ¿Hay algún plus por tener una novia periodista? ¡Enhorabuena! Pronto, muy pronto celebraremos.

Anna: ¡Qué malo eres! Ni que yo preguntase mucho, jajaja. Estoy recogiendo las cosas; en cuanto tenga todo listo, vendrán mis padres para llevarlo todo a casa. Espero que no tardes en venir a verme, ¿eh? Si no, deberé interrogarte para saber los motivos, jajaja.

Bárbara se despide de mí y yo aprovecho para volver a poner la música a tope y seguir guardando cosas. Al entrar en el dormitorio, mi móvil suena. Miro la pantalla y es un correo electrónico.

De: Olivia Costa – RR. HH. Noticias de Actualidad

Para: Anna Llop Riera

Asunto: Confirmación de cita

Mensaje:

Buenos días, señorita Llop:

Desde Noticias de Actualidad, nos ponemos en contacto para concertar una entrevista con usted. Estaríamos interesados en que trabaje con nosotros en el puesto de reportera.

Le adjunto algunos reportajes para que valore nuestra forma de trabajar y decida si le gustaría unirse a nuestro equipo.

Si tiene alguna duda, puede ponerse en contacto con nosotros mediante el correo electrónico o por teléfono.

Reciba un cordial saludo.

Olivia Costa

Responsable de RR. HH.

Noticias de Actualidad

—¿Hola? ¿Esto qué es? —me pregunto en voz alta al leer el correo—. ¿Noticias de Actualidad? ¿Reportera? ¡Pero si aún no he empezado a buscar trabajo! Debe de ser un error... —Vuelvo a mirar el mensaje por encima—. ¡No! ¡No es un error! ¿Cómo saben mi nombre?

Bloqueo el móvil y voy a la cocina a prepararme la comida. Después me siento en el sofá y cambio la música por una serie, que ya me sé de memoria de tanto como han repetido los capítulos. Terminado, dejo el plato sobre la mesa y vuelvo a mirar el teléfono y a leer el mensaje de la tal Olivia. Me descargo el archivo adjunto. Lo leo y, a pesar de que todo está bien explicado y los reportajes me parecen muy profesionales, sigo dudando y preguntándome cómo habrá llegado a mí esa oferta de trabajo. «Mañana llamaré», sentencio convencida,

confiando en que puede ser una muy buena oportunidad para mí. Y en que no tendré que agobiarme enviando currículums.

Llamo a mis padres y les explico lo ocurrido para saber qué opinan, no me arriesgo a llamar y concertar la entrevista sin consultárselo. Me da miedo que sea una estafa y que, por novata, caiga en la trampa.

—A mí me parece de fiar —responde mi padre—, pero ¿por qué no hablas con Nerea y se lo explicas? Quizá su padre pueda ver algo que nosotros no vemos...

—No había pensado en ello; en realidad su padre no se dedica a casos de estafa ni de trabajos —respondo dubitativa.

—Consúltaselo. Si puede, que le eche un vistazo, o seguramente tenga algún conocido que pueda mirarlo —insiste.

—Pues en un rato la llamo. La verdad es que pinta bien, pero no sé..., eso de que hayan contactado conmigo sin que yo les haya enviado ningún correo y nada más aprobar, algo raro me parece... —Intento ser pesimista para no ilusionarme y llevarme un chasco—. ¿Qué tal tenéis el finde? Quizá ya lo haya empaquetado todo y pueda volver.

—Perfecto. Llámanos y vamos a buscarte. ¿Tienes muchas cosas? Por alquilar una furgoneta...

—Bastante. No sé cómo he podido acumular tantísimo. —Pongo los ojos en blanco—. Pero, papá, si quieres alquilo yo una y voy para allá, así no tenéis que venir aposta.

—Déjate, Anna, vamos nosotros. Te paso con tu madre —se despide.

Hablo con ella y no deja de decir cosas que tienen que ver con mi vuelta a casa. Por fin llega el día de mi regreso y se le notan los nervios. «¡Qué mona es mi mamuchi! —pienso, y sonrío—. Seguro que a los tres días ya estará quejándose y arrepintiéndose de que haya terminado mi etapa en Barcelona.» Me río al imaginar sus cabreos.

Al finalizar la llamada, escribo a Nerea y, tras hablar con su padre, me pide que le reenvíe el correo electrónico para que él lo mire.

—¡Ojalá fuera rica y pudiera contratar a un morenazo con tableta de chocolate que lo empaquetara todo! Que sude y se quite la camiseta, que deje que me pierda en esas ricas vistas mientras pequeñas gotas de sudor se deslizan por debajo de sus calzoncillos. —Imagino sintiendo calor, tanto que tengo que meterme en la ducha.

—¡Anna! —Alguien aporrea la puerta del cuarto de baño—. Estoy aquí con Roberto, ya sabes por qué te lo digo...

—¡Vaaaaale! —respondo aún dentro de la ducha—. Saldré en bolas para que vea que estoy más buena que tú. —Ojalá pudiera ver la cara de Bárbara en este instante. Miedo me da salir y llevarme una colleja o un tironcito de pelo.

Una vez fuera, me dirijo en albornoz hasta mi dormitorio y allí me arreglo antes de ir al salón y saludar a los tortolitos.

—¿Estás seguro de que quieres vivir con esta? Si fuera tú, cancelaba los planes ya, ¡no sabes la locura que vas a cometer! —Bárbara me da un par de collejas mientras hablo con Roberto—. Bueno, bueno..., ¡ya me voy! —le digo, dispuesta a encerrarme en mi dormitorio y dejarlos a solas.

Al entrar, no me apetece seguir con el tema de la mudanza, necesito salir de casa y despejarme o creo que me volveré loca.

Con los auriculares puestos y la música a tope, mi riñonera y mis ganas de desconectar, me voy a pasear por las calles de Barcelona. Bajo el sol, camino por las que he recorrido durante estos últimos años y me pierdo un rato entre las vistas que me brinda la Barceloneta. De ahí, voy hacia la parada del autobús y durante media hora, de pie, disfruto del trayecto entre el *passeig* Marítim y la parada de Llúria-Mallorca. Continúo a paso rápido por el *carrer* de València hasta llegar a la famosa rambla de Catalunya. Giro a la izquierda y avanzo mirando los escaparates. «¡Me encanta!», pienso al ver una camiseta en un maniquí. «¡Anna, no! ¡Más ropa, no!», me regaño mentalmente a mí misma. «Bueno, vale..., ¿y un bollito para animarme?»

Convencida, me dirijo hacia el Forn de Sant Jaume y me pierdo entre tantas delicias que me hacen la boca agua. Me fijo en los helados, y después de meditar si prefiero el de *cheese cake* o el de maracuyá, me decanto por el segundo. Sigo paseando y cruzándome con la gente hasta llegar al metro de *passeig* de Gràcia, me bajo tres paradas después, en Drassanes, y desde allí camino hasta casa, donde caigo reventada en el sofá. Tanto, que no me apetece prepararme ni un vaso de leche con galletas para cenar.

Capítulo 26

NO TE CIERRES UNA PUERTA SI NO HAS ABIERTO OTRA



—¡Mi camaaaaaa! —grito al llegar a mi habitación y tirarme encima de ella.

—Anna, no empieces, por favor te lo pido —me regaña mi madre, que ha entrado detrás con una de mis maletas—. Hay que descargar la furgoneta, que tu padre tiene que devolverla, y una cosa te digo. —Me señala con su dedo índice amenazador—. Mañana quiero verlo todo colocado. No voy a permitir que tengas la habitación empantanada durante meses.

—Sí, mamá... —respondo sin ganas. «Ya sabía yo que pronto iba a empezar...» Me levanto y traslado mis cosas desde la furgoneta hasta mi dormitorio.

Nerea me llamó hace tres días para confirmarme que no hay nada en el correo que recibí que deba preocuparme. Su padre y su socio pudieron comprobar que *Noticias de Actualidad* es un periódico con bastantes lectores. Después de hablar con ella, no dudé en avisar a mis padres y llamar a la tal Olivia, con quien concerté una cita para hoy.

—Me vooooooy —anuncio gritando, ya duchada y arreglada, con un pantalón de vestir negro y una blusa blanca perfecta para mi primera entrevista de trabajo.

—¡Suerte! —me desean mis padres al unísono antes de cerrar la puerta de casa.

Según me acerco a las oficinas del periódico, los nervios me matan y voy respirando hondo en busca de tranquilidad. Es mi oportunidad y no debo

arruinarla.

Al entrar, justo frente a mí, está la recepción. La chica está hablando por teléfono y, con una sonrisa, me hace un gesto con la mano para decirme que enseguida me atenderá. Miro todo lo que me rodea, «¡cuánto lujo!», hasta que ella me interrumpe.

—Buenos días, bienvenida a *Noticias de Actualidad*, ¿en qué puedo ayudarle?

—Em... Buenos días —respondo nerviosa—. Tengo una entrevista con Olivia Costa y...

—¿Anna Llop? —me interrumpe, y me sorprende que sepa mi nombre. Asiento—. Discúlpeme un segundo, avisaré a la señora Costa de que ya ha llegado y yo misma la acompañaré a su despacho —me informa, y llama por teléfono—. La señora Costa la está esperando, ¿me acompaña?

Sigo a la chica, extrañada de que deje la recepción sola para acompañarme. Recorremos unos pasillos blancos con decoraciones en varios tonos grises y algún que otro cuadro.

—Buenos días, señorita Llop. —Pego un brinco al recibir el saludo de ¿Olivia? ¿Por qué no me recibe en su despacho, sentada detrás de su escritorio? —. Pase. —Me ofrece entrar. Antes de cerrar la puerta, añade—: Gracias, Gabriela. Bueno, Anna, te puedo llamar por tu nombre, ¿verdad? —Asiento, incapaz de pronunciar mi consentimiento—. También puedes tutearme. —Vuelvo a asentir. «¿Suelen ser así las entrevistas?»—. Cuéntame, ¿qué idea tienes en cuanto al ámbito laboral?

—Pues... —«¿Qué? ¿Qué contesto yo a esto? ¡Ay, madre!»—, no sé... La verdad es que acabo de terminar la carrera, es más, hace un rato que he llegado y recibí vuestra propuesta cuando me enteré de que había aprobado, así que me ha venido tan de golpe que no he tenido tiempo de asimilarlo. —Me río nerviosa mientras juego con las manos sobre mis piernas.

—No te voy a mentir, Anna —me dice, descolocándome aún más—, hace tiempo que te seguimos y estábamos esperando que terminaras la carrera para ofrecerte la vacante, no queríamos ponerte nerviosa antes de que acabaras.

—¿Seguirme? ¿A mí? ¿Por qué? —suelto de carrerilla, olvidándome de que debo ser correcta en una entrevista.

—Te queremos en nuestra plantilla. —Ríe, ignorando mis preguntas—. Este sería tu contrato —continúa, y me acerca unos cuantos folios grapados—. Puedes leerlo tranquilamente en casa y valorar lo que te ofrecemos. Si tienes alguna duda, llámame cuando quieras y te aclararé lo que necesites. Si aceptas, me tendrías que traer el contrato personalmente, y después de la firma te daríamos la bienvenida al equipo.

—Pero... ¿no tienes que preguntarme nada más? O sea, solo he hecho las prácticas y, no sé... ¿No necesitas ver nada de lo que he hecho?

—Confiamos en ti. —Sonríe—. Te espero pronto para firmar, ¡que tengas muy buen día! —se despide extendiendo su mano para dar por finalizada la entrevista. Estrecho su mano y me acompaña a la puerta.

Salgo de allí y voy hacia casa con el contrato entre mis manos. Lo miro de reojo y pienso en cómo ha ocurrido todo. La llamada, la entrevista y que me ofrezcan llevarme el contrato a casa para valorarlo. «Qué raro pinta esto», pienso sin entender nada. Aunque el padre de Nerea me dijo que todo parecía correcto, creo que no es tan bonito como parece; tiene que haber algo para que me hayan dado tantas facilidades sin conocerme.

Al llegar, le cuento a mi madre cómo ha ido la entrevista y le enseño el contrato. Ella lo lee y me anima a aceptar. «Prueba, y si no estás a gusto, lo dejas. Si no arriesgas, no ganarás —comenta mientras sus ojos vuelven a leerlo por encima—. A mí me parece que todo lo que pone es correcto, pero eres tú quien decide, hija.»

Yo sigo dándole vueltas a dónde puede estar la trampa. Cuando mi padre entra en casa, me pregunta cómo me ha ido y mantengo con él la misma conversación. Sus palabras son casi idénticas a las de mi madre, pero él también me sugiere que llame al padre de Nerea y pida una cita para que me asesore.

—Tampoco quiero molestarle. Ya me hizo el favor —le respondo.

—Pídele una cita, le comentas lo de la entrevista y que lea el contrato. Le pagaremos sus honorarios, no te preocupes —me convence, aunque en el fondo sé que David me hará el favor y no aceptará el dinero.

Después de comer, cuando el bufete abre, decido llamar.

—¡Hola, Leticia! Soy Anna, la amiga de Nerea —saludo con voz temblorosa.

—¡Hola, Anna! ¿Qué tal? —responde muy alegre Leticia, la secretaria del bufete.

—Te llamaba porque necesito hablar con David para comentarle una cosita, ¿podrías darme cita con él y... decirme cuánto cuesta? —Añado lo último bajando la voz, avergonzada. No quiero que mis padres paguen la consulta y tampoco tengo mucho ahorrado.

—El hueco más próximo es de aquí a dos semanas —me responde, y yo suelto un suspiro. «No puedo esperar tanto», pienso—. Déjame hablar con él, le comento que has llamado e intento conseguirte algo antes —añade.

—Muchas gracias, guapa. Llámame en cualquier caso y, si no, díselo a Nere y ella me avisa, ¡gracias!

Cuelgo el teléfono y enciendo el ordenador. Tecleo en el buscador «Noticias de Actualidad». En apenas unos segundos, aparecen millones de enlaces. Abro varios de ellos para saber quiénes son. Media hora después, una noticia llama mi atención: «*Noticias de Actualidad* comunica a sus lectores el cambio en la dirección». Miro la fecha y me sorprendo al ver que es de hace tan solo dos semanas. Sigo leyendo atentamente, necesito saber más antes de decidirme a aceptar el puesto de trabajo:

COMUNICADO OFICIAL:

El relevo en la dirección de Noticias de Actualidad será efectivo el próximo 1 de septiembre. El nombramiento del nuevo director ha sido votado por los redactores del periódico, quienes no han dudado en aceptar el cambio tras una reunión confidencial con M. B. C.

El candidato pidió que, hasta no ser confirmada, la noticia se mantuviera en la más estricta confidencialidad, e hizo firmar a los trabajadores un contrato para evitar que viera la luz antes del nombramiento.

El nuevo director ha informado de que Noticias de Actualidad mantendrá a sus empleados y de que estos no se verán perjudicados por el cambio, aunque dará una oportunidad a periodistas recién licenciados e incluirá nuevas columnas y reportajes entre sus páginas.

El próximo lunes, 31 de agosto, M. B. C. dará una rueda de prensa desde la redacción de Noticias de Actualidad en la que podremos conocer su identidad. Medios de comunicación de varios países han sido invitados al evento. Hasta entonces, M. B. C. se mantendrá alejado de los medios.

—Pues vaya seriedad, señor nuevo director... Si te ocultas, ¡mal empiezas!
—manifiesto en voz alta tras leer el comunicado.

El móvil suena y respondo a la llamada sin siquiera mirar la pantalla.

—¿Sí?

—¿Y ese saludo, *ragazza*? ¿Estás ocupada?

—¡Ay! Holaaaaaa. No, no... Estaba leyendo unas cosillas por internet y un poco empanada, pero ya he terminado, ¡dime!

—¿Algo importante o solo cotilleabas? —pregunta riéndose.

—No te preocupes..., es algo que me trae loca. ¿Cuándo vas a venir a verme? —le pregunto, deseando saber ya una fecha.

—Estoy terminando de arreglar unos asuntos, pero la semana que viene estaré allí. ¿Qué le pasa a mi *ragazza*? ¿No me vas a contar que es eso que te tiene más loca que de costumbre?

—¡Ooooye! Yo no estoy loca, ¿eh? —Me río—. Una oferta de trabajo, pero lo veo todo muy raro. Creo que alguien me ha puesto una cámara oculta o algo, porque, vamos..., ¡telita!

Durante un rato hablamos y le cuento a Matteo lo ocurrido. Estoy cansada de repetir siempre lo mismo, pero es mi chico y también tiene derecho a saberlo.

—Acéptalo. El contrato está bien y creo que es una buena oportunidad —me anima cuando le transmito mis dudas—. Yo te voy a apoyar, pero estoy

seguro de que te irá bien. Inténtalo.

—Todos pensáis igual... Me animáis a que al menos lo intente, pero no sé, yo tengo dudas —respondo—. Creo que sí, que mañana llamaré a la tía esa y le diré que probaré y, si no me gusta, les mando a la porra y apañado.

—¡Esa es mi chica! No tengas miedo, sé que saldrá bien y la próxima semana celebraremos ese contrato cenando juntos, ¿quieres?

—Una cenita y un buen revolcón, ¿no? Si no hay de lo segundo, lo primero no lo quiero —respondo, y escucho como él se ríe, contagiándome a mí también—. Aunque estoy pensando..., sería mejor si primero lo celebramos con el revolcón.

—Creo que me gusta más esa opción. Tengo que colgar, que tengo una reunión. Te llamo mañana. ¡Te quiero! —se despide de mí, bajando el tono de voz cuando tocan a la puerta de su despacho.

—Te quiero, boquita de piñón —le digo, y me quedo mirando el móvil, embobada y con una sonrisa tonta.

Capítulo 27

ADONDE EL CORAZÓN SE INCLINA, EL PIE CAMINA



Madrid, agosto de 2015

—¿Qué te falta? —me pregunta mi madre al verme caminar de un lado a otro de casa sin parar—. ¿Te ayudo?

—Creo que ya estoy, pero no sé. Tengo la sensación de que me falta algo y los nervios no me dejan pensar —me quejo, incapaz de mantenerme quieta.

—Tranquila. —Acaricia mi brazo suavemente—. Todo va a salir bien. Aún queda media hora para que te vayas, voy a prepararte una tila.

Me quedo dando vueltas en mi dormitorio. Me siento y me levanto. Cojo el móvil, lo desbloqueo y lo tiro sobre la cama. Abro los cajones del escritorio en busca de un milagro, «nada, ¿qué voy a encontrar ahora aquí?». Vuelvo a sentarme y a levantarme. Vuelvo a mirar el móvil y, justo cuando voy a lanzarlo sobre la cama, vibra.

Matteo: ¿Cómo está *la mia bella ragazza*?

Anna: ¡Estoy de los neeeeervios! ¿Por qué me hacen esto? ¿Tan mala fui en mi anterior vida?

Matteo: ¡Respira! Piensa que hoy es tu oportunidad y sé que vas a estar estupenda. Es más, si cuando termines me llamas y me dices que todo ha salido bien, prometo ir a recogerte y pasamos la noche juntos, ¿quieres?

Anna: Ojalá viera un rayo de optimismo, pero... ¡uf! Creo que no voy a atinar ni a pronunciar una simple pregunta, y eso que me he escrito un montón en una hoja por si me quedo en blanco.

En ese momento entra mi madre en la habitación con una taza entre sus manos. La deja sobre el escritorio.

—¡Qué guapa estás, cariño! Se me hace tan raro verte así de arreglada — dice emocionada.

Cuando me llamaron del periódico para pedirme que cubriera la noticia de la presentación del nuevo director me quedé pasmada. Empezar con un evento de tal magnitud no era lo que esperaba; es más, pensaba que iba a ser una de esas chicas que no salen de la redacción. Olivia, mi nueva jefa, no paró de repetirme lo mucho que confiaba en mí, y sí, me subió el ánimo por encima de las nubes. Pero ahora estoy nerviosa. ¿Y si la lío en la noticia? ¿Y si meto la pata con el director?

Matteo vino a Madrid a pasar unos días y me había prometido regalarme el vestido más bonito que encontráramos, pues mi primera jornada de trabajo así lo merecía.

Y ahí estaba yo, con un vestido largo de color rojo con escote de corazón y corte de sirena. Taconazos, que no sabía si aguantaría todo el evento, de color negro y con el tacón decorado con encaje rojo, a juego con un bolso de mano en el que solo había podido guardar mi móvil para usarlo como grabadora, el monedero, las llaves de casa y la hoja con las preguntas. Me había maquillado muy natural, resaltando mis pestañas con un rímel que daba la impresión de pestañas postizas y un pintalabios rojo putón, como yo le llamo siempre. Después de ondularme el pelo, lo recogí con horquillas creando una cascada para conservar el largo, y me dejé dos mechones sueltos a ambos lados.

—No sé, mamá, ¿no voy muy arreglada? Más que a un evento parece que fuera a una boda —me quejo, pues dudo de que la elección de Matteo y mía al ver el vestido en el escaparate sea la mejor opción.

—¡Vas perfecta! —Sonríe—. Es un evento muy importante y todo el mundo llevará sus mejores galas, así que tú tienes que ir impecable, exactamente como estás —añade emocionada mientras yo doy el último trago a la tila.

El sonido de mi móvil interrumpe nuestra conversación. Respondo con voz temblorosa y no soy capaz de decir nada.

—Llegó la hora —aviso a mi madre—. El fotógrafo que me acompaña está fuera, esperándome. Me voy. —Le doy un beso y cojo el bolso de mano antes de

dirigirme al coche de mi compañero.

Durante el trayecto, Jesús, el fotógrafo, me da conversación e intenta que me relaje diciendo que, una vez que estemos allí, mis nervios se disiparán y pasaremos desapercibidos entre tanta gente, algo que deseo que ocurra. Al llegar, las piernas empiezan a temblarme. Él, abre la puerta del copiloto y extiende su mano para invitarme a bajar. Yo me aprovecho de sus buenos modales para cogerle del brazo, y entramos juntos a la sala donde, en apenas unos minutos, empezará uno de los eventos más importantes en el mundo del periodismo.

—¿Estás mejor? —me pregunta mientras me entrega una copa de champán que ha cogido de la bandeja de uno de los camareros—. Te vendrá bien.

—Necesitaría beberme seis de estas como mínimo, pero, bueno, por algo hay que empezar —le susurro—. ¡Chin, chin!

De repente, las luces se vuelven más suaves y Olivia Costa aparece en el escenario que hay frente a las mesas. Toda la sala se queda en silencio para escucharla.

—Buenas noches a todos, es un placer que nos acompañéis esta noche —saluda con naturalidad—. Como sabéis, muchos medios de comunicación llevan semanas intentando averiguar la identidad de nuestro nuevo director. Hasta hoy hemos conseguido ocultarlo, ¡misión cumplida! —añade levantando el puño en señal de celebración, y consigue que todos los presentes estallemos en risas—. Sin más demora, os hablaré un poquito de él y luego le invitaré a sentarse y a responder a vuestras preguntas. En el centro de cada mesa tenéis un micrófono. Haremos varias rondas y, en cada una, un miembro de la mesa podrá realizar la suya. Seguiremos el orden numerado en cada mesa para que nadie se quede sin preguntar. Al finalizar, dependiendo del tiempo que quede libre, aceptaremos más preguntas hasta la hora fijada.

—Oye... —Llamo la atención de mi compañero dándole golpecitos con el pie por debajo de la mesa—. ¿No había dicho Olivia que tendríamos media hora y que estaríamos en una sala para que pudieras hacerle fotos mientras yo le entrevistaba? —Él asiente, confundido, y vuelve a posar su mirada en Olivia, que continúa hablando.

—Pues bien, una vez aclarado el tema, vayamos a lo importante —vuelve a conseguir que todos rían—. Él es un joven que se ha desvivido siempre por el trabajo, al que en ocasiones ha considerado incluso más importante que su familia —dice poniendo los ojos en blanco—. Le gusta trabajar en equipo, hacer todo lo mejor posible y que sus compañeros, con los que tantas horas pasa a diario, se sientan como en una gran familia. Al principio os costará tenerle confianza, pues es un poquito vergonzoso y el español aún no se le da a las mil maravillas —«¡Esta mujer es la caña! ¡Qué forma más familiar de comunicarse,

dejando el protocolo a un lado!», pienso al escuchar a mi jefa, que ha logrado meterse en el bolsillo a todos los invitados y no deja de hacernos reír—. Eso sí, si algún día no os aclaráis con él, venid a verme a mí al despacho, que una sabe cómo controlar a su hijo —dice, sorprendiendo a todos. Ninguno de nosotros sabía que la nueva jefa de recursos humanos es la madre del mismísimo director. «Si ella es así, el hijo tiene que ser muy *salao*»—. Y ahora sí, os presento al nuevo director de *Noticias de Actualidad*. Con todos vosotros... —Se levanta, mira hacia la puerta y, con una sonrisa, añade—: ¡Matteo Biancherini Costa!

—¡¿¿¿¿¿CÓMO???! —grito levantándome de la silla.

Consigo que todo el público desvíe la mirada hacia mí mientras miro embobada a Matteo. Él sonrío sobre el escenario con un bonito traje hecho a medida que ha conseguido que pierda las bragas nada más verle. Jesús me coge del brazo y tira de mí para que vuelva a sentarme y no siga montando un espectáculo. Matteo no deja de sonreírme. Yo miro alrededor, me siento de nuevo, avergonzada, y agradezco a Jesús su toque de atención.

—¿Qué te pasa? —pregunta en un susurro, acercándose a mí para que el resto de nuestra mesa no nos escuche.

—Pues, pues... que esto no me lo esperaba —digo sorprendida.

—Todos los de la redacción le conocíamos de la reunión, ¿tú no? —Niego con la cabeza?— ¿No le conoces? —pregunta, y soy incapaz de responder.

Acabo de firmar mi primer contrato. La madre de Matteo es mi jefa y quien me hizo la entrevista. Mi novio es el director del periódico donde voy a trabajar, ¡mi jefe! «Esto es para mear y no echar ni gota.»

Tal como ha informado la jefa de recursos humanos, Olivia Costa, empieza la ronda de preguntas. Cuando llega mi turno, me pongo en pie sujetando el micrófono con la mano temblorosa, aún no he logrado procesar lo que acabo de descubrir. Jesús me mira y, tras un suspiro, formulo mi pregunta lo más tranquilamente que puedo mientras Matteo me mira fijamente y me sonrío para calmar mis nervios.

—Buenas noches, señor Biancherini. Mi nombre es Anna Llop, periodista de *Noticias de Actualidad* —me presento—. Siendo italiano y habiendo tan buenos periódicos en Italia, ¿por qué decide dirigir un periódico español? —Pregunto algo que no había preparado, pues he olvidado la pregunta que pensaba hacer antes de saber que él sería el nuevo director.

—Como bien ha dicho la señora Costa —mira a su madre y le guiña un ojo —, el trabajo ha sido siempre muy importante para mí, a veces incluso más que la propia familia, pero —carraspea antes de continuar— llega un momento en la vida en el que tenemos dos opciones y hay que elegir una. En esta ocasión he decidido apostar por el cambio, un cambio muy importante que me permitirá

estar cerca de una persona a la que admiro, a la que quiero tener cerca, seguir aprendiendo sobre la profesión de periodista y compartir con ella tanto el trabajo como cada momento libre que surja.

—¿Y España es el sitio indicado? —pregunto, y acabo de ganarme unas cuantas miradas desaprobatorias por hacer una segunda pregunta que no me corresponde en esta ronda.

—Sí. —Sonríe—. Cuando conoces a tu alma gemela, no eres capaz de pensar en otra persona y solo deseas pasar el resto de tu vida junto a ella.

—Si me permites, quiero responder yo a la señorita Llop. —Olivia interrumpe a Matteo y se pone en pie. Él acepta y se sienta de nuevo para escuchar a su madre—. Cuando el señor Biancherini me comentó la situación, fui yo misma quien decidió darle el empujón que necesitaba. Él quería arriesgar, pero le costaba dejar su vida en Italia y enfrentarse a lo desconocido. No siempre puedes pedirle a alguien que cambie su vida por ti, y uno mismo debe arriesgarse y luchar por lo que cree y por la persona a la que quiere. Así que decidí ayudarlo y apoyarlo para dar el paso, y la oportunidad que se presentó fue perfecta laboralmente, tanto para él como para mí —me responde, y finaliza sonriendo, guiñándome un ojo.

—¡Ha dejado Italia por amor! —exclama una de las chicas que hay sentada en nuestra mesa—, ¡qué mono!

—Qué envidia, ojalá fuese yo la afortunada —le responde su compañera—. Porque, además, es todo un bomboncito que está de toma pan y moja —añade, y yo aguanto al cabreo porque no me ha gustado que hable así de mi chico.

Al terminar el tiempo de preguntas, varios camareros irrumpen en la sala para servir el menú y yo no dejo de mirar a Matteo, sentado a tres mesas de distancia junto a su madre y otros jefes del periódico.

—Espero que la cena haya sido del agrado de todos —dice Olivia por el micrófono—. A continuación iremos a la sala de al lado, donde disfrutaremos de buena música y cócteles mientras el nuevo director concede algunas entrevistas privadas. Os esperamos allí.

—Hola, ¿Anna Llop y Jesús García?

Ambos asentimos cuando un joven se acerca a nosotros.

—Si son tan amables de acompañarme, ustedes son los primeros —nos invita, y le acompañamos hasta una pequeña sala.

Cuando la puerta se abre, Matteo está sentado en un sillón sonriéndome y yo me vuelvo a derretir. Incluso noto como si mi vestido resbalara hasta dejarme expuesta ante él como tantas noches.

—¿Jesús García? —Mi compañero asiente—. ¿Me podría permitir cinco minutos a solas con su compañera? La noto nerviosa y me gustaría conversar

con ella para ayudarle a tranquilizarse antes de comenzar la entrevista. Ahora mismo le aviso para que vuelva a entrar y pueda hacer las fotografías.

Jesús no puede negarse a la petición de su nuevo director y nos deja solos en la sala.

—¡Estás preciosa! —me susurra Matteo cuando la puerta se cierra, mientras me besa en el cuello.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —pregunto por fin—. ¿Esto es un sueño o una broma? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Me lo pediste tú. —Me deja boquiabierta—. Me diste un ultimátum. Me dijiste que nada de hablar de trabajo cuando estuviéramos juntos, y eso ha sido lo que he hecho. ¿No te alegras?

—Em..., sí, claro. Esto significa que vas a vivir aquí, ¿no? —Él asiente llenando mi cara de besos—. Y, ¡joder!, ahora eres el puto jefe, ¡mi jefe! Madre mía, la que me espera —añado abriendo mucho los ojos.

—Sí, señorita. Así que ya sabe, debe portarse muy bien y hacer caso a todo lo que le pida a partir de ahora si no quiere que le caiga una buena bronca en el despacho del director —añado picarón.

—¡Por el amor de Dior, de Gucci y de Dolce & Gabbana! No me digas eso, ¡menudo morbazo! —respondo, y me tiro a su cuello, dejando un reguero de besos hasta llegar a sus labios, que devoro como si llevara años sin besarlos.

—¿Dejamos entrar a tu compañero para hacer la entrevista?

—Preferiría que me quitaras el vestido y me hicieras tuya en este sofá...

—Eres mía y te haría aún más mía en cualquier rincón del planeta — responde, lo que aumenta la temperatura de mi cuerpo—. Pero tenemos el tiempo contado y tu compañero debe de estar preocupado.

No tengo más remedio que aceptar.

Capítulo 28

BUENAS ACCIONES VALEN MÁS QUE BUENAS RAZONES



A primera hora de la mañana me veo sentada en mi nuevo escritorio, frente al ordenador, esperando escribir las mejores noticias y que mi nombre se haga visible en cada una de ellas. Quiero ser la gran periodista en la que siempre soñé convertirme.

Le doy un sorbo al café que me he servido en la máquina de la redacción y me quedo pensativa. Mis compañeros teclean a gran velocidad y yo aún no sé qué hacer.

—Anna, ¿puedes venir? —Olivia me saca de mis pensamientos. Me levanto y entro en su despacho—. Buenos días, ¿qué tal? ¿Nerviosa? —me pregunta mientras se sienta en su sillón.

—Un poco, sí... —respondo tímidamente—. Nadie me ha dicho sobre qué tengo que escribir, por eso no estaba haciendo nada —me excuso.

—Lo sé, no te preocupes. —Sonríe, quitándose un peso de encima—. Sé que lo primero que te pedimos era demasiado, pero tengo que felicitarte por el gran trabajo que hicisteis tú y tu compañero. Me gustaría saber sobre qué te gustaría escribir. Como te dije, queremos abrir nuevas columnas en el periódico y estamos abiertos a tus propuestas, ¿se te ocurre algo?

—Pues, la verdad es que... —en ese instante, una idea me viene a la mente — creo que sí. —Olivia asiente y me invita a contarle lo que se me ha ocurrido—. En uno de mis viajes coincidí con un taxista y fui consciente del trabajo que realizan cada día. No solo han de conocerse la ciudad lo mejor posible, además tienen que aguantar a cada personaje de cuidado que se sube a su coche. Algunos

les hablan como si estuvieran en la consulta de su psicólogo. No sé si es un buen tema, pero se me ocurre darles voz en el periódico. Que nos hablen de lo bueno y lo malo, de las experiencias, negativas y positivas, que viven a diario. Todo ello desde el anonimato, claro, para que su empleo no corra peligro. Creo que descubriríamos muchas cosas que nos ayudarían a entender a esos trabajadores que no dejan de sonreírnos y tratan de darnos un servicio siendo agradables. A veces, egoístamente, pagamos con ellos asuntos personales de los que no tienen culpa.

Por los gestos que veo en Olivia, entiendo que la idea le gusta, aunque tal vez hay algo que no la convence.

—Sí, parece buena idea y es un punto de vista que a veces no consideramos. ¿Te ves capaz de buscar tus propias entrevistas? —Asiento—. Pues ponte en marcha y, cuando tengas alguna, hablaremos con el jefe de redacción para ver qué opina él. Tal vez podamos dedicarle una columna en la tirada semanal.

—Eso está hecho —le digo, y me levanto de la silla para ir en busca de mi primera entrevista.

—Por cierto... —me interrumpe antes de que abra la puerta—. Cuando Matteo me habló de ti, intuí que serías especial, pero no imaginaba cuánto. —Me deja sorprendida.

—¡Coño! —Me tapo la boca, arrepentida de haber pronunciado esa palabra—. Perdona. Es que... pareceré tonta y tal... Desde el evento sé que eres su madre, pero me acabo de dar cuenta de que eso te convierte en mi suegra. —Me empiezo a reír a carcajadas y ella se une con una sonora risa—. ¡Encantada, suegra! Espero que no sea muy mala, que yo a su hijo no lo suelto ni aunque me maten. —Abro por fin la puerta para salir y la escucho reír hasta que la cierro de nuevo.

Con mi mochila y la grabadora que me han dado para cubrir las noticias, me dirijo a la calle en busca de mi primera víctima: un taxista. En ese momento, mi móvil vibra y veo que he recibido un mensaje de Matteo:

Matteo: ¿Se puede saber qué le ha dicho usted a su jefa? Acaba de salir de mi despacho y no dejaba de repetir que a menuda sinvergüenza he metido en la redacción. Creo que tendré que llamarla a mi despacho y darle un escarmiento, señorita Llop.

Su mensaje me hace reír.

Anna: Espero con ansia que me encierre ahí dentro y me dé muuuuchos escarmientos, a lengüetazos a poder ser. Mi conversación con la señora Olivia Costa no es de su incumbencia; si ella no le ha dado más explicaciones, no seré yo quien lo haga. Por cierto, ¿quiere dejarme trabajar? Usted, como director, debería dar ejemplo.

Matteo: ¡Gracias por ser como eres! Mi madre está más que encantada contigo. Ni siquiera al descubrir quién era ella has cambiado tu actitud. ¡Te quiero!

Más feliz que unas castañuelas en un congreso de flamenco, guardo el móvil en mi mochila y paro al primer taxi que pasa:

—Buenos días, ¿cuánto suele cobrar por una hora de trabajo? —le pregunto nada más sentarme. Él se gira y me mira, extrañado—. Perdone. Le debo una explicación. Soy periodista y me gustaría realizarle una entrevista anónima. Si le entretengo una hora, le pagaré lo que usted cobra en ese tiempo. Si le apetece someterse a mi interrogatorio, le invito a un café, ¿qué opina?

—¡Menuda labia tiene! Me da a mí que esta profesión le va como anillo al dedo —responde simpático, aunque por un momento he temido que me mandara a la porra—. Conozco una cafetería buenísima aquí cerca, ¿vamos? —Asiento y él acelera, se cuela entre los coches, aparca y me invita a bajar.

Entramos en la cafetería y una joven camarera se acerca a nosotros. Debe de conocer al taxista, pues él confirma que quiere lo mismo de siempre. Yo le pido un cruasán y un café con leche. Dejo encima de la mesa la grabadora, una libreta y un bolígrafo por si acaso necesito apuntar algún dato. La camarera trae nuestro pedido y, después de darle el primer bocado al cruasán, empiezo a explicarle cómo será la entrevista y a hacerle preguntas.

Él responde con total sinceridad a la primera.

—Sí, en este negocio te ocurren cosas muy dispares. Desde tener que salir a toda velocidad al hospital más cercano porque una mujer está de parto, hasta llevar a un borracho a su hotel en un tiempo récord para que no vomite en el coche todo lo que ha bebido. También te encuentras con gente a quien acaban de dar una buena noticia, o una mala, y como eres la única persona que tienen delante en ese momento, te cuentan su vida y te explican por qué es tan buena esa noticia, o se lamentan por lo acaba de ocurrirles.

—¿Qué ha sido lo más loco que le ha pasado desde el primer día que se sentó frente al volante?

—¡Nunca lo olvidaré! —Se ríe—. Una tarde recibí una llamada de la central y fui a la dirección que me indicaron. Al llegar, me encontré frente a una mansión y allí me atendió una señora muy bien vestida, ¡parecía que iba a una

boda o a un evento de la realeza con tantas joyas! La verdad, con el dinero que parecía tener, me extrañó mucho que no tuviera chófer y llamara a un taxi. El caso es que, muy apenada, me contó que su loro estaba muy quieto, y ella muy preocupada por su mascota, pero no podía llevarlo personalmente a un hospital veterinario porque debía asistir a una gala benéfica muy importante que no podía posponer. Así que, ni corta ni perezosa, me metió la jaula en el coche y me dijo que yo era su única esperanza y que no podía negarme. No fui capaz de responder, y con el loro en el asiento trasero no me quedó más remedio que llevarlo al hospital veterinario. Total, que la señora me dio una tarjeta para que pagara los gastos del animal y un sobre en el que encontraría una pequeña propina por hacerle el favor y no fallarle. Después de dejar al loro en el hospital me marché a casa y, al llegar, abrí el sobre y me encontré dos billetes de quinientos euros. ¡Una locura! —Sus gestos denotan que aún sigue impresionado por aquel servicio—. Bueno, también tú me has dejado boquiabierto. Que se suba en el vehículo una joven y te pregunte que cuánto cobras en una hora de trabajo... ¡es la primera vez que me pasa!

Le hago algunas preguntas más. Me confiesa que la parte mala de su trabajo es que al principio le encantaba conducir y ahora lo aborrece, y que, a pesar de que ha llevado en el taxi a muchos clientes muy negativos que no dejaron de refunfuñar durante todo el trayecto, cada día se sube alguno que le da fuerza para seguir trabajando, que al final de cada día siempre ha conocido a buenas personas, y que con eso se queda cuando al fin regresa a casa, a reunirse con su mujer y su hijo de tres años.

Finalizada la entrevista, llamo a la camarera y le entrego un billete de veinte euros para que se cobre lo que hemos consumido. Cuando vuelve con el cambio, él le dice:

—¿Has visto qué bien acompañado he venido?

—Sí. Es raro verte por aquí tanto tiempo y, sobre todo, acompañado — responde ella mirándome. Él le cuenta que soy periodista y que se trata de mi nuevo trabajo.

—¿Sí? Qué envidia —dice ella—. A mí también me gustaría que alguien me apartara un ratito del mío para entrevistarme.

—Si a mi jefe le gusta mi propuesta, vendré un día de estos —le prometo. La chica mira a todos lados, nerviosa—. O si prefieres, puedes dejarme tu número y te llamaré para quedar en otro sitio.

—Mejor —dice sacando un pequeño cuaderno de notas de su delantal—. Ese es mi número. —Me entrega el papel donde lo ha apuntado—. Encantada. —Sonríe y se aleja de nuestra mesa llevándose los platos y las tazas.

Salimos del bar y el taxista me vuelve a dejar donde minutos antes me recogió. Tras insistir en pagarle por haberle apartado de su trabajo, niega con una sonrisa.

—Para mí ha sido un placer —dice—, y espero que nos volvamos a encontrar cuando salga a pasear con su grabadora.

Yo también espero que sea así, pues he pasado un rato muy agradable junto a él en la cafetería.

Llego a mi mesa y saco la grabadora de la mochila. Tecleo la entrevista en el ordenador y, cuando termino, la imprimo y se la llevo a Olivia. Ella la lee y me da su aprobación, pero insiste en que la última palabra la tendrá el responsable de redacción.

Paso la tarde en casa de mi tía, jugando con mis primos hasta que cae la noche y voy a casa de Matteo. Pedimos comida china y cenamos sentados en el sofá. Después de recoger la mesa, nos recostamos para ver una película y nos quedamos dormidos hasta que las alarmas del móvil nos despiertan. Ha llegado la hora de levantarse y prepararse para un nuevo día de trabajo.

Capítulo 29

COSER Y CANTAR, TODO ES EMPEZAR



Despertarme en los brazos de Matteo me asegura que el día irá a las mil maravillas.

Entre besos, ambos vamos a la ducha y, a pesar de que nos morimos de ganas de devorarnos allí mismo, el tiempo corre en nuestra contra y evitamos entretenernos como nos hubiera gustado. Al salir, tras secarme con una toalla, me vuelvo a vestir con la ropa del día anterior mientras él elige uno de sus trajes para ir a la redacción.

—¿Me llevas a casa? —le pido cuando nos sentamos en su coche. Me dice con la mirada que no entiende por qué se lo pido—. No pretenderás que llegue a la redacción en mi segundo día junto al director y con la misma ropa de ayer, ¿no?

—¿Y qué más da? —pregunta levantando la ceja izquierda.

—¡Pues que no! Que a ti no te importe lo que piensen lo entiendo, pero en cuanto a mí, pues va a ser que no. —Intento hacerle ver que no voy a cambiar de opinión—. No quiero que piensen que estoy ahí porque me tiro al director, ¿sabes? Prefiero separar lo privado de lo laboral; si te gusta, bien, y si no, me despides, ya me buscaré trabajo en otro periódico —añado muy seria.

—¡Ufff! —suspira—. Te llevaré a casa. No quiero discutir contigo y no voy a despedirte. Aceptaré tus normas —confirma sonriéndome, y me da un beso antes de arrancar el coche.

Entro en mi casa corriendo, directa hasta la habitación, y empiezo a sacar camisetas de los cajones sin encontrar ninguna que me convenza. Mi madre aparece por la puerta, preocupada por si he desayunado o no y por si tiene que

prepararme algo. Al ver la ropa tan revuelta, suspira y me da una camiseta palabra de honor floreada.

—Póntela con los pantalones negros y los zapatos esos floreados de cuña que te compraste —me aconseja, y medio convencida para no tardar más, le hago caso y empiezo a cambiarme delante de ella—. La próxima vez que no vayas a venir a dormir, avisa, que no estoy para sustos.

—¡Y daaaale! —me quejo—. Pusimos una película y nos quedamos fritos en el sofá.

—Sí, sí, claro..., ahora se le llama así —dice muy flojito, como si no quisiera que yo la escuchara.

—Ya me gustaría a mí haber pasado la noche dándole a la zambomba y al mambo, gritando como una loca y bendiciendo a semejante maromo italiano con culito respingón y labios de piñón que tengo al lado. —Pongo los ojos en blanco mientras me muerdo el labio pensando en mi *italianini* y sus movimientos.

—¡Pero hiiiiija! —exclama mi madre sonrojada—. ¿No te da vergüenza decirle eso a tu madre?

—Anda, ni que yo hubiese aterrizado en esta casa como un meteorito —respondo avergonzándola aún más—. Con papá habrás pasado noches de desenfreno, gritando y molestando a los vecinos con el dale que te pego. Pero, confiesa, ¿ha habido alguno más? —le pregunto pestañeando varias veces, mientras ella, roja como un tomate, se lleva las manos a la cara y sale de la habitación sin responder—. Aprovecha mientras trabajo para jugar a los médicos con papá, ¡me voooooy!

Cierro la puerta y corro hasta la redacción.

Llego con la lengua fuera y necesito coger aire antes de subir y saludar a mis compañeros, ver a mi suegra, a mi querido y *buenorrísimo* director y, sobre todo, coger fuerza para conocer al jefe de redacción, que leerá y valorará mi entrevista para decidir si acepta mi idea o la tira a la basura. «Vamos allá, Anna, tú puedes», me animo.

—Buenos días, Anna —me saluda Olivia acercándose a mi mesa—. Pásate por mi despacho en media hora y comentamos lo de tu sección. —Asiento y empiezo a ponerme nerviosa. «Menos mal que no tomo tranquilizantes, si no, las farmacéuticas se forraban conmigo.»

Vuelvo a repasar la entrevista en busca de cualquier mínimo error para presentarla en la decisión final.

Levanto la mirada en dirección al despacho de Matteo y lo descubro apoyado en la puerta, mirándome con una sonrisa hasta que pronuncia el nombre de una compañera para que entre a su despacho. En ese momento, respondo a su mensaje:

Anna: Señor director, espero que deje las cortinas abiertas para que pueda comprobar que solo me desnudará a mí sobre esa mesa.

Matteo: No seas ansiosa, *ragazza*. Esta noche te hago un *tour* por mi apartamento, ¿aceptas?

Anna: ¡Acepto encantada! Pero recuerda que esta tarde no puedo. ¿Quiere dejar el móvil y trabajar?

Termino de revisar la entrevista, y después de encontrar dos fallos y corregirlos, vuelvo a imprimirla y voy al despacho de Olivia. Toco a la puerta y ella me invita a pasar. Frente a ella, de pie y extendiendo la mano para saludarme, se encuentra Miguel Pérez, el jefe de redacción. Me explica que, por lo que Olivia le ha contado, la idea le llama la atención, y en ese instante, con manos temblorosas, le entrego mi primera entrevista. Durante unos minutos, él la lee, concentrado, y ella me sonrío como queriendo decirme que está segura de que le gustará.

—Está mejor de lo que pensaba —dice por fin. Dejo salir todos mis nervios en un suspiro—. Me gusta. Siguiendo la línea, ¿qué más tienes pensado?

—Un poco de todo, quizá. Camareros que se levantan para servir cafés a los trabajadores más madrugadores y camareros de discotecas. Personas autónomas que se desviven por sus pequeños comercios o esas otras que trabajan en lo que pueden sin importarles el tipo de contrato, que se conforman con un sueldo mínimo. También compañeros de redacción que, para cubrir una noticia, deben salir corriendo hacia el lugar donde se ha producido y recabar información de primera mano antes de que otro se anticipe. Médicos y enfermeras que hacen turnos de doce horas diarias y que, sin apenas haber descansado, han de estar al cien por cien para cada paciente que llega a su consulta o a urgencias...

—Perfecto. Pues, Olivia —se dirige esta vez a ella—, si te parece bien, empezaremos dándole una columna, y según como respondan nuestros lectores, más adelante podríamos ampliar a una página —opina.

Olivia está de acuerdo con la decisión y yo muy contenta de que me hayan dado esta gran oportunidad. A pesar de que he entrado con un enchufe que me da calambre, no parece que Miguel Pérez esté al tanto.

—Te felicito. Creo que vas a llegar muy lejos en esta profesión con la imaginación que demuestras informando sobre temas tan cotidianos, a los que nunca prestamos atención y que también deberíamos valorar —añade dándome otro subidón de autoestima—. La entrevista saldrá la semana que viene. —Asiento. «¿No le ha gustado tanto como para empezar con ella?»—. Para la tirada de este domingo quiero que redactes una breve presentación sobre ti y los artículos que escribirás cada semana —añade; y por su tono de voz, intuyo que ha dado la conversación por finalizada.

El resto de la mañana la paso frente a mi ordenador escribiendo posibles preguntas para mis próximas víctimas. Aburrída, me levanto y voy hacia la cafetería, donde algunos compañeros aprovechan unos minutos para tomarse algo y desayunar. «¡Esta es la mía!», me digo al entrar. Entablo conversación con algunos de ellos para coger confianza y no sentirme una marginada. Todos se comportan de manera agradable, e incluso, cuando me ofrezco para ayudarlos, aceptan. «¡Genial! Buena compañera ayudando, mi oportunidad para conocerles y aprender junto a ellos». Cuando la jornada de trabajo llega a su fin, recojo mi mesa despacio, mientras espero a que los demás se vayan.

Toco a la puerta de su despacho y entro sin esperar que me responda. Ahí está él, con su impecable traje, esa sonrisa que me derrite cuando me mira y, delante de él, su madre.

—¿Qué tal se te ha dado el día? —pregunta levantándose y acercándose a mí para depositar un beso en mis labios.

—¡Bieeeeeen! —grito, ignorando la presencia de Olivia—. Hoy he intentado acercarme a los compis y genial.

—Sabía yo que te iban a aceptar bien. Con tu personalidad y tu entusiasmo, cualquiera desearía tenerte cerca —me felicita.

—Te llamo esta noche, ¿vale?

—Sí. Estaré pendiente del teléfono. Avísame y voy a recogerte. Y coge ropa para mañana.

Me apunto el dato en la memoria para que no se me olvide.

—Anna —nos interrumpe Olivia—, gracias por aportar esa frescura en la redacción y, como madre, gracias por hacer feliz a mi hijo —dice antes de salir del despacho.

Llego a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando mi padre regresa del trabajo, vamos a casa de mi tía a celebrar el cumpleaños de mis primos, antes de que lleguen sus amigos del colegio y la casa se vuelva una locura de niños correteando y gritando.

Como le prometí a Matteo, le llamo al llegar a casa. Preparo la mochila y espero a que venga a recogerme. Cuando me avisa de que está en la puerta,

salgo, me subo en el coche y él arranca en dirección a su casa. Esta noche no voy a permitir que ninguna película me impida disfrutar de su cuerpo.

Capítulo 30

ARRIEROS SOMOS, Y EN EL CAMINO NOS ENCONTRAREMOS



Grupo de WhatsApp: ¡SOS!

Rosa: ¡Hola, hola! ¿Alguien por aquí?

Nuria: ¡Yoooo!

Anna: Yo casi casi..., ¡estoy currando!

Emma: ¡Chicaaaaaas! ¿Qué pasa?

Rosa: ¿Estáis todas por aquí o alguna está por ahí? ¡Tenemos que vernos! Cenita, copichuelas y ¡a bailar!

Nerea: Hola, yo a ese plan nocturno no me puedo apuntar con la peque, pero si quedáis alguna tarde, sí. ¡Pasadlo genial si salís!

Anna: ¡Eres una viejuna! (Pero te quiero.) Por mí, ¡perfecto! ¿Os viene bien este finde?

Rosa: A mí este finde también me va genial. Nuria, Emma, ¿qué decís?

Emma: ¡Voto por ello!

Nuria: ¡Nos vemos este finde! ¡Preparaooooooooooooos!

El viernes siguiente estoy deseando que termine la jornada laboral. Cada día me involucro más y las horas del reloj no me parecen suficientes. Después de comer me marchó a casa de Nerea para ponernos al día, aprovechando que esa tarde Matteo tiene dos reuniones y solo pasará por su casa para ducharse, cambiarse e irse a una cena.

Hablando con mi amiga recuerdo la noche de la presentación del nuevo director del periódico y la cara de idiota que se me quedó cuando me enteré de que era Matteo. Ella acaba confesando que en realidad lo sabía de antes.

—Bueno, en realidad desde el primer momento... —dice.

No sé si matarla o interrogarla para que me lo cuente todo. Ella disimula mirando hacia otro lado y continúa.

—Emmm.... Tampoco decía la verdad cuando te conté que había hablado con mi padre. ¿Para qué iba a consultarle nada? Enseguida me di cuenta de que todas aquellas cosas raras que veías eran cosa de Matteo.

El sonido de la llave en la cerradura la salva. Nerea se lleva el dedo índice a los labios para pedirme que no diga nada. Al abrirse la puerta, entra Zoe correteando. Sus pasos son ya tan rápidos que en apenas unos segundos aparece en el salón.

—¿Qué pasa, enana? —le pregunta Hugo, que entra justo detrás de ella—. ¿No le das un beso a mami y otro a la tita?

—¡Sí! —grita, y vuelve a correr en dirección a su madre.

Después, viene hacia mí y la abrazo mientras lleno su cara y su cuello de besos y ella no deja de reír mientras intenta escapar de mis brazos.

—¿Y el tito? —pregunta cuando, por fin, consigue su objetivo.

—No ha podido venir, está trabajando —respondo mientras intento cogerla de nuevo.

—¡Ay, tita! Déjame —dice poniendo sus manos en la cintura, con gesto serio—, no quiero que me hagas cosquillas.

—Oye, señorita, me ha dicho un pajarito que te han regalado una bici y te vas todos los días con papi a dar un paseo....

—Tienes que ir al médico, porque los pajaritos no hablan —me interrumpe, dejándome boquiabierta—. Como dice mi mami, estás un poquito loca, ¿eh?

«Pero... ¿¿será cabrona la enana esta?!»

En ese momento, Hugo le dice a Zoe que tienen que ir a ducharse. Ella se niega, pero él insiste recordándole que es lo que se debe hacer después de estar por el campo con la bici. Al final llegan a un acuerdo: primero se duchará él, y en cuanto salga le tocará a ella. Zoe acepta encantada.

La conversación entre Nerea y yo se interrumpe unas cuantas veces más porque Zoe no deja de hablar y jugar con nosotras y de sacarnos más de una

carcajada con sus comentarios.

—Pero, enana, ¿cómo vas a ir tú en bici si no llegas a los pedales? —le chincho.

—Pues sí que llego —responde molesta—. Mis papis han comprado una superbici para mí, y solo me he caído un día.

—¿Y te hiciste daño?

—Un poquito, pero papi me tocó la pupa y dijo: «Sana, sana, culito de rana, si no se cura hoy, se curará mañana». ¿Y sabes qué? Me dejó de doler porque mi papi sabe mucho.

—Un babero para Nerea, por favor —bromeo mientras miro a mi amiga. Se le cae la baba al escuchar a su hija hablar así de Hugo.

—Sana, sana, mi tita Anna —suelta la niña riéndose.

—¡Ay, santa Zoe de mi corazón! Ven aquí, que te como esos morritos tuyos. —Me levanto y voy hasta ella para comérmela a besos—. ¡Nere, tu hija es una diosa!

—¿Y ahora, qué te ha dado a ti? —pregunta ella extrañada.

—¡Oh, tía! —exclamo. Es nuestra manera de decir *hostia!* delante de Zoe —, pues que me acaba de dar el título para mi sección en el periódico. —Nerea sigue sin entenderme, y yo salto de alegría porque ya tengo mi título—. ¿Qué te parece «Sana, sana, entrevista de Anna»?

—¿En serio? No lo veo muy adecuado para un periódico, la verdad...

—¿Cómo que no? Cualquiera puede someterse a mi interrogatorio. ¡Cuidado, Anna anda suelta! —añado riendo a carcajadas—. El lunes, en cuanto llegue al trabajo, se lo propongo a mi suegra. ¡Seguro que lo acepta!

Hugo aparece en el salón y me ve sentada en el suelo, moviendo los brazos con efusividad. Me mira sin comprender cómo he llegado a tal punto. Le cuento lo que se me acaba de ocurrir y se ríe.

—¡Estás como una cabra! ¡Zoe, a la ducha!

—Ratoncita, dame un beso, que me voy —le digo abriendo los brazos para recibirla y darle un achuchón.

Me despido de Hugo y de Nerea, ya que también debo ir a ducharme y cambiarme para salir a cenar con las chicas.

—Pásalo bien y mañana me cuentas. ¡Sé buena!

—Sí, mamá —respondo antes de cerrar la puerta.

* * *

—¡Que empiece la fiesta! —anuncio cuando salimos del restaurante en dirección a una discoteca. Todas alzamos nuestros brazos y, entre risas, empezamos a caminar.

La cola para entrar es bastante larga, así que pasamos el rato jugando a puntuar a todo chico que está esperando o pasa cerca de nosotras.

—¿Y ese, qué? —pregunta Emma.

—¡Subnormal *perdío*! —respondo.

—¿Eso qué significa? —dice Nuria. Todas ríen menos yo, que pongo los ojos en blanco.

—¡Que voy a ir a saludarlo! —anuncio.

Me alejo de ellas y voy en busca de mi objetivo.

—¡Hola, Víctor! ¿Qué tal? —digo lo más alegremente que puedo bajo la atenta mirada de la chica que está a su lado. Debe de ser Marta, pues van agarrados de la mano.

—Anna —se queda petrificado ante mí—. ¿Qué tal? —añade con cierto temblor en la voz.

—¡Hola, yo soy Marta! —nos interrumpe ella, un poco borde.

—Anna, ¡encantada! —me presento poniendo los ojos en blanco para que vea que ella tampoco me ha caído en gracia—. ¿Ya os habéis casado?

Marta me mira extrañada. No me conoce de nada, aparezco por arte de magia y sé que se van a casar. Me encantaría saber qué piensa sobre su chico en este instante.

—Pues no, en dos semanas, ¿y tú? ¿Cómo es que sabes lo de nuestra boda?

El cobarde de su novio no deja de moverse, inquieto. No sabe cómo salir del marrón en el que está metido.

—¡Ay, cariño! —«¡Bingo! No le ha hecho ninguna gracia que me dirija a ella con ese apelativo»—. Estuve en París con tu chico —la tez de Víctor enrojece por segundos y su cabreo va en aumento—. ¿No te lo ha contado? Víctor, ¿de verdad no le has contado nada a tu prometida? —pregunto con una sonrisa triunfal.

—Tú, guapa, ¿te puedes pirar por donde has venido? No te conozco, pero debes de ser un poquito corta si aún no te has dado cuenta de que mi chico pasa de ti. —Sube su tono, mosqueada por mi presencia—. ¡Chao, Bollicao!

—¿Perdona? ¿Me estás echando? —No dejo de sonreír—. ¿Sabes que te digo? ¡Me das pena, bonita! —añado con retintín.

—Anna, por favor... —Por fin Víctor nos interrumpe con voz triste, temiendo lo que pueda suceder.

—¿Nos vamos, amor? Parece que la chica está aburrida y no tiene un plan mejor que el de venir a molestar a quienes no deseamos tenerla cerca.

Y ahora soy yo la que se cabrea. Mucho más de lo que imaginaba. Me siento más que molesta con su actitud de niña subidita que no sabe de la misa la mitad.

—Pero ¡vamos a ver! ¿Tú eres mongola o algo por el estilo, pija? Para vuestra luna de miel, te recomiendo que visites Italia, sobre todo la provincia de Treviso. Date un paseo por la ciudad de Cornuda, que ambas tenéis el nombre en común —suelto de carrerilla. Víctor abre los ojos como platos, Marta desvía la mirada hacia su chico y yo aprovecho para volver con mis amigas.

—¡Perdona, bonita! —Me detiene sujetándome del brazo.

—Ni me toques ni me llames *bonita*... —respondo mirándola fijamente a los ojos, y me suelto.

—¿Quién te crees que eres para venir e insinuar semejante calumnia?

—¡Pues aquella que se follaba tu prometido en París mientras pensabas que estaba de viaje de negocios, lista! —contesto, y sigo mi camino.

Desde la fila, no le quito la mirada de encima a la pareja, que discute acaloradamente. Ella no deja de moverse mientras habla y él permanece quieto, sin mover los labios.

—¿Qué has liado, Anna? —pregunta Rosa mientras todas contemplamos la escena.

—¿Yo? Nada. Simplemente he ido a saludar, ella se ha puesto chulita y le he confesado que su prometido le puso los cuernos conmigo. La próxima vez no irá de chula conmigo, yo no tengo la culpa de que su chico me engañara, igual que a ella. ¡Ale, ya disfrutarán de su boda! ¡Nosotras, a bailar! —señalo, dando por finalizada la historia con Víctor y sus mentiras—. Mirad ese, ¡está buenorro, ¿eh?!

Durante el resto de la noche, bebemos y bailamos, lo pasamos en grande. Y a las cuatro, después de brindar por muchas más fiestas juntas con un chupito de tequila, ponemos el broche final a la noche.

Caminamos rumbo a casa de Emma, que vive cerca de la discoteca. Nos despedimos y continuamos hasta la casa de Rosa, donde nos separamos.

Nuria y yo nos vamos mandando mensajes por el camino, para no acojonarnos por caminar solas. Justo antes de girar en una calle, me percató de que estoy más cerca de la casa de Matteo que de la de mis padres. Miro en mi bolso y confirmo que llevo las llaves. Acelero el paso y me planto en el portal. Abro, subo las escaleras e, intentando hacer poco ruido, introduzco la llave en la cerradura.

Cierro la puerta y vuelvo a echar la llave. Me quito los tacones y los dejo junto al mueble de la entrada. Con la linterna del móvil, camino de puntillas

hasta su dormitorio. Paso por el salón y le encuentro dormido en el sofá con uno de sus trajes aún puesto.

—¡Ey, morritos de piñón! —le digo al oído. Él abre los ojos, me mira y me sonrío—. Te has quedado sobado. ¿Vamos a la cama?

—¿Qué haces aquí? —pregunta bostezando.

—He venido a que me hagas tuya, y ya, de paso, a dormir contigo para pasar juntos el día de mañana —le respondo antes de besar sus labios.

Capítulo 31

HUMANO ES EL ERRAR Y DIVINO EL PERDONAR



Acurrucada bajo las sábanas, tan solo con una camiseta de Matteo tres tallas más grandes que la mía, abro los ojos y ahí están: sus morritos delante de mí.

Me acerco a él y empiezo a besarle los labios, luego voy dejando un camino de besos por su cuello y me pierdo cuando llego a esa tableta de chocolate.

—¿Mi fiera tiene ganas de jugar? —dice con voz ronca.

—No lo sabes tú bien... —respondo pícara.

—Pues, sintiéndolo mucho, te tengo que dejar con las ganas.

—¿Cómo? —pregunto asomando mi cabeza entre las sábanas y apoyando el codo en la almohada—. ¿Y por qué no puedo disfrutar de mi chico? ¿Quién me lo impide?

—Decide, ¿qué prefieres? —pregunta sacando un sobre de su mesita de noche.

—¡Ay, por el amor al jamón! ¡No me va a dar tiempo!

Doy un salto en la cama, cojo mi ropa de la silla y empiezo a cambiarme.

—Anna. —Ríe, sin moverse de la cama—. Relájate, tenemos tiempo.

Y así empieza un sábado que había reservado para pasar juntos, los dos solos. Lo que no me esperaba era que él hubiera organizado una escapada a Menorca.

Un par de horas después, estamos subidos en el avión que nos llevará a la isla, y a las dos ya hemos aterrizado. Llegamos al hotel, dejamos las maletas y comenzamos nuestro fin de semana.

—¡¡Cariño!! ¿Vamos a la playa? —le pregunto nada más entrar en la habitación.

—¿No prefieres quedarte aquí? —me pregunta.

—¡Quiero playa, quiero playa! —grito saltando encima de la cama.

—Y yo que había reservado esta habitación para no salir de ella... —dice desanimado—. ¿Pedimos que nos suban la comida o bajamos al bufet?

—Me gusta más la idea de comer en el chiringuito de cualquier playa. Pero, bueno, si no queda más remedio...

—*Ragazza*, te prometo que iremos a la playa. Si no podemos hoy ni mañana, haremos otro viaje para que disfrutes de todas las que hay en esta isla, ¿vale? —propone mientras me acaricia la espalda, susurrándolo en suaves palabras y regando de besos mi cuello.

—Yo ya venía con el bikini puesto para no tardar más de la cuenta — confieso levantándome el vestido—, pero he de decir que esta habitación no está nada mal.

Los muebles son de madera en tono claro. La cama tiene un cabecero alto y mira hacia la terraza. También hay un sofá de dos plazas, una mesa de centro y una televisión. Al salir a la terraza para observar las vistas, me quedo embobada. A mi derecha descubro una cama con dos colchones individuales para tumbarse al aire libre. Me siento, apoyo la espalda en el cojín y contemplo el mar. Todo lo que veo es mar, un azul y precioso mar que me da la tranquilidad que de vez en cuando necesito en mi vida. Cierro los ojos y trato de perderme en su sonido, ignorando lo que me rodea.

A la derecha del sofá donde estoy sentada hay un par más con una mesa a juego, pero lo mejor de todo está a mi izquierda: ¡un *jacuzzi*! Me levanto de un salto, me quito el vestido y, sin pensármelo, me meto dentro.

—¡Matteo! ¿No vienes a hacerme compañía?

Él aparece y sonrío.

—Deberíamos comer y luego tenemos todo el tiempo del mundo —dice acercándose a mí.

—¡Cómo me pone usted, señor Biancherini! Póngase ese bañador y vamos a ver cómo se le pega al cuerpo cuando se moja —digo mordiéndome el labio inferior—. ¡Deseosa estoy de ver correr gotitas de agua por este cuerpo! —Con las manos mojadas, le acaricio el torso por debajo de su camiseta, bajando poco a poco hasta llegar a «don Matteo el placentero».

—¿Sabes que si nos entretenemos nos quedaremos sin tiempo para ir a la playa? No hay quien la entienda, señorita... —Se le escapa una sonrisa.

—Si el motivo es estar aquí metidos y disfrutar de ti, te aseguro que el viaje será más perfecto que si vamos a la playa —le respondo levantando más su

camiseta para que se la quite y se meta en el *jacuzzi* conmigo—. ¿No te animas?

Esta es una de las pocas veces que Matteo no deja que me salga con la mía. Siento una sensación rara. Por un lado, quiero hacerlo y me fastidia que a él no le apetezca, y por otro verle insistir y darme argumentos para convencerme, su tono de voz y sus gestos, me ponen a mil por hora, y babeando por él no puedo rechazar su petición.

Después de comer en el bufet del hotel, subimos a la habitación a por nuestras toallas, vamos a una de las piscinas del recinto y dejamos nuestras pertenencias en dos hamacas.

—Con estas vistas, creo que podría pasarme horas y horas tumbada —digo mientras me tiro en una de ellas y miro al mar que está frente a mí, igual que en la habitación.

—Disfruta cariño, te lo mereces. —Se agacha y deja un dulce beso en mis labios—. Voy a darme un baño en esa piscina que me está llamando a gritos.

Decido ir con él. Disfrutamos en el agua, nos besamos en el fondo, nos hacemos ahogadillas y reímos a carcajadas, evitando cuanto podemos molestar al resto de los turistas.

Al salir del agua me llevo las manos a la cara para frotarme los ojos y me doy cuenta que mis dedos están arrugados después de tanto tiempo en remojo.

Dejo a Matteo en la piscina y me retiro a la hamaca a tomar el sol.

—Mira qué tengo... —me susurra al oído—. ¿Te habías dormido?

—Un poquito —confieso, achinando los ojos. Entre el cansancio del agua y el calorcito me he quedado frita sin darme cuenta—. ¿Y eso? ¿Es para mí? —le pregunto cogiendo la copa que lleva en su mano.

—Un cóctel fresquito para que lo disfrutes tumbada bajo el sol, como una auténtica diva.

—*Oh, yeah!* Podrían ser así todos los días de mi vida, ¡no me cansaría jamás!

Tumbados, con las gafas de sol puestas, un cóctel en la mano y relajados, nos quedamos una hora más en la piscina, hasta que Matteo interrumpe nuestro silencio para avisarme de que apenas quedan turistas en el recinto.

De la mano, caminamos hasta nuestra habitación. Nos duchamos y nos ponemos ropa cómoda para salir a pasear y conocer el lugar.

—Qué bonita es, ¿verdad? Levantarse cada día sabiendo que tienes el mar cerca, tanto que incluso se puede respirar su olor... —digo, enamorada de lo poco que he visto de la isla.

—Sí, me dijeron que era preciosa y pensé en ti —responde tímido—. Por eso, cuando vi que teníamos el fin de semana para nosotros, no dudé en comprar

los billetes

—Gracias, *italianini*.

Continuamos paseando y fotografiándonos hasta llegar al hotel, donde decidimos cenar en el restaurante y, tras leer la apetecible carta, nos decantamos por un entrante y un plato principal para compartir. Disfrutamos de la velada, tanto que apenas soy capaz de mantener una conversación. Después de cenar y tomar el postre, Matteo le pide al camarero una botella de champán y dos copas.

Volvemos de nuevo a nuestra habitación. Matteo cierra la puerta tras de sí y yo me siento en la cama esperando que descorche la botella que lleva en su mano.

—*Ragazza*, creo que esta tarde no hicimos algo que te apetecía... —Sonrío recordando mis planes de horas antes—. *Jacuzzi*, champán y nosotros, ¿qué opinas?

—Me apetece más que comer con los dedos o chupar la cabeza de las gambas —confirmo. Me levanto y voy hacia la terraza de nuestra habitación mientras me quito la ropa. Al llegar al *jacuzzi*, me meto con la ropa interior—. No pensarás hacerme esperar mucho, ¿no?

—Nunca —responde con voz ronca.

Él también se desnuda y deja la suya doblada encima de la cama. Se acerca y me entrega las dos copas que sostiene con su mano izquierda. Las cojo y él descorcha la botella. Se mete en el *jacuzzi*, me da un beso y llena las copas

—Por nosotros. Porque jamás imaginé que una loca jovencuela española conseguiría abrirme los ojos, hacerme disfrutar de la vida y, sobre todo, porque cada día estoy más enamorado de ti y quisiera tenerte siempre conmigo.

—Por infinitos años despertándome junto a ti, por que pueda tocar muchísimas veces más ese culito respingón y recibir cada día millones de besos de esa boquita de piñón que tienes. —Nos besamos y brindamos—. Por nosotros, siempre nosotros.

Nos miramos, deseosos el uno del otro. Empiezo a notar el champán en mi cabeza y las burbujas que desprende el *jacuzzi* en cada poro de mi piel, y me lanzo a los brazos de Matteo, no quiero esperar ni un segundo más para disfrutar de él y de su mini-yo.

* * *

—¿Puedo preguntarte algo? —susurro bajito, por si ya se ha dormido.

Nos hemos quedado tan relajados que hemos preferido meternos en la cama a dormir. Mañana podremos disfrutar de la isla antes de volver al aeropuerto.

—Dime —su voz revela que le he despertado, o que estaba a punto de quedarse dormido.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿A qué te refieres?

—A lo del periódico... —respondo. Sé que no deberíamos hablar de nada relacionado con el trabajo en nuestro tiempo libre, pero necesito su respuesta, más por una cuestión personal que profesional.

—Prometí que disfrutaría de ti, y que no mencionaría el trabajo en casa — responde como imaginaba—. Lo hice por ti, y también quería darte una sorpresa. Si te lo hubiese contado, ¿hubieras aceptado el empleo?

—No, no lo creo —confieso.

—Pues ahí tienes la respuesta de por qué preferí callármelo. —Por su voz, intuyo que una sonrisa se dibuja en sus labios—. Me gustaría que no habláramos de trabajo, ¿te parece?

—¿Por qué lo has hecho? —ignoro su petición.

—Por ti. Porque no puedo estar lejos de ti y me sentiría egoísta y culpable si por tenerte cerca te hubiese propuesto que lo dejaras todo y te vinieras a vivir a Monza. Fui yo quien lo hice mal desde el principio y esta es mi forma de demostrarte que te quiero, y que te necesito a mi lado. —Se gira en la cama, me abraza y me besa.

—Gracias. No sabes cuánto significan esas palabras para mí, ¡te quiero! — Le devuelvo el beso, me doy la vuelta y apoyo su mano en mi cintura.

Y así, abrazados, nos quedamos dormidos...

* * *

Cuando nos despertamos, bajamos a desayunar ya con la ropa de baño puesta. Yo devoro dos cruasanes, con mantequilla y mermelada de fresa, y en cuanto terminamos nuestros cafés nos vamos a pasar la mañana visitando las calas cercanas y paseando mientras disfrutamos del recorrido. Algunas parejas y familias juegan en la arena y, aunque soy incapaz de decírselo a Matteo, no puedo evitar imaginarnos así en el futuro. El tiempo se acaba y nos toca volver al hotel.

Por la tarde nos relajamos más todavía en el *spa* antes de subir a la habitación a recoger nuestras cosas y llamar al taxi que nos llevará al aeropuerto.

Capítulo 32

COMO ÉRAMOS POCOS, PARIÓ LA ABUELA



Madrid, diciembre de 2015

He avisado en la redacción de que hoy llegaré más tarde. Matteo insistió en acompañarme, pero las Navidades están a la vuelta de la esquina y prefiero que no sepan de nuestra relación en el trabajo, así que le convencí de que no hacía falta.

Un par de horas más tarde, casi corriendo y con la felicidad invadiendo mi cuerpo, voy camino del periódico para empezar mi jornada y esperar que las horas pasen deprisa para disfrutar de mi chico.

Al llegar, la puerta de Matteo está cerrada y me controlo para no tirarla abajo y abrazarlo. Me siento en mi mesa, enciendo el ordenador y saco el móvil de la mochila para mandarle un mensaje:

Anna: Ya estoy aquí. La revisión ha ido bien. Luego te veo. Te quiero.

Cuando los compañeros se van a la cafetería a desayunar, aprovecho y llevo a cabo lo que he planeado desde que llegué, con cuidado para que no se den cuenta. Me agacho para evitar que Matteo me vea y así piense que me he marchado con ellos.

Abro la página web de la radio que Matteo siempre tiene puesta en su despacho y la escucho bajito, hasta que por fin oigo las primeras notas.

Me levanto y entro en su despacho. Su sonrisa me derrite, pero tengo que ser fuerte.

Hay mil maneras de decir que no quiero estar sin ti, cada día que pasa en mi vida. Tú, que das calma en tempestad, que das luz en esos días que siento que todo es infierno.

Me acerco a él con paso firme y decidido mientras mis labios susurran el estribillo de la canción:

Simplemente tú me das aire para volar. Simplemente tú me contagias felicidad. Solamente tú, solamente tú. Simplemente tú me regalas formas de amar. Simplemente tú me das fuerzas de continuar. Solamente tú, solamente tú. Simplemente tú, nadie más que tú.

Cuando la canción de Chenoa finaliza, llevo mis dedos a sus labios para que no diga nada y, en ese momento, el presentador de la emisora de radio habla:

—Hacía tiempo que no poníamos esta canción en la radio, pero una de nuestras oyentes nos ha llamado para pedírnosla y, cuando nos ha contado el motivo, no hemos dudado en ayudarla a sorprender a alguien muy especial para ella. Desde aquí, ¡muchas felicidades y gracias por contar con nosotros! Esperamos que nos escribas y nos hagas partícipe de tu felicidad.

Aparto los dedos de los labios de Matteo y le beso. Un beso que dura varios segundos, y cierro los ojos para disfrutarlo.

—¿Qué le pasa a mi chica hoy? —pregunta sonriente.

—He puesto la radio y al oír la canción me ha apetecido bailarla contigo, por todo lo que dice. Siento que describe lo que significas para mí.

—Es muy bonita, sí. Nunca la había escuchado —responde, y me vuelve a besar.

En ese momento, con las manos temblorosas, saco del bolsillo trasero de mis vaqueros el papel que me ha dado el médico y se lo entrego. Él, sin entender nada, lo abre y empieza a leer.

Aprieta los labios mientras sus ojos empiezan a adquirir ese brillo que me confirma que está emocionado. Se limpia una lágrima con la mano y levanta la mirada hacia mis ojos mientras yo respiro profundamente, aguardando sus palabras.

—¿Cariño? —Asiento con lágrimas en los ojos—. Esto que pone... ¿es verdad? —pregunta sin apartar la mirada de mis ojos, con sus labios temblando, y vuelvo a asentir.

—Si quieres te doy un tortazo y ves que estás despierto —respondo nerviosa—. Yo me he tenido que pellizcar y no sé cuántas veces lo he preguntado hasta que me han confirmado que lo que había escuchado era cierto.

—¿Vamos a ser papás? —pregunta. Afirmo y empieza a llorar, deja que el papel caiga al suelo y nos fundimos en un abrazo. Ahora somos los dos los que

lloramos de felicidad—. No nos lo habíamos planteado, pero es maravilloso. Se me va a hacer tan larga la espera...

—No te creas —respondo más calmada—. Con tanto trabajo y tanta escapada, nos hemos enterado un pelín tarde... —Frunce el ceño—. Estoy de tres meses y medio y en junio ya tendremos a nuestro bebé aquí. —Sonrío, deseando que llegue el calorcito y estar en la recta final.

—Y ¿no habías notado ninguna falta? —duda.

—Pues no. Sí sentía que no era como siempre, pero lo achaqué a los nervios del trabajo, sigo nerviosa porque no quiero meter la pata... —respondo—. Pero el médico me ha dicho que a veces pasa, tenemos síntomas parecidos a los de la menstruación y no creemos que podamos estar embarazadas. Y de repente, ¡pum! Bebé a bordo.

—¿Cuándo dices que te vienes a vivir conmigo? Te voy a mimar más que nunca, a ti y a esa cosita que hay dentro de ti que sé que también me va a volver loco.

—¿Qué pasa? ¿Qué ahora que estoy embarazada sí quieres que vivamos juntos? —pregunto haciéndome la ofendida.

—Sabes que, por mí, estarías instalada en casa desde que llegué, pero ahora quiero más que nunca despertarme cada mañana contigo, y después de darte los buenos días y un beso, darle otro al bebé. Me he perdido tres meses y medio de besar tu barriguita y no quiero perderme ni un día más —responde ilusionado.

—Cuanto antes le demos la noticia a mis padres, antes haré las maletas —le confirmo.

—¡Esta misma tarde! —grita emocionado—. Espero que no sea una niña. Con una Anna en mi vida me es suficiente. —Se ríe, ya más relajado—. Vas a ser la mamá más guapísima del mundo.

—Me voy a trabajar, que al final nos pillarán aquí y no me gustaría. —Me despido de él con un beso.

—Créeme, ahora me da igual. Quiero que todo el mundo sepa que vamos a ser padres. No pienso esconderme de nadie. Y si me apetece darte un beso, abriré la puerta, iré a tu mesa y te lo daré —dice muy seguro, poniéndome la piel de gallina.

* * *

Para celebrar la noticia, Matteo me invitó ese día a comer en un restaurante. Hablamos de nosotros, de los cambios que habría en nuestra relación, de los preparativos para el nacimiento y la llegada de nuestro bebé, y de lo que

haríamos el día que se decidiera a llegar al mundo. También de cómo y a quiénes íbamos a dar la noticia, y finalmente acordamos llevarlo en secreto hasta que mi barriga creciera y fuera imposible esconderla. Nuestras familias y Hugo y Nerea serían los únicos en saberlo, y esa misma tarde compartiríamos nuestra felicidad.

Matteo insistió en que él tenía un buen sueldo y yo podía quedarme en casa, pero después de tantos años soñando con ser periodista y trabajar en algo que me apasiona, no quería renunciar a mi empleo a la primera de cambio.

—No me vengas con esas, porque por ahí no paso —le advertí mientras devoraba una bola de helado de vainilla—. No voy a dejar mi columna. Sabes mejor que nadie que está yendo bien y que no corro riesgos. Quedo con la gente en alguna cafetería y les entrevisto tomándome un café, y la mayoría del tiempo estoy en la redacción, ¿qué peligro tiene eso para el bebé? ¡Ninguno! Entrevisto a gente luchadora, que se levanta cada día para ir a trabajar y llevar un sueldo a casa, me cuentan cómo es su vida y anécdotas de sus trabajos, ¡ni que tratara con asesinos en serie!

—No quiero que os pase nada.

—No va a pasar nada —le tranquilicé—. Te prometo que cuando mi cuerpo no pueda más, seré yo quien pida la baja por maternidad.

Salimos del restaurante y nos fuimos a casa de Matteo. Él llamó a su madre y yo a mis padres. Los citamos para merendar juntos en la casa de él y los tres aceptaron. Nuestros padres ya se conocían por entonces, pues habíamos hecho lo posible por reunirlos algunas tardes en casa de Matteo. Olivia y mi madre se entendieron bien desde el primer día. A veces salían juntas de compras o a caminar para, como solían decir, bajar los michelines, «porque la edad no perdona».

* * *

—Bueno, ¿qué nos pensáis regalar?

—¿Regalaros? ¿Por qué? —pregunta mi madre.

Matteo y yo hemos decidido darles la noticia gastándoles una pequeña broma. En mi línea, como dice él.

—¿Te das cuenta, cariño? Ya te dije que no les iba a hacer ilusión —me lamento, pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza—. ¿Y ahora qué hacemos?

—No sé, la verdad, esto era lo último que me esperaba. Déjame pensar...

—Pero ¿nos vais a decir que estáis tramando? —pregunta Olivia, ya con gesto de preocupación.

—Tal vez sea mejor dejarlo para otro momento —continúa Matteo, mirándome.

—Tienes razón, quizá no están preparados —le sigo la broma.

Mi madre interviene.

—Creo que ninguno de nosotros sabe de qué habláis... Y nos gustaría saberlo, hija. Dejaos de rodeos, por favor.

—¿Has visto, cariño? —Entonces le doy un golpe por debajo de la mesa, para que esté atento a las reacciones ante lo que voy a soltar—. Ni un abrazo...

—Ni uno...

—Y eso que les vamos a hacer abuelos...

Los tres se quedan callados, miran a Matteo, me miran a mí, se miran entre ellos... boquiabiertos.

—Nada, que no reaccionan, *ragazza*...

Entonces Olivia rompe el silencio.

—¡Ay! ¿Me vas a dar un nietecito?

Asiento, y ella se levanta y, con una sonrisa, se acerca a mí y me da un abrazo. Nos quedamos abrazadas unos segundos y, después, Olivia abraza a Matteo y yo hago lo mismo con mi padre mientras miro de reojo a mi madre, que sigue quieta en la silla. Así que voy hacia ella.

—Mamá, ¿no me vas a decir nada?

Sus ojos se encuentran con los míos y empiezan a brillar. Mi madre está llorando, un par de enormes lágrimas ruedan por sus mejillas.

—¡Ay, mi niña! Esto sí que no me lo esperaba. De verdad que me encanta la noticia. Voy a ser abuela. —Afirmo y sonrío—. ¡Qué ilusión! —añade, limpiándose la cara.

* * *

Los siguientes en recibir la buena nueva fueron Hugo y Nerea. Matteo llamó a su amigo para preguntarle si estarían en casa. Le dijo que sí y nos dirigimos hacia allá, cargados con pasteles y aperitivos para celebrarlo.

Al entrar, Zoe se tiró como siempre a mis brazos, y después de recibir besos y cosquillas se lanzó a los de Matteo, que le dio unas cuantas vueltas por los aires mientras ella no paraba de reír.

Mientras los chicos hablaban, ayudé a Nerea a preparar las tazas para servir el café y retiré el envoltorio de la bandeja de pasteles.

—¿Y usted que quiere, señorita? —pregunté a Zoe cuando entró en la cocina.

—Me ha dicho el tito que me has traído un pastel chiquitito para mí. Yo lo quiero.

—Sí, pero nos tienes que esperar a todos. ¿Un zumo de piña para la señorita?

Ella se quedó conforme y volvió corriendo al salón, a contarle a Hugo nuestra conversación.

—Me encanta la admiración que le tiene a Hugo —le dije emocionada a mi amiga. Ella sonrió.

—Ni que lo digas. Hugo es un padrazo y Zoe le quiere muchísimo.

—No te me pongas celosa, que a su mami también la quiere mucho

Al terminar la merienda, cuando ya solo quedaba el último pastelito, el de la vergüenza, me di cuenta de que Zoe lo miraba de reojo.

—La tita te da permiso —le dije. Zoe se tapó la boca y dejó escapar una risilla. Miró a Nerea, que le dio su aprobación. Después a Hugo, que hizo lo mismo. Lo cogió y se lo llevó a la boca, entre risas y mirándonos a todos.

—Ven aquí, enana —le pedí.

Ella se sentó sobre mis piernas y entonces le guiñé un ojo a Matteo. Quería que fuera él quien diera la noticia. Pero la impaciencia le pudo y soltó el bombazo de golpe.

—¡Vamos a ser papás!

Ellos se quedaron perplejos, en silencio, mirándonos, sin saber cómo reaccionar. Fue Zoe la que intervino.

—¿Y eso qué es, tita? —me susurró al oído.

—Pues que a la tita se le va a hinchar la tripa como un globo, y cuando esté muy grande va a hacer ¡pum!, y entonces tendrás un primito.

—¡Qué chachi! Yo quiero ver a ese primito para jugar.

—Hay que esperar un poquito, ¿vale?

Matteo y yo nos miramos y sonreímos, y en ese momento Hugo y Nerea se despegaron de sus asientos.

—¡Enhorabuena, chicos!

Hugo abrazó a su amigo y le faltó tiempo para comenzar con los consejitos.

—Paciencia..., como te salga un crío como tu chica, ¡menuda te espera!

—Eso es lo que me da más miedo —dijo Matteo riendo.

—¿No vas a decir nada? —le pregunté a Nerea—. ¡Eres como mi madre!

—Enhorabuena. Es que..., no sé..., estás muy loca y no te imagino sentando la cabeza y teniendo un bebé. —Aún seguía con los ojos abiertos como platos.

—Cuando tenga ganas de locuras, ¡que le cuiden los titos!

La abracé y las dos empezamos a llorar de emoción. Otro paso más, compartiéndolo juntas.

Capítulo 33

CUANDO EL RÍO SUENA, AGUA LLEVA



Los días pasan y cada mañana me levanto con una sonrisa, ilusionada, y voy directa al espejo a mirar cómo mi vientre crece.

Mis padres, celosos, no quisieron que me mudara a casa de Matteo. Yo dudaba. Por un lado me apetecía seguir como hasta entonces, viviendo con ellos y sin perder mi rutina, viendo a Matteo en la redacción cada mañana y disfrutando de algunas tardes y también de alguna que otra noche junto a él. Lo notaba ilusionado con la idea de que hiciera las maletas y me fuera a vivir a su casa. Debía decidirme a empezar a formar la familia en que nos convertiríamos en unos meses, con la llegada del bebé.

Hoy hemos sabido que, tal y como Matteo había intuido, una mini Anna viene de camino. Aprovechando que hemos pedido un día libre, nos dirigimos a su casa. Vamos a pasarnos el día en pijama en el sofá, viendo películas y abrazados. ¿Quién se puede negar a un plan así, con semejante maromo?

Matteo tarda menos en cambiarse y en unos minutos ya está en el salón. Cuando yo llego, ha bajado las persianas, imagino que para ver la televisión sin reflejos. Pero él no está.

—¿*Italianini*?

Entonces aparece de pronto, cantando *Si nos dejan*, la canción de Luis Miguel, con ese acento italiano que me derrite. Cuando termina su interpretación, me besa y se dirige a la cocina. Aparece unos segundos después con dos copas y una botella.

—Sabes que no puedo beber alcohol, ¿verdad? —le pregunto sonriente, sin

apartar mi mirada de la suya.

—¿Lo dudas? Vamos a brindar con mosto —dice, sirviendo en ambas copas—. Por nosotros y nuestra pequeña —brinda.

—Por nosotros, siempre nosotros —respondo, y le doy un sorbo a la copa.

—No lo pospongas más, vente a vivir conmigo —dice de sopetón—. No puedo estar ni un día más sin ti. Necesito tenerte cada noche en mi cama, daros los buenos días a ti y a nuestra pequeña. Mimarte y que estéis cerca.

La escena de hace un momento y sus palabras hacen que mis dudas, por fin, se disipen.

—¡Eso está hecho!

—¿Por fin lo he conseguido?

Afirmo, riendo por su reacción.

—¡Te quiero muchísimo! —exclama—. Gracias por regalarme tu amor y por esa personita que viene en camino.

—Sabías que con esa canción era imposible que me negara. —Le beso—. Yo también te quiero, *italianini*.

—¿Pues a qué esperamos? —Levanto la ceja izquierda, sin entender a qué se refiere con su pregunta—. Podemos empezar a traer tus cosas, ¿no?

—¿Ya? —Asiente sonriendo—. El fin de semana que no trabajamos, si quieres. Hoy toca ver pelis...

—Prefiero traer tus cosas y saber que no te vas a marchar antes que pasar la tarde viendo la televisión, ya podremos hacer ese plan muchas otras tardes —asegura—. Llama a tu madre y dile que vamos para allá.

Incapaz de sacar mi cabezonería a relucir, puesto que Matteo se va a salir con la suya diga lo que diga, me vuelvo a vestir después de hablar por teléfono con mi madre.

Cuando llegamos a casa, nos pide que no tengamos prisa. Pero Matteo insiste en que prefiera que esté con él, en su casa. Me siento en el sofá y escucho sus opiniones sobre dónde debo vivir.

—Si lo sé, me preparo unas palomitas... —digo, cansada del tira y afloja que se traen.

Cuando llega del trabajo, mi padre pone un poco de paz entre los dos. Y al final convence a mi madre de que lo mejor es que me vaya con Matteo.

—¿Qué pasa? ¿Es que prefieres que la niña se vaya de casa? —grita mi madre.

—Mari, hazme el favor y no digas tonterías —le responde él muy tranquilo—. ¿Cómo voy a querer que Anna se vaya? Respóndeme. Cuando te quedaste embarazada de Anna, ¿qué fue lo primero que dijiste? —Mi madre se queda pensando en la respuesta—. Lo sabes perfectamente. Dijiste que teníamos que

buscar un piso y afrontarlo todo juntos, porque el embarazo nos incumbía a los dos... —Ella sigue sin responder—. Ellos son mayores y deben dar el paso de vivir juntos, como una pareja, antes de la llegada del bebé —insiste.

—¡Ay, mi niña! Yo no quiero que se vaya... —solloza mi madre—. ¡Ay, no!

—Mamá, que voy a verte todos los días. La casa de Matteo está aquí al lado, ¡no me estoy mudando a Barcelona otra vez! Además, tendré que ayudarlo a pintar la habitación de rosita...

—¿Niña? —pregunta, llevándose las manos a la cara y dejando escapar lágrimas de emoción sin avergonzarse.

* * *

Matteo refunfuña mientras coloca mis cosas. Seguro que no imaginaba que tengo tanta ropa y que su espacio en el armario se iba a reducir tantísimo. Lo mismo pasa cuando toca organizar todo lo del cuarto de baño.

Aunque queríamos ocultar la noticia, ha sido inevitable que todos se enteren. Hemos empezado a visitar tiendas para comprar la habitación de nuestra pequeña. Y también vamos juntos hasta la redacción. Hasta hace poco, Matteo me dejaba dos calles antes y yo recorría ese último tramo a pie, pero un día alguien truncó nuestro plan.

Me bajaba del coche cuando alguien me llamó.

—¡Anna!

Me giré y era María, una compañera de la redacción.

—¡Espérame! ¿Qué tal? —me preguntó.

Respondí temblorosa, suplicando que no me hubiera pillado.

—Bien, ¿y tú?

—¡Genial! Oye, ¿no era ese el coche del director?

—Em, no... —Intenté disimular. «¿Qué hago?», me preguntaba sin saber cómo salir de aquella situación. Finalmente, intenté cambiar de tema—. ¿En qué trabajas hoy?

Pero al llegar a la entrada de la redacción, vimos que Matteo estaba aparcando justo en la puerta. Se bajó del coche delante de nosotras. «¿Dónde se ha metido? ¿Por qué hoy llega a la vez que yo?», me pregunté.

—¡Mira que está bueno el tío, ¿eh?! —exclamó María sin dejar de mirar a mi *italianini*. Y después comenzó a interrogarme—. ¿Qué te traes con el director? Porque ahora no me puedes negar que era él, ¿eh? ¡Es la misma matrícula! —Empezó a reírse, y, dándole la callada como respuesta, entré en la redacción.

Durante toda la mañana evité cruzarme con él, porque sabía que María nos estaría observando.

Anna: ¡Nos han pillado! Hoy no me esperes, iré sola a casa andando.

Matteo: ¡No! Si nos han pillado, lo confirmamos y ya está. No vamos a poder ocultarlo mucho más. Tú decides. O lo anuncias tú, o lo hago yo.

Anna: ¡¿Qué dices?! No, no, olvídate. Seguimos como estamos.

Matteo: Por muy anchas que sean las camisetas, se te nota, *ragazza*. Tienes una semana...

Anna: ¿Es un ultimátum? ¡No seas malo!

Matteo: Tic, tac, tic, tac...

Dejo el móvil junto al teclado del ordenador, levanto la mirada hacia el despacho de Matteo. Está mirándome y sonrío. «Será capu...», pienso. Aparto la mirada y continúo trabajando.

Capítulo 34

NOS HA JODIDO MAYO CON LAS FLORES



Madrid, 1 de mayo de 2016

—¡Estoy hecha una foca! —me lamento frente al espejo—. ¡Nada me queda bien! —Sollozo y Matteo se acerca a mí y me abraza.

—No digas eso, ¡estás preciosa! —Me repite como cada vez que me quejo de mi imagen.

—Sí, claro... Me lo dices tú, que o bien estás ciego o no quieres aguantar mi cabreo si confieras que estoy feísima.

—Cariño, es normal que te veas gorda, estás embarazada y sabías que ibas a engordar, pero créeme, estás guapísima, el embarazo te sienta de maravilla. — Me acaricia la cara, regalándome su sonrisa.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que te gusto más así?

—Me gustas de todas las formas, pero he de reconocer que sabiendo que me vas a conceder el mejor regalo del mundo, me pareces aún más guapa.

—¡Ja, ja y ja! —me mofo—. Ahora me dirás que te gusto así más que esas modelos que salen en la tele, no te fastidia... Puedes decir que estoy horrorosa, no te voy a morder, que lo sepas.

—Capaz eres. Si me estás regañando por decirte que estás preciosa, a saber la que me montas si digo lo contrario...

—¡Nos ha jodido mayo con las flores! —respondo irónica—. Porque no quiero que me mientas para subirme el ánimo, pero tampoco que insinúes que estoy para ponerme una bolsa en la cabeza y esconderme del mundo...

—¡Quédate así! ¡Vas muy bien! —sentencia, y sale del dormitorio.

Después de probarme diferentes modelos, me acabo decantando por un pantalón vaquero y una camiseta ancha. «Bueno, algo disimula la barriga, pero este careto, imposible», me digo a mí misma mirándome al espejo con cara de asco.

—¿Vamos? —me pregunta Matteo cuando salgo del dormitorio. Asiento y me cuelgo el bolso al hombro.

Bárbara me llamó hace un par de semanas para decirme que iba a venir a Madrid con Roberto para conocer la ciudad, y me prometió que hoy comeríamos juntos los cuatro.

Matteo conduce hasta el restaurante en el que hemos reservado mesa. Hicimos bien, porque es domingo y no es fácil encontrar sin reserva un lugar donde poder comer. Llegamos y Matteo me ayuda a bajar del coche.

Durante la comida, Bárbara no deja de preguntarme por el embarazo. Empieza a agobiarme que ese sea el único tema de conversación. Apenas me quedan tres semanas para dar a luz y todo me viene grande. Matteo cambia de tema cuando se da cuenta de que estoy a punto de estallar.

—Y tú, Bárbara, ¿qué tal? Me dijo Anna que encontraste trabajo pronto y estás contenta.

—Sí, bueno... La verdad es que envidio a Anna —responde mirándome—. Lo único que he encontrado ha sido una revista del corazón y me paso el día en la calle, e incluso, si el famoso que me toca en ese momento sale de viaje, me toca hacer las maletas y subirme al avión. Nunca sé dónde voy a pasar la noche, ni si voy a tener tiempo para comer. Todos los días me echo un táper a la mochila para comer cuando encuentre un momento, si no, es imposible.

—Es un poco jodido —confirma Roberto—. Como es la última que entró en la revista, la tienen de un lado a otro. Y yo he empezado a estudiar fotografía para intentar entrar y hacer reportajes juntos. Así nos veremos más.

—¿En serio? ¡Cómo está el panorama! —exclamo—. Pues esa parte de tu trabajo no me la habías contado, Bárbara.

—Sí, pero cuando llego a casa me siento satisfecha y ya he dado alguna que otra exclusiva que ha aumentado bastante mi cuenta bancaria —añade bajando un poco la voz—. ¡Nos hemos comprado un piso gracias a la exclusiva de un futbolista de primera división! —Empieza a reírse—. ¿A ti tu jefe también te marea? —Me pregunta aún riendo, sabiendo que Matteo es mi jefazo.

—¡A veces le mataría! —respondo—. Es un poco cansino... Me hizo cogerme la baja por maternidad antes de tiempo, y eso que conseguí trabajar un par de meses más, que si es por él, hubiese estado en casa desde el primer día de embarazo. Pero bien, he conseguido seguir mi columna semanal desde casa. Hago las entrevistas en una cafetería que hay al lado o por Skype. Está teniendo

éxito y cada día recibo decenas de peticiones por correo electrónico. Tengo para cubrir mi columna hasta que la niña cumpla tres meses. —Empiezo a reírme.

Matteo pone los ojos en blanco y niega con la cabeza. Siempre, al llegar a casa, le cuento las entrevistas que he hecho y lo que he avanzado, y él me regaña por no descansar lo suficiente.

Al terminar de comer, nos despedimos. Matteo y yo volvemos a casa y Bárbara y Roberto deciden aprovechar lo que les queda de día hasta que salga su tren con destino a Barcelona. En el coche, de camino a casa, suena mi móvil. Lo busco en el bolso y cojo la llamada:

—¡Dime, petarda!

—Yo también te quiero. ¿Nos vemos hoy?

—Espera, que le pregunto a Matteo. —Tapo el micrófono y se lo pregunto; él asiente—. ¡Tú! ¿Me oyes?

—Sí, dime.

—Que sí, que nos vemos hoy. ¿En tu casa o en la mía? —pregunto con voz seductora—. ¡Como mola esa preguntita!

—Idiota que eres... —responde—. Veníos si queréis. Zoe tiene aquí sus juguetes para entretenerse y así no tienes que fregar ni recoger luego —me propone.

—¡Cómo me conoces, guarrilla! —Me río—. ¿A qué hora vamos?

—Cuando queráis. Nosotros ya hemos comido y la niña se acaba de quedar dormida.

—Estamos saliendo ahora de la *city*, nos vemos allí, ¿vale?

Cuelgo la llamada y nos vamos a pasar la tarde a casa de Nerea. Hugo y Matteo se entretienen con sus móviles, leyendo noticias de deportes, mientras Nerea y yo conversamos de todo un poco, pero más sobre mi embarazo.

—En nada tienes a tu peque en casa, ¡qué ganitas de ver su carita!

—Se me está haciendo eterno este último tramo. Ya puede tener prisa y adelantarse, si no, mal empezamos.

Por alguna extraña razón, hablar del embarazo con mi amiga no me agobia. Sé que ella ha pasado por lo mismo, y eso, unido a la confianza que nos tenemos, es motivo suficiente para que me haga ilusión conversar sobre mi embarazo. Incluso soy yo quien suele sacar el tema.

Cuando la hora de cenar se acerca, nos despedimos y Matteo y yo regresamos a casa. Todos madrugan al día siguiente, menos yo, y no quiero hacerles quedarse hasta tarde.

—¡Llámame mañana! —me dice Nerea antes de cerrar la puerta.

—Sí, pesada —respondo.

Capítulo 35

A BUEN ENTENDEDOR, POCAS PALABRAS BASTAN



Madrid, 20 de mayo de 2016

Cuando el despertador suena, me giro en la cama y veo que Matteo ya está sentado.

—Buenos días, *italianini* —le susurro con los ojos entreabiertos y tumbada. Matteo se inclina hasta besar mis labios y darme así los buenos días.

—Duerme un poco más, es muy temprano.

—Ya me he desvelado. Esta niña ya está dando patadas de buena mañana, ¡la madre que la va a parir! —respondo en tono cómico, acariciando mi enorme barriga.

Matteo rodea la cama hasta llegar a mi lado. Pone ambas manos sobre mi tripa para sentir las patadas de nuestra pequeña.

—¿Te apetece que haga unas tostadas y desayunemos juntos? —le pregunto, levantándome de la cama.

Mientras él va al baño a ducharse y prepararse para una nueva jornada laboral, yo me encamino con mi nada sexy camión premamá a la cocina. Pongo una cápsula en la cafetera y caliento un vaso de leche con Nesquik en el microondas. Meto dos rebanadas de pan de molde en la tostadora y dejo sobre la mesa de la cocina mantequilla y mermelada.

Durante los minutos que pasamos en la cocina, entre sorbo y sorbo y bocado y bocado, Matteo se queja. No le apetece nada ir a trabajar, y yo intento

animarlo recordándole que tiene la tarde libre y que es viernes. En nada disfrutaremos del fin de semana.

Recojo el desayuno y, cuando termino, Matteo entra en la cocina con la chaqueta del traje puesta y portando en su mano izquierda el maletín.

—¡Te quiero! —se despide con un beso.

—Yo más —respondo, besándole otra vez.

Cuando se va, me meto en la cama de nuevo para descansar un poco más, pero al ver que las agujas del reloj avanzan y no consigo dormirme, me levanto. Voy hacia el salón y enciendo el equipo de música. Suena *Voy a pasármelo bien*, de Hombres G, y empiezo a bailar como si no hubiese mañana.

Cuando la canción está terminando, hago un giro de trescientos sesenta grados sobre mí misma y siento un pinchazo en el vientre que me impide continuar.

Me siento en el sofá y los dolores cada vez son más fuertes. Me levanto con la intención de ir a la habitación en busca de mi móvil, pero a mitad de camino siento algo extraño.

—¡Joder! Me he meado encima —grito cabreada.

Aguantando como puedo los dolores, llego a la habitación. Marco el número de Matteo. Un tono, dos tonos, tres tonos, nada... Vuelvo a marcar. Un tono, dos tonos,...

—Dime, cariño. Estoy en una reunión —responde a la llamada susurrando.

—¡Me he meado encima y me duele mucho la barriga! —le digo histérica—. No veas lo que me ha costado ir del salón a la habitación para coger el móvil y llamarte. ¿Qué hago? —le pregunto aterrorizada—. ¡Aaaaaau! —grito de dolor.

—¿Cariño? —pregunta, y con un sollozo le hago saber que le estoy escuchando—. No te muevas. Voy para casa ya, ¿vale? Aguanta tranquila.

Matteo finaliza la llamada, vuelvo a ir al salón a paso lento y espero a mi chico tumbada en el sofá llorando de dolor.

En apenas cinco minutos, rápidos en el reloj pero largos para mí, abre la puerta y, sin saber por qué, mi llanto aumenta.

—Tranquila, ya estoy aquí —intenta calmarme—. Respira, todo va a salir bien, te lo prometo, mi niña. —Le hago caso y respiro, pero al escuchar cómo se dirige a mí, la respiración vuelve a ser inestable, el llanto no me deja relajarme.

Matteo se aleja. «¡Esta me la va a pagar!», pienso enrabiada cuando desaparece hacia una de las habitaciones. Enseguida regresa con la bolsa de la niña que preparamos para el día que ingresara para dar a luz.

Se acerca a mí y me ayuda a levantarme.

Grito.

Me niego a hacerlo. Me duele y mis fuerzas flaquean cada vez más.

—Cariño, tienes que levantarte —me dice de forma cariñosa—. Vamos, ¡tú puedes! ¡Demuéstramelo! —insiste—. Tenemos que ir al hospital.

* * *

Matteo ha aparcado en nuestro portal en doble fila, dejando el coche con los cuatro intermitentes. Cuando salimos a la calle, los bocinazos llaman la atención de todos los que pasan por allí.

—¡Es un segundo! ¡Mi chica está de parto! —grita, agarrándome por la cintura hasta llegar al coche.

Los conductores detienen los bocinazos y algunas personas bajan de sus coches a ayudarnos, mientras me preguntan si me encuentro bien.

Viajo en el asiento del copiloto de camino al hospital.

—No vayas tan deprisa, que me mareo —insisto un par de veces. Él no me hace caso y en poco tiempo se detiene frente a la puerta de urgencias.

Sale disparado hacia el hospital y vuelve con un enfermero que lleva una silla de ruedas.

—Caballero, vaya usted a aparcar —le dice—. Cuando entre, pregunte en admisión y no tardarán en acompañarle junto a su esposa.

—No me dejes sola —lloriqueo.

El enfermero hace caso omiso a mis palabras y empuja la silla hasta el interior del hospital. Subimos a una habitación y allí, junto a dos enfermeras, me ayudan a tumbarme en la cama.

—¡Yo te mato! —vocifero cuando veo entrar a Matteo, con la respiración entrecortada por la carrera que ha debido pegarse para no dejarme sola durante mucho tiempo.

—Voy a llamar a tus padres y a mi madre para decirles el número de habitación —anuncia sin soltar mi mano, mientras con la otra toquetea la pantalla táctil de su móvil antes de llevárselo a la oreja.

—¡Mis padres no saben que estoy de parto! ¡Solo te llamé a ti!

Me pide que me calle con un *shhhh*.

—Hola, Mari, te llamo para decirte que tu nieta está en camino. —Escucho el grito de mi madre al otro lado del teléfono—. No, aún no he llamado a mi madre. Anna me avisó y la traje corriendo al hospital. Sí, ahora en cuanto te cuelgue la llamo. ¿En quince minutos? ¡Perfecto! Se lo diré. Estamos en la habitación 238, ¡hasta ahora!

Cuelga y llama a Olivia.

—*Mamma*, estamos en el hospital. Anna está de parto. He hablado con Mari, en quince minutos te recogen en la puerta de la redacción, ¿vale? Espérales abajo y venís los tres juntos. *Arrivederci!*

Capítulo 36

CUANDO SEAS PADRE, COMERÁS HUEVOS



Tumbada en la cama del hospital, recibo millones de besos de mi chico y los abuelos, que no apartan la mirada de su primera nieta. Me siento feliz.

Han sido unas horas muy largas, pero al fin puedo ver la cara de mi hija y tenerla entre mis brazos. ¡Matteo ha llorado más que yo!

—Papi, eres un llorica, ¿eh?

—No puedo evitarlo. Es tan bonita... Y que tú, la chica que desde el minuto uno me volvió loco, me hayas dado el regalo de ser padre... ¡Uf! Imposible no llorar de emoción.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta una enfermera.

—Bien, mejor de lo que pensaba —respondo con una sonrisa—. ¿Puedo hacerle una pregunta? —La enfermera asiente—. ¿Le podrías cambiar el nombre en la cuna? —Todas las miradas de mi familia se vuelven hacia mí. Sobre todo, la de Matteo.

—¿No te gusta Laia? Es el nombre que decidimos.

—¡Claro que me gusta! Nombre típico de Menorca, donde echamos aquel polvazo que me dejó preñada —suelto sin pensármelo, provocando las risas de todos los que estamos en la habitación, hasta de la enfermera, que al escuchar mis palabras se ha puesto roja y la pobre no sabe dónde meterse—. Pero ¿sabes? Tú has dejado todo por mí, y mi regalo de agradecimiento es que nuestra hija tenga un nombre italiano.

Matteo vuelve a emocionarse.

—¡Llorica! —le vuelvo a repetir—. Enfermera, cuando pueda cambiar el nombre de mi hija..., se llama Paola Biancherini Llop.

—¡Ay, Anna! ¡Jamás dejaré de agradecer al mundo que te cruzaras en la vida de mi hijo! Eres un regalo para nosotros, al igual que la pequeña Paola. — Me abraza Olivia, emocionada.

Anna: ¡Petaaaaaarda!

Anna: ¡Qué mala tita eres!

Anna: ¡¿No te da vergüenza no venir a conocer a tu sobrinita?!

Nerea: ¡¿Qué me estás contando?! ¿Yaaaa? Dime la habitación y vamos para allá. ¡Mándame una foto!

Anna: Habitación 238. Ahora te mando la fotito. ¡Vaya niña guapa que he parido! Jajaja. Te dejo, que ahora quiere darle envidia a su padre y chupar tetamen.

Le doy el móvil a Matteo y mientras cojo a la niña y me dispongo a darle el pecho, le pido que le mande a Nerea una de las fotos que le hemos hecho. Y que después la ponga en el grupo que tengo con las chicas.

—¡Esta niña me quiere arrancar el pezón! —me quejo en voz baja para no alterarla—. ¡Qué dolor!

—Me bajo con tu padre a comer a la cafetería. Te dejo con las abuelas dándote la lata —me susurra Matteo en el oído, haciéndome reír. Le guiño un ojo. Me da un beso y después, con cuidado, besa la frente de Paola.

—¡Adiós, papi! —me despido antes de que cierre la puerta—. Bajad vosotras a comer con ellos si queréis, que no pasa nada —les digo a las abuelas fiesteras, tal y como ellas se han apodado desde que supieron que estaba embarazada.

—Cuando vuelvan ellos mejor —niega Olivia.

—Mejor bajamos solas y así cotorreamos un poco sin ellos —suelta mi madre. Ambas se miran cómplices y yo pongo los ojos en blanco. «¡La que me espera!», pienso.

Dejo a la niña en su cuna e intento descansar un rato. Cuando estoy quedándome dormida, la enfermera toca a la puerta y trae la bandeja de la comida.

—Come antes de que se enfríe, luego descansas —dice mi madre destapando la bandeja.

Me incorporo en la cama para comer, pero no puedo parar de mirar a mi hija, «¡Qué bien te hemos hecho tu padre y yo!». Cuando termino el menú, mi

padre y Matteo entran en la habitación y le hacen el relevo a las abuelas.

—¡Subidme un bocadillo de beicon y queso, por el amor de Dior!

Mi padre sale de la habitación —bastante ha aguantado con lo poco que le gustan los hospitales—, y Matteo se tumba en la cama conmigo. Me acaricia el pelo para que intente dormirme un poco, mientras él se queda pendiente de Paola.

Unos toques en la puerta vuelven a fastidiarme justo en el momento en que me estaba quedando dormida. Seguramente otra enfermera venga para preguntar cualquier cosa, así que mantengo los ojos cerrados y dejo que Matteo se encargue.

—¡Shhhhh!

Escucho susurrar a Matteo, que se ha levantado de la cama.

—¿Quieres conocer a tu primita?

—¡Síiiii! —oigo responder a Zoe. Me incorporo para saludarlos—. ¡Hala, qué pequeña es! No voy a poder jugar con ella —añade apenada.

—Hola, ratoncita, ¿me das un besito?

Matteo me la acerca en brazos y Zoe me da un sonoro beso.

—La prima aún es chiquitita, pero poco a poco irá creciendo y un día podréis jugar juntas. ¿Quieres darle un besito a ella?

* * *

Hasta la hora de la cena, Nerea, Hugo y Zoe se quedaron con nosotros en la habitación. Al despedirse, mis padres y Olivia anunciaron que también se marchaban a descansar. Los tres nos quedamos solos.

—¿Por qué dijo eso Hugo? No lo entendí —me pregunta Matteo, mientras estamos acurrucados en la pequeña cama del hospital.

—¿El qué? ¿Que si ya comiste huevos?

—Sí, eso. No sé a qué se refería y no supe qué responderle.

—¡Ay! Todo lo que te queda por aprender... —le digo riéndome—. Hay un dicho en España que dice «Cuando seas padre, comerás huevos», imagino que se refería a eso —sigo riéndome bajito.

—¿Y qué significa?

—Pues..., a ver..., hace muchos años había familias que no tenían nada para comer, y otras, las más afortunadas, criaban una gallina que ponía uno o dos huevos al día, si había suerte —empiezo a explicárselo, mientras él escucha atentamente—. Los huevos se reservaban para el padre de la familia, que era el

que trabajaba y llevaba el sueldo a casa. Por eso, cuando uno de los hijos pedía huevos para comer, la madre le respondía con ese dicho.

—¡Ah, vale, ya entiendo! —me guiña un ojo—. Entonces, ¿debo comer huevos para coger energía y aguantaros?

—¡Nooooo! —Suelto una sonora carcajada. Miro a Paola y, por suerte, ni se ha inmutado con mi grito—. Es un dicho antiguo, no tendrás que alimentarte a base de huevos.

* * *

Durante dos días en el hospital no hemos dejado de recibir visitas. Estoy encantada de ver a mi familia y amigas que vienen a conocer a la pequeña, pero también echo de menos quedarnos los tres a solas.

El día del alta, Matteo y yo cambiamos a Paola y le ponemos la ropa que compramos para este día.

—¿Lo vamos a hacer bien? —le pregunto nerviosa—. Aquí siempre nos han ayudado y las enfermeras han estado pendientes en todo momento.

—Estoy seguro de que sí. Iremos aprendiendo cada día un poquito más, y además, ¿crees que las abuelas fiesteras van a quedarse quietas?

—Lo dudo. Seguro que todas las tardes las tendremos en casa y nos llamaran cada dos por tres —respondo, más relajada—. Encima, tengo la suerte de que estarás conmigo los próximos quince días, a no ser que debas irte a alguna reunión que no puedas posponer, y que siendo el director... —insinúo.

—Si antes estaba deseando llegar a casa para estar contigo, ahora que tengo doble motivo no dudes que saldré corriendo del despacho para estar allí cuanto antes. ¿Nos vamos?

—Sí. Me muero de ganas de salir de aquí —respondo dando saltitos—. ¡Ostras! Me va a tocar coger la fregona nada más llegar, ¡qué pereza!

—¡Tú al sofá a descansar! Las abuelas fiesteras se fueron temprano para dejarla reluciente. Y también iban a hacer la compra, y a preparar la comida.

—¿En serio? ¿Y me estás diciendo que yo al sofá a descansar? —Pongo los ojos en blanco—. ¿De verdad crees que con esas dos voy a ser capaz? ¡Madre mía! Estoy por pedir que me dejen ingresada tres o cuatro días más para hacerme a la idea.

De vuelta a casa en el coche, viajo en el asiento trasero junto a Paola, a quien no dejo de mirar. Tampoco suelto su manita en todo el trayecto.

—¿Preparada, Paola? ¡Tus abuelas nos esperan! —digo cuando llegamos—.
¡Allá vamos!

Capítulo 37

CADA MONEDA TIENE DOS CARAS



Madrid, 20 de junio de 2016

—¡Feliz cumpleaños, mi vida! Hace un mes que llegaste al mundo y no me imagino cómo podía vivir sin ti. ¿Cómo es posible que una cosa tan chiquitita como tú me haya enseñado tanto en tan poco tiempo? —susurro cogiéndola de la cuna para darle el pecho—. Con lo poco que me gusta que me despierten, que siempre me levanto cabreada..., y en cambio escucharte a ti llorar, llamando mi atención, es mi mejor despertar.

Con Paola en brazos, camino hacia el salón y acomodo un par de cojines para sentarme y darle el pecho lo más cómoda que puedo. Me siento, me desabrocho los botones de la camisa y ella no tarda en engancharse a mi pecho y empezar a comer.

—¡Cómo le gustan a mi niña las tetas de su mami! Pues a tu padre también, menos mal que no se pone celoso —le digo, como si me entendiera.

Cuando Matteo no está en casa y le doy el pecho, le cuento algunas batallitas. Sé que no me entiende, pero compartirlas con ella hace que me sienta más unida a mi niña.

—¡Ya sé lo que voy a contarte hoy! ¿Preparada?

»Conocí a Nerea en la guardería. Nuestras madres siempre nos han dicho que éramos inseparables, pero tan diferentes... Antes de que tu abuela te lo cuente, lo haré yo... Tu madre, es decir, la *mua*, era siempre la cabeza pensante en toda travesura y siempre me enfadaba con Nerea, porque ella no quería hacer nada de lo que se me ocurría. Recuerdo un día que, al salir del colegio, le propuse escondernos en el baño para darles un susto a nuestras madres. Ella no

quería, pero yo cogí su mochila y salí corriendo de la clase cuando la profesora nos dio permiso. Nerea corrió detrás de mí y, cuando entró en el baño, cerré la puerta. Ella gritaba y al final nos descubrieron. Cuando vio a su madre, corrió a sus brazos diciéndole que ella no había querido hacerlo. Claro, allí estaba tu abuela, regañándome por otra travesura más, lamentándose de que no sabía qué hacer conmigo, que tenía que aprender de Nerea. La cara y la cruz de la moneda. Tan diferentes la una de la otra, pero a la vez unidas.

»En el instituto, más de una vez conseguí que nos fuéramos a hacer pellas, pero no todas las que lo intenté. Los sábados, Nerea se quedaba en casa estudiando y yo..., pues me iba de fiesta, a darlo todo. Los domingos, con resaca, me presentaba en su casa para que me hiciera un resumen y así evitar pasarme el día estudiando con dolor de cabeza. Ella se negaba, pero yo le hacía chantaje diciéndole que si suspendía, me tocaría repetir curso y no iríamos juntas al año siguiente. ¡Siempre lo conseguía!

»Empecé mucho antes que ella a ir de fiesta, a juntarme con chicos y ligar cada sábado que salía. Nerea siempre me repetía que tenía que olvidarme de tanta fiesta y centrarme un poco más en los estudios. ¡Cómo me ha gustado picarla siempre!

»Yo le decía que disfrutaría, que conociera a un chico y sintiera las mariposas en el estómago. También la animaba a que olvidara qué estaba bien y qué mal, para que se dejara llevar e hiciera lo que le apeteciera. ¡Maldita la hora! Conoció a un mindundi y, bueno..., eso ya te lo contaré cuando tengas canas. Y ¿sabes? Estuve con ella durante todo el embarazo de tu prima, aunque por aquel entonces la *jodía* disfrutaba y no me lo contaba. ¿Sabes que el tito Hugo era mi profe y estaba de toma pan y moja? Me sentó muy mal verlos sin que Nerea me hubiera dicho nada. Pero una *putingui* y la madre que lo parió le hicieron una cosa muy fea y no supimos nada de él una temporada hasta que, de casualidad, nos lo encontramos un día. ¿Sabes con quien estaba? ¡Con el macizorro de tu padre! Sí, hija, sí. Vi su culito respingón a través del cristal de un escaparate en Italia y entré a conocerle. ¡Qué polvazo le hubiese echado en el probador de aquella tienda! Pero tu tía, la buenecita, vio a tu tío y montó una... ¡Madre mía! ¡Hasta las dependientas llamaron a la policía!

»No he sido un buen ejemplo, pero prometo que te educaré bien para que no me hagas sufrir lo que yo le hice sufrir a tu abuela, ¡no me lo perdonaría! Y ojalá que, a pesar de la diferencia de edad, Zoe y tú seáis tan buenas amigas como Nerea y yo.

»¿Sabes? Gracias a ti, tu padre y yo estamos más unidos. Hemos pasado por algunos baches y, bueno, lo solucionamos. Pero desde el día que supimos de ti, todo cambió. Nos hiciste disfrutar de cada instante a solas, convertirnos en una

sola persona y mantener muchas largas conversaciones. Te voy a confesar que no te buscamos, pero te deseamos desde el primer día y en ningún momento tuvimos miedo... hasta que llegaste a este mundo. ¿Íbamos a saber cuidarte? Llegaste y no existe ningún manual de instrucciones para padres primerizos. Todavía nos asomamos a tu cuna para ver si estás bien, y tememos que te pase algo, porque nunca nos lo perdonaríamos.

»¿Cómo has conseguido cambiar de repente nuestra vida? ¿Cómo has hecho para que yo, la cabra loca, como me llaman, madure tan rápido? Tú, tan pequeña y frágil, has cambiado el sentido de nuestras vidas, te has convertido en el centro de nuestro mundo.

»Y, entre nosotras, de madre a hija, espero que te sientas orgullosa de mí, porque siempre voy a hacer todo lo posible por luchar por tu felicidad y ayudarte a conseguir tus sueños. Y otra cosa te digo: cuando crezcas, si algún chico te gusta y te hace daño, ten por seguro que tu madre no lo va a permitir, y si me lo ocultas y más tarde me entero de que sufres mal de amores..., ¡arrieritos somos y en el camino le encontraré!

»Gracias por llegar a este mundo, por hacer felices a tantas personas con tu llegada, y ojalá todos disfrutemos viéndote crecer. Mami te quiere más que a su propia vida. En lo bueno y en lo malo, recuérdalo siempre, mi pequeña Paola.

Capítulo 38

SANA, SANA, ENTREVISTA DE ANNA



Domingo, 04 de septiembre de 2016
Periódico Noticias de Actualidad
[Entrevista digital]

Queridos lectores y lectoras:

Después de unos meses apartada, vuelvo a la carga. Intenté y logré que cada domingo pudierais encontrar una entrevista anónima en el periódico. He leído vuestros comentarios. Poco a poco iré respondiéndoo a todos. ¡Gracias! No tengo palabras para agradecer los correos electrónicos que me habéis enviado. Os prometo que todos los que me lo habéis pedido seréis entrevistados. ¡Promesa de Anna!

Para celebrar mi vuelta, quería regalaros algo especial, algo que estoy segura de que os hará ilusión. En los mensajes, algunos valientes me habéis hecho preguntas personales, y por fin he tomado una decisión. Hoy me someto a vuestras preguntas en este encuentro digital, donde podréis conocer un poquito más a esta chica que os interroga. Vosotros seréis los encargados de entrevistarme. ¿Queréis saber quién soy? ¡Seguid leyendo!

Desde pequeña siempre gustó hacer preguntas y leer las entrevistas de los periódicos, por eso nunca tuve dudas sobre la carrera que escogería al terminar el bachillerato: ¡el periodismo era mi destino! Nunca me gustó estudiar, pero una vez en la universidad me lo tomé en serio. Si quería conseguirlo, tenía que hacerlo, pues nadie me iba a regalar ese título.

Me hubiese gustado viajar o ir a cualquier tipo de evento a cubrir noticias y quizá conseguir alguna primicia, pero no pudo ser. Mi destino me tenía

preparada otra sorpresa: *Noticias de Actualidad*. Desde el primer minuto me dieron la oportunidad de hablar de lo que rondaba por mi mente y del futuro que deseaba para mí como periodista, y así nació este rinconcito que semanalmente comparto con vosotros.

Empezamos con las preguntas.

Hola, Anna, te leo desde tus comienzos en el periódico, ya que siempre fui lectora de *Noticias de Actualidad*. Hemos disfrutado de tu columna cada semana, pero también hemos echado de menos (al menos yo) tus respuestas en la página web del periódico. ¿A qué se debe? ¿Te has tomado unas vacaciones o el trabajo no te llenaba lo suficiente? ¡Gracias!

¡Hola! He de confesar que yo también os he echado de menos, pero créeme que me hubiese caído una buena bronca si me hubiera dedicado a «trabajar» en este tiempo de ausencia. Mi trabajo me llena muchísimo, pues por suerte tengo un trato cercano tanto con las personas que deciden someterse a mis interrogatorios (como yo los llamo) como, por supuesto, con vosotros, mis lectores. Y, contestando a la otra pregunta, se puede decir que sí, que he cogido unas vacaciones, las más bonitas de mi vida. ¡He sido mamá!

Hola, Anna, me gustaría saber cómo escoges a las personas a las que entrevistas.

¡Hola! Lo decido en mi día a día. Es decir, si voy al súper a comprar, me muerdo la lengua y me quedo con las ganas de preguntarle mil cosas a quien me atiende, porque está en su puesto de trabajo y no quiero molestar ni hacer sentir incómodo a nadie. Si me tomo un café, me pasa lo mismo, e igual si me subo a un taxi o mil cosas más. Esas personas nos las encontramos todos en nuestra vida cotidiana, pero no nos paramos a pensar qué les llevó a dedicarse a su oficio o a estudiar una carrera u otra. El mundo es tan grande que siempre habrá entrevistas que realizar. Así que, cuando alguna persona me llama la atención, le entrego mi tarjeta y le explico mi trabajo, y suele ser ella quien decide llamarme y aceptar mi propuesta. Siempre desde el anonimato, para que pueda expresarse libremente y que sus jefes no decidan tomar represalias, jajaja.

¿Por qué periodismo? ¿Te hubiese gustado estudiar una especialidad?

¡Porque soy una cotilla! Jajaja. Me encanta saber todo y estar al tanto. Tengo la lengua agujereada de tanto mordérmela por no preguntar en algunas ocasiones. Y, mira, ahora ese es mi trabajo, ¡sueño cumplido! Sí, me hubiese gustado dedicarme al mundo del deporte, o al de la prensa rosa, para perseguir a

todos esos famosos que salen en la televisión. Aunque muchos lo nieguen, la gente suele estar al tanto de la vida de los personajes.

¡Hola! Si te dieran a elegir un programa en televisión, ¿cuál te gustaría presentar?

Sin duda, un programa de telerrealidad o *reality show*, como decimos. Me gusta la naturalidad, y por ello escogería un programa en el que no hubiera guion, cuyos protagonistas fueran personas anónimas. O tal vez uno donde una servidora viajara y mostrara las diferencias entre un país y otro. ¿Qué diferencia hay entre una madre de España y otra de otro país? ¡Hay muchísimas! El estilo de vida depende mucho de donde vivimos.

Hola, Anna. ¿Qué consejos nos darías a los estudiantes de periodismo?

¡Estudiar! Jajaja. En serio... Estudiar mucho, porque estáis ahí porque os gusta y es vuestra decisión. Relacionaos con vuestros compañeros, porque aunque todos seáis estudiantes, también podéis aprender unos de otros. Pensad en vuestro futuro y jamás tiréis la toalla, y si lo hacéis, que sea para cambiarla por un micrófono y salir a la calle en busca de la mejor noticia de vuestra vida.

Querida Anna. No suelo ver ni leer las noticias. La situación en el mundo es complicada y cada vez que enciendo la televisión o abro un periódico me dan ganas de llorar de rabia y tristeza. Gracias a ti, cada mañana leo *Noticias de Actualidad* en busca de tu columna, pues tú nos descubres el interior de los que tienen la suerte de trabajar, y también lo que tienen que aguantar. Hay veces que me siento avergonzada, porque cuando somos clientes no pensamos en la persona que nos está atendiendo y volcamos nuestro mal día en ellos. Ojalá cambiáramos nuestra forma de actuar.

Gracias por tu mensaje, querido lector o querida lectora. Me alegro de que me leas, pero también deberías leer a otros compañeros que hacen un magnífico trabajo, aunque las noticias nos hagan sentir tristeza. Es la cruda realidad, y no por ello debemos evitar informarnos de lo que pasa a nuestro alrededor. Gracias por haber explicado tan bien mi misión. Ese es el mensaje que intento transmitir cada domingo.

Solo te leemos los domingos y cuando contestas por la página web. ¿Has pensado en abrirte una página web propia o un blog donde compartir más cosas con tus lectores? ¿O abrir un consultorio? ¡Estaría genial!

¡Jajaja! ¡Qué locura! No lo había pensado, pero ¡qué buena idea! Ahora mismo no me veo capaz por falta de tiempo. Como os he dicho, acabo de ser mamá y mi bebé ocupa casi todas las horas de mi día. Pensaré en ideas y en cómo podría hacer para compaginarlo con mi columna, y seríais los primeros en saberlo. ¡Promesa de Anna!

**Aparte de tu rinconcito en el periódico, ¿podemos leerte en otros sitios?
¡Necesitamos más cositas de Anna!**

Mi rinconcito es muy especial, pero no penséis que es lo único que hago. Cuando termino mi trabajo en la redacción, siempre ayudo a otros compañeros, así que, aunque no veáis mi nombre en otras secciones, muchas noticias llevan un poquito de Anna. ¡Me encanta ayudar a mis compis!

Hasta aquí el pequeño encuentro digital. Quiero dar las gracias al equipo directivo de *Noticias de Actualidad* por regalarme este ratito con vosotros, y a vosotros por conseguir que sea feliz haciendo mi trabajo y por llenarme de hermosas palabras.

Ha sido un inmenso placer leerlos y que me leáis. ¡Espero poder repetir esta maravillosa experiencia muy pronto!

¡Promesa de Anna!

Epílogo

¿NO QUERÍAS CALDO? PUES TOMA TRES TAZAS



Madrid, octubre de 2017

En la habitación, Nerea luce un precioso vestido de novia. Está nerviosa por llegar junto a Hugo y dar el paso más importante de sus vidas.

—¡Qué guapa estás! —me dice con ojos llorosos—. Esa tripita te sienta de maravilla —añade acariciando mi pequeña barriga, donde ha empezado a crecer el hermanito o hermanita de Paola.

—¡No me vengas con cursiladas! Que entre que el embarazo me tiene todo el día llorando y nunca imaginé que te vería vestida de blanco... ¡estoy muy sensible! —respondo limpiándome una lágrima que resbala por mi mejilla y está a punto de arruinarme el maquillaje.

Nos abrazamos y Marta se une a nuestro abrazo. Las tres estamos emocionadas. Es el día más especial de Nerea, y Marta no deja de llorar al ver a su hija.

La música suena en el jardín del restaurante donde se va a celebrar la ceremonia. Desde la puerta, observo a Matteo. Abraza a su amigo mientras este espera a su futura esposa. Paola y Zoe permanecen sentadas junto a mis padres.

—¿Vamos? —pregunta David a su hija. Nerea y él se abrazan y vuelvo a emocionarme.

Marta y yo nos dirigimos al jardín junto al resto de invitados. Me siento en la segunda fila, entre Paola y Matteo. Miro hacia atrás y veo aparecer a la radiante novia, caminando a paso lento junto a su padre. Sonriente, avanza sin

apartar la mirada de Hugo, que, desde el altar, aguarda impaciente y con los ojos llorosos.

—¡Joder, qué bonito! —le susurro a Matteo—. ¿Por qué estoy tan gilipollas? —Él sonríe y me besa.

Justo antes de que Nerea y Hugo se intercambien los anillos, me pongo de pie:

—¡Esto no puede continuar! —exclamo alarmando a todos. Le doy la mano a Matteo, que también se levanta, y ambos nos situamos delante de Hugo y Nerea—. Perdonad que os interrumpamos y alarguemos la ceremonia, pero queremos hacer algo especial por vosotros y tiene que ser ahora.

Ellos nos miran extrañados y entonces yo empiezo a cantar.

*(Anna): Nadie como tú para hacerme reír.
Nadie como tú sabe tanto de mí.
Nadie como tú es capaz de compartir
mis penas, mi tristeza, mis ganas de vivir.
Tienes ese don de dar tranquilidad,
de saber escuchar, de envolverme en paz.
Tienes la virtud de hacerme olvidar
el miedo que me da mirar la oscuridad.
Solamente tú lo puedes entender
y solamente tú te lo podrás creer.*

*(Anna y Matteo): En silencio y sin cruzar una palabra.
Solamente una mirada es suficiente para hablar.
Ya son más de veinte años de momentos congelados
en recuerdos que jamás se olvidarán.*

*(Matteo): Nadie como tú para pedir perdón.
Nadie como tú valora esta canción.
Nadie como tú me da su protección,
me ayuda a caminar, me aparta del dolor.
Tienes ese don de dar tranquilidad,
de saber escuchar, de envolverme en paz.
Tienes la virtud de hacerme olvidar
el miedo que me da mirar la oscuridad.
Solamente tú lo puedes entender
y solamente tú te lo podrás creer.*

*(Anna y Matteo): En silencio y sin cruzar una palabra.
Solamente una mirada es suficiente para hablar.
Ya son más de veinte años de momentos congelados
en recuerdos que jamás se olvidarán.*

*(Anna): Y pasarán los años y siempre estarás buscando un plan
para que se hagan realidad los sueños que*

*soñábamos antes de ayer al dormir,
hablando del tiempo que nos quedará por vivir.*

*(Anna y Matteo): En silencio y sin cruzar una palabra.
Solamente una mirada es suficiente para hablar.
Ya son más de veinte años de momentos congelados
en recuerdos que jamás se olvidarán.*

*(Anna y Matteo): Y sin hablar. Solo al mirar sabremos llegar a entender
que jamás nada ni nadie en la vida nos separará.*

Cuando terminamos de cantar, nuestros amigos, emocionados, se levantan. Hugo se abraza a Matteo, y yo a Nerea. Ambos nos agradecen el detalle de habernos atrevido a cantar una canción con tanto significado, delante de tantos invitados.

La ceremonia continúa, y después de intercambiarse los anillos que una presumida Zoe les entrega, ambos se funden en un largo y apasionado beso y todos aplaudimos.

Zoe, con sus seis añitos, sabe que hoy es un día especial, y deja que sus padres disfruten y saluden a los invitados mientras ella va a su aire. Se lo pasa pipa, como ella dice, correteando y llevando a Paola cogida de la mano.

En la pista de baile, disfruto junto a los invitados. Bailando, y aún más cuando alguna canción requiere que nos acerquemos unos a otros, aprovecho para agarrarle el culito prieto a mi *italianini* mientras no le quito el ojo de encima a las dos enanas, ¡son el alma de la fiesta!

Paola y Zoe aguantan hasta bien entrada la madrugada. «¡Pero cómo pueden tener más energía que yo, después de tanto trote, en esos minicuerpecitos!», pienso cuando ponemos fin a un día mágico en el que hemos disfrutado e immortalizado muchos instantes en fotografías, y ambas se niegan a acabar la fiesta.

—¡Disfrutad muchísimo! A la vuelta me contáis, ¿eh? Y tú, —señalo a Hugo antes de darle dos besos—, ¡tráeme a esta pedorra *preñá!*

Él se ríe, yo miro a mi amiga con ojos llorosos. Ambas nos abrazamos y, en un susurro, le digo cuánto la quiero y cuánto la voy a echar de menos.

Junto a nosotros, las dos «primas» también se despiden con un abrazo, hasta que Zoe vuelva de viaje junto a sus padres.

—Voy a venir pronto para jugar contigo y te voy a traer un regalo, ¿vale? —le promete a Paola—. Pórtate bien, que tu mamá me lo va a chivar todo.

—Vale, prima —responde mi renacuaja con cara de pillina.

—Son clavadas a vosotras —dice Matteo al ver la escena—. A la vuelta nos vemos, chicos, ¡disfrutad!

—Cuida a ese bebé —añade mi amiga cuando ya estamos subiendo al coche para volver a casa.

* * *

Quince días después...

En la cocina, con el delantal puesto y haciendo la comida mientras Paola ve los dibujos en el salón y Matteo prepara la mesa, esperamos a nuestros amigos. Están regresando de su viaje y vienen a comer a casa directamente desde el aeropuerto.

—Mami, ¿cuándo llega la prima? —pregunta Paola por quinta vez.

—Ya no le queda mucho, un poquito más, ¿vale? —vuelvo a repetir ante su insistencia.

—Vale. Un ratito más espero —responde, y vuelve a salir de la cocina—. ¡Ay! Se me ha olvidado dar un besito de hermana mayor a la tripa —dice mientras se abraza a mi barriga y la besa varias veces. «¡Maldita niña! Otra vez voy a llorar...»

Cuando el timbre suena, me quito el delantal corriendo y voy a abrir. Los seis gritamos, nos abrazamos, hablamos a la vez. Decidimos calmarnos, ya nos contaremos todo sentados a la mesa. Comemos juntos, y cuando las pequeñas terminan, les damos permiso para levantarse e ir a la habitación de Paola a jugar. Nosotros recogemos la mesa y servimos el café.

—¡Chicaaaaaaaas! —anuncio para que vengan al comedor.

—¿Ya? —pregunta Paola, que se ha puesto de pie en la silla. Mientras su padre la coge por la cintura para que no se caiga, nos mira a los dos y ambos asentimos—. Prima, tita, tito, ¡tengo una sorpresa muy grande! —grita abriendo los brazos para que sepan lo grande que es su sorpresa.

—¿Ya sabes si es hermanito o hermanita? —pregunta Hugo.

—¿Has elegido ya su nombre? —dice Nerea.

—¡Es muy difícil! —responde Paola con cara de preocupación—. Porque ¡voy a tener tres hermanitos!

—¡¡¡¿¿¿CÓMO???! —grita Nerea con los ojos abiertos como platos—. ¿Eso es verdad?

—Aquí, el *italianini*, que le dije de buscar la parejita y hala, ¿no querías sopa?, ¡pues toma tres tazas!

—¡Madre mía, la que os espera! —ríe Hugo—. ¡Enhorabuena por partida triple!

—Ríete, ríete..., que cuando salgamos a cenar, en vez de dos ¡os dejaremos cuatro! Ya podéis ir comprando colchones para cuando os los encasquete.

—Y... ¿cómo os lo han dicho? ¿Cómo os habéis quedado con la noticia? —pregunta Nerea, aún sorprendida—. ¡Estoy flipando!

—Pues... —cojo aire y empiezo a contarle el momento en el ginecólogo.

Unas horas antes...

De la mano, Matteo y yo entramos en la consulta, deseosos de saber que nuestro bebé está bien y de que se deje ver. Queremos saber si es niña o niño.

—Buenos días, ¿qué tal te encuentras? —me pregunta la ginecóloga, sentada frente a nosotros.

—Muy llorona, con ansia de comer todo el día y cansada —respondo.

—Bien, ¿preparados?

Ambos asentimos. Me tumbo en la camilla, Matteo me da la mano y la ginecóloga pone el gel frío sobre mi barriga para hacerme la ecografía.

—¿Por qué se escucha así? ¿Mi bebé está bien? —pregunto alarmada, pues aún recuerdo el latido del corazón de Paola cuando venía a las revisiones durante el embarazo. Y este sonido de ahora es diferente.

—Todo está bien —responde ella con una sonrisa tranquilizadora.

—¿Podemos saber ya el sexo? —pregunta Matteo sin soltar mi mano.

—Difícil... —responde la doctora—. De momento, puedo confirmaros que hay una parejita, pero...

—¿Cómo que una parejita? —miro a Matteo, para que me confirme que he escuchado bien. Él tiene la misma cara que yo, con la boca y los ojos abiertos como platos.

—Sí, me habéis escuchado bien. Vais a ser padres de una preciosa parejita, pero el tercero no se deja ver.

—¿Perdona? ¿Me puedes repetir eso último?

Me incorporo en la camilla y me quedo sentada, mirando la pantalla, que está completamente en negro, pues al moverme la doctora ha interrumpido la ecografía.

—Trillizos —«¡Pero ¿qué hago yo con tres más?!»—. Todo está bien, chicos. Los tres bebés están bien y espero que para la próxima revisión podamos saber el sexo de todos.

Callados, sin saber qué decir, vamos a casa de mis padres a recoger a Paola. Cuando mi madre pregunta cómo ha ido la revisión, Matteo y yo nos miramos, incapaces de soltar la noticia bomba.

—Tri... —comienzo a decir con voz temblorosa—. Tri... —vuelvo a repetir, y esta vez, saco tres dedos, porque ni puedo pronunciar la palabra.

—¿Tres? ¿Trillizos? —Matteo y yo asentimos. Mi padre se queda boquiabierto y mi madre se sienta en el sofá mientras se da aire con una mano. Paola no entiende qué pasa y es mi padre quien se lo cuenta.

Al saber que va a tener tres hermanitos, empieza a correr por la casa, gritando y saltando emocionada mientras la palabra *trillizos* no deja de repetirse en mi cabeza.

Nos despedimos y Matteo conduce hasta la casa de Olivia, para darle también la noticia. Ella se emociona y nos abraza mientras nos repite que no nos preocupemos, que todo va a salir bien y que ella estará para ayudarnos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunto a Matteo cuando entramos en casa.

—Querernos y disfrutar de Paola hasta que lleguen tres terremotos iguales a ella.

Allí, en la entrada de nuestra casa, a pesar del miedo a lo que nos espera, aunque sabemos que pondrá nuestro mundo patas arriba, nos abrazamos. Y en silencio, al sentir unas manitas en nuestras piernas, separamos nuestras caras, nos miramos y bajamos la vista. Y ahí están, de nuevo, mis lágrimas, cuando descubro que nuestra pequeña y futura hermana mayor se ha unido a un abrazo tan especial.

* * *

Madrid, marzo de 2018

Cansada, tumbada en la cama y embobada mirando a mis tres pequeños, escucho a un emocionado Matteo.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, mi *italianini* de culito respingón. Dame un besito con esos morritos de piñón —le pido, y le beso como si llevara años sin hacerlo.

La puerta se abre y aparecen Nerea, Hugo, Zoe y Paola, que rápidamente corre a mis brazos.

—¿Has visto a tus hermanitos? —Matteo la coge en brazos y la asoma a las cunas—. Él es Marko —le da un beso en la frente—; él, Oliver, —le da otro beso—, y ella, ¿cómo quieres que se llame?

—¿Se puede llamar Alessia, como la amiga de la abuela Oli? —pregunta emocionada, al saber que ella elegirá nombre de la niña.

—Pues, señorita Paola, ella es tu hermana Alessia —Paola aplaude contenta, y le da un beso en la frente a su hermana.

—Tú vas a dormir en mi habitación —le dice, antes de que Matteo la deje en el suelo—. Mamá, ¿y yo voy a tener más hermanitos para ponerles nombre?

—¿No te parecen mucho tres hermanitos? —pregunta Matteo. Hugo y Nerea se ríen al ver mi cara descompuesta. «Recién parida y mi hija pidiendo más hermanos, ¡noooooo!»

—Cariño, acércate... —le pido con una sonrisa. Él me hace caso, deposita un beso en mis labios y le susurro—: ¡Ya puedes ir haciéndote sacarino, que mientras haya peligro de bombo, tu zanahoria no entrará en mi madriguera a darle placer al conejo!

FIN

Agradecimientos



¡Momentazo! Sí, para mí el más temido. Enfrentarse a una página en blanco, querer agradecer a todas las personas que se lo merecen y el miedo que da la sensación de saber que, hagas lo que hagas, seguramente te olvides de alguien... ¡es lo peor! Vamos a ello...

A mis padres, a mi hermana y a mi cuñado por estar SIEMPRE ahí.

A Ade, gracias por hacer posible que Anna vea la luz. Publicar con vosotros fue maravilloso, y repetir, ¡aún mejor!

A Maite Izquierdo; como te dije, sabes que me alegré muchísimo cuando me enteré de que volverías a ser tú quien ayudara a Anna a mejorar. ¡Gracias! Gracias por tus palabras, por tu apoyo y por el gran trabajo que haces.

A Eva Cruz por animarme a escribir la historia de Anna, por ser tan sincera y por apoyarme en cada paso que doy. ¿Qué te digo? Gracias. Gracias por ser tan buena compañera, por tus palabras y todo lo que has hecho por mí. ¡No te imaginas cuánto te echo de menos!

A Laura Espinosa, una de mis lectoras cero que siempre está ahí, ayudándome, aconsejándome y animándome a que siga creando historias.

A mis amigos, quienes han vuelto a demostrar día a día que están ahí, para lo bueno y para lo menos bueno. En especial a Loreto Navio, Sergio Tirado y Leticia Fernández.

A mis excompañeras de trabajo, que también recibieron mis batallitas sobre Anna. ¡Qué duro decir que sois excompañeras! Habéis formado una gran familia y me hacéis sentir partícipe de ella a pesar de la distancia.

A Marta de Diego, que siempre ha estado ahí y a quien animo a seguir escribiendo. A Connie Jett, quien, como dije en *Una nueva vida*, me ayudó a darle voz a Matteo cuando se expresaba en italiano.

A Amparo Blesa. Gracias a Nerea conocí su blog, *threecrystalbooks*, y la conocí a ella. Gracias por los detalles, por las muestras de cariño y por ayudarme tanto con Anna.

A todos los que me apoyasteis cuando *Una nueva vida* salió a la luz, y habéis seguido acompañándome para que Anna haya llegado pisando fuerte.

A ti, por querer conocer a Anna y darle la oportunidad. Espero que hayas disfrutado y te hayas reído con sus ocurrencias, y ojalá que consiga quedarse grabada un poquito en vuestro corazón.

¡¡GRACIAS!!



Nora Alzávar nació el 8 de febrero de 1990 en un pequeño pueblo Mallorca. Desde siempre, le ha encantado leer novelas de cualquier género, aunque se decanta más por el romántico. No fue hasta finales de 2014 que decidió arriesgarse y escribir un relato. Cuando empezó, no se imaginaba capaz de teclear una historia, pero así fue como nació su primera novela, *Una nueva vida*, editada por Click Ediciones. Desde entonces, ha publicado varios relatos en distintas antologías y, cada vez que puede, se sienta frente a su ordenador y empieza a teclear, dándole vida a esos personajes imaginarios que habitan en su mente.

Anna
Una nueva aventura
Nora Alzávar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, tryam / Shutterstock

© Nora Alzávar, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18245-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Una nueva vida

Nora Alzavar

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Mariposas en tu estómago (segunda entrega)

Natalie Convers

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Amistad inesperada. Serie Sweet Love - I

Moruena Estríngana

Amor descontrolado. Serie Sweet Love - II

Moruena Estríngana

Tu eres mi vez

Judith Priay

Acróbata
Romina Naranjo

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

